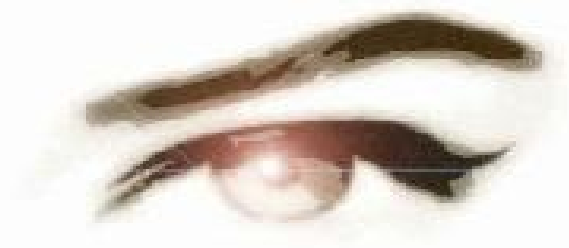


CATARSIS I



EL ORIGEN DE LOS CLANES



ENTRELÍNEAS
EDITORES

erasesunavez.org

BEATRIZ CURI

BEATRIZ CURI

CATARSIS I
El origen de los clanes



erasesunavez.org



Primera edición, diciembre 2013

Beatriz Eugenia Curi Chércoles, 2013

Editores: Carmelo Segura y M.^a Eugenia Glez. Cintas

© Entrelíneas Editores
C/ Lima, 42 (Posterior)
28945 Fuenlabrada (Madrid)
Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28
entrelineas@eraseunavez.org
www.eraseunavez.org

Realización, impresión y distribución: Cénit Hispano

Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28

Maquetación: Iván Tejerizo Manglano

Música booktriler: "Exhumation" (Eternal Torture)

ISBN: 978-84-9802-774-7-

Depósito Legal: M-32629-2013

Datos autor: Beatriz Eugenia Curi Chércoles

bcurichercoles@gmail.com

Impreso en España / Printed in Spain

Dedicatoria

A mis hijos y a mi esposo a los que amo profundamente... Gracias por regalarme el tiempo necesario para poder desarrollar este escrito. Aun así y para calmar mi alma, pido perdón a mi hijo pequeño por quitarle tiempo de mimos y abrazos, agradezco inmensamente a mi esposo por su apoyo y reconozco a mi hija mayor Daniela su gran aporte a la estética general del libro, sin ella Catarsis no hubiese sido posible.

A mis padres y hermanos que han sido un ejemplo a seguir a lo largo de toda mi vida, en mis pensamientos y en mis actos.

A mi maestra Mariana de Castro del gimnasio Cartagena de Indias, que me regaló mucho de su tiempo y paciencia para conducirme a vislumbrar dentro de mí una pasión infinita por la escritura y las artes.

A Carmen Rodríguez, Carolina y a mi querida tía Sergia Chércoles por dedicar parte de su tiempo de forma totalmente desinteresada, a corregir este humilde pero muy sentido escrito.

Un agradecimiento especial a tres maravillosas personas: a mi gran amiga Cristina Serrano, que ha vivido en la lectura de esta novela la pasión por mi historia y ha apreciado matices importantes que como autora no era posible discernir. A dos grandes fans, Sandra Castro Varela, joven de catorce años que se ha convertido en mi más ferviente y fiel seguidora, siempre llena de frases fantásticas de aliento y afecto, y Sara Gallego Estrada que ha vivido la lectura con gran entusiasmo.

Gracias Karina, Ana, y a todas mis amigas que me han apoyado con observaciones y comentarios que han perfilado la historia.

Por último, quiero hacer un reconocimiento a la Editorial Entrelíneas y a su editor, el Sr. Carmelo Segura, por permitirme hacer realidad el sueño de publicar esta novela y por apostar por una escritora novel que, aun no siendo su profesión, siente un fervor impasible por las letras.

Prólogo

LIBERANDO ASEDIOS

Mariana de Castro

“Las bestias no perciben el horror porque la vida en bruto les es connatural; pero el hombre debe descubrirlo a cada paso para mantenerse vivo, pues únicamente gracias a ello es hombre”

H.A. Murena

Sumergirse en las páginas de la novela *Catarsis, El origen de los clanes*, de Beatriz Curi Chércoles, es ingresar al misterio de las sombras cercado por falsos dioses que anclan sus raíces en el genio de la raza céltica. Hay en cada capítulo de esta obra, búsqueda constante de purificación emocional, corporal, mental y espiritual de los protagonistas encarnados principalmente por la joven y bella Helena, quien, “A veces soñaba con aquel callejón oscuro y sombrío, en el que corría y corría, y no hallaba a nadie.” Señal de tránsito inconcluso que disgrega la distancia y el tiempo. Huella de lo efímero que permanece, permite trasegar en la memoria para tal vez, borrar o purgar recuerdos ingratos y palabras infortunadas.

La escritora disemina leyendas, demonios, monstruos gigantes y fuerzas oscuras en el blanco de la página: sombras metafísicas, figuras humanas intimidantes; alas que emergen de las tinieblas. Palacios, castillos, espacios residenciales, descritos con gran exactitud arquitectónica, que se cotejan con una fuerza o un deseo interior que impulsa a escribir. Desde adentro, de lo más profundo, Beatriz Curi, con ímpetu va dibujando anécdotas y sueños revelados, “milagros mitológicos” que perfilan ciertos temas obsesivos con un tono particular para expresar aquello, que tal vez, la acompañan desde siempre... y sólo ahora mediante esta novela, termina aceptándolos como si formaran parte de su piel o de su destino. Por eso, quien escribe tiene un compromiso consigo mismo, con sus urgencias interiores, con sus preguntas fundamentales, con su conciencia. Lo soñado aparece en esta obra, como si fuese una porción mágica de sus “angustias milenarias”, el llanto de los dioses y, con mayor razón, las lágrimas descontroladas de la escritora, quizá, que los ojos de la narradora y protagonista derraman, “... hasta que me aferré a una idea que me llenó de esperanza; el conjuro de sanación y resurrección”. Entonces, es aquí donde pareciera que la novelista le pierde el miedo a la muerte porque cree en el amor y la vida.

Cabe expresar aquí, que, leyendo a Beatriz, al tiempo que descubrimos incertidumbres y desasosiegos, espejos de existencia y estados del alma; entre líneas, nos traslada de Washington a North Top Sail Beach, en Norte América; entre espectros y hechizos, viajamos a ciudades antiguas alemanas a la orilla del río Rin; de aquí a Granada, o a cualquier lugar imaginado. Entre la sombra del fuego y de lluvia, visitamos conventos, mazmorras, castillos. El ejercicio escritural en *Catarsis, El origen de los clanes*, se torna caminos andados y desandados donde la palabra no tiene límites para gritar, para explorar, para continuar viviendo; yendo del agua a la tierra llevadas por el aire o por el fuego, huyendo del asedio de las sombras, tras imágenes donde la noche sabe cómo resucitar sus candiles para purificar los acosos y las obsesiones que intranquilizan, clausurando así, las pesadillas para siempre.

Beatriz Curi Chércoles, ofrece a otros ojos y a otros corazones una señal, un llamado, un gesto escrito capaz de convocar- alrededor de esta novela- las afinidades del espíritu, el placer del reencuentro entre “hermanos de la tribu”. Sólo así, sentados alrededor de esta lumbré personal que es también un fuego común, la palabra circulará de nuevo y la narradora podrá, con alegría y placer, llenar de significado el silencio y la oscuridad de la noche.

El impecable manejo del lenguaje, la creatividad y el amor por la lectura de los clásicos, que siempre ha caracterizado a la escritora, se muestra una vez más en la calidad y madurez de la narración, a través de la cual, los lectores hallarán la oportunidad de transitar este camino de imaginación y sinceridad que plasma la artista, como quien exorciza demonios o como quien se libera de la muerte espiritual.

*Poeta colombiana; pedagoga y licenciada en Filosofía y Letras. Especializada en Humanidades con énfasis en Literatura; magistral en Desarrollo Social y Educación.

INTRODUCCIÓN

E ntre tules de seda blancos yace dormida una preciosa niña de cabellos ondulados y cobrizos, y de tez blanca y resplandeciente como la porcelana. Un sueño caprichoso avisa a sus ojos, que permanecen cerrados, que una pesadilla creciente ha empezado a embargar su alma, y en su fuero interior la lucha emprende...

Sin aviso, la voz lozana de una joven hace eco en su mente:

«Siempre he creído que tengo un Don especial para conseguir las cosas que verdaderamente me interesan; no sabría muy bien cómo explicarlo o, por lo menos, no os lo diré por ahora; pero desde luego me ha funcionado a lo largo de toda mi existencia. Creo incluso, que hay muchas personas con ese “Don” como yo, sólo que no lo saben... Y algunos se quedan sin saberlo toda su vida».

Sus ojos permanecen cerrados, entre tules de seda blancos...

Cuatro años después

Recuerdo un 15 de diciembre de 2002, tendría ocho años, al siguiente mes cumpliría los nueve; mi padre, Henry Wolf, era un gran profesional, además un hombre que había trabajado en grandes multinacionales y tenía un buen currículum en el sector empresarial, pero el país estaba pasando una situación económica muy compleja y había mucho desempleo. Ese mes se quedó sin trabajo. Mi madre, Isabella de Wolf, tenía un trabajo modesto y estaban preocupados por la situación; no estábamos mal, pero no podíamos incurrir en gastos exagerados porque no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar así. Se acercaba la Navidad, y en enero mi cumpleaños, tenía unas ganas increíbles de poder hacer una gran fiesta con mis amigas; y contra todos los pronósticos sabía que lo lograría.

A mi madre le proporcionaban, donde compraba la comida del mes, unos *tickets* que luego sorteaban con premios en efectivo y en comida: golosinas, incluso globos, vasos, todo lo que vendía el supermercado. Así que visualicé la ayuda que necesitaba en esos dichosos “*tickets*”; recuerdo que pensé: «Son sólo cinco cifras que deben coincidir con la lotería de ese día» y entonces lo vi muy sencillo, para mí era sólo cuestión de desearlo y visualizarlo. En diciembre estaba segura de que mi madre haría algo, pero en enero, para mi cumpleaños, no estaba muy claro. Era hija única y sabía que se esforzarían, pero la situación no era muy prometedora; así que deseé con todas mis fuerzas obtener el premio, pero pasó el mes de diciembre y no nos lo dieron.

En enero, mi madre llegó un día a casa con la cara radiante y me dijo:

—¡Helen! —Llena de entusiasmo—, ¿qué es lo que querías hacer de fiesta?, ¿qué querías comprar exactamente?

Lo decía mientras sacaba un cheque de su bolso y se abanicaba con él.

—¡Es el *ticket* regalo! —respondí al instante, intentando coger la mano de mi madre para verlo con mis propios ojos.

Se había ganado el premio del mes de enero, de manera que pude realizar la fiesta que deseaba con mis amigas. Pensando en lo ocurrido, caí en la cuenta de que lo había querido ese mes y no en el anterior, porque entonces probablemente lo hubiésemos consumido en el mes de diciembre y no para cuando yo lo necesitaba.

Como esa anécdota tuve muchas; cumpleaños en los que quería regalos y me ganaba los premios que sorteaban, competiciones en las que deseaba ser la primera y me llevaba todos los trofeos, sitios a los que quería ir de vacaciones y repentinamente a mi padre lo llamaban por trabajo y lo acompañábamos. Eran cosas sencillas, de niños, porque hasta entonces ese era mi mundo, y la gente solía decir: «¡Vaya, es una niña con mucha suerte!». Tenía la costumbre de guardar en un baúl, de aproximadamente un metro de largo por cincuenta centímetros de ancho y de alto, todas las cosas que eran importantes para mí: los trofeos, regalos que quería recordar y piezas pequeñas que significaban algo en mi vida. Mi madre me acompañaba a hacerlo siempre, abríamos el baúl juntas y dejábamos allí lo que considerábamos importante; ella siempre me decía: «Helen, recuerda... eternamente juntas...» y me señalaba otro baúl bastante más pequeño que reposaba dentro y que siempre estaba allí, no recordaba de dónde había salido, o cómo lo habíamos adquirido, pero allí permanecía; ponía su mano en mi pecho y la mía en el suyo, y repetíamos juntas: «Aquí reposa nuestra vida»; finalmente decía: «Algún día te lo contaré»; yo estaba tan acostumbrada a hacerlo que era casi un acto involuntario, como respirar; nunca me había parado a pensar que era algo único, extraordinario en el sentido más literal y simple de la palabra, y que sólo en mi familia teníamos costumbre de realizarlo.

Las coincidencias y anécdotas sorprendentes me acompañaron a lo largo de mi vida y me acostumbré tanto a ellas, que no comprendí lo especial que eran. Me adapté a tal punto, que nunca lo comenté con nadie, y no lo entendí hasta que me fue revelado; a partir de ese día nada fue igual.

14 de mayo de 2009

Tenía entonces quince años y se armó un gran revuelo en mi colegio, porque iban a escoger a un alumno para un gran viaje. Lo pintaban casi como el viaje de nuestras vidas y sólo podría conseguirlo un estudiante, el que tuviese mejor promedio académico, una buena conducta, la aceptación de todos los profesores y fuera un buen compañero. En resumen, que el colegio estuviese ejemplarizado en él, ¡menuda responsabilidad! Era como escoger al alumno “perfecto” para cualquier colegio y éramos unos quinientos estudiantes. Además, el viaje estaba todo financiado por un banco internacional que ofrecía la oportunidad de hacer esa expedición a cualquier chico o chica que lo mereciera. No había que pagar absolutamente nada, lo cual era perfecto para mí porque nuestra situación económica no me lo hubiese permitido, ya que en cinco años no había cambiado mucho. Sin embargo, visualizar las cosas, ahora que iba creciendo, era cada vez más complejo, porque entendía el valor de la dificultad; con lo cual mi mente se volvía negativa y se cerraba y cuando eso sucedía, no lograba mi objetivo. Era buena estudiante, pero no sabía si verdaderamente podría cumplir todos esos requisitos que parecían casi imposibles y, efectivamente, no fui la elegida; sin embargo, después de la elección, mi mente se aferró a un positivismo absoluto y lo deseaba tan fervientemente que tenía claro que me iría... No sabía cómo, pero embarcaría; porque tenía el presentimiento de que algo me aguardaba en ese viaje, no entendía exactamente el qué, pero necesitaba ir y saberlo.

El hecho es que, después de la elección y pasadas unas cuantas semanas, llamó la organización internacional del evento al colegio para explicar que querían incorporar a una estudiante más porque el barco haría una parada en nuestra ciudad, y eso nos daba algún privilegio. Allí entré yo, todo fue muy rápido, nadie supo cómo surgió el tema, pero todo se organizó velozmente y, cuando me di cuenta, había zarpado en una expedición que resultó ser, como nos decían, una gran experiencia para la vida de cualquier joven. En aquel viaje conocí muchos lugares excepcionales, pero uno en especial captó mi atención y quedó en mi memoria... Para siempre.

Granada, sur de España. Julio 2009

—¿Helen?, ¿Helen Wolf? —pregunta angustiadamente una monitora al grupo de expedicionarios que llevaba a cargo, mirando por encima de sus cabezas—. ¿Alguien ha visto a Helen? —insiste. Mira y rebusca entre el grupo de chicos—. ¡Pero será posible!, ¡otra vez Helen se ha quedado atrás! —dice en voz alta y, entonces, todos los monitores de los grupos de expedicionarios empiezan a buscar entre sus alumnos.

En mi grupo éramos un total de veinte chicos (entre hombres y mujeres de quince y dieciséis años) y éramos unos veinte grupos, es decir, unos cuatrocientos alumnos los que viajábamos en aquella expedición. Todos de diversos países. Íbamos uniformados con camisas para poder ser distinguidos entre la multitud, ya que pararíamos en diversos lugares.

Hicimos puerto en aquella ciudad llena de magia, con casas bajas blancas, perdidas entre parajes que tenían memoria árabe, gitana, pero también occidental, española..., antigua, pero al

mismo tiempo moderna, respirabas montaña y también mar. Era como un embrujo de ciudad y yo no permanecí indiferente a ella. El hecho es que estaba caminando con el grupo y, en un segundo, me quedé como ida, mirando a través de la ventana de una casa en una callecita muy estrecha. La gente de mi equipo siguió y yo me quedé parada observando a través de ella; entonces vi a una mujer mayor, toda vestida de negro, sentada en una mecedora mirando a través de la ventana como si esperara algo o a alguien, no sé exactamente qué me recordó, o qué fugaz y terrible sentimiento atravesó mi alma, pero me quedé como pasmada observando.

En aquel instante, y solo en segundos, sentí una presencia al lado mío. Cuando giré rápidamente, vi a la señora mayor encorvada mirando hacia mí, muy cerca, con unos ojos que se tornaron gris oscuro al completo, como la noche misma, y cogiéndome fuertemente del brazo y con una voz que sonó áspera me dijo:

—Te hemos estado esperando largo tiempo, hija de Aod. —Su mirada era penetrante—. No sabes cuántos siglos llevamos deseando este momento... ¡Al final la profecía se ha cumplido! —dijo con cierta sonrisa macabra en el rostro, mi cara era de desconcierto porque no entendía lo que decía, sin embargo, sentía que no podía moverme, estaba petrificada. Entonces prosiguió—. Kalen sabía que estaba cerca el día y hoy incluso hemos podido olerte... —Y acercándose aún más, exhalando mi ser con cierto desprecio, comentó—: Es cierto que pareces fuerte y poderosa; sin embargo, no te han preparado como debían, ¡esos absurdos peles de tu clan! —comentó entre risas—. Pensaron que, ocultándotelo, ignorándolo, se perdería en el tiempo y no te localizaríamos... ¡Estúpidos idiotas! —gritó y empezó a hablar en alguna lengua extraña que no reconocí al principio. Eran unos sonidos duros, fuertes, parecía estar irritada, y cada vez me apretaba más la mano, con tanta fuerza que empezaba a hacerme daño. ¡Lo de siglos debía ser una broma!, pensé rápidamente, y lo de “te olí”, ¿qué significaba eso?, ¿lo diría textualmente?, ¿me había olido?, ¿y lo de la fuerza?... No entendía nada.

—¡Suélteme! —exclamé finalmente con voz temblorosa y frágil cuando pude salir del trance en el que me encontraba.

—¡Ah!, sabes hablar... —exclamó la mujer burlándose.

—¡Está loca!, ¡no sé..., no sé de qué me habla!, ¡no..., no le entiendo nada...!

Me temblaba todo el cuerpo, pero en todo caso, ella sentía igual que yo, una fuerza que nos unía, no sabía explicarla, pero no me gustaba nada, era oscura, aterradora, violenta y sentía que me atrapaba. Yo intentaba zafarme de su mano, pero esa señora tan extraña estaba aferrada a ella como una lapa, era imposible soltarse. Además, estaba desconcertada, ¿cómo es que había podido moverse tan rápido una señora tan mayor? Estaba sentada en su mecedora, a no menos de unos veinte metros de mí, dentro de la casa y, en segundos, se había puesto a mi lado, había recorrido ese trayecto en un santiamén, había abierto la puerta y parado junto a mí, tan cerca como para tocarme, y no había percibido nada hasta entonces. ¿En qué lengua hablaba?, ¿con quién me confundía?, ¿qué quería de mí?

—¿Dónde están las escrituras? —dijo tajantemente.

—¡No sé de qué me habla! —dije angustiosamente.

—¡Está claro que no estás preparada, pero ahora sabemos dónde estás, vamos a localizar el manuscrito y a acabar contigo y toda tu familia! —dijo de forma implacable, incluso su rostro empezaba a transformarse, parecía tornarse oscuro y vil.

En cuanto salí de mi asombro y desconcierto, cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que desapareciera esa mujer, que me soltara, que se la tragara la tierra. Nunca había pasado nada en mi vida suficientemente intenso como para hacerme desear algo negativo con tanta fuerza.

De pronto, sentí una energía en mi interior, una furia incontrolable, volví a abrir los ojos y la miré directamente. Su cuerpo se petrificó y su mirada dibujó una expresión que al instante no pude definir, luego solo vi odio y miedo en ellos. Dio un grito ahogado y me soltó, yo sentía como si mi piel quemara y mis ojos ardieran; seguí totalmente concentrada en que desapareciera, en que se fuera; y en vez de correr, me quedé parada, desafiante, inmóvil y concentrada. La mujer entró tan abruptamente a la casa, y con tanta rapidez, que si no hubiese ya tenido mis cinco sentidos muy despiertos y estuviese tan concentrada, quizás me hubiese pillado nuevamente por sorpresa el estar sola en medio de esa calle... Pero lo vi todo, sus movimientos fugaces, como si se tratara de una cámara lenta en un espacio muy corto de tiempo, una velocidad sobrehumana, era imposible que alguien se moviera tan rápido, y menos una señora tan mayor. Tampoco entendía muy bien cómo había podido seguirla esta segunda vez que se había movido, como si mis ojos se hubiesen adaptado a ese movimiento, ¿cómo era posible?, ¿qué estaba pasando?, ¿estaba en algún sueño extraño? De pronto cayó un rayo muy cerca y empezó a llover de una forma descomunal, espabilé entonces del trance en el que había entrado. Ella comenzó a gritar desde dentro de la casa:

—¡Ya te hemos localizado, hija de Aod!, e iremos a por ti... ¡Pagarás por todo lo que nos habéis hecho! —Y esas fueron las últimas palabras que entendí.

Corrí tanto como pude en la dirección por donde creía había salido el grupo, un perro se atravesó en mi camino, resbalé con el agua y caí, lo miré y salió aullando como loco en dirección opuesta a mí; como si tuviese miedo de lo que veía. Me levanté, volví a correr, hasta que oí los gritos del grupo.

—¿Helen? ¿Wolf..., dónde estás? —Entonces supe que estaba a salvo y bajé la guardia, sentí cómo empezaba a enfriarse todo mi cuerpo.

I PARTE
LA INICIACIÓN

Capítulo I

Las pesadillas

Después del viaje y durante mucho tiempo, tuve pesadillas constantes, casi todas las noches me levantaba empapada en sudor, gimiendo y llorando. A veces soñaba con aquel callejón oscuro y sombrío en el que corría y corría, y no hallaba a nadie. Me invadía la desesperación porque sabía que en algún momento me cruzaría con esa mujer y mi corazón no podría soportarlo otra vez. Y así pasaba toda la noche, deambulando por esos callejones infinitos...

Otras veces, soñaba con estar dentro de la casa de esa mujer, pero tampoco había nadie, el terror me invadía por dentro, intentaba salir de la casa, pero no había forma de hacerlo... Y pasaba toda la noche sollozando, intentado escapar de aquel encierro. La recordaba a la perfección, porque estuve suficiente tiempo parada, mirando a través de la ventana de aquel fatídico día, de manera que cada uno de sus rincones había quedado grabado en mi mente, aparecían con tanto detalle que a veces era imposible saber que estaba en un sueño.

Los sueños variaban, las localizaciones eran distintas, pero en mi cabeza rondaba la idea de que esa mujer me observaba, seguía allí, aunque yo no la viera, me vigilaba y, sólo en mis sueños, me percataba de ello. Cuando despertaba era como un alivio, y me decía a mí misma: «Es sólo un sueño, recuerda que es sólo un sueño».

En algunas ocasiones, esa mujer turbia y enrarecida aparecía en ellos, esos eran los más aterradores; porque cuando despertaba, aún me sentía desorientada. Ella siempre aparecía de la nada, gritándome con los ojos llenos de furia en aquella lengua tan extraña que entonces no reconocí; pero ahora era distinto, había tenido tiempo para analizarlo noche tras noche y, aunque su lenguaje podría ser totalmente incomprensible para cualquier persona, yo parecía asimilarlo, como un traductor simultáneo; parecía entenderlo, sus palabras se solapaban unas con otras... Y esos sonidos ininteligibles de pronto sonaban con claridad (voz de la mujer mayor): «¡Muestra tu verdadera cara! ¡Hija de Aod, ha llegado el día y vas a morir!». Y de pronto, sus palabras se iban disipando... Y despertaba con tal angustia que muchas veces prefería dejar la luz encendida con el fin de poder saber que estaba en mi cama y que todo era sólo un sueño. Pero en todo caso, me quedaba siempre en vela pensando: «¿Cómo podía entender ese lenguaje?, ¿qué me estaba pasando?». Y durante la noche me martirizaba; pero cuando se hacía de día, me decía a mí misma: «¡Es parte del sueño!, debe ser que creo que eso es lo que dice, me lo imagino, eso es todo, ¿cómo voy a saber qué era lo que me decía?». Y con esta conjetura me daba la paz que necesitaba y calmaba mi angustia; porque ¿cómo podía ser real que lo entendiera?... Eso era ¡imposible!

La mayoría de las veces despertaba envuelta en sudor; si era aún de noche, me quedaba en la cama tapada de pies a cabeza por el miedo y el frío; las gotas que recorrían mi cuerpo, y que luego se convertían en un líquido helado, no paraban de ocasionarme temblores y, entonces me levantaba al día siguiente con malestar; pero era incapaz de incorporarme en la cama sola y a oscuras. Si por el contrario, despertaba de mañana, cuando el día estaba ya claro, me levantaba inmediatamente, iba al baño y me lavaba la cara con agua muy fría para despejarme, caminaba hasta la cocina con el sol entrando por las ventanas, me servía un bol lleno de cereales y leche, y encendía la televisión. De esta forma, calmaba mi angustia y pensaba en otras cosas.

Mi madre se levantaba siempre que me sentía poner los pies en el suelo, sabía que era por las pesadillas, así que se iba conmigo hasta el sofá y se acurrucaba a mi lado, entonces me preguntaba:

—¿Otra vez esos sueños? —me lo decía abrazándome como dándome apoyo, yo sólo afirmaba con la cabeza y seguía comiendo los cereales, sin perder de vista la televisión. Y entonces

continuaba—:

Helen, sabes que yo quiero lo mejor para ti, soy tu madre y mi deber es cuidarte, nadie va a quererte más que yo en la vida y me preocupo mucho por ti.

Y yo pensaba ¡la misma historia otra vez!, suspiraba y torcía la boca, pero no le decía nada, sólo cuando insistía.

—De verdad Helen, te puedo llevar a un psicólogo muy bueno que me han recomendado, si eso es normal. —Me miraba con ojos llenos de angustia—. Lo único es mirárselo y ya está, te aliviará.

Entonces, yo estallaba y le decía:

—¡Por favor, mamá!, ¡y ser la loca del pueblo! —Evidentemente en una localidad pequeña, todo el mundo se conocía, las murmuraciones volaban como el viento y estaban a la orden del día. Mi padre había cambiado recientemente de trabajo, lo había contratado una multinacional y apenas estaba intentado integrarme con la gente, lo único que me faltaba era ser la “rara” de aquel lugar.

—Qué “loca”, Helen, ¡por Dios!, si todo el mundo va al médico, hay mucha gente que... —La paraba en seco y le decía:

—Otra vez no, mamá, ¡te lo pido por favor!, no voy a volver a discutir esto, no voy a ir a ese psicólogo ni a ningún otro, ¡estoy bien!, te lo digo de verdad, no estoy loca, ni tonta, ni nada de eso...

—¡Yo no estoy diciendo que estés loca!... —exclamaba, para luego proseguir con angustia en su rostro y en su aliento—. Sé que todo ha sido muy rápido, quizás debimos meditar si lo mejor era hacerte dejar la escuela y a tus amigos para veniros a este lugar...

Nada más alejado de todo aquello era lo que me pasaba y me carcomía por dentro; mi madre pensaba que mis pesadillas se debían al cambio brusco de vida al que me habían sometido al obligarme a trasladarnos de ciudad, de escuela y de amigos. El cambio se había efectuado justo al regreso de mi viaje; y lo único a lo que podía atribuírselo era a esto. Me daba pena que pensara eso, pero prefería dejarla con esa idea que contarle lo que realmente me preocupaba porque entonces sí podría pensar que necesitaba no un psicólogo, sino un psiquiatra. Me llenaba entonces de paciencia y le decía con un tono más tranquilo:

—Mamá, no me pasa nada. —Alargaba la palabra—, ¡ya está!, de verdad, déjalo por favor, ya me acostumbraré... —suplicaba.

—Está bien, no insistiré más, pero que sepas que todo se arreglaría de forma muy sencilla y rápida, si fueras... —Respiraba y terminaba la frase—. Y no te preocupes, pediría discreción, ¡nadie tendría por qué enterarse!, pero como quieras.

—Sí, claro... —pensaba para mis adentros y suspiraba de alivio al ver que no insistía.

Una pesadilla en concreto me perseguía, no lo entendía bien, pero sabía que era importante, y con ella acababa algunas noches; cuando sucedía, la sensación con la que despertaba era diferente al resto de los sueños, no era temor lo que sentía, era dolor en el alma, como si hubiese perdido algo o alguien importante para mí, pero al mismo tiempo me hacía sentir fuerte y poderosa. Era también distinto al resto, porque de alguna forma aquellos tenían relación con lo que me había sucedido en aquel viaje y hablaban del pasado; pero este me mostraba cosas que no había vivido, gentes que aún no conocía y paisajes que jamás había visto. En el sueño sabía que era yo la que lo vivía, pero en realidad estaba en el cuerpo de otra persona, no era fácil de entender una vez se analizaba con frialdad, pero durante el sueño era perfectamente posible. Era de noche, estaba todo oscuro y me encontraba de pronto en mitad de una carretera, corriendo a una velocidad vertiginosa en un coche grande, parecía como un todo terreno, que se alejaba de un pequeño pueblo que nunca

había visto. Mi corazón quería salirse del pecho, solo podía oír sus latidos con una intensidad cada vez más creciente y que, junto con los saltos que daba el coche, resultado del mal estado de la carretera, sólo me permitía sentir un ruido ensordecedor en mi cabeza, que no me dejaba reaccionar; estaba como aturdida de la suma de angustias que recorrían mi cuerpo.

Intentaba ver hacia atrás por el retrovisor del coche, podía apreciar perfectamente la torre de la iglesia del pueblo que dejábamos atrás, debía ser un pueblecito muy pequeño a juzgar por la carretera que lo unía con el mundo y por la delimitación de pequeñas lucecitas que correspondían a sus casas, que intentaban dibujar la magnitud del mismo una vez te alejabas de él. La angustia se iba incrementando cada vez que nos alejábamos más de esas luces y nos perdíamos en el infinito negro en el que estaba embebida la carretera, pero sabía que no había otra alternativa que alejarse y correr. Era consciente de que iba con alguien, porque yo era el copiloto del coche, pero no podía ver bien de quién se trataba, quién conducía aquel vehículo; en el sueño era incapaz de girar la cabeza y ver quién estaba allí conmigo, sólo sabía que debíamos salir de allí lo más rápido posible, y sólo en eso estaba concentrada.

De pronto, en un segundo, sentía que algo impactaba contra el coche y perdíamos el control del mismo; patinábamos de un lado a otro en esa carretera llena de barro y fango intentando estabilizarlo, pero chocábamos de golpe contra un árbol de los que flanqueaban la carretera, y entonces podíamos sentir cómo un manto de sombras negras avanzaba sobre nosotros. En ese momento, mal herida, miraba hacia el piloto y veía como la sangre chorreaba por su cabeza; tenía el rostro empotrado contra el volante, seguía sin poder verle, pero mi tormento y angustia se convertían en dolor, y el dolor se convertía en odio y rabia. Entonces sentía como mi cuerpo ardía por dentro, me bajaba del coche con una agilidad y rapidez que solo era posible en un sueño, miraba hacia atrás buscando la causa y, cuando la encontraba, abría los brazos como abrazando una fuerza incontrolable y una luz cegadora se apoderaba de mí. En ese instante despertaba llena de malestar y desconsuelo, pero siempre me sentía fuerte, con ganas de luchar, como si no tuviera miedo a nada ni a nadie.

«[...] no hay un arte que descubra en un rostro la construcción del alma [...]»

Capítulo II

Fiestas de enero

Las pesadillas habían cesado o por lo menos me daban alguna tregua, sin embargo, el sueño de aquel pueblo extraño seguía apareciendo ahora con más frecuencia, era como si me avisara de algo. Decidí obviarlo y disfrutar de las fiestas que se avecinaban en el pueblo. No podía seguir así o enfermaría, de hecho, mi madre había empezado a inquietarse de verme sufrir tantas noches seguidas, y me había amenazado con llevarme al psicólogo si eran persistentes; me había advertido que ya no esperaba más. En aquel pueblo a pesar de llevar sólo unos cuantos meses, había logrado una buena amistad con dos chicas que iban conmigo al instituto, Laura y Vicky; nos costó mucho a mi madre y a mí dejar toda nuestra vida a un lado para irnos a una nueva ciudad... En realidad, a un pueblo, North Top Sail Beach en el condado de Onslow, en California del Norte², pero las condiciones de sueldo eran realmente muy buenas y no podíamos desperdiciar la oportunidad, sobre todo después de los años de recesión económica que habíamos pasado.

Era por aquel entonces 12 de enero, y en el pueblo había un gran jolgorio con motivo de las fiestas locales que se celebraban justo en medio de un gran frío invernal; ya había pasado mi cumpleaños, pero en esta ocasión no había querido hacer nada, no estaba de ánimos para ello. Me fui al centro del pueblo caminando desde casa con mis dos amigas, para ver los fuegos artificiales que iban a iniciar desde la plaza principal, estaba a unos novecientos metros andando, con lo cual, era un pequeño paseo. Mi casa, como la de la mayoría de mis amigas de la escuela, quedaba un poco retirada del pueblo; eran chalés grandes que colindaban con un paseo marítimo, y que habían sido dispuestas para los directivos de la multinacional en la que había entrado mi padre a trabajar, NessUnion. Nuestra situación familiar había cambiado mucho desde hacía unos pocos meses, aquel tiempo de recesión había quedado atrás y ahora gozábamos de una estabilidad económica muy buena y de un poder adquisitivo muy importante; mi padre era el director técnico de la empresa y, por tanto, vivíamos en una de esas hermosas casas; mis otras dos amigas, Laura y Vicky, también eran hijas de otros dos directivos y, por tanto, éramos, además de amigas del colegio, vecinas. A mi colegio sólo iban los hijos de los trabajadores de NessUnion, e hijos de gente pudiente y de gran peso económico y social en aquel pueblo; era bastante exclusivo, y yo tenía el privilegio de estar en él.

Las casas eran aproximadamente como unas sesenta unidades y estaban repartidas en unas seis hileras de manzanas, es decir, iban de diez en diez filas. Las diez últimas que miraban hacia la urbe daban hacia una ermita pequeña que se había construido junto a las casas a petición de la gente del pueblo que pertenecía a la empresa y vivía allí; las diez primeras daban en su parte trasera al mar y eran las más bonitas de todo el conjunto. Había unas más grandes que otras, aunque conservaban una misma estética, y eso hacía que el barrio fuese la agrupación de casas más apetecible y admirada del pueblo. Al lado de nuestra casa se encontraba la más grande, la del director general, era verdaderamente impresionante. La nuestra era bastante más modesta al lado de aquella mansión, pero era muy cómoda, tenía unos mil doscientos metros cuadrados de terreno y como unos quinientos metros cuadrados sólo de casa; se componía de dos plantas, cuatro habitaciones muy grandes en la parte superior, y una sala-comedor con cocina americana enorme y espaciosa en la parte inferior de la casa que daba hacia el mar; tenía un gran ventanal que la recorría de punta a punta. También gozábamos de piscina propia en la parte trasera de la casa y una puerta que comunicaba directamente con el paseo marítimo, lleno de árboles y rocas que colindaban a su vez con el mar. En los meses de invierno, el mar se comía la playa que ganaba en el verano, y golpeaba fuerte contra los arrecifes y piedras que rozaban con el paseo marítimo, que

no era más que un camino de unos tres metros de ancho, por todo el borde de las diez casas que miraban directamente al mar.

Ese día vimos pasar varios coches que no pertenecían a la gente del pueblo, pero era normal porque, cuando las fiestas se celebraban, numerosas personas de pueblos vecinos, e incluso de las ciudades próximas más grandes, se acercaban para compartir la alegría con todos. El hecho es que, una vez llegamos al centro del pueblo, caminando con mis amigas por una de las calles principales que iban directo a la plaza, vimos bajar de un Audi A8 L W12 a un chico alto, de cabellos negros, de unos diecisiete años, de ojos grandes color azul profundo, de piel blanca perfectamente acabada como si se tratase de una porcelana, pelo un poco liso como si acabara de levantarse de un largo sueño y con sonrisa perfecta. Yo me quedé parada, observándole, deslumbrada por aquel joven que llevaba puesto unos vaqueros sueltos, camiseta a rayas por fuera del pantalón, chaqueta de cuero con piel de oveja por dentro típica de tiempo invernal, deportivas y un patinete que le permitió bajarse del coche y en un instante deslizarse por la calle para avanzar por la acera apreciando el desfile que en ese momento pasaba. Su aspecto era bastante desenfadado y eso me gustó desde el primer momento que le vi. El caso es que el coche siguió avanzando sin él, en dirección por dónde veníamos nosotras; pude observar cuando pasó al lado nuestro, a un señor de la edad de mi padre y una mujer muy elegante, pero de rasgos muy duros y fuertes, que nos miró a las tres fijamente justo cuando pasó a nuestro lado; sin embargo, mi vista se dirigió nuevamente hacia aquel revuelo de gente, intentando localizar a aquel chico.

—¡Helen!, cierra la boca..., ¡te entrarán moscas! —dijo Vicky e inmediatamente rompieron a reír juntas Laura y ella.

—¡Vale ya, chicas! —refunfuñé—, he visto un ángel, que ha caído del cielo... —suspiré y me mordí el labio inferior.

—¡Del cielo no, de un cochazo! Y también lo hemos visto nosotras. Anda, vamos a ver si podemos verle más de cerca, y quién sabe, de pronto hasta nos tropezamos por casualidad —dijo Laura riendo entre dientes.

—¿Tro-tropezamos? —dije torpemente sin entender.

—Siiiiii, tropezamos, vamos que te doy un empujoncito y caes sobre él, ya sabes... estas cosas que ocurren por casualidad, y que hace que dos personas se conozcan —sigue riendo—, el destino... —dijo de forma melodramática—. ¿Entiendes?

—Sabes que eres un poco retorcida, ¿no? —dijo Vicky no de muy buena gana—. Oye, que también me ha gustado a mí, ¿no podrías darme el empujoncito ese a mí?

—Vicky, Helen lo ha dicho primero, y ya sabes “pacto entre chicas”.

—¡No es justo! Yo también lo he visto primero, ¡igual que ella!

Yo seguía observando hacia la multitud apilada en la calle, buscando a aquel chico al que no quería perder de vista. Probablemente vendría sólo para las fiestas y, si no llegaba a establecer una conversación con él, lo más seguro era que no volviera a verle.

—Vicky... Todo lo que le gusta a Helen tú también lo quieres, ¡siempre igual!

—No es cierto...

—Sí que lo es, además lo dicho, lo vio Helen primero. —De pronto se percataron de que yo avanzaba hacia la multitud sola por la calle—. ¡Oye!, espéranos, ya sé que tienes prisa, pero aquí no hay muchos sitios para perderse, ¡ya lo pillaremos! —gritaba y reía mientras avanzaban por la calle hacia mí; pero yo seguía tan obsesionada con encontrarle que me adentré dejándolas atrás.

La gente se agolpaba por la calle esperando ver pasar el desfile, la multitud era agobiante, me abría paso desesperada por intentar llegar hasta donde estaban las cuerdas que delineaban el paso por la calle con el fin de tener una perspectiva más amplia de toda la gente que allí se encontraba,

pero era imposible adentrarse. De pronto sentí que una mano me agarró fuerte la mía.

—¡Cuando te lo propones corres rápido!, ¿eh? —dijo Laura con la lengua afuera por el esfuerzo—, eso sí, en gimnasia no te esfuerzas tanto, quizás lo que te falta es motivación—y apareció una sonrisa en su rostro.

—Lo siento, es que si esperaba más... —suspiré—, pero al final que tontería, le hemos perdido.

—¡Tonterías!, ven por aquí. —Y sujetándome fuerte del brazo nuevamente, nos adentramos entre la gente—. Vicky ha visto desde lejos que la librería está abierta, si logramos subir a la segunda planta, podremos ver desde la ventana del edificio a la gente, quizás desde allí lo encontremos...

Avanzamos hasta la librería entre la multitud, apiñadas, abriéndonos paso para poder avanzar, era una verdadera locura; parecía que todas las gentes de los pueblos vecinos se habían aglomerado en la plaza principal del pueblo, y no cabía ni una aguja.

Finalmente pudimos llegar a la tienda, allí nos esperaba Vicky en la puerta:

—¡Venga!, pues sí que sois lentas... Llevo esperándoos ni se sabe cuánto tiempo, luego no digáis que por qué no le encontramos. —Parecía ansiosa.

—Qué exagerada eres Vicky —exclamó Laura—, ¿no ves la cantidad de gente que hay?, ¡no podíamos pasar!

—Ya, pues a mí me ha pasado lo mismo... ¡o es que crees que yo vuelo como las brujas! —dijo mirando a Laura de forma muy extraña, casi inquisidora; pero inmediatamente ella respondió.

—¡Anda, pues mira! Bruja sí que pareces... ¿y el *carpodíptero*? —dijo Laura con algo de suspicacia.

—¿El qué? —preguntó Vicky confusa.

—¡Dejarlo ya, chicas!, ¿vamos a subir o no?, al final no veremos ni al chico, ni al desfile, ni los fuegos artificiales, ¡menuda salida más buena! —comenté intentando limar la tensión que se había creado entre ellas y buscando la manera rápida de encontrar a ese chico.

—¡Venga, arriba! —gritaba Laura, mientras avanzaba a trompicones por la escalera del local, también abarrotada de gente.

—¡Con cuidado chicas! —Se oyó una voz amable que bajaba en ese momento por las escaleras coincidiendo con nuestra subida; era el padre Tulio, un señor mayor de contextura gruesa, incluso un poco rollizo, que atendía a la parroquia que quedaba al final de nuestra urbanización y, por alguna razón, sentía un cierto afecto por mi familia, sobre todo por mi madre y por mí—. ¡Helen! —Me cogió por el camino—. Hace tiempo no te veo por la iglesia... Veo sólo a tu madre.

—Padre, he estado en exámenes finales... —dije desencajada, desprovista de cualquier argumento, porque me había cogido por sorpresa. E intenté seguir subiendo, como diciéndole que no podía atenderle en ese momento; y en realidad era cierto, la muchedumbre no dejaba mucha tregua.

—Bueno, pero ¡no te pierdas! —exclamó finalmente mientras la gente nos llevaba en masa, como ríos desbordados en direcciones distintas; yo afirmé con la cabeza y le perdí de vista.

Cuando llegamos a la segunda planta nos dimos cuenta de que el plan era fallido, a más de uno se le había ocurrido lo mismo y había tal hacinamiento arriba que nos tocó volver a bajar de mala gana, ya que era imposible siquiera acercarse unos cinco metros a la ventana. Bajamos como pudimos y, cuando intentamos salir del local, el guardia de seguridad de la tienda nos paró en la entrada para comprobar nuestros bolsillos y mochilas, había demasiada gente en aquel local y debían controlar la salida, o seguro aprovecharían la ocasión para robar u otra cosa peor.

—¡Vaya por Dios!, es lo último que nos podía pasar para terminar de perder el tiempo, ¡es increíble! —exclamó Vicky de muy mala gana.

—Bueno, hemos venido aquí a divertirnos, chicas —dije sacudiéndome un poco las malas vibraciones—. Así que vamos a adentrarnos en la plaza para disfrutar del espectáculo de los fuegos artificiales, ¿no? —dije dando un toque de emoción a mi voz para que mis amigas se entusiasmaran; aunque en realidad había perdido toda esperanza de encontrar a aquel chico, ya que, entre idas y venidas, habíamos perdido unos diez o quince minutos, tiempo suficiente para perderse por completo entre la multitud. Seguramente se encontraría con sus padres en algún sitio para comer y luego volverían a tomar rumbo a su ciudad o pueblo vecino. En fin, ese no era el día. Vimos como caía la noche y los fuegos artificiales se apoderaban de la luz que brillaba en el firmamento con una claridad absoluta, y una belleza incomparable. Nos abrazamos y reímos las tres juntas, cantando a coro totalmente desentonadas una canción que se estaba escuchando con mucha frecuencia en la radio.

Regresamos a casa embriagadas de alegría y felicidad pues habíamos quedado cansadas y medio sordas por el bullicio de la pólvora y la multitud, así que en la entrada de la urbanización nos despedimos y cada una se fue a su casa.

—Hasta mañana chicas —comenté medio bostezando.

—¡Hasta mañana! —respondieron ambas con el mismo ánimo, y echamos a reír mientras nos separábamos y cada una cogía por su lado.

Bajé la cuesta que me llevaba hacia los últimos chalés que estaban pegados al mar con mucha dificultad porque los pies me dolían muchísimo, pero finalmente llegué. Al doblar justo la curva para incorporarme a nuestra calle, me quedé perpleja, cuando puede observar que el Audi A8 estaba aparcado casi enfrente de mi casa. «¡No me lo puedo creer!» pensé, y el corazón me dio un vuelco estrepitoso. «¿Qué significa esto?». Exclamé tan bajo y con tanta sutileza que apenas me pude oír a mí misma. Según iba avanzando, mis palpitaciones se aceleraban y mis piernas apenas se sujetaban, alcancé a oír algunas risas provenientes de mi casa justo antes de entrar al portal, parecía como si se estuvieran despidiendo, fue entonces cuando vi al señor de aquel coche lujoso apretando la mano de mi padre.

—Bienvenido, señor Ronald —dijo amablemente mi padre.

—¡Nada de señor, Henry!, eso se deja para otros, entre amigos soy Ronald, ¿de acuerdo?... No soy mucho mayor que tú —dijo haciendo una broma—. Además, mañana tenemos que vernos en el partido de *béisbol* con unas cervezas en la mano, ¿no te parece?, y no podemos comentar las jugadas llamándome señor todo el tiempo, ¿no? — echaron a reír.

—De acuerdo... de acuerdo, Ronald —le contestó mi padre.

—Perfecto —dijo Ronald acabando la frase.

En ese momento se percataron de que había llegado a casa, yo seguía como atontada mirándolos a todos, totalmente asombrada por aquel encuentro.

—Pasa hija, no te quedes ahí parada —objetó mi madre que se acercaba hacia la entrada de casa, donde estaba mi padre con el señor Ronald; detrás venía aquella señora que me había parecido escalofriante de primeras cuando la vi pasar en el coche; pero que ahora mostraba una cara distinta, algo más amable, e incluso sonriente; sin embargo, había algo en su mirada que me parecía inquietante.

—Hola —contesté alargando la palabra sin querer.

—¿Te pasa algo? —me preguntó mi madre con cara de extrañeza—, parece que has visto un fantasma. —Rieron todos, yo me sentí abochornada.

—No —contesté rápidamente, en un tono algo más duro porque me sentía algo avergonzada con la observación de mi madre—, es sólo que pensé que ya estaríais dormidos, no esperaba veros despiertos a estas horas.

—¡Bueno! Pero mira quien lo dice —comentó mi padre—, los pájaros tirando a las escopetas, ya veis —volvieron a reír todos.

—Ahora son los hijos los que piden explicación a los padres —comentó Ronald—, para eso quedamos los viejos.

Siguieron riendo; yo empezaba a sentirme cada vez más incómoda con los comentarios de mis padres, y al mismo tiempo intentaba mirar detrás de ellos, dentro de la casa, con el fin de saber si había alguien más, si estaba aquel chico. De pronto, sentí una voz que provenía de detrás de mí:

—¡No te preocupes! —dijo aquel joven con sarcasmo—, el trabajo que tenemos de educar a nuestros padres es complicado, créeme, me pasa lo mismo con los míos —comentó haciendo una gracia.

Entonces giré rápidamente para mirar de dónde provenía aquella voz que sonaba a dulce melodía, con el corazón a punto de salirse por mi boca y mi piel fría como el hielo por la conmoción. Y entonces vi aquellos ojos azules penetrantes e intensos clavados sobre mi rostro mirándome fijamente, y a sólo unos pasos de mí; era bastante más alto de lo que pensaba y más fuerte, aunque no era para nada robusto o tosco, sin embargo, yo me sentía como una niña al lado de él.

—¡Hola! —dijo estirando su mano para presentarse—, soy Nicolás, tu nuevo vecino.

—¿Vecino? —dije un tanto aturdida.

—Sí, vamos a vivir justo aquí, al lado de tu casa, acabamos de llegar de Cincinnati; así que espero tengas un hueco libre en tu agenda para ubicar a un chico perdido —De su rostro asomó una leve sonrisa pícara.

—¡Por supuesto! —exclamé ruborizada, y mi padre comentó:

—Verás, Helen, Nicolás es hijo del señor y la señora Gotthelf, y se instalarán a partir de hoy en la casa vecina porque es el nuevo director general de la empresa aquí en Estados Unidos. Además de mostrarle el pueblo a Nicolás, tendrás que echarle una mano para ubicarlo en la escuela porque entrará con el curso ya empezado y estará perdido...

—Será un placer enseñarte el instituto y ponerte al día con todas las asignaturas —apresuré a contestar sonriente, él me devolvió la misma sonrisa.

La señora Kendra Gotthelf miró la hora en su reloj y acto seguido comentó:

—Bueno, me parece que ya es bastante tarde y, aunque mañana es domingo, yo tengo mucho trabajo en esa casa para ponerlo todo en orden.

—Te puedo ayudar si quieres —comentó mi madre.

—No te preocupes Isabella, prefiero hacerlo sola, organizaré las cosas más íntimas, y más adelante quizás sí que te pida algo de ayuda —dijo con una sonrisa entre dientes, que no sabía si demostraba cansancio o intentaba con su mejor cara, explicar que no le interesaba para nada su colaboración.

Mis padres y los Gotthelf se dieron unos besos en señal de despedida y comentaron un par de cosas más, mientras Nicolás y yo avanzábamos hacia el portal de mi casa.

—Bueno, Helen —hizo énfasis cuando pronunció mi nombre—, ha sido un placer conocerte, por cierto... creí haberte visto en la plaza hace un rato.

—Ah, ¿sí? —pregunté confundida, había estado intentando localizarle y resulta que él era el que me había visto a mí, qué bochorno..., sólo esperaba que no se hubiese dado cuenta de mi cacería—. Seguramente... —dije algo cortada—. Estaba con un par de amigas buscando... —de pronto rectificué torpemente entrecruzando las palabras—, disfrutando de los fuegos artificiales y del desfile, probablemente nos cruzamos.

—Sí —dijo con una sonrisa en la cara—, probablemente... —comentó, y entonces me sonrojé

porque no podía soportar su mirada clavada en mí, sus palabras hacían que mi corazón latiera como un caballo veloz y, el pensar que hubiese podido darse cuenta de algo, me llenaba de vergüenza. Escabullí su mirada contemplando el césped de la entrada; y en ese momento se acercaron por detrás los padres de Nicolás, me dieron un beso de despedida y salieron hacia su portal. Nicolás se acercó y me rozó con sus labios la mejilla, tan cerca de los míos que mi piel se erizó y todo mi cuerpo se estremeció; él pudo sentir mi reacción porque su sonrisa fue de satisfacción, era obvio que estaba disfrutando plenamente con cada una de mis debilidades.

—¿Te molesta si te quito un par de horas en la mañana, te recojo sobre las once y damos una vuelta por el pueblo?

—En absoluto, soy toda tuya... —dije con demasiada rapidez—, quiero decir que pueden ser un par de horas, por supuesto —rectifiqué.

—Ok, nos vemos entonces. —Su sonrisa era tan perfecta como la de un ángel, absolutamente guapo, encantador, caballeroso, atractivo y, además, era mi vecino.

Entré en casa y esa noche no pude cenar, tenía tal hormigueo en el estómago que no podía comer nada, mi madre me preguntó si me sentía mal, pero yo le contesté que había comido de todo en la plaza del pueblo y estaba revuelta, pero nada más lejano de eso; mi inquietud era absolutamente del corazón. Al inicio de la noche casi no pude pegar ojo, pero esta vez no tenía nada que ver con las pesadillas que me habían asolado largo tiempo. Cuando al fin me quedé dormida no pude soñar con nada distinto a él, caí en un sueño profundo de la forma más plácida que jamás había experimentado y por fin pude descansar. Su presencia me reconfortaba, parecía como si me hubiese quitado un peso de encima.

Al día siguiente me levanté muy temprano, me fui hacia la cocina y desayuné lo que pude, aún seguía con el hormigueo en el estómago de manera que no tenía mucha hambre; mi madre no insistió porque parecía entender lo que me sucedía y estaba feliz de que hubiese algo que me distrajera y me devolviera la sonrisa, después de meses de mañanas amargas y sombrías frente a la televisión con el bol de cereales.

—Vaya, parece que hoy tienes un brillo en los ojos —me dijo.

—Bueno, es que he dormido bastante bien.

—¡Cuánto me alegra oír eso!, y ¿se puede saber el motivo?

—Mamá, ya lo conoces... Así que no esperes que te cuente más, ¿de acuerdo? —Mi madre suspiró.

—De acuerdo, sólo quiero estar segura de que te encuentras bien. —Hizo una pausa larga, puso la cafetera, respiró y siguió—. Nicolás parece un buen chico.

—¡Mamá!

—Vale, vale... Sólo digo que te pongas guapa para enseñarle el pueblo.

—¡Por favor! —insistí.

—De acuerdo, me quedo callada, no respiro, ya me voy, me voy. —Y salió de la cocina para subir las escaleras con su café en la mano cantando alegremente.

En cuanto terminé lo poco que pude ingerir subí a mi habitación, escogí lo que me iba a poner; unos vaqueros ajustados, camisa pegada por dentro, leñadora, botas cómodas y mi chaqueta de lana, no iba a pasar frío por estar guapa; me metí al cuarto de baño y, como tenía suficiente tiempo, me dediqué a darme un largo baño placentero.

Estuve midiendo el tiempo, salí y me maquillé un poco y, en cuanto vi que eran casi las once de la mañana, bajé rápidamente por las escaleras hasta la primera planta, pensé en llamar a Laura y a Vicky para contarles lo sucedido, pero era muy temprano para ellas, los domingos no solían estar en pie hasta mediodía, de manera que hasta las doce no podría contarles nada; entonces sonó el

timbre de casa y corrí directamente hacia la puerta.

—¡Buenos días! —exclamó Nicolás con su enorme y espectacular sonrisa—, aquí me tienes, listo para dejarme llevar. ¿Estás ya?

—Por supuesto, estoy lista también, eres muy puntual y eso me gusta —dije con un tono de picardía en el rostro.

—Bueno, pues tendría que decirme qué más le gusta, no quería decepcionarla señorita Helen... —reímos juntos.

—¡Adiós mamá, papá! —grité hacia las escaleras.

—¡Adiós chicos, que os divirtáis! —contestaron ambos.

Cerramos la puerta y salimos caminando hacia el pueblo.

—Está bien verlo de día, ayer cuando llegué ya era muy tarde, casi de noche.

—Sí, la sensación es totalmente distinta, está muy bien la zona, ya lo verás, lo que pasa es que se te hará todo muy pequeño... Después de venir de una ciudad tan grande.

—Bueno, no te creas, a veces las ciudades agobian; estoy muy contento de estar aquí, además, la gente se ve muy agradable.

—Sí, eso es cierto, la gente aquí es muy cordial.

—Y, además, el mar me despeja, en el verano lo aprovecharéis bastante, ¿no? —preguntó.

—Bueno, cuando vives aquí y lo ves todos los días, casi pasa desapercibido; pero sí es cierto que en el verano se agradece.

Seguimos hablando de todo en general, le conté el tiempo que llevábamos aquí, él me contó su vida en Cincinnati y recorrimos todo el pueblo; después de un par de horas nos cansamos y nos sentamos en una cafetería para tomarnos un batido; entonces entraron Laura y Vicky.

—¡Pues sí que ha sido difícil encontrarte! —exclamó Laura y prosiguió—. Nos ha dicho tu madre que habías salido con un chico nuevo que había llegado al pueblo. —Y miraron a Nicolás con cara de corderitos—. Tu vecino... así que como NO llamaste —hizo énfasis en el no y volvió a mirarme con cara de pocos amigos—, hemos decidido salir a buscarte, ¿qué te parece? —preguntándome algo disgustada. Casi sin aliento y tragando saliva, les contesté.

—Lo siento chicas, es que salimos muy temprano y como sé que vosotras os levantáis tarde los domingos... Pues no quise, ya sabéis... levantaros.

—¡Ja! —exclamó Vicky—. ¡Ya!

—Es en serio —refuté.

—Bueno... —dijo sentándose Vicky—, como ya estamos aquí no os importará que nos tomemos un batido también con vosotros, ¿no?

—Para nada —dije inmediatamente y se fueron sentando ambas, mientras suspiraban viendo a Nicolás.

A todas éstas, él sólo dibujaba esa sonrisa tan perfecta en su rostro mientras veía la ironía de las palabras que iban y venían.

—Pues es un placer chicas —dijo finalmente cuando le dejaron—, soy...

—¡Nicolás! —dijeron ambas al tiempo suspirando. Yo sólo miré hacia el cielo... «Madre mía» pensé, qué vergüenza estaba pasando, parecían las mismas tontas con la baba colgada en la boca.

—Eso es, Nicolás. —Rio disimuladamente.

Estuvimos largo tiempo conversando, mientras terminábamos los batidos, reímos y contamos historias del pueblo, del colegio, de los amigos; y entre Vicky y Laura lo acapararon y le pusieron al día de todo, lo que debía y no debía oír. Yo sólo me limité a escucharlas, Nicolás reía y me miraba a cada rato para ver mis reacciones, evidentemente me avergonzaron varias veces, sólo me quedaba mover la cabeza de un lado a otro, pero al final terminaba riéndome con ellas.

Nicolás parecía escuchar con atención todo lo que decían de mí y hubo un instante en el que me ruboricé tanto que él, en señal de apoyo, pasó su mano por mi espalda y me dio un fuerte apretón; Vicky y Laura se quedaron estupefactas viendo ese abrazo sincero y totalmente desinhibido y hasta romántico, él dejó su mano sobre mí, como si les estuviera diciendo «Ésta es mi chica». Laura dibujó una sonrisa de satisfacción en su cara y siguió hablando y contando historias; pero a Vicky no le gustó el gesto, sin embargo, disimuló como pudo y siguió participando en la conversación amena en la que estábamos sumergidos.

Capítulo III

El hallazgo

En los meses siguientes seguimos saliendo todos juntos, tanto en el colegio como en las escapadas por el pueblo, al cine, a fiestas, siempre íbamos en grupo. Se nos habían unido Edmond y William; dos chicos de la clase con los que también habíamos salido alguna vez, y que ahora que eran amigos de Nicolás, nos veíamos con más asiduidad. A Edmond le gustaba Laura y a William Vicky, ambos habían intentado algún tiempo conmigo, pero como jamás les di muestras de afecto se habían cansado de insistir; además, ahora estaba Nicolás en medio y, aunque no teníamos nada oficial, para todos era un hecho el que ambos nos gustábamos y terminaríamos juntos.

Edmond y Laura habían empezado a tener una relación importante, incluso sus padres eran muy amigos, de manera que se les habían facilitado las cosas; pero Vicky y William no, era obvio para mucha gente que Vicky no dejaba de perder las esperanzas de que Nicolás se fijara en ella, pero estaba claro que Nicolás solo tenía ojos para mí; sin embargo, no terminaba de dar el paso y decírmelo, y eso alentaba los sueños de Vicky de no perderlo, y por eso tampoco se comprometía con William. Teníamos una especie de lío amoroso propio de la edad, del cual era difícil salir sin que nadie resultara herido; sin embargo, nos mantuvimos un tiempo juntos y disfrutamos de ello.

Llegó el verano casi de imprevisto, porque se me pasaron los meses tan rápido al lado de Nicolás que no vi pasar la primavera, ni la temporada escolar, aunque los resultados fueron bastante buenos. Ya nos quedaba sólo un mes de instituto cuando se oyó el rumor de que una chica nueva vendría a nuestra clase, al parecer una nueva incorporación de NessUnion volvería a desplazar a una familia hasta nuestro pequeño pueblo; cuando eso sucedía era todo un acontecimiento, éramos tan pocos que un hecho de estas características era la noticia fresca; no había pasado lo mismo con Nicolás y su familia, porque al ser el director general entendía que todo se había hecho con una discreción absoluta; además, su familia era muy reservada, sobre todo su madre quien parecía totalmente apática a cualquier relación con la vida social del pueblo y sus habitantes.

Pocos días después, y justo unas tres semanas antes de terminar el año académico, se incorporó al colegio Sina, una chica alta, rubia, ojos miel casi dorados, de rasgos fuertes, pero muy guapa. La idea de entrar unas semanas antes de terminar era la de adecuarse a su nuevo grupo de amigos antes de iniciar el verano con el fin de que conociera gente y así pudiese integrarse mejor. La recibimos con gran expectación en el colegio y todos los chicos se volcaron en la “nueva estudiante” que procedía del centro de Europa, menos Nicolás, que seguía depositando sus ojos sólo en mí, lo cual me hacía sentir muy especial, parecía totalmente indiferente a cualquier otra chica, viniese de dónde viniese. Sina no era muy agradable, incluso rápidamente se corrió la voz de que venía algo sobrada. No era cordial con la gente, ni chicos, ni chicas, incluso con los profesores; sin embargo, con Nicolás parecía distinta. Esa tarde que regresábamos a casa del colegio, ella se sentó en el bus a mi lado, llevaba tan solo un par de días incorporada y me cogió por sorpresa porque no había cruzado una sola palabra con ella desde que había llegado; Nicolás nunca venía en autobús, él se trasladaba al instituto en moto, como algunos otros chicos que tenían una vida algo más independiente. Mi madre jamás me hubiese dejado ir por libre, y menos al colegio, pensaba que aún no tenía edad para ello. El caso es que Sina se sentó a mi lado y me miró fijamente:

—Eres Helen, ¿no?

—Sí —dije presentándome—, Helen Wolf —concluí y le di mi mano en señal de cordialidad, pero ella la dejó en el aire despreciándome con el gesto.

—Tu padre es el director técnico de NessUnion, ¿correcto? —dijo en tono brusco.

—Correcto. —La miré, parecía que debía contestarle casi de forma militar. Y, en cuanto se agachó a recoger un libro, hice un amago de llevarme la mano a la frente como un saludo militar, mis amigas rieron bajito.

—Ya... Mi padre es uno de los accionistas de la empresa, ¿lo sabías? —Volvió a mirarme de frente fijamente.

—Ummm... No, no lo sabía —dije despreocupadamente, porque entendía que quería por lo que fuese dejármelo claro, y yo no tenía la mínima intención de entrar en su juego.

—¡Pues ya lo sabes! —exclamó—, de hecho, vamos a quedarnos unos días en un hotel, mientras mi padre decide dónde vamos a construir la casa en la que vamos a vivir; será en todo caso parecida a la de Nicolás. —Y entonces, volviéndose hacia mí y mirándome a los ojos comentó—: Sabes que su padre, además de director general, es también accionista, ¿no?

Me dejó boquiabierto porque no sabía que eso fuese así. En todo caso, si la familia de Nicolás se distinguía por la discreción, la de Sina (o por lo menos ella) era todo lo contrario, tenía que dejar claro a todo el mundo que era más que cualquier otra persona en ese pueblo en el que el motor económico era la empresa de su padre y algunos socios más. Nicolás jamás me había dicho nada al respecto, y no sabía exactamente eso qué podía significar, pero inmediatamente Sina me lo precisó.

—¡Ah!, no lo sabías —dijo en tono burlón—, entiendes lo que estoy intentando decirte, ¿no? —Se volvió con todo el cuerpo hacia mí—. Nicolás estará sólo una temporada en este pueblucho hasta que su padre estabilice la empresa y entonces envíe a otro en su lugar; y mi padre hará lo mismo. —Volvió la mirada hacia la ventana del autobús como mirando hacia afuera, y continuó—: Nicolás siempre ha vivido en grandes ciudades y esto será con carácter temporal... No creo que pudiese acostumbrarse a esto. —Miró todo de forma despectiva y yo me quedé sin palabras, fría y desencajada, mis amigas que estaban cerca oyendo todo se quedaron mirándome para ofrecerme apoyo, y entonces prosiguió—. Te lo estoy diciendo por tu bien; es sólo para que no te hagas ilusiones, porque ¡no se quedará!

Entonces cogió su bolso y se sentó unos puestos más atrás para poder observarme bien, disfrutando del momento de angustia que estaba viviendo. Yo no podía creerlo, por un lado, cómo era posible que no me hubiese dicho que su padre era accionista de la empresa, no sólo el director; y que por tanto no se quedaría aquí, no se lo perdonaría, quería verle inmediatamente para reprocharle, ¿qué estaba haciendo?, ¿jugando conmigo?, ¿con mis sentimientos?, ¿era sólo una diversión?, ¿cuánto tiempo pensaba quedarse?... Ahora lo entendía todo, por eso Sina no le había llamado la atención a él, ya la conocía; y yo era una ilusa pensando en que sólo tenía ojos para mí. En todo caso, ¿por qué si la conocía, ni siquiera le había dado la bienvenida?, bueno. era obvio... quizás porque era una borde. La miré de refilón y pude sentir su cara de satisfacción pegada en mi rostro, así que decidí tragar en seco y mirar hacia la ventana para poder meditar tranquila. Laura se sentó a mi lado y me cogió la mano dándome ánimo, pero yo se la quité, no quería en ese momento la compasión de nadie, menos cuando me sentía vigilada por aquella arpía. Edmond abrazó a Laura y Vicky se quedó en su sitio, sin modular palabra, también abstraída por la información que había recibido. William no iba en la ruta, era otro de los chicos que se movían también en su propio vehículo al instituto.

El trayecto se me hizo largo y pesado, ya de por sí no era corto en distancia, porque a pesar de ser un pueblo pequeño, el colegio estaba bastante retirado de él, a unos veinte minutos por una carretera llena de árboles y bosque. Una vez llegamos al pueblo, todos se fueron bajando en sus casas, Sina, que se alojaba en el hotel más caro e importante del lugar, fue una de las primeras;

posteriormente fueron desfilando todos mis compañeros, hasta que nos tocó el turno, primero a Vicky, luego a Laura y finalmente a mí. Cuando bajé, vi a Nicolás con su moto aparcada en la casa y a él esperándome en el portal.

Me bajé del bus y cuando me acerqué a él, me dijo:

—No sé porque no te vienes conmigo en la moto.

—Te he dicho mil veces que a mi madre no le gusta el tema de la moto, y menos para ir al instituto. —Mi tono no fue propiamente agradable, como solía hablar con él, y evidentemente lo sintió.

—¿Te pasa algo?

—Pues no lo sé... Tendrías que decírmelo tú —comenté mientras acomodaba mi mochila en el hombro.

—¿Yo?, ¿no sé a qué te refieres?, ¿qué tengo que decirte?

—Por ejemplo, que tu padre es accionista de la empresa, y que sólo vienes a quedarte unos cuantos meses; quizás una pequeña temporada... que estás de paso... y que posiblemente por eso... —Mi tono se iba entristeciendo y en vez de sonar a reproche parecía que iba a llorar y no podía evitarlo, él me frenó en seco.

—¡Eh!, ha sido Sina, ¿no?

—Y ¿qué con eso?, da igual quién me lo haya dicho, el tema es que no has sido tú.

—Helen, no sé qué te ha dicho Sina, pero no es verdad.

—Exactamente ¿qué parte no es verdad?, ¿la de que no os conocíais?

—Yo no te he dicho que no la conociera...

—¡Ah! —pensé que no podía creerlo, era cierto, él no me lo había dicho, pero tampoco me había dicho lo contrario. No me había mentido en eso por lo menos, pero yo había dado por hecho que no la conocía, y que sólo tenía ojos para mí, me sentí como una tonta.

—Ok, ¿en qué más se supone que te he mentido? —preguntó.

—¡Pues no lo sé! —exclamé desconcertada— ¡tu... tu padre es accionista! —le reproché, sentía que se me estaban acabando los argumentos, porque él tenía el don de dar un giro completo a las situaciones, lo hacía continuamente con todo el mundo, y siempre lograba que la gente comprendiera su postura; para ser tan joven parecía que tuviese la experiencia de un anciano con la oratoria.

—¿Y qué?, tampoco te he dicho que no lo fuera.

—¡Pero lo has omitido!

—Y eso no es mentir.

—¡Ja!, de verdad que eres manipulador —le dije mirándole con cierto recelo y rabia.

—¡Ah!, ahora me insultas —dijo asombrado— ¿se puede saber el motivo Helen? - preguntó furioso.

—Sabes que no quiero seguir hablando contigo. —Y salí hacia el portal.

—¡Ah, no!, un momento señorita —me alzó la voz y se fue detrás de mí—, a mí no me vas a dejar aquí parado como un idiota, cuando no puedo comprender qué es lo que me estas reprochando.

—Pues así mismo te vas a quedar, ¡como un idiota!, como me he quedado yo cuando Sina me lo ha contado todo.

Me siguió y tiró de mí sin brusquedad, pero en seco; entonces saltó una lágrima en mi rostro y Nicolás se desencajó, no esperaba verme llorar, tiró más de mi brazo para no dejarme entrar en mi casa, y me llevó hacia él, me apretó contra su pecho fuertemente, y empezó a besarme la frente.

—¿Qué pasa Helen?, ¿qué te he hecho para que estés así?, no quiero verte llorar, no por mí, por

favor, ¿dime qué ha pasado? —Sus ojos mostraban una inquietud abrumadora, y los míos estaban deshechos en lágrimas, su tono de voz se había vuelto dulce y tranquilo— Por favor —comentó suplicante.

—¿Cuándo te irás?

—¿Cómo? —preguntó en tono de alivio— ¿Es por eso?, ¿crees que me voy?

—Me lo dijo Sina, por favor no me mientas, luego será peor..., prefiero saberlo ahora —dije casi sin aliento por el llanto.

—No me iré a ningún lado sin ti —afirmó en tono serio, intentando secar mis lágrimas.

—Pero Sina dijo... —Entonces me interrumpió.

—Sina puede decir lo que le dé la gana, es una amargada, ¿no lo has notado?, se regocija en la desgracia de otros, no le hagas caso, ¿te he mentado alguna vez? —negué con la cabeza—. Entonces, ¿por qué esa desconfianza?

—No lo sé, sólo me lo dijo, y yo... —En ese momento cogió mi cara entre sus fuertes manos y apretó mis labios contra los suyos, pude sentir cómo una fuerte corriente recorrió todo mi cuerpo, mis sentidos se dispararon y me dejaron en un estado de sopor absoluto, que no pude controlar. Mientras me besaba más y más profundo, sentía que nos fusionábamos en un solo ente, en un solo espíritu, mi alma, mi corazón y mi cuerpo le pertenecían, y no había nada que pudiese hacer alguien al respecto. Supe que él había sentido lo mismo cuando nuestros rostros se separaron y me miró fijamente.

—Ahora tienes que entender que lo único que me importa en este momento eres tú, ¿de acuerdo? —asentí con la cabeza—. No voy a dejarte, y no quiero que nunca más dudes de eso ¿está claro? —volví a asentir con la cabeza—. Sina es una vieja amiga, sus padres son muy amigos de los míos y eso significa que vendrá mucho a mi casa, y no podré evitarlo, pero no significa nada para mí, ¿queda claro?

—De acuerdo —modulé en tono muy bajo y con el poco aliento que me quedaba.

—¡Eres una brujita! —exclamó con una sonrisa en los labios, me apretó el mentón con dulzura y volvió a besarme. Casi sin aliento, y totalmente conmovida por sus dulces besos que embelesaban todo mi ser sólo pude modular.

—No me digas así, no soy una bruja —él rio.

Luego nos abrazamos y entramos en mi casa. Esa noche Nicolás cenó con nosotros, mi madre observó que algo había cambiado entre nosotros, la relación era distinta, sin embargo, optó por no decir nada, quizás esperando a que Nicolás se fuera; mi padre que apenas se enteraba de lo que sucedía a su alrededor, ni siquiera hubiese notado si me había pintado el pelo de verde, de manera que esa noche todo quedó ahí.

Durante toda la semana en el instituto, Sina no hizo más que intentar disgustarme cada vez que tenía oportunidad, Nicolás me animó a no prestar atención y seguir a nuestro rollo. No habíamos hecho oficial nuestros sentimientos, pero era obvio para todos que algo había cambiado entre nosotros, ya era normal que pasáramos juntos a todas horas, pero nunca habíamos ido cogidos de la mano por los pasillos, o nos habíamos sentado acurrucados en horas de descanso en los jardines del edificio; de manera que eso evidentemente causó la curiosidad de todos lo que lo veían. Laura había notado el cambio y, con gestos, había intentado sacarme información, pero yo no había soltado prenda, hasta que me pilló en el baño y entonces me acribilló a preguntas.

—Pero bueno Helen, ¿es que no me vas a contar nada? —me preguntó ansiosa.

—Nada ¿de qué? —Me hice la tonta.

—¡Pues de Nicolás! —Me miró perpleja, con cara de pocos amigos y prosiguió—: No puedo creer que me dejes al margen de esto, con lo buena amiga que he sido... yo ¡te lo cuento todo! —Y

entonces me invadió el remordimiento.

—Es cierto, lo siento Laura, es sólo que ha sucedido todo tan rápido y he tenido tan poco tiempo para meditarlo, que no sabría ni por dónde empezar. —Entonces se hizo una pausa porque no quería decir más, quería guardármelo para mí, siempre había sido muy reservada con mis cosas más íntimas, pero Laura se me quedó mirando, esperando a que siguiera, a que terminara la historia con cara de sufrimiento, de manera que no me dejó otra opción que soltarlo todo. En cuanto entró otra chica al baño, terminé la historia rápidamente y salí del paso, corriendo para volver a los brazos de Nicolás. Era una situación muy rara, porque había vivido toda mi vida sin él y, de pronto, el estar separada, aunque fuera por poco tiempo hacía que me faltara la respiración, me había vuelto, por así decirlo adicta a su ser, y no podía distanciarme de él y sentía como a él le sucedía lo mismo.

El viernes de esa semana Kendra, la madre de Nicolás, invitó a su casa a cenar a Owen y a Evelyn, los padres de Sina con los que se llevaba extraordinariamente, y que eran al parecer los únicos en el pueblo y en la empresa que compartían sus aficiones y gustos y, por su puesto, a Sina. Ya me lo había advertido Nicolás, sin embargo, no podía evitar sentir un malestar general, sólo de saber que esa arpía, que había demostrado un interés latente por él, iba a pasar la velada a su lado. Él me había dicho que hablaría con sus padres para que también nos invitaran a nosotros; sin embargo, yo insistí en que no fuese así, por un lado, no quería sentirme como una acaparadora de su vida, porque sabía que lo hacía sólo para que no sintiera celos de Sina y, por otro lado, había llegado a la conclusión de que mi madre y Kendra no se llevaban del todo bien, había algo que no lograba cuajar entre ellas... No sabía exactamente qué era, pero definitivamente no tenían buena conexión. Finalmente, Nicolás desistió de la idea y yo me sentí incluso aliviada por ello, aunque cuando se acercó la hora, mis venas querían desprenderse de mi piel del hervor con el que sentía circular mi sangre. Como, además, éramos vecinos, no puede evitar el estar pendiente desde mi ventana de la entrada de los invitados y evidentemente y, aunque se me hizo una eternidad, de la salida de los mismos; mordiéndome los labios de la impaciencia y de la inquietud que me producía todo aquello.

Nicolás, como parecía sentir en su piel lo que yo estaba padeciendo, se escapó quince minutos de la cena y pasó por mi portal; arrojó piedras sobre mi ventana, ya que a la hora que se pasó estaba bastante entrada en la noche, y yo me asomé por la misma.

—¿Qué pasa? —contesté abriendo los cristales e intentado parecer soñolienta para que no se diera cuenta de que estaba en vela esperando a que se fueran; Nicolás dibujó una sonrisa de picardía en su cara.

—¿En serio no me esperabas? —dijo entre dientes.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—¡Porque te mueres de celos con Sina!, ¡y porque tus sentimientos puedo olerlos a miles de kilómetros de distancia! —dijo sonriente.

—¿Estás metido en mi cabeza o tienes la nariz de un perro para olerme? —dije bromeando—, o ¿cómo se puede hacer eso?

—Lo leo ahora mismo en tus ojos y sí, lo huelo como una fiera al acecho... —comentó entre risas mientras escalaba por el árbol que daba a mi habitación, hasta llegar a mí por el balcón. Entonces muy pegado a mi rostro exclamó—. ¡Sé lo que piensas, lo que haces, lo que odias, lo que amas! —dijo riendo sarcásticamente, para finalmente abrazarme.

—¡Ja! —dijo en tono irónico—. Y es que ¿eres ahora vidente o algo parecido?

—Algo parecido —respondió y soltó esa risa que sabía que podía cautivar y hacerme olvidar todo— Anda, acuéstate que ya estamos en el poste y espero que termine rápido, porque

estoy cansado.

—Vale, te quiero —dije sonriendo.

—Y yo a ti —respondió de inmediato y me dio un beso. Entonces, bajó velozmente y salió de un salto por la cerca que separaba las dos casas, era bastante hábil haciendo esas cosas.

Sin embargo, esperé a que se fueran y apagaran las luces, sólo entonces pude conciliar el sueño.

Pasaron los días y siguió todo más o menos igual, hasta que llegaron las vacaciones y todos nos despedimos; algunos viajaron a ver a sus familias, otros se fueron de paseo a diversos lugares, entre ellos los padres de Nicolás, que decidieron irse de segunda luna de miel a México. Al parecer, las cosas no estaban muy bien entre ellos y querían arreglarlas, o por lo menos esos eran los rumores que corrían. En todo caso, eso dejó a Nicolás a cargo de la casa y, evidentemente, William y Edmond quisieron tomar cartas en el asunto en cuanto les fue posible. Nos encontrábamos ese día en la calle, Nicolás y yo, conversando justo frente a mi portal cuando aparecieron nuestros amigos.

—Te quedas solo en esta tremenda casa, ¿no? —preguntó efusivamente William y Nicolás afirmó con la cabeza—. ¡Madre mía! Qué juerga vamos a formar —dijo alegremente, mientras se marcaba unos pasos de baile.

—De eso nada —exclamó Nicolás con una risa en los labios.

—¿Cómo que nada? —dijo Edmond—, pero tío no me digas que eres de los que no aprovechan las oportunidades que te da la vida.

—¡Las aprovecho todas! créeme, pero no soy tonto, no me vais a meter en líos...

—Pero piensa en las chicas —exclamó William—, y en el alcohol que podemos consumir...

—Ya, por eso mismo... —afirmó Nicolás y puso cara de pocos amigos.

—Vale... No pasa nada, perdemos esta oportunidad de oro, niegas a tus verdaderos amigos el placer de la vida... —dijo Edmond en tono sarcástico. En ese momento se fueron acercando mis amigas Laura y Vicky que venían justo detrás de ellos.

—¡Vale ya, chicos! —exclamé cuando oí de refilón las últimas palabras de Edmond—, dejad a Nicolás tranquilo.

—Bueno... llegó la defensora, ahora sí que no hay posibilidades Edmond —sentenció William. Vicky y Laura se miraron y rieron...

—Seguro que prefieren estar juntitos en la casa aprovechando que están solos y dejarnos a un lado toda la semana —exclamó Laura alargando la palabra y volvieron a reír todos.

—¡Oye, de eso nada! —Se mosqueó Nicolás que me tenía entre sus brazos, su tono había cambiado y, de pasar a estar de broma con el tema de la fiesta, ahora sentía un rechazo profundo a las palabras de Laura—. ¡A Helen la respetáis!, no quiero ese tipo de comentarios ¿está claro? —Todos se quedaron bastante cortados con la reacción de Nicolás que siempre era muy amable y caballeroso en sus contestaciones, además, se llevaba muy bien sobre todo con Laura, que era mi mejor amiga. La situación fue tan incómoda que intenté mediar.

—Bueno, bueno, no pasa nada... Ha sido un malentendido —dije mirándole con los ojos como platos e intentando disimular la situación tan incómoda en la que habíamos entrado. Inmediatamente para cortar el trago amargo que tenía Laura exclamó Edmond:

—¿Pero hay baile o no? —Dando una palmadita en el hombro a Nicolás.

—Y qué remedio... —le contestó Nicolás con una sonrisa torcida en señal de derrota. Todos rieron y fijaron el día.

El sábado que decidimos hacer la fiesta estuvimos todo el día de compras; mis padres me dejaron dinero y se fueron con los padres de Laura, con los que se llevaban de maravilla, y su hermana pequeña, Sophie, a unas islas que quedaban muy cerca de nuestro pueblo y que en verano

eran muy frecuentadas. Cruzaron en el yate de la empresa y se quedaron a pasar el fin de semana en el hotel de la isla, que era todo lujo, ya lo conocía porque varias veces habíamos ido en familia y como siempre nos habían invitado a Laura y a mí, pero esta vez teníamos nuestros propios planes; nuestros padres lo entendían porque sabían que estábamos en una edad en la que necesitábamos más libertad y confiaban plenamente en nosotras porque siempre habíamos sido unas hijas responsables. Se quedaron muy tranquilos, porque nuestro pueblo era muy seguro, además, nos habíamos programado para que Laura y Vicky se quedaran a dormir en casa conmigo. Aunque finalmente Laura fue la única que pudo, porque a Vicky su padre no le dejó, era su única hija, y su madre había muerto hacía un par de años, de manera que intentaba protegerla de forma desmedida, aunque luego no estaba muy al tanto de la vida que llevaba.

—¿Qué haces? —me dijo Nicolás cuando me vio sacar el dinero para pagar las cosas que habíamos comprado para la fiesta.

—¡Pagar!, no querrás robarlo, ¿no? —dije riendo.

—Anda, déjalo... ya pago yo, ¡faltaría más!, vais a mi casa ¿no? Vosotras no pagáis.

—¡Estos son los amigos que merecen la pena! —exclamó William.

—¡Eh chaval! —le refutó inmediatamente en tono sarcástico—, ¡he dicho las chicas!, si tú te consideras una de ellas... —Todos rieron, entonces terminó la frase—, si no, vas sacando esa billetera que tú has sido el de la iniciativa.

—Coge ejemplo —dijo Vicky a William, propinándole una palmada en la cabeza—, ¿ves por qué puede gustar un hombre?... Por gestos de caballerosidad ¡como estos! —ella torció los ojos en señal de desaprobación y todos echaron a reír nuevamente.

—Pero ¿qué he hecho?, era sólo un comentario —exclamó mientras reunían el dinero.

—Anda que de verdad es que no sabes comportarte —dijo en tono burlón Edmond a William—, no sabes cómo tratar a una chica, aprende de los maestros —dijo en tono cínico apuntándose a él y a Nicolás.

—¡Venga ya!, si tú eres tan zoquete como yo o más... ahora te las estás dando de caballero. ¡Lo que hay que ver y oír! —Todos reímos a carcajadas y fuimos recogiendo las bolsas con todas las cosas para echarlas en el coche que habían dejado los padres de Nicolás a su cuidado.

—¡Gracias! —exclamé y le di un empujoncito con cariño a Nicolás.

—No tienes por qué darlas —me dijo al oído con un beso en la mejilla.

Mientras nos acercábamos al coche, William y Vicky se fueron hacia la moto de él que estaba aparcada muy cerquita, a unos veinte pasos, parecía que habían empezado a tener algún rollo, aunque pasaban como el perro y el gato discutiendo por todo.

—Ponte el casco ¡anda! —dijo Vicky.

—Y se preocupa por mí... —dijo sonriente William, así que recibió otra palmada en la cabeza —, ¡ay! —exclamó, no paraban de hacer tonterías.

—¡Bueno, nos vemos esta noche! —gritaron ambos con los cascos puestos. Todos asentimos con la cabeza dentro del coche y, cuando estábamos a punto de dispersarnos, gritó—. Por cierto, Nicolás, le hemos dicho a varios amigos del instituto para que se unan a la fiesta. —E inmediatamente dio un fuerte golpe al pedal para arrancar la moto y el estruendoso sonido no dejó que pudiésemos rebatir lo que había dicho, rieron él y Vicky y se alejaron con tal maniobra que no pudimos alcanzarlos. Los cuatro quedamos perplejos dentro del coche.

—Vale —dijo Nicolás mirando por el retrovisor a Edmond y a Laura—. ¿Alguien sabe de qué está hablando este pesado?, ¿a quién más invitó a la fiesta?

—¡Juro que no tengo ni idea! —dijo rápidamente Edmond.

—Este tío ¡es increíble!, qué morro tiene —dijo Laura exasperada, se notaba en su rostro que

no mentía—. A saber, a quién más le ha dicho esto.

—Conociéndole... A todo el instituto —terminó Edmond con mala cara. Nicolás se metió sus dedos entre el pelo y los echó hacia atrás en señal de desaprobación, pero no dijo nada. Suspiró y arrancamos el coche. Yo me quedé callada meditando lo sucedido, no lo podía creer, definitivamente William y Laura eran unos caraduras e iban a meter en problemas a Nicolás, como se presentase todo el instituto en su casa. ¿Le habrían dicho algo a Sina?, me entró un mal rollo en el cuerpo sólo de pensarlo, pero me dije a mí misma «Vicky no me haría eso... Es de mis mejores amigas, no creo que se haya atrevido».

El hecho es que nos fuimos a la casa de Nicolás y nos pusimos a arreglar todo entre los cuatro, estuvimos comentando el tema y todos opinábamos lo mismo, eran unos abusivos, pero estaban ambos igual de locos, iban a su bola, por eso concluimos que podrían hacer buena pareja y reímos un rato. Nicolás pudo ver en mis ojos algo de intranquilidad, pero no quiso comentar nada en presencia de Edmond y Laura, hubo un momento en que pasó la mano por mis hombros, me dio un beso en la sien y me dio una de sus sonrisas que me alegraban el día, yo le correspondí; cogió unas botellas de Coca-Cola y se fue con William a la sala a ver un partido de fútbol que empezaba. Yo me quedé en la cocina a terminar de preparar algunas cosas y Laura me acompañó, era mi mejor amiga, así que también podía intuir lo que sucedía.

—¿Te pasa algo?, te noto intranquila —me preguntó Laura.

—No es nada, una tontería.

—Es por Sina, ¿no?

—Pues sí, es por Sina.

—No creo que Vicky la haya invitado... es loca, pero buena amiga, y sabe que eso te estropearía la noche...

—Eso mismo he pensado yo..., pero ¿y William?... a saber, ese sí que va a su bola y normalmente no piensa estas cosas.

—¡Ya!... También lo he pensado, pero no te preocupes, de verdad... no creo que venga, pero si lo hace estás con todos tus amigos... así que en todo caso la que se va a sentir fatal va a ser ella.

—Sí, también lo he pensado... ella es una y nosotros somos seis; bueno, cinco porque con William está visto que no se puede contar. —Laura tragó saliva y miró para otro lado, pero al segundo lo soltó.

—Bueno, en realidad si han invitado a todos, ahora Sina no es una —dijo rápidamente Laura, como quien no quiere la cosa.

—¿Cómo que no es una? No te entiendo... —dije desconcertada.

—Verás, he oído que han venido dos amigas de su país a acompañarla este verano y que se están alojando con ellos en el hotel, las ha invitado.

—¡No me jodas!, con perdón... —exclamé—, ¡hay dos arpías más como ella ahora en el pueblo!... vale... como vengan ahora sí que estoy perdida —dije desanimada.

—No digas eso; primero no van a venir, ¿vale? Y si eso sucede, les vamos a hacer tal mal ambiente todos que les van a dar ganas de salir corriendo de aquí, ¿de acuerdo?; en serio, es nuestra fiesta de verano —dijo abrazándome—, quédate tranquila... —Respiré profundo y no dije nada más, quería estrangular en ese instante a William y a Vicky, pero como decía Laura no podía amargarme la velada por ellos, además, no quería armar una tragedia de una incidencia como ésta. Lo único era que Sina, no sólo no me gustaba porque quisiera meterse con Nicolás, sino que, además, había algo en ella que me producía escalofríos en el cuerpo. Era como en las pesadillas en las que me había quedado inmersa tiempo atrás, y no sabía muy bien cómo expresarlo o contarlo, por eso decidí callarlo.

Como a las ocho de la noche empezaron a llegar los amigos, íbamos a ser como unos veinte invitados y habíamos comprado comida y bebida como para ese número de gente; y al cabo de una hora la casa estaba llena, la sala, la piscina, la cocina, había personas por todos lados, gente de la urbanización, del pueblo que iba al instituto, de nuestra clase, de un curso más avanzado que el nuestro, en fin, sujetos que habíamos visto alguna vez en el patio y otros con los que nunca habíamos cruzado. Había como unas ochenta personas aproximadamente y no dejaban de llegar. Los cuatro nos quedamos en un rincón de la sala, observando cómo desfilaba todo el mundo, Nicolás parecía resignado a esperar a que pasara la estampida, estaba en una esquina conmigo entre sus piernas, absorbida por sus brazos; todo el que pasaba parecía conocerle.

—Qué tal Nicolás, ¡linda casa! —apuntaban todos cuando le veían; él sólo se limitaba a mover la cabeza y la mano en señal de cordialidad, con gesto de resignación.

A Vicky y a William no los habíamos visto pasar, pero estábamos seguros de que tampoco querían dejarse ver en ese momento, seguramente sabrían que se habían pasado demasiado con el tema de las invitaciones. El ambiente se fue cargando y la música la empezaron a subir de forma desmedida, de manera que Nicolás me dijo que me quedara al lado de Laura y Edmond porque tenía que poner algo de orden en el lugar o vendría la policía, yo le insistí para que se quedara conmigo, pero me dijo que tenía que arreglarlo, casi no podíamos ni hablar entre nosotros por el ruido ensordecedor que producía aquel tumulto de gente. Avanzó unos pasos hacia donde se ubicaba el equipo de sonido y lo perdimos de vista, pero oímos como pudo conseguirlo y bajar un poco la música, inmediatamente oímos cómo le abuchearon por su decisión, Edmond, que era un poco más alto que nosotras, pudo ver entre las cabezas de la gente cómo Nicolás hizo un gesto de amabilidad con las manos, pero lo dejó en un volumen bajo; de pronto escuchamos un alboroto al otro lado, por la piscina, al parecer algunos habían bebido alcohol y estaban formando algún tipo de pleito, Edmond advirtió cómo Nicolás salía hacia allá y me lo dijo, quise irme detrás de él, pero Laura y Edmond me lo impidieron.

—¿Qué haces? No puedes meterte en esa pelea, ni siquiera ves entre la gente... ¿no sabes dónde está Nicolás! —gritó Laura, ya que habían vuelto a subir la música y no podíamos escucharnos bien.

—¡No voy a dejar que Nicolás vaya solo! —también grité fuerte para que me oyeran.

—¡Voy con él! —exclamó Edmond cogiéndonos a ambas de los brazos—, quedaros aquí juntas... y no os mováis, por favor, traigo a Nicolás ahora... —gritó.

Mis pulsaciones habían empezado a subir y la adrenalina se me había disparado, estaba asustada, esto se nos había ido de las manos, oíamos algarabía fuera de casa en la piscina, pero no distinguíamos lo que sucedía, la gente pasaba con botellas de licor en las manos. «¿De dónde las habían sacado?», me pregunté a mí misma, mis nervios empezaron a encenderse como chispas, no podía creer lo que estaba pasando, me sentía impotente, la discordia comenzó a ser más fuerte.

Vimos cómo la gente empezó a agolparse hacia la zona de la piscina para ver lo que pasaba, a nosotras nos arrollaron, ya que estábamos en el paso entre la sala y la terraza que salía a la piscina, parecía una estampida de animales, se empezaron a oír gritos de “dale fuerte”, “destrózale la cara”, y mi angustia se hizo mayor, «¡por favor!... ¡Que no sea Nicolás!» pensé. En segundos me volví para mirar a Laura, pero ya no estaba, la estampida de gente nos había separado y ahora estábamos los cuatro dispersos. Intenté deslizarme entre la gente para llegar a la piscina, pero era inviable, todo el tumulto de masa humana estaba allí aglomerada y era imposible acceder, como en un concierto cuando estás en la parte delantera, a punto de tocar a la estrella.

Miré a todos lados para conseguir una perspectiva mayor y entonces vi las escaleras de la casa, si lograba llegar a ellas podría ver por encima de la gente e intentar buscar a Nicolás. Me

desplacé entre la muchedumbre como pude, afortunadamente esa era la dirección contraria a la aglomeración, así que no fue tan complicado llegar, unos cuantos empujones, pisotones y estaba allí; subí y pude observar todo el panorama, era penoso; tendríamos mucho trabajo cuando todo acabara; pero ahora lo importante era localizar a Nicolás.

Oí unas risas a mis espaldas y cuando me volví pude ver en la segunda planta a Sina y a sus dos amigas que se dirigían hacia las habitaciones, una de ellas le gritaba.

—¡Eh Sina!, Nicolás está aquí...

«¿Cómo?» pensé... «¿Nicolás está arriba?». Estaba confundida «¿Cómo no lo he visto subir?, y ¿qué hace arriba?» pensé rápidamente y me dije: «¡Imposible!, seguro que me han visto y están intentando liarme, por eso las risas». De manera que seguí buscándole mirando hacia la piscina, pero no lograba verle. Entonces oí la voz de él y su risa, efectivamente provenía de su habitación, mi desorientación fue absoluta, pero estaba claro que había subido, estaba con ellas y no me había dado cuenta. Ascendí lentamente las escaleras y me dirigí hacia las habitaciones, las risas eran continuas, estaba en trance, no sabía bien lo que hacía, pero necesitaba ir hacia allá, Nicolás estaba allí. Las piernas me temblaban, apenas podía sujetarme con las paredes, estaba embotada, como en el sueño en el que caminaba y caminaba y no lograba llegar a mi objetivo, un sudor frío recorría todo mi cuerpo, estaba viviendo una de mis pesadillas y no podía despertar, todo se hacía oscuro, y entonces llegué a la habitación; abrí la puerta y allí estaban las tres.

—¿Dónde está Nicolás? —exclamé en tono brusco, todas echaron a reír.

—¿Nicolás?... Helen... —dijo Sina pausadamente—, donde nosotras queremos que esté, ¿no lo ves? —y volvieron a reír. Entonces una de ellas rio como él, con voz de hombre, su voz... mi turbación fue mayor.

—No... no lo entiendo —tartamudeé—, ¿por qué hacéis esto?

—¿Por qué hacéis esto? —dijo Sina intentado imitarme en tono burlón y acercándose a mí, me dio la vuelta alrededor toqueteándome el pelo y prosiguió—. Perdona, qué descortés soy... no te he presentado a mis amigas. —Y entonces se puso frente a mí y las señaló con la mano—: Vera y Kilian.

—Un placer...

—encantada... —dijeron cada una de ellas con una risa escalofriante en sus rostros.

—¿Qué queréis de mí? —dije tragando saliva totalmente petrificada y con la cara larga.

—¡Has dado en el clavo! —profirió un grito Sina—. Después de todo no es tan tonta como pensábamos, sabes que queremos algo de ti, no estamos aquí porque sí... Eso es un inicio... verás —y tomó aire, yo seguía absorta e inmóvil.

—Nuestro objetivo es muy claro, primero necesitamos saber si eres la persona que creemos que eres... y eso es muy complicado de... —dijo lentamente y con todas sus sílabas—, de d e m o s t r a r. Con lo cual necesitamos que nos eches una mano, ¿sabes? —Respiró—. Y segundo, necesito que dejes en paz a Nicolás; básicamente porque lo quiero para mí y tú eres un “estorbo” —y mencionó esta última palabra haciendo las comillas con sus dedos—. Digamos que esta última parte me atañe sólo a mí; pero es tan importante como la primera...

Entonces de mi boca salieron palabras sin más, porque casi no podía moverme.

—No tengo idea de lo que dices; no sé a quién buscas, ni exactamente qué es lo que quieres o esperas hallar... pero es obvio que no soy yo. En lo que respecta a Nicolás, está bastante grandecito como para decidir por él solito con quien quiere quedarse, ¿no crees?

—¡Ja! —rio entre dientes, y entonces las tres se juntaron y me miraron de forma inquietante; de pronto sentí que mi cuerpo no respondía a mi voluntad, sólo con mirarme me lanzaron de un golpetazo contra la pared de la habitación y me pegaron a ella, mis manos y piernas se separaron

en la pared, como si me estuvieran atando, pero ni siquiera me tocaban, ni había cuerdas que me ataran... Estaba totalmente desconcertada. Empezaron a hablar entre ellas, parecían estar conjurando algún hechizo; al principio no entendí lo que decían, pero pronto reconocí su sonido, estaban hablando en otra lengua, aquella que había intentado olvidar, arrancar de mis recuerdos... La peor de mis pesadillas. Hablaban en aquella lengua extraña en la que esa peculiar anciana de Granada había discutido conmigo y ahora la reconocía e incluso ¡la entendía! Mi turbación era mayor y mi cuerpo había empezado a temblar.

*«Por tres veces maulló el gato atigrado... Tres veces y una más se quejó el puerco espín... ¡Es hora! ¡Ya es la hora!... Acudid, de lo alto o del abismo. Mostrad vuestro poder y lo que sois».*³

Pero nada aconteció por mi parte, estaba totalmente abrumada. Entonces empezaron a hablar entre ellas, *en lengua extraña*:

—Esta niña no parece tan poderosa como predijo Kalen —profirió Vera.

—No veo gran cosa en ella, creo que no es la elegida...—prosiguió Kilian.

—Ya se lo he dicho a todos, creo que puede ser alguna descendiente de Aod, quizás del clan de Allen... o por qué no... quizás incluso de nuestro querido Cedric; pero no creo que sea de Eileen..., ¡no se le ve madera! —concluyó Sina.

No podía creer lo que me estaba pasando, ¿sería otro de mis sueños y no me había dado cuenta?; quería que fuese así y pudiese despertar pronto, pero rápidamente me di cuenta de que esto era tan real como en lo que su momento viví en Granada y debía hacerle frente. Me llené de valor y les contesté, aún plantada sin poder moverme contra la pared:

—Os repito que no sé de qué habláis; no tengo idea de quién es Kalen, Aod, Cedric o Allen, pero os aseguro que no tiene nada que ver conmigo —titubeé antes de proseguir, pero pude observar como todas se habían quedado calladas y con los ojos como platos, ya que no se esperaban que hubiese podido entender todo lo que decían, eso me dio algo de ventaja sobre ellas, porque por primera vez las vi inseguras e incluso vulnerables, y continué esta vez con voz más firme—. Ya podéis decirle a esa señora que me conoció en Granada, ¡que me deje en paz! y que se aleje de mí y de mi familia, ¡no me retéis! —Vera, Kilian y Sina se habían ido aproximando entre ellas y mi piel había empezado a arder como aquel día en Granada, no me había dado cuenta de que ya no estaba pegada a la pared, flotaba en el aire pero ya no tenía nada que ver con que me sintiera impotente, todo lo contrario, ahora sentía que podía controlar todos mis movimientos, incluyendo el poder levitar; todas salieron hacia la puerta de la habitación rápidamente, Vera y Kilian salieron sin despedirse, pero Sina se quedó frenada en la puerta. Entonces exclamó:

—Quiero que sepas que esto no ha acabado —dijo aferrándose al marco de la puerta—. Vamos a averiguar quién eres exactamente, has sacado las garras y ahora es sólo cuestión de tiempo. Te has sabido hacer la tonta, pero está claro que alguien te ha enseñado nuestras artes... —Se quedó cortada, mi piel empezaba a arder con más fuerza y mis ojos empezaban a quemar, a Sina se le descompuso el rostro y sólo pudo modular lentamente, antes de desaparecer de mi vista—, ¡ya nos veremos!

Mi cuerpo empezó a bajar hasta tocar con los pies el suelo lentamente, pero me quedé plantada allí un largo rato, inmóvil, intentando entender lo que había sucedido; estaba claro que había una relación entre Vera, Kilian, Sina y aquella señora en Granada, era obvio que venían buscando algo porque me lo habían hecho saber, ¿qué significaba eso de que no era tan poderosa? ¡La elegida!, habían dicho algo de la elegida, ¿quiénes eran todas las personas que habían mencionado? ¿Y cómo era posible que yo les hubiese entendido todo? ¿Qué me había pasado? ¿Qué había pasado con mi cuerpo? No era un sueño, no lo había imaginado. No era consciente de lo que me sucedía,

pero algo invadía mi ser cuando me sentía en peligro, algo que alteraba inmediatamente a quienes me rodeaban, lo había vivido antes en Granada, pero no había conseguido verlo de forma clara; sin embargo, esta vez las caras de Vera y Kilian, incluso de Sina, lo habían cantado a la perfección. ¿Qué sucedía? ¿Por qué se amedrentaban?; y lo peor de todo, una idea que en cuanto apareció en mi cabeza me llenó de zozobra y angustia... Sina había mencionado a Nicolás, me había advertido al principio que él era de ella, lo quería... era patente que se conocían de antes, él había aparecido en mi vida sólo algunos meses antes que todo esto, y lo más probable es que estuviese vinculado a todo ello, así que tendría que averiguarlo.

Capítulo IV

La leyenda

S alí de la habitación en cuanto pude reponerme y reaccionar, me dirigí a las escaleras y desde lo alto divisé todo lo que pasaba. Esta vez localicé rápidamente a Nicolás entre la gente, ya que mis ojos se movían con una habilidad y precisión incontrolable; había terminado la discusión en la terraza, sin embargo, el ruido de la música y la muchedumbre era infernal. Me quedé mirándole y él rápidamente giró hacia mí; cuando nuestros ojos se cruzaron un raro sentimiento embargó mi ser, era como si él entendiera que algo no iba bien, siempre había sido capaz de leer mis pensamientos, como si me conociera íntimamente; sin embargo, esta vez, se quedó bloqueado, como si no supiera qué esperar de mí. Vio como bajaba las escaleras velozmente y me dirigía a la puerta de la calle, y me siguió. Salimos de la casa, yo caminé en dirección opuesta a ella, y él me gritaba entre la muchedumbre, que también se agolpaba afuera de la misma:

—¡Helen! —Intentaba alcanzarme, pero desplazarse entre la gente le costaba. Caminé y caminé hasta llegar al final de la urbanización y entonces atravesé el paseo marítimo que daba fin a la misma, para adentrarme en la playa que ahora se formaba de arena debido a la época del año en la que estábamos, Nicolás no perdió mi rastro. Llegué justo hasta la misma orilla del mar, y entonces me detuve... Lo sentí llegar a mi espalda unos segundos después.

—¿Qué pasa Helen?, ¿no me has oído? —preguntó, sin obtener respuesta por mi parte, entonces prosiguió confundido—. ¿Por qué hemos venido hasta acá? —Suspiré porque no sabía por dónde empezar, me llevé las manos a la cara para luego deslizarlas por mi pelo hasta el final y volver por mi cuello. Entonces me volví hacia él.

—¿Desde hace cuánto conoces a Sina? —dije en tono seco.

—¿Otra vez Sina? —dijo suspirando y mirando al cielo como pidiendo clemencia— Helen, ¡ya te he dicho que no quiero a Sina y no tengo nada que ver con ella! —abriendo sus manos en señal de súplica.

—No se trata de eso —comenté rápidamente—, es... algo más complejo. —Entonces su rostro se pasmó, como si no entendiera qué intentaba decirle.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha venido a casa? ¿Te ha dicho algo?

—Sí, ha estado en tu casa ahora. Y sí, me ha dicho algo; es sólo que aún no sé exactamente qué es lo que está pasando y esperaba que tú pudieras ayudarme... —Su mirada fue de desconcierto.

—No te sigo —respondió desorientado.

—Verás, ha venido con dos amigas, al parecer de donde quiera que vengan de Europa, y me han amenazado...

—¿Amenazado? —Su rostro mostraba cada vez más desconcierto e incredulidad—. Y se puede saber qué te dijeron. —Es algo de lo más singular, porque me han hablado en una lengua muy extraña.

—Dirás extranjera, ¿alemán?

—No he dicho extranjera, he dicho “extraña”. —Su desorientación iba creciendo.

—¿No entiendo a qué te refieres con extraña?

—No es francés, inglés, español, alemán, ruso, ¡chino! —Mi tono empezaba a elevarse y mis ojos empezaban a ser inquisitivos.

—Helen, no sé qué te pasa, pero estás diciendo incoherencias, ¿has bebido algo raro? —Sus ojos se habían achicado intentando examinarme, se aproximó un poco a mí e intentó cogerme del brazo. Inmediatamente yo di un brinco hacia atrás evitando su contacto y puse mi brazo delante de mí alejándolo, como si pudiera huir de él, que era mucho más fuerte y grande, de haberlo querido

en un segundo me hubiera reducido. Pero él palideció y su rostro mostró preocupación—. No entiendo lo que dices, en serio... Me estás angustiando.

—¡Necesito que me cuentes todo lo que sabes de Sina ahora mismo! —exclamé muy tajantemente.

—No sé a dónde quieres llegar, pero si eso va a hacer que me expliques qué es lo que sucede, te diré todo lo que quieras saber, ¿vale?, pero baja la guardia por favor —Suplicó y yo accedí—. No sé por dónde empezar... intentaré ser conciso. —Ambos nos sentamos en la arena separados el uno del otro, y entonces empezó a hablar—. Nuestros padres se conocieron hará unos, no sé... quizás ocho o diez años; ellos llegaron a los Estados Unidos desde Alemania y se establecieron porque querían abrir empresas y hacer negocios en América, vienen de una familia con muchos recursos económicos y querían invertir en varios proyectos, conocieron a mis padres a través de un amigo... —Hizo una pausa—. El tercer socio, que aún no conoces... y creo que también vendrá pronto, si te interesa saberlo... —Me miró y prosiguió, yo seguía atenta su historia—, el tema es que encontraron varias líneas de negocios en los que podían invertir, ellos tenían el dinero y mi padre conocimientos en los productos; el otro socio influencias y más dinero... —comentó graciosamente y de forma más relajada—, de manera que lo tuvieron relativamente fácil para entrar en el mercado, y hasta ahora todo ha ido creciendo de forma muy rápida; NessUnion lleva nueve años fundada y es una de las empresas con más facturación del país. —Tomó aire, me miró como esperando alguna reacción por mi parte, pero no hice nada, de manera que continuó—. Evidentemente los socios hemos formado una gran familia y en épocas importantes del año solemos reunirnos; ahora, por ejemplo, que han montado la planta en este pueblo y todos se han desplazado hasta aquí, mi familia, la de Sina y falta Brent, el tercer socio que no está casado y que, como te he comentado, vendrá en breve, él es el director general. De todas formas, no se quedarán mucho tiempo porque mi padre ha decidido poner en marcha esta planta, le gusta este pueblo, sus padres eran de esta zona y él se hará cargo de esta parte geográfica, de manera que Owen y Brent atenderán otros puntos; ¡que no significa que desaparezcan!, vendrán muy a menudo por aquí, tienen casa en todos los sitios donde abren negocio de manera que podemos esperarlos en cualquier momento —hizo una pausa—. Lo digo por Sina... —Me miró esta vez esperando a que dijese algo.

—De acuerdo, entiendo que tendré que verla cada vez que le plazca —dije resignada—, por eso me dijiste que tú no te irías, ¿no?

—Exacto, mi padre ha decidido establecerse aquí y, si no fuera por ti, probablemente me hubiese negado rotundamente; pero mi situación ha cambiado ahora. —Se quedó mirándome fijamente, y me dio un vuelco el corazón porque su mirada era sincera, pero aún no tenía toda la información que necesitaba y debía llegar hasta el final, para saber si de verdad estaba implicado o no. Intentó coger mi mano, pero disimuladamente la llevé hacia mí y no se lo permití. Él se resignó y prosiguió:

—No sé qué más quieres saber; es toda la historia resumida hasta ahora. —Su mirada era de impotencia porque no entendía por qué aún no confiaba en él después de que me lo había dicho todo.

—¿Qué más sabes de Sina y su familia?, has dicho que vienen de Alemania, ¿no?

—Sí, como te dije cuando celebramos fechas importantes nos reunimos —interrumpí rápidamente para apuntar:

—Como una “gran familia” —le dije lentamente gesticulando con mis manos las comillas.

—No me pasas una ¿eh? —dijo con esa sonrisa retorcida que me ponía la piel de gallina, porque era tan hermosa y atrayente que me dejaba descolocada—, efectivamente, como una gran

familia; Sina es una buena amiga, aunque un poco puñetera de temperamento. Estos últimos años hemos crecido viéndonos juntos en todas las fechas importantes y celebraciones especiales, y eso no puedo cambiarlo Helen; que no significa que la quiera como a ti, ¿de acuerdo? —yo asentí con la cabeza, pero quedé esperando a que prosiguiera—, en fin... hemos viajado unas cuantas veces a su casa en Alemania, para Navidad, alguna Semana Santa; y sí, conozco a algunos de sus familiares...

—¿Conoces a sus amigas Vera y Kilian?

—Sí —dijo con cara de extrañeza—, creo que sí... —Se quedó reflexionando—, una pelirroja, medio pecosa... y otra rubia alta, ¿con la nariz un poco torcida?

—Sí, creo que encaja tu descripción con las dos chicas que he visto ahora en tu casa.

—Pues son dos de las mejores amigas de Sina, viven allí en Worms, Alemania, y las veces que hemos ido siempre nos han atendido muy bien... ¿Son las que me dices que te amenazaron? —Su cara reflejaba extrañeza. Yo asentí con la cabeza—. Pues no entiendo nada, son chicas bastante majas —le interrumpí para no desviarnos de lo que necesitaba saber.

—¿Conoces a alguien de su familia que se llame Kalen, Aod, Allen o Cedric? —Entonces su rostro se paralizó y mostró un total desconcierto.

—¿Te han amenazado con una leyenda? —dijo en tono de sorpresa.

—¿Una leyenda? —Le devolví la respuesta con otra pregunta, tan asombrada como él—. ¿A qué te refieres con una leyenda?

—Pues que esos nombres que mencionas pertenecen a una antigua leyenda que remonta a los tiempos de los celtas... —comentó con una sonrisa que mostraba igual perplejidad. En mi rostro pudo observar que necesitaba que me contara más acerca de ello—. No sé qué tiene que ver todo esto con lo que estamos hablando, pero igual te la contaré, si es lo que quieres —dijo desconcertado, volví a afirmar moviendo la cabeza—. Conozco la historia porque prácticamente me he criado con ella, es como el cuento de Caperucita o de Blanca Nieves... ¿Nunca lo has oído?

—No —dije esperando a que continuara.

—Bien, quizás es cierto que lo sepa por la familia de Sina —concluyó pensando para sí mismo—. Nunca había caído en la cuenta de que probablemente no era tan común como pensaba... — Parecía estar reflexionando, entonces carraspeé un poco con la garanta y prosiguió—. Es una leyenda que nos han contado numerosas veces cuando éramos niños; no está clara la fecha... Como te decía, algunos creen que al parecer data de antes de Cristo, cuando los celtas ocuparon los territorios del centro de Europa... Otros la ubican en la Edad Media, más exactamente en la Antigüedad tardía —Entonces hizo una pausa como esperando a que le detuviera, pero no lo hice, así que continuó—. Es una historia muy larga, ¿de verdad quieres que te la cuente ahora?

—Por favor —supliqué, él tomó una bocanada de aire y comenzó.

—Bien... Como quieras —Y entonces empezó a narrar:

—*La historia cuenta que tiempo atrás fue enviado a nuestro mundo un ser que estaba destinado a crecer, vivir y morir aquí, en la tierra. Este ser extraordinario nos traería con su semilla la paz que el mundo necesitaba, evitaría las guerras y nos llevaría a un estado de bienestar y estabilidad que el bien llamado "universo" exigía. Sin embargo, la fusión de ese ser perfecto con la humanidad no fue del todo acertada.*

» *Prana llegó a un mundo hostil, en el que las guerras entre pueblos estaban a la orden del día, dejada por la naturaleza en manos de una familia entre pueblos errantes, sufrió en sus carnes la vileza humana, la crueldad y la pobreza; sin embargo, su naturaleza la vigorizó y jamás pudo cometer ningún acto impuro. Al contrario, fortaleció a los pueblos y los llevó a*

unirse para consolidarse y con el paso de los años logró la unidad entre ellos. Con dieciséis años formó descendencia con el ser humano que le había sido destinado llamado Enid, resultado de ello fueron dos hijas de naturaleza humana y también llamada “divina”: Aod y Kalen, ambas de belleza extraordinaria. La leyenda fue contada y extendida por pueblos durante siglos, hasta que fue olvidada y, en muchos casos, condenada por las diversas civilizaciones que a su paso fueron sepultándola.

» Se decía entonces que su descendencia en la tierra haría de este mundo un lugar mejor, que tanto de Aod como de Kalen, tendrían tres hijos cada una, cinco de ellos hombres y sólo una mujer nacería, una que sería la que en su ser llevaría la semilla y la esencia del poder, ya que sólo una podría algún día gobernar y conseguir el equilibrio del mundo, espejo de lo que Prana había sido alguna vez. Y cuando el mundo estuviese preparado, renacería su espíritu para liderar la raza humana y llevarla a su esplendor.

» Así pues, Aod tuvo dos hijos: Bricio y Allen, y una niña de dulzura celestial, Eileen. Kalen tuvo a su vez tres varones: Enid, en honor a su abuelo, Cedric y Brent; y durante largos años vivieron en paz. Mientras Prana gozó de vida humana, ninguna división se abrió entre ellos, sin embargo, el nacimiento de Eileen y la confirmación de que la descendencia de Aod había sido la elegida para guardar el mayor poder, hizo que Kalen guardara en su interior una amargura propia de la naturaleza humana, que la fue consumiendo lentamente, y sólo estalló cuando su madre llegó a los últimos días de su vida mortal. Prana envejeció junto al amor que le profesó Enid y murió en sus brazos llena de paz y felicidad; no sin antes advertir a sus dos hijas, que debían vivir la vida humana que les había sido otorgada y que, aunque tuviesen el poder de la eternidad, igual que ella, debían seguir una vida mortal, gozar del amor humano y morir como se les había designado, conociendo la belleza y el amor terrenal; jamás debían quebrantar esa premisa, de esta forma garantizarían la expansión de su linaje por toda la tierra, desde el amor y la comprensión. Sus hijos se mezclarían con los humanos como prueba de amor, nunca entre ellos, porque entonces no tendrían descendencia alguna y esa sería su maldición. Sólo la primogénita podría algún día abrir esa puerta.

» Una vez Prana murió, Kalen se alzó y mandó a Enid, su primogénito, a destruir a Eileen, con el fin de asumir el poder que entendía le había sido arrebatado a su linaje. Ansiosa de sed de poder, buscó en los profundos libros los conjuros que dejó su madre escritos para llevar una vida eterna en la tierra; pero el coste era muy elevado, la vida de otro ser humano. En desacuerdo con la humildad de su marido y la postura que había tomado ante la situación, le quitó la vida y, con él, todo su amor por la humanidad; le succionó hasta la última gota de su espíritu y su fuerza, dejándole seco por dentro y por fuera, ella rejuveneció en ese instante y su alma se volvió oscura y sombría.

» Eileen pudo huir de la mano de Enid, gracias a que Cedric filtró la información a Aod, Allen y Bricio, antes de que pudiese hacer algo, pues no estaba de acuerdo con la decisión de su madre, y cuando se dio cuenta de lo que había hecho con su padre huyó a lugares lejanos, no sin antes advertir a la familia. Brent lo tachó de traidor y débil, y junto con Enid decidieron darle muerte también, una vez dieran con su paradero.

» Aod encargó a Allen proteger a su hermana mientras el caos pasaba y todo volvía a la normalidad, de manera que los mandó a tierras lejanas también, no sin antes acceder a las escrituras que su madre guardaba fervientemente y coger parte del manuscrito, porque sabía que si caía íntegro en manos de Kalen tendrían muy pocas posibilidades de sobrevivir. Se las dio a Allen y a Eileen, y les encomendó guardarlas con la misma devoción y cuidado. Bricio se quedó con su madre, pero cuando vio lo sucedido con Kalen y la posibilidad que tenía de ser

eterno, se corrompió su alma y sucumbió a los designios de su tía. Se unió a Brent y a Enid, dejando a su madre sola y desamparada a merced de Kalen, ya que su marido había muerto muy joven. Kalen decidió darle muerte de la manera más cruel jamás ejecutada.

» Allen e Eileen, al oír acerca de la muerte de su madre, decidieron no regresar nunca más y huir lo más lejos posible de aquella barbarie.

» Kalen y su casta se mantuvieron siempre jóvenes y vigorosos, nunca envejecieron porque vivían a costa de las almas humanas a las que iban consumiendo. El clan se hizo innumerable, sus hijos, hombres y mujeres, buscaban en los humanos el apareamiento para su linaje y, cuando ya nos les eran útiles, les absorbían sus almas. Allen y Eileen, por el contrario, siguieron los preceptos de su madre, vivieron una vida humana feliz llena de amor y respeto al lado de sus parejas, murieron con ellos y tuvieron descendientes. Allen aportó gran número de hijos al mundo, Eileen la hembra que generación tras generación llevaría en su seno el poder.

» Siglos después, hacia el año 1600 se supo que, al sur de Europa, en España, se encontraban personas peculiares con dones curativos y poderes especiales, algunos incluso fueron acusados de brujos y herejes; Kalen supo inmediatamente que se trataba de la descendencia de Allen, Eileen o Cedric, así que confió a su primogénito predilecto, Enid, la tarea de buscarlos y ejecutarlos. Enid dejó en manos de Kalen la única hija por la que sentía devoción y fue con un grupo compuesto por los hombres más fuertes del clan tras la huella hallada para dar caza a toda la estirpe de sus primos, en especial a la de Eileen. Fue acabando con cada uno de ellos, pero la suerte no estuvo de su parte, y cuando los descendientes entendieron lo que pasaba, aunaron fuerzas para dar muerte a Enid y su grupo; y enviaron a la sucesora de Eileen a tierras aún más lejanas. Las Indias se habían convertido por aquel entonces en el lugar más propicio para desaparecer, de manera que fue enviada con un pariente para ocultarse, como entonces lo había hecho Aod con Allen e Eileen, algún día la descendencia de Eileen vendría a reclamar lo que le había sido arrebatado.

» La leyenda cuenta que el rastro de la descendencia de Eileen desapareció en ese momento; y que la hija de Enid, envilecida por la muerte de su padre, viajó al sitio donde murió y se quedó allí esperando a que la primogénita de Eileen volviera a reclamar lo que era suyo, para darle muerte; porque según el mito, ella volvería cuando la sangre bañara con su manto el signo de la estirpe pura... Y Granada sería su fin.

Había estado absorta completamente en la historia, hasta que oí su última frase... «Granada sería su fin», entonces palidecí y me estremecí, Nicolás se dio cuenta de mi desasosiego.

—¿Helen, te pasa algo? —profirió lleno de angustia—. ¿Qué sucede?

—Has dicho Granada, ¿no? —dije perpleja porque confirmaba toda la teoría que había estado imaginando desde que salí de su casa. Sina y sus amigas tenían algo que ver con lo vivido en Granada, su familia seguramente también, me había dicho que necesitaban saber quién era yo en realidad, venían de Europa y yo estaba en América «las Indias» ... habían hablado de Kalen... pensaban que yo podía ser la “elegida”. Eso significaba ¿la descendiente de Eileen?... también habían dicho que, si no era así, podía pertenecer al clan de Allen o Cedric... los dos que decidieron ayudar a Eileen. Mi cabeza daba tumbos intentando atar todo lo que Nicolás me había contado, estaba empezando a marearme... Y, ¿cómo encajaba él en esta historia? ¿Estaría por casualidad pillado en esta encrucijada? ¿Era cierto que no sabía nada más? Si no fuese así... ¿por qué era bueno conmigo? Y, ¿por qué me había contado todo eso, para que lo uniera y entonces lo apartara para siempre de mi vida? No tenía ningún sentido; la lógica apuntaba a que él no debía saber nada más de lo que me había contado... Incluso el que Sina lo quisiera para él significaba que estaba en peligro, porque lo utilizaría tarde o temprano para su fin de progenitor, y

posteriormente lo mataría para devorar su alma. Un frío recorrió todo mi ser, todo lo pensé en unos cuantos segundos, Nicolás no entendía nada de lo que pasaba por mi mente.

—¡Ey! Se trata sólo de una leyenda —dijo en tono amable y sonriente, y me cogió el mentón con su mano en señal de cariño y luego me abrazó a pesar de no entender mi angustia, podía presentir que lo estaba pasando muy mal, entonces bajé la guardia con él.

—Nicolás es posible que no haya sido del todo sincera contigo —le dije en tono más pausado.

—¡Vale! —exclamó por fin—, ¿me vas a contar qué es lo que te está pasando? ¿Por qué estás así? —yo moví la cabeza en señal de afirmación.

—Pero pensarás que estoy loca —dije calmadamente, pero con un nudo en la garganta y los ojos humedecidos—, no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—No digas tonterías; cualquier cosa que me digas voy a entenderlo, y no voy a decirle a nadie nada..., si es lo que quieres —y terminando la frase me besó la frente.

—De acuerdo... —y procedí a contarle lo que me había sucedido en Granada, advirtiéndole que nunca se lo había dicho a nadie. Luego le conté lo de Sina y sus amigas, y la conexión que había hecho con lo sucedido en Granada, y ahora con la historia que me había contado. Él se quedó perplejo escuchándome; luego le expliqué cómo me habían atacado, cómo me habían acorralado en su casa y me habían hecho levitar en su habitación; la cara de Nicolás cambiaba y pasaba del asombro a la incredulidad.

—Vale... esto es muy raro, Helen —dijo finalmente parándose en la arena y moviéndose alarmado de un lado a otro—, está claro que suena todo un poco a locura, ¡que no quiere decir que esté pensando que estás loca! ¿De acuerdo?, es sólo que es todo muy extraño... —no me miraba directamente a los ojos y no sabía muy bien qué estaba pensando.

—Nicolás no tienes por qué crearme y, si quieres dejarme, puedo entenderlo; pero he pensado en decírtelo porque creo que corres peligro... Si es cierto que Sina pertenece a ese clan y te quiere para ella, eso significa que... —inmediatamente me interrumpió.

—Oye, en serio... déjalo ya, ¿vale? —exclamó ofuscado—. No creo que exista tal clan, sinceramente pienso que es toda una coincidencia... y que has malinterpretado sus palabras... No hablan bien nuestro idioma y es posible que no les hayas entendido correctamente... —le interrumpí.

—Nicolás, por favor —supliqué.

—Y eso de levitar, ¿qué coño has tomado? —dijo bruscamente; él era el que se echaba hacia atrás ahora.

—Por favor —le imploré nuevamente. Pero hizo un gesto con sus manos en señal de apartarse de mí y caminó hacia las casas dejándome atrás. Yo me quedé parada en la arena mirando cómo se alejaba, y por mi rostro se resbalaron algunas lágrimas. Cuando llegó a la cima del malecón y, justo antes de entrar en la urbanización para perderse entre las casas, paró y se volvió hacia mí, desde lo lejos pude ver cómo me extendía su brazo en señal de que me fuera con él, sequé mis lágrimas y caminé hacia su lado, cuando llegué arriba le di mi mano y él se aferró a ella y me llevó hacia sí, me abrazó fuertemente.

—No voy a dejarte —exclamó algo ahogado y prosiguió—, siento algo muy profundo hacia ti, y no voy a detenerme ahora... Tampoco voy a permitir que nada malo te ocurra. —Parecía como si hubiese reflexionado durante el trayecto en el que había caminado hacia las casas—. No sé exactamente qué pensar de todo lo que me has contado, y ahora estamos muy cansados, déjame pensar qué vamos a hacer con todo esto, ¿vale? —Apoyé mi cabeza en su pecho y asentí, él me hacía sentir protegida—. No te voy a dejar sola, pero necesito tiempo para asimilar lo que me has dicho y ver qué vamos a hacer... Por lo pronto no se lo cuentes a nadie.

—Lo sé, pensarán que estoy loca ¿no? —Le miré a los ojos, él afirmó con la cabeza.

—Yo sé que no lo estás... Pero no todo el mundo pensará como yo... Y no quiero que nos separen. —Nicolás no estaba muy convencido de mi relato, pensaba que quizás me lo había imaginado; leía en su rostro perfectamente ese rasgo de incredulidad, pero no quería que me sintiese mal así que intentó apoyarme—. Déjame pensar qué hacer, dame esta noche y mañana veremos cómo lo solucionamos. —Y entonces me regaló una de sus hermosas sonrisas disfrazada en un rostro de preocupación que no podía ocultar; me dio un beso nuevamente en la frente y salimos caminando hacia su casa—. ¿Seguro que no has tomado nada?

—¡Noooo! —dije a regañadientes.

Cuando llegamos había un coche de policía aparcado en frente de su casa, nos acercamos rápidamente al portal y vimos cómo sacaban a unos cuantos chicos hacia la calle, la música había cesado y había poca gente revoloteando dentro.

—¡Esto se acabó! —exclamaba uno de los agentes—, por favor chicos marchaos a vuestras casas, ya habéis hecho bastante por hoy.

Nos acercamos al policía y Nicolás comentó:

—¿Qué ha pasado, señor agente?

—Es usted el dueño del domicilio, ¿no? ¿El hijo del señor Gotthelf? —comentó reconociéndolo.

—Sí, señor —contestó rápidamente Nicolás.

—Menudo jolgorio ha montado hijo, ¿sabe que esta es una zona residencial y no puede armarse tal alboroto?

—Lo siento señor, se nos ha ido de las manos...

—Y tanto... espere a que su padre venga; tendría con seguridad varias denuncias de los vecinos por ruidos si no fuese el hijo del director de NessUnion y, por tanto, los de al lado sus empleados; de todas formas, no le va a salvar de una demanda por los padres de un chico que vive en el pueblo y que al parecer le han dado una paliza en su casa.

—¿Una paliza? ¿Está bien el chico? —dijo Nicolás con gesto de preocupación e inmediatamente pensé: «Cómo pude imaginar que podía estar mezclado con esa gente, si es una buena persona, en vez de pensar en las demandas, sólo se interesa por la salud del chico».

—Bueno... un ojo morado y alguna costilla rota, nada de gravedad, pero ha podido ser peor... y ¿es que no estaba en su casa cuando esto ocurrió? —Nicolás me miró y luego se dirigió al agente.

—No señor, tenía otras cosas más importantes que resolver.

—¿Más que la juerga que se había montado en su casa?... Bueno, esto va a tener que explicárselo a su padre con suerte... sin ella, quizás a un juez.

—Lamento lo ocurrido, si puedo serle de alguna utilidad más, por favor, hágamelo saber —exclamó Nicolás con mucha cordialidad.

—Por lo pronto creo que tiene bastante trabajo intentando dejar su casa como estaba, ya hablaremos.

—Sí señor, gracias por todo —contestó Nicolás. El agente hizo un gesto con la mano de inverosimilitud; no podía creer tanta cortesía en un chico que había montado tal escándalo.

Entramos a la casa y terminamos de sacar a la gente que quedaba deambulando. En otra ocasión hubiésemos hecho algún comentario de “matar” a Vicky o a William, pero estábamos tan abrumados por la situación y lo que acababa de acontecer que no fuimos capaces de opinar, ni gesticular palabra. Nos limitamos a terminar de sacar a la gente que quedaba, a Laura y a Edmond ni siquiera los divisamos; habían desaparecido seguramente cuando habían visto llegar la policía,

sólo quedaban los borrachos que no habían podido percatarse de ello.

Una vez salieron todos, fuimos recogiendo el desorden, botellas por el suelo, comida y bebida regadas por todos lados, adornos rotos, en fin, un desastre completo. Terminamos casi dos horas después de empezar a organizar, ya eran como las cuatro de la mañana, cuando caímos extenuados sobre el sofá de la sala, ambos estábamos molidos, nos quedamos profundamente dormidos uno al lado del otro, sin poder movernos.

Cuatro horas después, cerca de las ocho de la mañana, oímos tocar a la puerta brutalmente, nos levantamos sobresaltados por el ruido y el sol que entraba a través de las persianas de la sala; Nicolás se incorporó y se dirigió hacia la puerta, yo me quedé sentada en el sofá totalmente ida. Abrió y dejó entrar a Edmond y a Laura, que parecía habían seguido la fiesta hasta esa hora.

—¿Dónde os habíais metido? —dije mirando a Laura con ojos soñolientos.

—¿Dónde? Pues donde la policía no nos encontrara. Vinieron a la casa, ¿lo sabéis? —parecían hiperactivos, quizás víctimas de la cafeína que habían consumido con tanta Coca-Cola para poder aguantar el ritmo de la noche; y quizás también con algo de alcohol porque su aliento denotaba rastros de ello.

—Laura... ¿has tomado algo? —dije confundida.

—Pues sí, un poco... ¿qué quieres? Me has dejado sin techo para dormir —dijo sonriendo, pero con tono irónico. Se notaba algo ebria.

—¿Sin techo? ¿De qué hablas?

—Se fueron y no nos dijeron nada, llegó la policía y salimos corriendo, luego fuimos a tu casa pensando en que estaríais allí, y nadie nos abrió, ¿recuerdas que íbamos a dormir juntas?... ¡pues no tengo llaves de tu casa!, y mis padres no me dejaron las de la ¡mía! —dijo en tono irónico.

—¡Ohhh...! —exclamé—, ¡lo siento de verdad!, es cierto, ¡perdóname por favor!... se me ha pasado por completo con tanto ajeteo —dije suplicante.

—Tranquila... —respondió—, no pasa nada, después de todo lo hemos pasado ¡genial! —y se fue recostando sobre uno de los sillones de la sala. A todo esto, Edmond se había sentado en el otro sillón y ya roncaba, Laura siguió hablando en un tono tan bajo que no pude escuchar bien lo que decía, hasta que se quedó totalmente dormida.

Me quedé mirando hacia Nicolás que seguía parado en medio de la sala, tenía el pelo desmelenado, como la primera vez que le vi, me miró y me sonrió; se fue hacia mí, se acomodó nuevamente en el sofá a mi lado, esta vez yo apoyé mi cabeza sobre su regazo.

—¿Quieres dormir en mi cama?, estarás más cómoda, yo me quedaré aquí —dijo dándome a entender que no me invitaba a hacer nada; sólo quería que yo estuviese bien, así que le respondí: —Donde tú estés quiero quedarme yo. —Esperando una respuesta de su parte. Entonces me abrazó y me besó en la frente, pero no dio señales de querer levantarse para irnos a otro sitio, así que nos rendimos nuevamente en el sofá presos del sueño y el cansancio.

Capítulo V

La casta de Kalen

Sina, Vera y Kilian atraviesan los pasillos de un gran castillo ubicado en las afueras de Granada; una fortificación originalmente árabe, convertida, después de las guerras y la expulsión de los mismos de España, en fortaleza occidental, y posteriormente adquirida por la descendencia de Kalen, restaurada como una joya de aquellos tiempos.

Avanzan rápidamente por aquellos patios con arcos ojivales, recargados de motivos orientales, hasta llegar a un aposento oscuro y sombrío, allí les espera una mujer que sólo dibuja su sombra al lado de un gran ventanal que deslumbra por la luz que atraviesa por él, no define muy bien si es una mujer mayor o joven.

—¿Y bien? —pregunta la mujer con voz sombría.

—Es cierto que es fuerte, como dijiste —exclamó Vera—. La pusimos a prueba y sacó las garras como lo hizo contigo hace unos meses.

—Pero no estamos seguras de que sea la descendiente directa de Aod —dijo Sina atropellando las palabras de Vera—, puede ser perfectamente de Allen o de Cedric.

—¿Te nublan tus celos, Sina? —expresó aquella mujer. Su voz era la de aquella mujer con la que Helen se había cruzado y aquella que tanto la mortificaba, es sólo que ahora tenía un tono algo distinto en su voz, quizás algo más rejuvenecido.

—¡No son celos! —dijo amargamente—. Es desconfianza... —suspiró y entonces prosiguió—. Sólo digo que es fuerte y sabe nuestro dialecto, pero no estoy segura de que sea la elegida —miró directamente hacia aquella señora que seguía en la penumbra y finalmente concluyó—, estoy casi convencida de que la han adiestrado en nuestras artes... y creo que sabe más de lo que dice.

—Entonces, ¿crees que finge?, ¿qué la han preparado?, ¿quizás sea otra treta que las castas de Allen y Cedric dejaron para nosotros? —dijo nuevamente la voz.

—No lo sé a ciencia cierta —comentó con cierto recelo—. Pero de ser así, habría que eliminarla —dijo tajantemente—, como a todos los que hemos encontrado... —su rostro denotaba envidia y amargura.

—¿Y si no fuese así?, ¿y si no la hubiesen preparado? —exclamó la mujer.

—Creo que estaríamos ante la descendiente de Eileen y Aod. —Rompió rápidamente su silencio Kilian, mirando a Sina con ojos de sentencia ya que no estaba de acuerdo con su comentario—. Si en realidad nadie le ha enseñado nada como dice, es imposible que tenga esa fuerza y ese poder; está claro que aun entrenando muy duro, no todos lo desarrollan de esa manera.

—Debo entender por esa afirmación que crees que es la descendiente directa —observó la mujer a Kilian.

—Creo que sí —exclamó.

—¡Ja! —exclamó en tono acusatorio Sina a Kilian—. ¿Y si te equivocas?, ¿despertaremos a Kalen de su reposo para llevarle a una posible descendiente de Aod?, y si no es así... Sabéis lo que dicen las escrituras del ritual ¿no?

—Sh, sh, sh... —susurró la mujer calmando los ánimos—. Nadie ha dicho que la llevaremos ante Kalen si no estamos seguros. —Se desplazó entre las sombras de la sala y se sentó en un amplio sillón isabelino, donde seguía su rostro oculto entre la oscuridad—. Pero tampoco la eliminaremos... —sentenció con sutileza—. Ya cometimos un error por imprudencia, afortunadamente no era la elegida, pero de haberlo sido, si la hubiésemos matado, Kalen nunca podría llevar a cabo el ritual y, sinceramente, no sé qué sería peor. De manera que no haremos nada, hasta que no estemos seguros. —Vera y Kilian afirmaron con la cabeza, Sina no hizo

movimiento alguno.

—¿Sina? —preguntó la mujer esperando su respuesta—. Quiero asegurarme de que lo has entendido... —De mala gana, también afirmó con la cabeza, pero acto seguido dijo: —¿Y ahora qué?

—Han desatado su duda —afirmó la voz.

—¿Y? —preguntó Vera desconcertada.

—Ahora es sólo cuestión de tiempo; ella ya sabe que no está segura en ningún sitio, incluso puede sentir desconfianza de todos. Se hará miles de preguntas e intentará investigar qué es lo que sucede... Ella misma nos dirá si es la persona que buscamos o no.

—¡Bien! —exclamó Sina haciendo una mueca con la cara en señal de desacuerdo; pero acatando las órdenes que recibía. Entonces apuntó Kilian:

—Pero aún quedan cabos sueltos... No hemos podido saber si aún es virgen.

Un tono de sarcasmo se apoderó de la voz de la mujer.

—Lo es... Basta con verla para saberlo. Además, eso ahora mismo es lo que menos me preocupa, lo será hasta que la necesitemos, si es la elegida... —Y les hizo un gesto con la mano de retirada.

Vera, Kilian y Sina se miraron entre sí, hicieron una reverencia con la cabeza en señal de despedida y se desplazaron hacia la puerta. La voz volvió a decir:

—Una cosa más, Sina; no volverás allá por un tiempo.

—¡Pero...! —exclamó renegando.

—Pero nada —cortó rápidamente aquella mujer—, de momento has sido útil, pero ahora hay que dejarla que respire. —Hizo una pausa y continuó—. No quiero que se sienta presionada para que pueda moverse libremente y averigüe lo que necesitamos por sí sola —Sina parecía entre desconcertada y contrariada—, es importante que así sea —recalcó mirándola; la pupila de sus ojos era lo único que podía observarse en aquella oscuridad—. Ya hablaré con Evelyn y Owen... —refiriéndose a sus padres.

—¡Ya! —respondió disgustada, pero aceptando nuevamente la orden, y salieron las tres de la habitación, aunque Sina de no muy buena gana.

Capítulo VI

La investigación

Dos días después de la fiesta que montamos en el chalé de los Gotthelf llegaron mis padres a casa, los de Nicolás aún seguían en México de segunda luna de miel afortunadamente. Siempre había tenido una confianza inmensa en mi madre, pero desde lo sucedido en Granada no había querido contarle nada al respecto porque se había puesto tan insistente con el tema del psicólogo que había cerrado las puertas a cualquier diálogo de este tipo. Ahora con el apoyo de Nicolás, sentía cierto desahogo con lo cual, la necesidad de comunicación de lo que estaba sucediendo con mi madre, se veía aún más mermada.

Eran como las ocho de la noche y estaban entrando en casa con las maletas de viaje; Laura aprovechó para despedirse de todos e irse a la suya con sus padres, que seguramente también estaban entrando por su portal, ya que se habían vuelto junto con los míos. Nicolás y yo, que estábamos viendo la televisión en la sala, también nos levantamos del sofá para dar la bienvenida a mis padres.

—Hasta luego, Laura —exclamó mi madre despidiéndose en la puerta de la entrada—. ¿Qué tal, Helen?, ¿cómo os lo habéis pasado este fin de semana? ¡Ya de vacaciones! —dijo sonriente entrando en casa.

—Bien —comenté.

—¿Sólo bien?, vaya por Dios, con qué energía habéis empezado el verano —comentó incrédula.

—¡Muy bien! —corregí abriendo mis ojos en señal de emoción evidentemente teatral.

—¿Qué tal les fue a ustedes? —intervino inmediatamente Nicolás, mientras le daba la mano de bienvenida a mi padre y un beso a mi madre.

—¡De maravilla! —exclamó mi padre—, esto tenemos que repetirlo más a menudo; pero la próxima os venís con nosotros, ¡no sabéis qué días de sol más buenos hemos pillado!, ¿no veis cómo estamos de bronceados...? —Mi padre hacía alarde de sus brazos y piernas de color canela.

—Ya veo, ya veo —dijo Nicolás siguiéndoles la corriente. Terminaron de meter todo lo del viaje, Nicolás les ayudó a sacar cosas del coche. Y luego subieron a las habitaciones a colocarlo todo un poco; mi madre volvió a bajar a la sala donde seguíamos sentados viendo la televisión y nos preguntó.

—¿Queréis que pidamos pizza hoy?, estoy un poco cansada del viaje como para cocinar algo.

—Por supuesto, señora Wolf, no podemos pretender que nos cocine sus delicias ahora —dijo Nicolás con cierta zalamería.

—¡No intentes hacerle la pelota a mi madre! —exclamé para dejarle mal porque se estaba pasando de caballeroso, y le di un puñetazo cariñoso en su hombro, todos reímos. Mi madre bajó al sótano a coger algunas cosas que necesitaba.

—¡Ya, brujita! Siempre dejándome mal parado —dijo sabiendo que me molestaba profundamente que me llamara así. Mi cara fue de rabia y volví a propinarle un puñetazo en el brazo, esta vez con tanta fuerza que me hice daño en la mano, él rio y me la besó. Mi padre que bajaba por las escaleras en ese momento se acercó y cogió el teléfono.

—Ok, pero antes de llamar pensar de qué la queréis ¿vale?, que mientras tanto tengo que realizar una llamada a Owen. —Y se quedó mirando a mi madre con cara de preocupación.

—¿A Owen? —exclamó Nicolás, observando sus caras—, ¿y eso? ¿Ha pasado algo? —Mi madre nos miró a los dos, a Nicolás y a mí, su rostro mostraba pesadumbre, y entonces comentó.

—Al parecer la abuela de Sina ha sufrido un infarto; toda la familia se ha desplazado a Granada

y están pendientes de su evolución —exclamó.

—¿A Granada? —preguntó Nicolás un poco aturdido, yo me había paralizado al momento.

—Sí, Granada... Al parecer su abuela es de allí.

—¡No! —dijo rápidamente Nicolás mirando a mi madre totalmente descompuesto—. Su familia es de Alemania, ¡de una ciudad llamada Worms!, incluso alguna vez hemos viajado allá. —Se los quedó mirando como esperando alguna respuesta más que aclarara la confusión.

—Sí, Nicolás, eso creíamos también nosotros —dijo mi padre mientras marcaba por teléfono—. Y efectivamente tiene a casi toda su familia en Worms, pero su abuela concretamente se estableció en el sur de España, en Granada, al parecer el clima le sentaba mejor por su enfermedad, o algo así... —E hizo un gesto con la mano, levantándola explicando que le habían cogido el teléfono. Mi rostro seguía inexpresivo, paralizado por lo que había escuchado porque, aunque había atado cabos y daba casi por sentado que Sina tenía alguna relación con la mujer de Granada, mi conjetura no era cien por cien segura, ella no me lo había dicho; y Nicolás pensaba que estaba equivocada. Ahora la duda se convertía en certeza y aquella mujer mayor podía ser perfectamente la abuela de Sina. Todo empezaba a entremezclarse y tenía relación; mi miedo se iba incrementando por segundos y el desconcierto de Nicolás era cada vez mayor, y su rostro lo demostraba.

—Chicos, ¿sucede algo? —preguntó mi madre mientras subía del sótano observando mi palidez y la cara de desconcierto de Nicolás. Entonces escucho a mi padre hablar con la familia de Sina; parecía como si mi madre quisiera decirme algo, pero estaba esperando a que yo diera el paso o que quizás Nicolás no estuviese. Yo negué con la cabeza a su pregunta; entonces me dijo mirándome—. ¿Seguro?

—¡En absoluto! —arremetió Nicolás rápidamente pisando aun las palabras de mi madre—. Es sólo que teníamos una apuesta Helen y yo, y ¡al parecer me ha ganado! —dijo con una sonrisa en los labios, disfrazando su asombro y mirándome en señal de complicidad. Mi madre observó nuevamente mi rostro, pero yo hice un gran esfuerzo en disimular, puede que no se lo hubiera creído del todo, pero finalmente apuntó:

—Bueno, entonces ¿de qué pedimos la pizza? —dijo mi madre, aún sin quitarme los ojos de encima. Todos comentamos la elección intentando distraer la situación; la pedimos y nos sentamos a terminar de ver la televisión con un oído en ella y otro pendiente de la conversación de mi padre, que en realidad fue muy corta; sólo pudimos apreciar que explicaba lo mucho que lo lamentaba, que estarían pendientes de la evolución de la abuela y que no se preocupara por la empresa, no era necesario que se desplazaran nuevamente hasta nuestra ciudad, que se tomaran el tiempo que necesitaran. Cuando terminó la conversación nos comentó que lo más seguro era que Sina y su familia no volverían hasta pasada una temporada.

Finalmente llegó la pizza, la comimos frente a la televisión y mis padres se despidieron subiendo por las escaleras a su habitación; Nicolás y yo nos quedamos un rato más en la sala. Una vez comprobamos que no bajarían pudimos hablar con más tranquilidad.

—Nicolás, ya no puedes negar que todo coincide, ¡que tengo razón! —él me interrumpió al instante.

—Lo sé, le estoy dando vueltas a todo lo que me dijiste; a lo que ha comentado tu padre ahora... y estoy desconcertado. —Su cara expresaba total preocupación—. Nunca he notado nada raro en ellos, parecían personas normales, que... ¿Qué querías decir con un idioma extraño exactamente?

—Pues no lo sé con certeza, también es desconcertante para mí, porque ellos pueden ser “raros” ..., pero el tema que me preocupa es que yo también lo soy. Para empezar, no sé cómo les

entiendo, ¡pero lo hago!... y no sé cómo explicártelo —comenté aturdida.

—Vale... —expuso Nicolás e, intentando tomar el control de la situación sin ofuscarse, prosiguió con calma—. Vamos por partes... hace unos meses cuando viajaste a Granada, te sorprendió una mujer que hablaba ese mismo idioma, o lo que sea... ¿no?

—Correcto —dije y escuché atenta esperando a que él hallara una conclusión más lógica a todo ello.

—Bien. —Cogió aire desde sus pulmones y prosiguió—. Ella te increpó y tu reaccionaste ¿mal?

—No exactamente... Yo me sentí atacada y no recuerdo qué hice o dije, pero ella se apartó velozmente de mí.

—Bueno es normal hasta ahí, ¿no?... una señora mayor que te agrede y tú que eres más joven la agredes también... ella sale corriendo para defenderse —le interrumpí.

—Nicolás... ¡mi piel parecía que quemaba y mis ojos que echaban fuego! Me lo he repetido una y mil veces en mi cabeza, tuve que hacer alguna especie de reacción química, o algo... incluso un perro se apartó de mí... ¡un perro! —Mi cara ahora era de angustia.

—¿Qué quieres decirme?, ¿qué te transformaste en Hulk o algo parecido? —Nos miramos y durante los primeros segundos sólo había desconcierto y, finalmente, echamos a reír bajito esperando no levantar a mis padres—. Entiendes que no puede ser, quizás generaste tal adrenalina que... —nuevamente le interrumpí.

—¡Vale!, adrenalina o lo que haya sido lo repetí otra vez en tu casa con Sina, Kilian y Vera.

—Ok, digamos que generas una especie de adrenalina que intimida a los demás... No lo utilices conmigo, por favor —dijo en tono burlón y yo golpeé su hombro en señal de inconformidad, estaba bromeando con un tema que era algo muy difícil para mí.

—Nicolás, ¡esto es serio!, estoy intentando encontrar una respuesta a todo ello. ¡Por favor! —supliqué.

—Está bien, sin cachondeos. El tema es que intimidas cuando te sientes acorralada, tu piel quema y tus ojos igual, entiendes una especie de “lengua extraña”, levitas... algunos lo confundirían en otras épocas con brujería.

—Ambos nos miramos seriamente—. Y hoy en día te dirían que tienes esquizofrenia o algo parecido, así que de momento no se te ocurra decírselo ¡a nadie!, ¿entiendes lo complicado que es esto?

—Verás... —confesé—, me has interrumpido hace un rato, pero pensaba que ya debía saberlo mi madre.

—¿Tu madre?! —dijo entre pregunta y exclamación—. Ahora sí creo que estás ¡loca!, ¿quieres que te mande a un psiquiatra?

—No conoces a mi madre... ella no —me interrumpió.

—¿Ella no qué? —dijo algo ofuscado—. Sé que quiere lo mejor para ti..., pero ha estado pensando hace rato que necesitas ayuda psicológica, y con lo que estás contando ahora va a pasar de psicólogo ¡a psiquiatra!, ¿no lo ves?... no puedes ir contando esta historia, Helen, no hasta que podamos tener pruebas contundentes que lo avalen.

—¿Que tengamos pruebas?, ¿me ayudarás? —dije aliviada mirándole a los ojos, porque conocía su respuesta, me sentía unida a él.

—¿Cómo crees que voy a dejarte sola con esto? —Entonces me abrazó fuertemente suspirando.

—Y ¿qué pruebas son esas?, no sé por dónde empezar.

—Bien, hay una parte que nos falta analizar; dices que mencionaron a todos esos nombres de la leyenda que te conté, como si tuviesen alguna relación contigo, ¿no?

—Sí —dije confusa y proseguí—, dijo algo de mi descendencia, como si tuviese que ver con alguno de ellos, o algo así...

—Helen, ¿te sonaban esos nombres antes de oírlos de boca de Sina y sus amigas?

—Creo que no... —dudé un poco.

—¿Crees?, esto es muy importante —concluyó.

—¿Por qué lo crees así? —pregunté.

—Verás... atando todo de manera hipotética, si ellos son una especie de congregación o algo así... que están buscando a personas que descienden de ellos... y creen que tú eres una; habría que saber si eso es cierto, para saber a qué nos enfrentamos. Si encima entiendes su idioma y tienes algún don o “poder”, o como lo quieras llamar, es posible que tengan razón, ¿no? —Yo escuchaba atenta, porque también lo había pensado.

—¿Quieres decir que en realidad soy una “rara”, una bruja... o lo que sea?

—No lo sé, pero hay que averiguarlo.

—Entonces mi familia también lo sería ¿no?, y lo sabría... ¿No crees? y, en todo caso, me habrían contado o preparado.

—No estoy tan seguro... ¿Recuerdas la leyenda que te conté?

—Intenté recordarla y mirar a dónde quería llegar—. Verás... los descendientes de Eileen, Allen y Cedric, que son los que mencionaste, vinieron a tierras “lejanas” que entonces se conocían como las Indias, y se perdieron entre las gentes con el fin de que el clan de Kalen no los encontrara. Quizás con el tiempo, ¡que han sido siglos!, la historia se ha perdido o se ha ocultado de manera intencionada para que nadie los encontrase. En principio los hombres tendrían hijos y hermanos..., pero Eileen, la primogénita elegida, sólo tendría una sola hija, mujer... ¿eres hija única?

—Sí. —Me parecía todo demasiado retorcido, pero no dejaba de tener algo de lógica.

—Y ¿tu madre?

—También —dije pensativa—, y mi abuela, y creo que mi bisabuela también... Pero no sé mucho más, además, puede ser coincidencia, ¿no?

—¿Quizás! —dijo con los brazos abiertos—, pero en todo caso empiezan a ser demasiadas coincidencias, ¿no? —Pasé mis manos por la cabeza y me eché hacia atrás recostándome en el sofá.

—¿Qué soy, Nicolás? —dije algo confusa y con pesadumbre—, debemos hablar con mis padres...

—¡Aún son conjeturas, Helen! —exclamó—, si es todo casualidad, vamos a tener un problema grave con tu madre y tu padre.

—¿Y entonces qué?, ¿qué podemos hacer?, no sé cómo investigar mi pasado... ¡es absurdo! —dije desesperada.

—No te suena nada, ¿no? —preguntó Nicolás nuevamente y yo negué con la cabeza.

—Por eso insisto, creo que debería comentarlo al menos con mi madre... Si todo es cierto, quizás ella sepa algo... Y pueda ayudarnos... quizás... —interrumpió y prosiguió como si no hubiese escuchado mis últimas palabras.

—Bien, vamos a descansar que ya es tarde y mañana nos espera un día largo de investigación. Tendremos que organizarnos para que nos rinda en estas vacaciones y averiguar todo lo que podamos para estar preparados para cuando regrese Sina, ¿de acuerdo? —dijo con una sonrisa en su rostro y con cara de cansancio.

—No sé qué haría sin ti en este momento —le contesté—, pero... —me puso su dedo en mi boca y me dio un beso en la frente, me agarró por la cintura y me acercó a él para darme

finalmente un beso intenso en la boca que me dejó sin aliento, finalmente nos separamos físicamente y caminamos hacia la puerta, él se adelantó unos pasos hacia la salida, mi corazón quería salirse por la boca, a veces sentía que podía hacer todo lo que él me pidiese sin rechistar. Antes de irse se volvió hacia mí y me dijo:

—Sé que estás muy tentada de comentárselo a tu madre, es normal —dijo apartando de mi cara con suavidad el flequillo que tenía—, tienes una relación muy fuerte con ella, pero esto que me has contado es muy difícil de entender y no quiero que nos separen; si lo haces, ¿no podré ayudarte! —dijo mirándome a los ojos fijamente—. No quiero que te lleven a un psiquiátrico si ella tampoco lo sabe, ¿a qué no has contado con eso? —Yo pensé un segundo y lo entendí rápidamente, era posible que ¡ella tampoco supiese nada!, entonces prosiguió—. Si ha pasado tanto tiempo, probablemente ella ni siquiera esté al tanto de todo esto, igual que tú. Yo te creo y, antes de nada, vamos a averiguar bien, necesitamos pruebas; si no encontramos nada, veremos de qué forma lo plantearémos a tus padres, ¿de acuerdo? —dijo esperando una respuesta de mi parte, yo afirmé con la cabeza—. Pero, por favor..., no hagas nada que no estemos de acuerdo los dos... Por favor... —suplicó nuevamente con esos ojos hermosos a los que nunca podía negar nada, de manera que volví a afirmar con la cabeza y nos despedimos.

Las siguientes semanas y durante todas las vacaciones pasábamos el día juntos investigando, nos íbamos a su casa o a la mía y nos internábamos largas horas por Internet buscando datos, intentábamos disimular cada vez que pasaba mi madre o la suya, que ya había llegado de su segunda luna de miel; cambiando rápidamente la pantalla del ordenador por juegos o temas actuales, aunque nuestra intención era empaparnos de diversos temas que debíamos unir; la historia de los bárbaros, aún más atrás la de los celtas y leyendas de los mismos; en otras ocasiones buscábamos saber más de la familia de Sina, así que mirábamos artículos relacionados con su familia, incluso también empezamos a tomar nota de direcciones y sitios donde pudiésemos buscar información de registros de personas, a ver si podíamos encontrar algo más de mis propios antepasados. Íbamos brincando de tema en tema intentando unir datos; también pasamos por la biblioteca del pueblo, accediendo a todo lo que teníamos a mano, hasta que se nos agotaron los recursos, porque en aquel pueblo tan pequeño, y por Internet, no podríamos averiguar nada más. Datos derivados de esa primera investigación nos arrojaron direcciones como los archivos de registros de nacimiento, donde podíamos seguir encontrando de dónde procedía mi familia, me hice un árbol genealógico hasta mi tatarabuela, que era hasta donde recordaba, y con ese último nombre, que también por cierto era Helen Bach, buscamos un punto de partida para nuestra investigación real, la de mi familia... de dónde provenía.

Nicolás encontró en Jacksonville, la ciudad grande más cercana a nuestro pueblo a unos cuarenta minutos en coche, un archivo de registros de nacimiento que estaba conectado a todos los archivos del país, así que inventamos que ese viernes nos iríamos de compras al pueblo vecino para pasar el día. Sus padres y los míos aceptaron porque les dijimos que iríamos en grupo con Vicky, Laura, Edmond y William, y a nuestros amigos les pedimos el favor de que nos encubrieran; ellos tenían planes para irse al pueblo vecino en realidad, con lo cual fue muy sencilla la treta; sin embargo, no pudimos evitar los comentarios de los cuatro respecto a esa intimidad que pedíamos: «¡Ahhhh!... ya sabíamos que tarde o temprano necesitaríais estar solos...» o comentarios como: «¡Mira! Los más mojigatos...», Nicolás intentó explicar que no era nada de eso, pero los comentarios eran cada vez más sarcásticos y subidos de tono; así que decididamente los omitimos porque los necesitábamos para lograr nuestro plan.

Esa mañana salimos muy temprano en dos coches, yo tenía por aquel entonces dieciséis años y Nicolás diecisiete, de manera que tenía un permiso especial para conducir que le habían sacado

sus padres, al igual que William y Edmond, con lo cual no había problema para conducir por la carretera. Ellos cuatro evidentemente se fueron en el coche de William y nosotros dos en el coche de la madre de Nicolás, un mercedes CLS; una vez salimos de nuestro pueblo nos despedimos y tomamos caminos distintos.

Llegamos sobre las diez de la mañana a la ciudad, desayunamos bien porque sabíamos que no pararíamos a comer, teníamos el tiempo contado, la investigación iba a ser larga y teníamos aún la vuelta; habíamos quedado con nuestros amigos en volver al pueblo sobre las siete de la tarde para que no se hiciese tan de noche, así que nos dejaba sólo unas siete u ocho horas de investigación, que para todo lo que había que ver era poco. Una vez bien desayunados, nos fuimos directamente al archivo, nos hicimos las tarjetas respectivas para que nos dejaran entrar en sus instalaciones, Nicolás llevaba todos los permisos oportunos que había sacado con anterioridad, ya que nos los habíamos bajado por Internet desde casa. El acceso era bastante restringido y, a no ser que llevaras todos los permisos en regla, no te dejaban entrar, tuvimos que demostrar mi identidad con los documentos que portábamos para acceder a la búsqueda de los archivos de mi familia; pero fue sólo después de una media hora de inspección, cuando finalmente aprobaron nuestros documentos y nos dejaron entrar. Era un antiguo claustro religioso en pleno corazón de la ciudad, reformado con mucho estilo, tenía adosado a uno de sus costados un edificio de cristal totalmente moderno y equipado con alta tecnología. Después de acceder por los pasillos gigantescos del claustro, llegamos hasta el límite con el nuevo edificio que sumaban unas diez plantas en total, subimos a un ascensor de cristal que nos dejó en la cuarta planta, llevábamos puestas unas tarjetas de visita que reconocía el ascensor y te dejaba en el piso que habías solicitado. Se abrieron sus puertas y accedimos a una gran sala totalmente abierta, llena de mesas con ordenadores y estanterías que la bordeaban a su alrededor rodeadas de archivos, como una gran biblioteca informatizada; se podían observar vigilantes por toda la sala velando por la seguridad del lugar y una mesa de recepción con una chica morena muy estilosa detrás de ella, que nos miraba fijamente cuando salimos del elevador.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó en tono amable, nos acercamos al mostrador y Nicolás le explicó la situación, así que inmediatamente nos asignó un ordenador donde pudimos acceder al histórico de los registros de nacimiento de mis antepasados.

Todo estaba informatizado y cada dato del ordenador te llevaba a un número que confirmaba en qué parte de las estanterías de la sala podías encontrar el documento físico, copia del original que estaba guardado y era controlado por otra área del centro y que, para acceder a él, era necesario pagar un alta suma de dinero. En todo caso, como nuestra investigación no tenía ningún carácter oficial, ni necesitaba copias compulsadas, este piso era ideal para nosotros, podíamos acceder a las copias originales de todos los registros necesarios y disponíamos incluso de una fotocopidora en caso de necesitar sacar copias, que funcionaba con monedas o tarjeta de crédito; y también teníamos acceso a una impresora, si lo que necesitábamos era imprimir desde el ordenador, también pagando al final con el número de copias que sacáramos. Todo estaba totalmente controlado e informatizado. El único comentario de Nicolás fue «¡Vaya! Tanta tecnología y no podemos bajar la información con un *pendrive*... Tenemos que imprimirlo todo gastando papel y tiempo... esto son cosas del estado...», pero inmediatamente fuimos sentenciados por un largo *¡Shhhhh!* del celador que rondaba por allí.

Buscamos por el nombre de mi tatarabuela, Helen Bach, y encontramos el de sus padres, luego nos remitimos a los archivos físicos donde constaba si habían tenido más hijos y sus nombres de ser así; no encontramos ninguno, sólo el de Helen. Estuvimos así sucesivamente hasta encontrar a la última de la familia que estuviera datada o censada. Encontramos muchas generaciones atrás,

todas habían tenido una sola hija, había sólo dos casos que registraban algunos niños más, pero no estaba clara la información y eran muchos documentos para leérselos en tan corto tiempo, era imposible definir si eran hijos naturales, ya que en algunos aspectos de la investigación parecía como si fuesen de acogida, y por alguna razón habían sido registrados como hijos suyos, pero era documentación muy antigua, muy larga de leer y no estaba clara como para asimilarla en tan corto espacio de tiempo. No habíamos perdido la capacidad de asombrarnos y, aunque esperábamos que esto fuese posible, según la teoría de Nicolás y los descendientes de Aod, no dábamos crédito a lo hallado. No podíamos hablar en alto porque había gente en la sala concentrada haciendo también sus investigaciones, pero nuestras miradas lo decían todo, de vez en cuando y en voz muy baja hacíamos alguna observación, pero inmediatamente había gente que nos miraba con ojos de reclamo; era aún peor que una biblioteca, porque seguramente la gente que estaba allí iría por trabajo, habría mucho investigador privado, gente que necesitaba mucha concentración. De manera que hicimos todas las fotocopias oportunas para analizarlo mejor una vez llegáramos a casa, fechas, nombres, datos de nacimiento y todas las derivaciones familiares de las dos antecesoras que habían tenido más hijos.

Salimos sobre las seis y cuarto de la tarde, llenos de papeles hasta arriba, en cuanto pisamos la calle a la salida del archivo nos atracamos a comentar sin parar de hablar de todo lo que habíamos encontrado, estábamos eufóricos porque la investigación había sido un éxito y tendríamos mucho trabajo para analizar en casa, buscamos un sitio de comida rápida cercana y devoramos unos sándwiches que pedimos sin parar de platicar; finalmente cogimos nuevamente la carretera para volver a casa. Después del día tan intenso de viaje, el palizón de la investigación, la atiborrada de comida rápida que nos habíamos pegado y la conversación tan enérgica que habíamos tenido, terminé en el coche exhausta, sin palabras, mirando por la ventanilla que había bajado para recibir todo el viento de la carretera que provenía del mar, porque lo bordeaba gran parte del trayecto. De vez en cuando nos cogíamos de la mano y nos hacíamos alguna caricia en el rostro, para nuevamente seguir absortos, cada uno en sus pensamientos.

Pasamos meses intentando aclarar todo el papeleo que nos habíamos traído, organizándolo en un árbol genealógico a mano; a menudo teníamos que buscar más papel y pegarlo con celo para continuar porque no era suficiente..., por lo menos unas veinte generaciones más encontramos hasta el siglo xvi, que fue cuando mis antepasados pisaron tierras americanas, antes de eso no sabíamos absolutamente nada. Las dos generaciones que poseían más hijos las estudiamos con calma, renglón por renglón, y sacamos varias conjeturas, pero tampoco nos permitían definir si eran ciertas en su totalidad. Nicolás de vez en cuando me preguntaba si me sonaba haber escuchado alguno de esos nombres, yo insistía alguna vez si no era el momento de contarle a mi madre..., pero siempre terminábamos igual, aún no era el momento; y seguíamos sin tener nada contundente. Toda la investigación la teníamos en casa de Nicolás porque sus padres se metían poco en sus asuntos, en la mía hubiese sido imposible ya que me madre, seguramente, habría encontrado los papeles de la familia y nos habría preguntado lo que estábamos haciendo. El cuarto de estudio de Nicolás lo teníamos invadido de papeles por todos lados, la excusa que daba todos los días en casa, cuando me iba a la de Nicolás, era que teníamos que estudiar, repasar para un examen o hacer algún deber en grupo, ya que habíamos empezado la jornada escolar; mi madre de vez en cuando me preguntaba que por qué ya no lo hacíamos en casa, y yo le explicaba que en casa de Nicolás teníamos más espacio y una habitación designada para ello, eso no la dejaba conforme, pero por lo menos la apaciguaba.

—¡Helen! —exclamó mi madre un día que me vio disponerme a salir de casa después del cole para ir a la de Nicolás—, ya sé que estudias mejor allí que aquí, pero me da vergüenza abusar de

los padres de Nicolás, deberías alguna vez hacerlo aquí... ¿no?

—Mamá... —dije abrumada—, ya hemos hablado de eso y a la madre de Nicolás ¡no le importa!

—Ya lo sé... —comentó resignada—. Qué va a decir... Yo haría lo mismo, pero entiende que es demasiado, Helen; es casi todos los días.

—¡Tenemos muchos deberes! —dije disgustada y mi madre se quedó mirando un poco incrédula.

—Hace mucho tiempo no hablamos, Helen, estoy preocupada —suspiró levemente—, desde que llegó la familia Gotthelf a nuestras vidas todo ha cambiado entre nosotras; ya no me cuentas nada, esto parece casi un hotel, duermes, comes y te vas... incluso ya a veces ni comes porque lo haces allá —sonó a manera de reproche, así que le contesté.

—Mamá, es un curso muy difícil este año y tengo que estudiar mucho.

—No digo que no cielo —dijo cariñosamente—. Sólo digo que no quiero que te distancies de mí, que aparte de lo que tengas que estudiar, también puedes seguir contándome las cosas... de verdad creo que últimamente estás muy rara.

—Mamá, te he dicho que este año está siendo muy difícil.

—Y no será más bien ¿Nicolás? —preguntó sin reparo.

—Ja... —sabía que iba a coger por ese camino, así que suspiré y le dije—. Bueno, ahora tengo novio y también tengo que dedicarle tiempo, me reparto lo que puedo ¿sabes?

—Ya..., pero te has olvidado de hablar conmigo. —Sus ojos se llenaron en lágrimas, y prosiguió—. Antes me contabas todo, ya sé que estás en una edad en la que seguramente no quieras explicarme o decirme muchas cosas; pero soy tu madre y sólo quiero que sepas que te quiero y que aquí estaré y puedes contarme lo que sea que lo entenderé, sabes... —Me quedé mirándola fijamente porque me dio pena su rostro, por primera vez en mucho tiempo no vi reproche, sólo a la madre que siempre había admirado y querido, y a la que hace tiempo ya casi ni la veía. Mi corazón dio un vuelco y la abracé; ella me devolvió el abrazo y estuvimos así unos minutos, parecía como si estuviera llorando por dentro, pero no me lo decía y mi pena se hizo aun mayor porque tenía razón, ella sabía que le ocultaba algo más y que no se lo decía, en ese momento pensé que quizás había llegado la hora de ser abierta con ella, pero al instante sentí una presencia detrás de mí.

—Buenas tardes, señora Wolf —exclamó Nicolás.

—Buenas tardes, Nicolás —dijo mi madre mientras nos soltábamos y ella secaba sus ojos.

—¡Vaya! Creo que interrumpo en mal momento, puedo volver después. —Y se dirigió nuevamente hacia la puerta que seguía abierta.

—No pasa nada —dije—, es sólo que hace rato que no nos dábamos un abrazo ¡de esa magnitud! —Reímos juntas mi madre y yo en complicidad.

—Eso está bien... los abrazos son importantes —dijo Nicolás un poco cortado, sin saber mucho qué decir—, en fin... Tenemos que estudiar, Helen, si quieres hoy en tu casa, ¿le parece bien, señora Wolf? —Parecía como si nos hubiese leído el pensamiento y supiese lo que estaba pasando, queriendo dejar contenta a mi madre. No lo podía creer, era muy hábil ganándose a la suegra, porque logró en mi madre una sonrisa de oreja a oreja, e inmediatamente contestó:

—¡Pues os prepararé lo que queráis de cena!, decirlo y chef Isabella se pondrá con ello. — Todos reímos y fuimos entrando a casa, Nicolás y yo nos dimos ese día de descanso en la investigación y repasamos nuestros deberes oficiales del colegio, que tampoco podíamos descuidar. Pasamos una tarde amena con mi madre ayudándola en la cocina para terminar el día, y por la noche cenamos todos juntos, con mi padre que también había llegado de la oficina,

hablamos de todo, reímos y finalmente en la noche Nicolás cruzó el portal hacia su casa. Todo quedó en paz, Nicolás parecía tener siempre la clave para volver a dejarlo todo en su sitio, tal y como lo quería y sin perturbar a nadie; era un mago para resolverlo.

Capítulo VII

La comprobación

Pasaron los meses y la investigación se atascó, había llegado el frío invernal, las fiestas de diciembre, la Navidad, el fin de año y estaban próximos mis diecisiete años. Era la segunda semana de diciembre y la empresa, como era costumbre, organizaba algunos eventos para sus empleados por estas fechas, juegos y fiestas para el disfrute de ellos y sus familias.

Justo unos días antes de entrar en las vacaciones, y ya terminando los exámenes finales, decidimos Nicolás y yo hacer una limpieza en su cuarto de estudio y recoger todo el papeleo que aún seguía esparcido por toda la habitación; estábamos en ello, cuando sentimos una voz dentro de la alcoba que nos sorprendió, porque normalmente nadie entraba allí; incluso el mismo Nicolás había advertido a su madre que no tocara nada, ni dejara a nadie acceder porque tenía información de unos trabajos importantes que no queríamos en principio compartir con nadie, ya que se trataba de un trabajo final.

—¡Hola, chicos! —dijo Vicky, Nicolás y yo volvimos hacia ella inmediatamente pasmados porque aún había muchos papeles por todos lados—. Así que éste es el garito donde “estudiáis” —dijo esta última palabra utilizando sus dedos para simular las comillas.

—Sí —dijo Nicolás con énfasis—, donde estudiamos... y, si no te importa, sin las comillas que estás haciendo con las manos —dijo en tono de reproche, Vicky rio—, además, estamos recogiendo, ¿nos vemos más tarde? —preguntó en tono no muy amigable, yo estaba cortada, no quería que viera un solo documento, pero estaba tan aturdida ya que no sabía qué hacer o decir.

—Vale... Ya me voy, ¡qué amabilidad! —dijo dándose la vuelta sin dejar de husmear lo que veía, de pronto se paró en seco y miró hacia el escritorio que tenía justo al lado—. Pero ¿qué es esto? —Había encontrado justo mi árbol genealógico extenso como un mapamundi, pegado con por lo menos diez hojas con celo, imposible de pasar desapercibido—. Un árbol genealógico de... ¿Helen? —dijo cogiéndolo entre sus manos, yo seguía pasmada y Nicolás corrió saltando por entre los papeles que estaban en medio para llegar hasta allí, y lo arrancó de sus manos.

—Ok, Vicky, ¿qué quieres? —dijo Nicolás muy enfadado.

—¿Yo?... nada —dijo sorprendida—. Sólo venía a ver qué hacíamos, hemos terminado los exámenes y quería organizar algo con vosotros; Laura también viene para acá, junto con William y Edmond, pero estáis tan raros que mejor les digo que nos vamos para otro lado. —Miré a Nicolás con los ojos como platos y enseguida interrumpí.

—Oye, Vicky, lo siento... estamos siendo muy bruscos contigo y no es justo, es sólo que nos has pillado en un momento complicado.

—Ya... —comentó con cara de pocos amigos.

—¡No!, es cierto, es... —Y entonces se me atravesó una idea para salir del paso—. Es sólo que no queríamos decírselo a nadie... Lo que has visto es mi vida familiar resumida porque he tenido dudas de si era adoptada —afirmé con la mayor tranquilidad, disimulando aquella mentira piadosa que contaba.

—¿Adoptada? —dijo incrédula.

—Sí... adoptada —proseguí—, llevo un tiempo dudando de ello y no quería decírselo a nadie, Nicolás me ha ayudado bastante.

—¿Por eso habéis estado tan raros estos meses? —comentó.

—Sí —dijimos al unísono Nicolás y yo, Nicolás también había visto la luz en esta idea.

—Ya lo habíamos comentado todos; no sabíamos bien lo que os traíais entre manos, pero sabíamos que era algo raro —comentó Vicky.

—Lo siento de verdad —comenté—, incluso ni mi familia lo sabe... Por favor, Vicky, te pido que no se lo digas a nadie, esto está siendo muy difícil para mí, eres la única persona que lo sabe aparte de Nicolás y supongo que su madre... que es una tumba.

—Vale —exclamó finalmente después de mirarnos a la cara—, juro que no diré nada a nadie, pero me vais a tener que explicar qué es lo que habéis encontrado, porque no me vais a dejar así, ¿no? —Nicolás y yo nos miramos sin saber qué decir.

—¿Y bien?, ya os he jurado que no le diré a nadie nada —dijo suplicante.

—Ok —exclamé— verás... —Y le señalé mi árbol genealógico—. Ésta es toda mi familia y al aparecer sí soy hija de mis padres, es sólo que me surgió la duda y necesitaba comprobarlo; tampoco hay mucho más que decir —expliqué muy trabada y entrecortada.

—¡Esto es una pasada!, y ¿dónde habéis conseguido toda esta información?, yo quiero una cosa así también de mi familia.

—Por favor —exclamó Nicolás—, no seas tan infantil, no ha sido por gusto, ni por hobby; además lleva mucho trabajo.

—¿Recuerdas la vez que nos fuimos de paseo —dije entre comillas con los dedos— y nos separamos?, hace un par de meses.

—Sí —afirmó Vicky recordando.

—Pues nos fuimos a investigar todo esto a un archivo histórico de donde bajamos toda la información; si quieres, otro día te doy más datos, ¿vale?, pero ahora necesitamos organizar todo esto.

—De acuerdo —suspiró—, veo que me queréis echar rápido de aquí, pero sólo una cosa... No eres adoptada entonces, ¿no?

—¡No! —respondimos Nicolás y yo al unísono.

—Ok... ok —dijo apaciguando nuestros ánimos—, era sólo una pregunta —dijo viendo el largo árbol—. Y... una cosa más, tu árbol es muy raro o no has puesto a todos tus tíos y demás familiares; mi madre tiene sólo hasta mi tatarabuela y creo que son más que todos los tuyos juntos —Rio.

—Sí —dije intranquila viendo que se había dado cuenta de ese detalle—, al parecer somos muchos hijos únicos —dije mirando a Nicolás.

—¡Qué pasada!, ¿no?... por eso serán todos tan consentidos. —Rio, yo sólo hice una mofa, así que remató—: ¡Vaya!... Los raritos, ¿no? —volvió a reír, de pronto oímos a la madre de Nicolás que subía las escaleras y decía en voz alta.

—¡Nicolás!, aquí están Laura y Edmond, y veo a William llegando también.

—¡Por favor! —supliqué a Vicky—, no quiero que nadie sepa nada de esto —Vicky asintió con la cabeza y dijo:

—No os preocupéis, yo me encargo, os lo he jurado... ahora mismo bajo y les digo alguna cosa; que no podéis ahora y que nos encontraremos más tarde en la heladería, ¿vale? —asentimos los dos con la cabeza—, nos vemos después allí.

—¡Gracias! —dije finalmente cogiendo sus manos, ella bajó rápidamente las escaleras, escuchamos una algarabía abajo y vimos por la ventana cómo se iban, sólo se escuchaban a lo lejos.

—Son unos abiertos, malos amigos, frikis... —comentaba William, Laura le daba en la cabeza y Vicky les explicaba—, no, en serio, están los pobres jodidos, la madre de Nicolás les ha dicho que no salen hasta que lo organicen tooodoooo... —Rieron y se fueron.

Nicolás salió al pasillo buscando a su madre, a la que siempre llamaba por su nombre, entre ellos parecía siempre haber una relación distante.

—¡Kendra!, ¿por qué le permitiste entrar? —Oí cuando le reclamó en mal tono a su madre.

—Nicolás, pensé que ya habíais entregado todos los trabajos; no encontré nada de malo en hacerlo.

—Pues has debido avisarme antes, sí que tenía cosas que no quería que nadie viera.

—Lo siento, hijo —dijo la madre algo confundida, pero al mismo tiempo muy fuerte y dura—. No tenía idea de eso... —Oí un suspiro y todo se calmó. Entró nuevamente en la habitación, cerró la puerta en seco y me miró.

—¡Lo siento, Helen! —dijo con cara de preocupación.

—Tranquilo... no pasa nada. Estoy segura de que Vicky no dirá nada. Mientras ella sepa el chisme y sacie su curiosidad no dirá nada; no es mala chica. —Nicolás hizo un gesto de no creer mucho lo que decía, pero sabía que sólo quedaba la resignación y proseguí—: No debiste ser tan duro con tu madre, ahora soy yo la que me siento mal por ello.

—Olvidalo, tendría que tener más cuidado cuando le pido las cosas.

—Has sido duro con ella —dije mirándole.

—Déjalo ya, anda... —dijo con cara de remordimiento—, luego volveré a hablar con ella. —Y entonces nos agachamos terminando de recoger todo.

15 de diciembre de 2010

Worms, Alemania

Entre los pasillos de un gran castillo se mueven un grupo de personas entre hombres y mujeres, van a paso veloz, llevan túnicas negras completas de arriba abajo con capuchas que dejan caer por sus hombros; entre ellos se distinguen Sina y sus padres, Owen y Evelyn, y junto a ellos un grupo de unas cinco personas más van comentando en voz muy baja y de forma generalizada.

—Hemos perdido mucho tiempo.

—Si es la elegida debería acordarse de todo...

—No tiene por qué ser así.

Eran opiniones contradictorias entre ellos, que sólo sonaban a susurros:

—Ya di mi opinión —expresó Sina, en un tono más alto.

—No lo sabemos con certeza porque hay cosas que coinciden —explicó Evelyn a Sina de forma brusca, esta última parecía exasperada.

En lengua extraña:

—*¿De verdad crees que es la elegida, madre? —reclamó Sina a Evelyn.*

—*¡Es lo que tenemos que comprobar Sina!... piensa con la cabeza, ¿no ves todos los indicios?*

—*¡No veo nada más que una chiquilla muerta de miedo... quizás con algún don especial como Allen o Cedric, pero nada más!*

—*Ya lo veremos Sina.... ¡En todo caso eso no lo decides tú!*

De pronto, todos se detuvieron frente a una puerta inmensa de dos hojas de madera y hierro forjado que denotaba dureza, robustez y peso; se miraron y procedieron a abrirla. Dentro, los aguardaba una habitación muy amplia y espaciosa llena de gente; en el centro una mesa enorme, larga y muy ceremonial, alrededor de la cual se encontraban sentadas unas veinte personas y, detrás de ellas, unas quince o veinte más repartidas también en sillas pegadas a las paredes, algo más oscuras; todos iban vestidos con las mismas túnicas. Entre toda la multitud se podía distinguir a mucha gente de la empresa que trabaja en North Top Sail Beach; se encontraban por ejemplo los padres de William (Angelina y Kevin), ambos sentados en la mesa central, lo que indicaba que eran descendientes directos de Kalen y que, por tanto, William sólo podía ser hijo de alguno de los dos. Incluso había mucha más gente no vinculada a la empresa, pero que vivían en el pueblo y

ejercían algún poder político en él. Los recién llegados hicieron un gesto de cortesía en señal de saludo y entraron.

—¡Querida Evelyn, adelante! —exclamó una voz a lo lejos, que se ubicaba justo al otro extremo, y extendiendo su brazo derecho le indicó que se sentase a su lado. Se trataba de Brent.

Las sillas que estaban justo detrás de cada una de las que bordeaban la mesa, pertenecían a las mujeres o a los hombres con los que estaban casados todos los hijos del clan de Kalen y que aún vivían y servían a los placeres de los mismos. Se ubicaban detrás de sus parejas, como sombras, serviles y sumisas a cada uno de sus amos, no se les permitía hablar ni moverse a no ser que pidiesen la palabra y se la dieran; no tenían ni voz ni voto dentro de las instalaciones cuando el clan se sentaba a debatir todo tipo de temas. Owen procedió a sentarse detrás y Evelyn, con su silla adosada a la pared, totalmente anulado. Y Sina justo al lado de su madre Evelyn, a la derecha de Brent. Owen en realidad no era el padre biológico de Sina, éste había muerto siglos atrás, era en todo caso la nueva pareja de su madre, aunque parecía haber algo especial entre ellos que a Sina no terminaba de gustarle.

—¡Perdonad! —exclamó Evelyn—. Hemos llegado un poco tarde —dijo algo aturdida.

—No te exaltes hija... —respondió Brent—. Estábamos divagando sobre qué hacer con esta situación —prosiguió.

—¡Matarla! —exclamó con rabia Sina, todos rieron en la sala, pero ella no hizo ningún gesto que hiciera pensar que bromeaba. Evelyn la miró con los ojos como platos y con cara de quererle abofetear y, rápidamente, giró hacia Brent para observar su expresión. Él seguía riendo.

—¡Excelente! —dijo por fin—, tenemos una descendiente clara y absoluta de Kalen. —Todos rieron nuevamente—, aunque un poco acelerada... He de decir que Kalen también lo fue en su momento. —Todos rieron con moderación—. Pero estamos aquí para hacer las cosas un poco mejor, ¿verdad, Sina? —La miró esta vez fijamente, hasta que ella cedió.

—Sí, padre —contestó no de muy buena gana. Y es que todos los descendientes de cada uno de los hijos de Kalen llamaban a sus progenitores padres, aunque las generaciones fueran muy posteriores.

—Muy bien —prosiguió Brent en tono más serio—. Desafortunadamente no estamos todos los que quisiéramos reunidos, pero... algunos tienen que estar, digamos que ¡al pie del cañón!; de manera que vamos a intentar reunir toda la información posible entre los aquí presentes para poder tomar una decisión —dijo pausadamente y tomando aire para proseguir—. Sabemos de buena fuente que muy posiblemente hayamos encontrado a la descendiente directa de Aod, no es cien por cien seguro, pero un alto porcentaje indica que sí, de manera que estamos hoy más cerca de hacer realidad el sueño de que Kalen pueda reinar entre nosotros, y que le acompañemos en su tarea. —Se oyeron algunos murmullos que se acallaron rápidamente con la mirada de Brent—. Hay pocas conjeturas que indican lo contrario, pero antes de dar cualquier paso hemos de estar seguros totalmente. —Hizo una pausa y prosiguió—. Al margen de ello, e igualmente importante, para poder completar el ritual son las ¡escrituras!... y de esto tenemos poca información, ¿alguien puede decir algo de ellas... o de esa tal Helen? —preguntó a todos sus descendientes que bordeaban la mesa, que nuevamente empezaron a murmurar bajo—, ¡por favor!... parecéis una manada de atolondrados —comentó—, ¿voy a tener que preguntar a sus vasallos? —refiriéndose a las parejas que se ubicaban a sus espaldas, y algo más ofuscado volvió a preguntar—, ¿alguien quiere decir algo y que todos lo oigamos? —Todos se miraron, pero nadie se atrevía a exponer alguna idea.

—Quizás si me lo permites, primo... —dijo una voz algo más fuerte que provenía de la puerta trasera, a espaldas de Brent. Era una puerta que comunicaba con otra sala de aquel inmenso

edificio. Inmediatamente Brent volvió hacia la voz.

—¡Hombre, Bricio!, qué maravilla que hayas podido venir... Por un momento pensé que tendría que dirigir a estos hijos descarriados solo. —Señaló a todos los que allí se encontraban.

—No hace falta que lo hagas solo. —Lo miró fijamente Bricio.

—Eso es cierto —contestó lentamente Brent—. También son responsabilidad tuya —agregó con cara de pocos amigos—, y supongo que vienes con información como para sorprenderme..., aunque no está Kalen aquí, si lo que quieres es agradarla, ella sólo vendrá cuando todo esto sea una certeza —parecía haber cierta tensión en ellos y una cierta rivalidad en sus gestos.

—Verás, Brent —dijo haciendo énfasis en el nombre de su primo—, yo tengo mis propios infiltrados y me parece que quizás mis métodos dan mejor resultado que los tuyos —expresó con cierta satisfacción—. Ya está al tanto Kalen y, por supuesto, tengo algo importante que decir. Hizo un gesto con la cara y con un chasquido de dedos, hizo que entraran al salón Vicky y su padre, acompañados de dos guardaespaldas evidentemente pertenecientes al clan. Sina y Vicky cruzaron un par de miradas no muy amigables, y todos los allí presentes los miraron de forma despectiva, haciendo comentarios en voz baja.

—¡Pero si es una plebeya amiga de Helen!, ¿qué va a decir que pueda ayudar? —comentó Sina, Brent la hizo callar levantando la mano.

—Tranquila Sina —y dijo ansioso—. Veamos qué tienen que decir estas personas —y siguió comentando de forma pausada—, mezclamos a los plebeyos porque necesitábamos gente que nos ayudara en determinados momentos en la compañía... y es lo que van a hacer, ¿no lo ves? —dijo sonriente mientras los miraba—. Además, por lo que entiendo, Vicky ha llevado a cabo muy bien su papel... Hasta el momento todo lo que le hemos pedido lo ha cumplido al completo y sin salirse de los parámetros marcados... —hizo énfasis en la última frase, mirando a Sina en un tono de reproche porque no podía decirse lo mismo de ella; ésta bajó la mirada no de muy buena gana. Luego Brent miró a Bricio esperando que procediera.

—¿Vicky? —le preguntó Bricio en tono amenazante y mirándola fijamente. Ella estaba paralizada, sabía que debía soltar todo lo que sabía rápidamente, pero no sabía por dónde empezar. Bricio que, dentro de sus virtudes, no poseía el de la paciencia miró al padre, que inmediatamente comenzó a convulsionar con temblores por todo el cuerpo y jadeos constantes, como si se ahogara; parecía como si algo o alguien tirara una cuerda de su cuello y le apretara hasta asfixiarle, pero físicamente no había nada alrededor. Sólo la mirada fulminante de Bricio. Brent rio entre dientes y expresó:

—Querido Bricio... no cambias —comentó de forma sarcástica—. Hoy en día hay muchos métodos menos agresivos, está el dinero de por medio, la extorsión, ¿por qué siempre tienes que acudir a lo más bestia...? —hizo énfasis en la última palabra, aunque parecía agrado. Bricio también parecía disfrutar con la tortura y el padre de Vicky cada vez perdía más el aliento. De pronto Vicky gritó.

—Por favor, por favor, ¡basta ya! —Entre sollozos—. ¡Dejadle, por favor!, ¿qué le hacéis?, ¿lo vais a matar?, les diré lo que sea...

—No es del clan... —comentó Owen algo afanado, pero en voz baja y levantándose de su silla rápidamente, sintiéndose apenado por la situación. Leonard, el padre de Vicky, era compañero de la oficina y amigo de la familia, sentía pena, al margen de encontrarse afin con él, ya que también era humano—. No sabemos si lo que dirá es cierto o lo hará porque se siente amenazada... —explicó su intrusión.

—¡Y tú tampoco lo eres! —refutó Bricio gritando a Owen con gran agresividad y dejando descansar al hombre, como si le hubiese quitado la soga del cuello, distraído por la observación

de Owen—, además, ¡aquí no puedes hablar!, ¡no se te ha dado la palabra! —replicó bruscamente Bricio. A Brent se le dibujó una sonrisa en la cara; Evelyn quedó desconcertada y algo humillada, ya que parecía sentir algo más por su marido, aun a sabiendas de que debía de ser temporal. Sina no mostró gesto alguno en su rostro, y Owen no replicó y volvió a sentarse con la mirada puesta en el suelo, totalmente humillado y afligido.

—Owen siempre ha servido bien —explicó Evelyn con la voz muy baja a Brent, algo frustrada e indignada con la reacción de Bricio.

—Así es Evelyn, y Leonard también... ¿No lo ves? —dijo Brent con una sonrisa dibujada en su rostro mientras veía cómo el hombre recuperaba el aliento—. Reconozco que los métodos de mi primo son demasiado ortodoxos, pero de vez en cuando he de decir que no está mal volver a nuestras antiguas tácticas... Incluso diría que me devuelven la sangre a las venas. —Todos rieron menos Owen, Evelyn y evidentemente Vicky y su padre que estaban totalmente conmocionados. Brent se dirigió entonces a Vicky y concluyó—, de todas formas, creo que ha sido suficiente de momento, ¿no...? —y miró a Bricio intentando que le diera el nombre de la chica.

—¡Vicky! —dijo Bricio, y entonces Brent continuó.

—Correcto, ¡Vicky! —Hizo un gesto de agradecimiento a Bricio por recordarle el nombre—. Puedes contarnos lo que sepas, querida... que seguro será la verdad y nada más que la verdad, ¿a que sí, preciosa? —La miró fijamente—. No creo que haya necesidad de que mi querido primo siga con esto, ¿no?

—Les contaré todo lo que sé, pero por favor no hagan más daño a mi padre... por favor —suplicó llorando, la cara de Bricio y Brent fue de satisfacción.

Esa noche tuve todas las pesadillas que tiempo atrás había dejado, una detrás de otra, incluso sentí la angustia de Vicky y su dolor, me levanté varias veces bañada en sudor; llegué a imaginar de forma muy confusa y borrosa la leyenda de la casta de Aod y Kalen... Veía sus caras entre sombras, no sabía cómo, pero las veía; también recordé a sus hijos, Bricio, Allen, Eillen, Enid, Cedric y Brent, sus caras me eran conocidas, ¿cómo podía ser eso posible?... Entonces algo horrible y espeluznante empezó a rebotar en mi cabeza, Brent era el nombre del hijo de Kalen y era el nombre del socio mayoritario de NessUnion y cofundador. Miles de ideas fugaces se cernieron sobre mí, hasta que no pude más y desperté sobresaltada, mi mente había empezado nuevamente a atormentarme.

20 de diciembre

Estábamos en casa preparando la cena cuando mi padre entró emocionado a explicarnos que este año a los cargos directivos de la empresa a nivel mundial les harían algo especial, ya que la empresa había sido fundada hacía diez años. Explicaba que los habían reunido esa tarde para explicarles de qué iba todo el tema.

—Imagínense, chicas —nos explicaba a mi madre y a mí, muy excitado—, ¡haremos un viaje a Munstermaifeld!⁴

—¿Munstermaifeld? —preguntó mi madre confundida— ¿Alemania?

—¡Sí!... ¿no es fantástico?, no hemos estado nunca en Alemania. ¡Será emocionante!, es todo por lo alto, se llevan a ¡todos los directivos del mundo! Al parecer van a cerrar un pueblecito, como una villa entera, para nosotros cerca de Munstermaifeld. —El júbilo no cabía en su ser, brincaba y lo explicaba todo haciendo mímica; mi madre y yo caímos sentadas en el sofá totalmente inexpresivas siguiendo cada uno de sus movimientos—. Las casas del pueblo las han

acondicionado para cada uno de nosotros como las habitaciones de un hotel; y el palacio que dicen que es ¡impresionante!, será la sede principal del evento, allí darán la gran fiesta de fin de año, como...

—“Una gran familia” —repetimos todos al unísono. Mi padre se quedó parado esperando alguna reacción nuestra; yo estaba perpleja, no quería ir, toda nuestra investigación... ¡la leyenda!; todo apuntaba al centro de Europa en origen, y a Alemania como cuna en la época de los pueblos celtas y posteriormente de los bárbaros. Me invadía una angustia profunda, pero no sabía cómo explicarlo y, para colmo, Nicolás no estaba allí. Mi sorpresa fue ver cómo mi madre dio el paso antes de que yo pudiese decir algo.

—Y... ¿tenemos que ir? —preguntó algo temerosa, con los brazos cruzados y agitando sus manos como si tuviese frío en el cuerpo, era evidente que no le gustaba el plan trazado, pero no sabía por qué... Mi padre se quedó confundido.

—¿Cómo que si tenemos que ir?, ¡Isabella!, ¿sabes el esfuerzo que está haciendo NessUnion para invitar a todos sus empleados para este macro evento? —dijo extrañado y algo confundido—. Incluso no sólo han alquilado las casas del pueblo, también el castillo de Eltz5 para realizar la fiesta de fin de año, ¿cómo quedaríamos si decimos que no vamos? Además, ¿con qué excusa?, saben que tus padres y lo míos murieron, que tú no tienes familia y que mi único hermano hace años que no lo veo; no podemos poner ni de excusa la familia. Además, no es el 24 de diciembre, es para el cambio de año.

—Bueno, podríamos decir que ya teníamos otros planes organizados y pagados, ¿no? —insistía mi madre algo angustiada, pero sin presionar, sólo preguntando.

—¿Por qué quieres decir algo así?, ¿no tenemos nada programado?, además, ya lo saben, me lo han preguntado esta tarde; ¿qué es lo que pasa, Isabella? —Yo me mantenía callada escuchando aquella conversación en la que apoyaba plenamente a mi madre, aunque no sabía muy bien sus razones.

—Verás —expresó finalmente algo abrumada—, sabes que no me llevo bien en general con la gente de la empresa, los únicos Alice y Charles —refiriéndose a los padres de Laura—, y como mucho Robert y Christine —padres de Edmond—, con los que hemos entablado más amistad; los demás me parecen estirados, egocéntricos y hasta un poco raros —dijo cuidadosamente y terminó mirando a mi padre—, no son como nosotros, Henry, de verdad ¿tenemos que ir?, es... ¿tan importante para ti? —preguntó suplicante; mi padre totalmente desconcertado dijo finalmente:

—Me parece mentira Isabella que a estas alturas me digas esto; sabes lo que nos ha costado llegar hasta aquí, el estar en una empresa que valore mi trabajo, mi esfuerzo, y que nos dé las prestaciones que nos está dando.

—Entonces hizo una pausa para coger algo de aire y continuó—. El nivel de vida que nunca habíamos soñado tener, la casa, las fiestas... gente amable que incluso, más que trabajo, nos ha ofrecido su amistad, una ¡familia! estirados o no, nos han tendido su mano muy amablemente. —Entonces se quedó mirando fijamente a mi madre, que se veía bastante incómoda y abrumada, y remató—. ¿Que cómo quedaríamos si no vamos?... ¡Fatal! —dijo bruscamente—. No sólo es una cuestión laboral, ¡que lo es!; sino también un tema personal, de agradecimiento. Si no vamos es como si los estuviésemos rechazando; no voy a tomar ninguna decisión en la que no estemos de acuerdo los tres, pero pensadlo bien porque luego no habrá vuelta atrás, y este tipo de decisiones traen consecuencias —y cogió su portátil de la oficina para salir disparado hacia el despacho que tenía en la primera planta. Mi madre y yo nos miramos.

—Mamá, es... —titubeé y entonces pregunté— ¿Es esa la razón real por la que no quieres ir? —Mi madre me miró algo confundida, pero inmediatamente reaccionó.

—Claro que sí. Y ¿cuál si no? —dijo y me miró fijamente descompuesta esperando que hablara, pero yo seguí firme en la decisión que había tomado con Nicolás de no decir nada. Incluso la miré tranquila y le dije:

—No lo sé... Dímelo tú. —Mi madre suspiró, se levantó del sofá y se dirigió a la cocina que estaba pegada a la sala amplia y abierta; yo la seguí con la mirada, llegó hasta el lavaplatos, abrió la llave y se echó agua en la cara. Luego cogió el teléfono e hizo una llamada muy rápida en la que no pude oír muy bien lo que decía; al minuto cerró y volvió hacia mí.

—Pues la verdad creo que es una tontería y tu padre tiene razón, no podemos desvincularlo de la empresa de esta forma, quedaría muy mal parado. —Se notaba que hacía un esfuerzo en sus palabras, pero finalmente comentó—. Le ha costado mucho trabajo llegar hasta aquí, así que hablaré con él para decirle que lo apoyamos y que iremos. —Secó su cara con un pañito desechable—. Tengo que volver a hablar con Alice también... así que luego seguimos charlando... —Mi madre caminó hacia el despacho y yo cogí mi mochila y salí disparada a la casa de Nicolás, no sin antes gritar desde el portal.

—¡Ya vengo!, sólo diez minutos... —explicando que no demoraría; y atravesé rápidamente la distancia entre las casas, llegué agitada a la casa de Nicolás y toqué el timbre, me abrió la puerta él como si supiera que vendría y entonces le miré turbada.

—Nicolás, ¿sabes que NessUnion hace una fiesta de fin de año y nos invitan a todos a Alemania?

—Acabo de enterarme por mi padre, iba a tu casa ahora...

—¿Crees que esto tenga que ver con Sina y su familia?, es ¡Alemania!

—No lo sé, Helen, pero las veces que hemos ido ha sido todo muy normal y muy grato; además, le he oído a mi padre que la abuela sigue en el hospital, así que seguramente ni vayan.

—No lo sé, Nicolás, hay algo en todo esto que no me gusta y no sé qué es... —Hice una pausa porque estaba agitada de correr y por los nervios que invadían mi ser—. Además, he vuelto a tener esas horribles pesadillas —dije agachando la cabeza—. Anoche incluso hay algo que me ... —Y callé expresando confusión en mi rostro.

—¿Hay algo que qué, Helen? —preguntó subiéndome el mentón y dirigiendo mi cara hacia la suya, en ese momento bajó las escaleras Kendra y se acercó hacia nosotros.

—¿Pasa algo, chicos? —nos preguntó.

—¡No! —dijo Nicolás reaccionando rápidamente y cogiéndome de la mano para llevarme dentro de la casa—. Vamos a salir a tomar un poco de aire a la piscina y ahora volvemos. —Y entonces caminamos juntos hacia la terraza.

—¿Queréis que os lleve algo de tomar? —preguntó la madre de Nicolás insistiendo—. Te veo algo descompuesta, Helen, ¿seguro no pasa nada?

—No, gracias, señora Kendra —respondí amablemente, pero a la vez muy cortante, ella hizo una mueca con la cara y miró a Nicolás, éste hizo una negativa con la cabeza bastante distante y fría, como solía ser con su madre.

—Está bien, como queráis... Os dejo solos —comentó finalmente y subió hacia sus habitaciones. Nosotros nos dirigimos hacia la terraza de la piscina y nos sentamos al final de ella sobre unos bancos mirando hacia el mar, uno frente a otro muy juntos, tanto que sus piernas chocaban con las mías.

—¿Qué me ibas a decir cuando mi madre nos cortó? —dijo Nicolás cogiendo mis manos.

—Verás, puede parecer una tontería... o mera casualidad, pero he estado recordando y repasando una y otra vez todo lo que llevamos investigado hasta ahora, más la historia que me contaste de Aod, Kalen y todos sus hijos, y la empresa con sus socios... y ¡hay cosas que

coinciden con exactitud! —exclamé angustiada—. Y francamente me dejan aturdida.

—¿A qué te refieres?, ¿has recordado algo? —preguntó Nicolás.

—Más que recordar, he atado cabos sueltos. En la historia que me contaste, comentaste que Prana tuvo dos hijas.

—Correcto —interrumpió Nicolás, y proseguí.

—Aod y Kalen —él afirmó con su cabeza—, que a su vez tuvieron a seis descendientes, tres cada una... Bricio, Allen y Eileen, por parte de Aod; y Enid, Cedric y Brent, por parte de Kalen.

—¿Cómo puedes acordarte de los nombres si te los dije una sola vez?, y son bastantes raros; a mí me costó aprenderlos y me la contaron ¡una y mil veces!

—No lo sé, supongo que tengo buena memoria —dije sin darle importancia, pero Nicolás se quedó mirándome atentamente—, el hecho es que me comentaste que en NessUnion había tres socios fundadores.

—Sí —dijo Nicolás.

—Owen, tu padre Ronald y un tal Brent, ¿no? —comenté mirándole y él seguía afirmando—. He averiguado la procedencia de los nombres; y Brent es de origen celta. —Nicolás se quedó serio y me miró fijamente.

—En realidad no es así... —dijo tocando su frente, no sabía a qué se refería así que lo miré perpleja y con cierta incertidumbre.

—¿De qué hablas Nicolás?

—Los tres socios fundadores son Evelyn, Brent y mi madre Kendra; los tres nombres son celtas, siempre han gastado broma acerca de ello... —Los dos nos quedamos mirándonos vacilantes, Nicolás parecía apenas caer en la cuenta de todo aquello.

—Brent era el nombre del hijo de Kalen —completé.

—Esto es una locura, Helen, mi madre no es... —le interrumpí para terminar diciendo:

—Helen es una derivación del nombre Eillen... —dije con los ojos llenos en lágrimas—. ¿Qué está pasando, Nicolás? —dije casi llorando—. Si sabes algo dímelo, por favor, ya no puedo más... —Entonces me desmoroné y él me cogió de los hombros y me abrazó.

—Helen, esto no es más que una coincidencia, en serio... estamos viendo cosas donde no las hay. Tu nombre es coincidencia, Brent es un nombre común en Alemania, y te puedo garantizar que mi madre es totalmente normal, nunca la he visto levitar, ni subirse a una escoba, aunque sea un poco bruja de temperamento —apuntó lo último en son de chanza, intentando darme algo de ánimo; los dos reímos al unísono, con cierta pesadumbre—. Va a ir todo bien, ya lo verás, además, ¡yo voy contigo a esa fiesta de fin de año!; no sé si Sina y su familia irán o no; ellos están enredados con el tema de su abuela al sur de España y te garantizo que no tienen nada que ver con el resto de los socios.

—Pero y ¿por qué en Alemania? No es suficientemente grande el planeta para hacerlo en otro sitio.

—Allí está la fábrica principal y es donde hay más gente trabajando; supongo que será una cuestión económica, costará más desplazar a toda esa gente que ir nosotros allá. —Entonces hizo una pausa y, acariciándose el pelo, prosiguió—. Creo que, además, nos vendría bien un descanso y sacudirnos de todo esto... ¿Ves lo que está pasando?, te está afectando tanto que ya ves cosas donde no las hay.

—Probablemente tengas razón —dije limpiando mis lágrimas—. Incluso mi madre quiso no ir, y yo pensé que intuía lo mismo que yo..., pero...

—Pero... ¿qué? —dijo Nicolás sorprendido.

—No tenía nada que ver con esto; es sólo... bueno, cuestiones de las madres, ya sabes...

—Pero irán, ¿no?

—Sí, al final ha dicho que sí.

—Ya verás cómo lo pasamos bien, no te preocupes. —Me besó la frente y me estrechó en sus brazos.

Sin embargo, ninguno de los dos estaba del todo tranquilo. Al día siguiente fui a su casa y nos acostamos en el sofá del estudio de su padre a ver la televisión, intentando escapar de todas las conjeturas que había trazado mi mente, estaba tan intranquila que no pude disimular y convencí a Nicolás para buscar una última cuestión que me atormentaba; el sitio a dónde íbamos. Entramos en Internet y buscamos Munstermaifeld, nos leímos la historia al completo e hicimos lo mismo con el castillo de Eltz, donde se supone se celebraría la gran fiesta. Hablaban de que los primeros residentes de la región AC habían sido pueblos celtas, pero Nicolás volvió a explicarme que era casualidad, y que en toda Europa era imposible no encontrar raíces celtas, dentro de cualquier país de la comunidad; de manera que finalmente claudiqué por el cansancio. Sentía incluso que ya iba sola en una búsqueda infructuosa.

Unos días después estábamos viajando rumbo a Alemania. Íbamos en un jet privado de la empresa todos los directivos y sus hijos: Ronald y Kendra Gotthelf; Charles y Alice Bernard con Laura y Sophie (su hermana menor); mis padres, Henry e Isabella Wolf, y unas cinco parejas más con sus respectivos hijos; entre ellos Angelina y Kevin, junto con su hijo William y sus dos hermanos pequeños; y Robert y Christine, también junto a su hijo Edmond y su hermana mayor, Rachael; esta última unos tres años mayor que nosotras, tendría unos veinte años y ya iba a la universidad, había vuelto con la familia para pasar las fiestas de fin de año. Algunas personas más viajaban con nosotros, entre azafatas y tripulación, y por su puesto Nicolás y yo.

Nos habían comunicado unos días antes que Vicky ya estaba en Alemania con su padre, en una ciudad cerca de donde íbamos nosotros llamada Worms⁶, que le había tocado viajar de imprevisto ya que había surgido algún problema legal a la empresa, y su padre, que era el que dirigía el bufete de abogados para Norte y Centroamérica, le había tocado viajar sin muchas más explicaciones. En todo caso, se reunirían posteriormente con nosotros en Munstermaifeld.

Todos estaban emocionados en el vuelo, los padres conversaban entre ellos de forma desenfadada; mi madre parecía hacer un esfuerzo, afortunadamente su amiga Alice la acompañaba y era un apoyo importante para ella, de vez en cuando me lanzaba alguna mirada de resignación. También contaba con Christine, madre de Edmond, con la que, a pesar de no haber tenido mucho trato, se llevaba bastante bien. Yo iba sentada con Nicolás a mi izquierda y ventana a mi derecha y, al lado de Nicolás, iba Rachael. En frente iban Laura, Edmond y William, este último se había puesto justo delante de Rachael, la hermana mayor de Edmond, y por la cual sentía una ferviente pasión, pero ella lo veía como un crío y no le prestaba atención; estábamos todos juntos como haciendo una mesa. Una vez despegó el avión, todos se quitaron sus cinturones y empezaron a deambular por los pasillos y por el bar, en el cual se instalaron todos los señores a tomar algunas copas; las señoras hicieron dos grupos y se sentaron entre las sillas para compartir opiniones, mi madre, Alice y Christine permanecieron juntas, del otro lado Kendra y las demás mujeres, de vez en cuando se movían los grupos para intercambiar opiniones. Angelina, madre de William, iba de grupo en grupo saltando, algún tiempo estaba con Kendra y sus amigas, otro pasaba por donde mi madre, Alice y Christine, y muchas veces se integraba al grupo de los hombres, parecía tener una facilidad para acoplarse a cualquier equipo.

Los pequeños se pusieron a correr por los pasillos del avión y Laura, Edmond, William, Rachael, Nicolás y yo permanecimos sentados en nuestros asientos charlando, ya que estábamos dispuestos como en una mesa en la que podíamos vernos todos de frente. Al principio, por la

disposición en la que estábamos, no pude percatarme bien de que Rachael no nos quitaba ojo de encima a Nicolás y a mí, no era insoportable como cuando estábamos con Sina, porque su mirada no era de odio o rencor; sin embargo, tampoco era una sensación agradable, porque no sabía bien qué era lo que quería o buscaba. Nicolás también lo notó, sin embargo, no dio muestra alguna de sentirse incómodo, ni comentó nada.

Al principio parecía que festejábamos una fiesta, con las horas fuimos cayendo por el cansancio, y todos volvieron a sus lugares para finalmente recostarse un rato y dormir, con el fin de llegar descansados, ya que nos esperaban unos días de ajeteos interminables.

Llegamos trece horas después a nuestro destino, algo cansados por el viaje, pero todos emocionados, mi madre y yo parecíamos las únicas algo preocupadas; Nicolás estaba muy pendiente de mí, me abrazaba de vez en cuando, dibujaba una sonrisa en su rostro de picardía para hacerme reír y, cuando no lo conseguía, llevaba sus manos hasta la comisura de mis labios para llevarlos de lado a lado y conseguir de mí por lo menos una risa fingida; lo que me hacía reír de verdad. Cuando llegamos cogió mi mochila de mano que llevaba y se la cargó él.

—Anda. —Me dio un golpecito en el hombro con su mano indicando que me levantara—. Vamos estirando las piernas para poder caminar bien cuando bajemos de este aparato que estoy como tullido —exclamó, yo reí entre dientes y me incorporé.

—Déjame mi mochila, que ya llevas tú la tuya —le dije.

—Estoy en forma —dijo con una sonrisa en la boca—, tranquila que puedo sin problema con las dos. —Me dio otro empujoncito obligándome a caminar hacia las escaleras, ya que estaban todos bajando. Rachael seguía observándonos, veía cómo Nicolás me cuidaba y me consentía y, cuando empezamos a descender por las escaleras del avión, se aproximó a mí y comentó:

—Sí que es un caballero este chico, ¿no?... ¿Hace mucho tiempo que le conoces? —me preguntó amigablemente, se veía sincera y desinteresada; Nicolás estaba hablando con Edmond y Laura, que venían detrás de nosotros, además, estábamos bajando y aún retumbaban los motores del avión, con lo cual no oyó nada.

—Sí, un caballero —respondí a su pregunta casi gritando y con una sonrisa disfrazada porque no entendía bien su curiosidad, y algo incómoda le dije— ¡Y no!, no lo conozco hace mucho, ahora en enero haremos un año, pero parece que llevara con él toda la vida —comenté aún en voz alta por el ruido, y lo atraje hacia mí de un tirón de la mano que teníamos agarrada; él se sorprendió por ello, se acercó a mí y me abrazó por detrás mientras bajábamos del avión. Era bastante más alto y fuerte que yo, así que aprovechando el desorden me alzó en sus brazos, no le fue difícil levantarme en un instante, con todo y las dos mochilas que cargaba; todos rieron, y entonces terminamos de bajar las escaleras del avión. Cuando por fin pusimos pie en la tierra me bajó de entre sus brazos y me dijo.

—¿Qué pasa, “brujita” ... quieres luchar? —dijo riendo, sabía que me molestaba cuando me decía así, pero le había incitado con el tirón de mano que le había dado, así que reí también, eso hizo que desconectara por un momento del lugar a donde habíamos llegado y de la preocupación que traía; Rachael siguió observándonos y entonces Kendra reprendió a Nicolás.

—¡Pero bueno! —dijo mirándole directamente a los ojos con rabia contenida—, ¡deja de hacer tonterías!, ¿no ves que os habéis podido caer por las escaleras? —comentó disgustada y avanzó hacia donde estaban los adultos; William y Edmond, que venían detrás, se burlaron del suceso.

Terminamos de bajar todos del avión y un golpe de frío nos hizo abrigarnos mejor; nos llevaron las maletas hasta un bus que nos esperaba fuera del aeropuerto, nos subimos todos en él y fueron cantando una canción tradicional desde allí hasta que llegamos al pueblecito cerca de Munstermaifeld, en donde nos alojaríamos los siguientes siete días. Lo cierto es que fue mucho

más emocionante de lo que me había imaginado, mi madre había tomado algo de alcohol también y se había integrado algo más en ese ambientillo, lo cual me quitaba una preocupación de encima; ver a Nicolás emocionado cantando y abrazándose con todos también me dio cierta alegría; y pensar que Rachael, por la cual me sentía observada, no tenía nada que ver con toda la situación antes vivida, me hizo reflexionar y razonar que si seguía así, enfermaría de la cabeza; de manera que cedí por fin y, aunque mis miedos y dudas se escondieron en lo más profundo de mi ser, decidí cambiar de actitud esperando pasarlo bien y disfrutar de todo.

II PARTE
LA REVELACIÓN

Capítulo VIII

Acción-Reacción. La gran fiesta

Las casas eran bastante acogedoras, era como estar en un hotel formado por una pequeña villa de chalés, con grandes chimeneas antiguas y con un encanto especial; en cada una de ellas nos alojábamos una familia con sus hijos, y todos los días pasaban a hacer la limpieza general. Luego, durante el día nos reuníamos a desayunar, comer y cenar agrupados por países en varios chalés más grandes que habían habilitado como comedores y restaurantes. Nos habían programado varias actividades para conocer los pueblos y rutas cercanas, y algunas noches nos dejaban algo de intimidad por si queríamos reunirnos las familias más afines para hacer actividades más libres. Lo único que entorpecía la estancia era el clima, pues el crudo invierno y la dinámica de todos ubicados en diversas casas hacían complicado el moverse; sin embargo, con mis amigos pasábamos casi todo el día juntos y en las noches aprovechaba para dar unos cortos paseos con Nicolás, ya que el frío hacía imposible aventurarnos en caminatas más largas; sin embargo, un pensamiento negativo y angustioso embargaba mi alma, como si presintiera que algo iba a suceder y no me dejaba sentirme totalmente a gusto en aquel lugar.

Éramos un número increíble de personas de la empresa allí reunidas, al final habían invitado aproximadamente a unas doscientas familias, eso nos daba alrededor de unas mil personas allí congregadas, todas distribuidas en las casitas que formaban ese pequeño pueblo o villa, muy juntas entre ellas. Lo cierto es que parecía una ciudad de cuento de hadas, y alguna vez me preguntaba «y ¿cuándo saldrá la bruja del cuento?», era como estar en Hansel y Gretel o algo parecido, y entre amigos lo comentábamos y todos se reían de ello, excepto yo que permanecía aún escéptica. Entre el gran número de personas allí concentradas, mi madre se encontró con una vieja amiga del instituto, con la cual no se veía hacía mucho tiempo y a la que apreciaba mucho; Sophie, su amiga, se había casado con Agustín, un hombre algo mayor que ella, pero una excelente persona; no tenían hijos, pero compartían grandes aficiones. Finalmente, mi madre se encontró muy a gusto cuando se sintió rodeada de personas con las que era afín y podía mantener una relación amistosa, más que cordial; con Sophie y Agustín, Alice y Charles (padres de Laura), y Robert y Christine (padres de Edmond), consiguió un grupo con el que podían pasarlo bastante bien.

El 30 de diciembre, un día antes del gran evento, nos habían anunciado que llegaría Brent y su familia más cercana, ya que no estaba casado; se oían rumores también acerca de la venida de Owen y su familia, pero tampoco era seguro porque el estado de salud de la abuela seguía sin ser estable. Ronald era de momento el anfitrión con su mujer Kendra, quienes iban dando la bienvenida a cada grupo de familia que llegaba al gran evento, a Nicolás le tocaba ayudar con la tarea de integrar a los hijos de todos, ya que a muchos de ellos los conocía, y yo intentaba echarle una mano, aunque no se me daba bien debido a que, en algunas ocasiones y cuando recordaba donde estaba, mi desconfianza se acrecentaba. La angustia de pensar que posiblemente no todo eran conjeturas, y que más de uno de los allí presentes podrían estar involucrados con Sina, no me daba tregua. Incluso había momentos en los que me sentía observada, pero intentaba no prestar atención y seguir al lado de Nicolás, que siempre me brindaba su respaldo.

Esa noche antes del gran evento, tuve pesadillas constantes que no me dejaron pegar ojo. Veía a mi madre envuelta en sangre, tirada en mitad de un gran espacio que no podía distinguir, que no reconocía... Luego veía a personas desfiguradas y oía risas escandalosas, atravesaba un pasillo sin fin y encontraba unas escalares inmensas que no conducían a ninguna parte... Las imágenes eran aleatorias y no se correspondían a ningún lugar específico, pero no podía quitarlas de mi

cabeza. Pasé varias horas desesperada y me levanté en varias ocasiones empapada en sudor, hasta que finalmente pude conciliar el sueño.

A la mañana siguiente llegó el gran día, la fiesta de fin de año iba a ser por todo lo alto, todos se estaban preparando para ir al castillo de Eltz donde iba a acontecer la gran velada, cuando se oyeron rumores de que todos los socios habían llegado finalmente, Brent con su familia y Owen con su mujer e hija. Me entró un mal cuerpo, que, si por mí hubiese sido, nos hubiésemos quedado encerrados hasta el día de vuelta a casa, pero Nicolás se arregló rápidamente cuando oyó lo de Sina y se plantó en casa para asegurarse de que me ponía en marcha y no ponía ninguna excusa; no sin antes avisar a Laura de lo sucedido, la cual se apresuró también para darme apoyo. De Vicky no sabíamos nada, tan sólo que aún estaba con su padre en Worms intentando solucionar el problema tan grave en el que estaba supuestamente metida la empresa, y que seguramente para el día de hoy nos acompañarían; sin embargo, hasta ese momento aún no teníamos noticia de ella, ni de su padre Leonard.

La fiesta empezaría sobre las ocho de la noche, y desde la siete de la tarde Nicolás y Laura se instalaron en mi casa ya arreglados, estaban emocionados con el evento y no perdían minuto en el que me dijeran lo bien que lo íbamos a pasar. Mi padre estaba feliz arreglándose también y no se percataba de nada más, y mi madre nos miraba con cierta desconfianza, no entendía muy bien mi comportamiento, sabía que debía ser algún mal rollo con Sina y sus amigas, porque alguna vez nos había pillado alguna conversación, pero no tenía idea de todo lo que había detrás. Hubo un momento en el que coincidimos las dos en el baño, mientras ella entraba a por un cepillo de pelo y yo salía de la ducha, y me comentó:

—¡Vaya ojeras!, vas a tener que utilizar mi corrector y mi base para tapar un poco ¡esa mala noche! —exclamó algo preocupada porque no tenía claro lo que pasaba conmigo. Yo afirmé con la cabeza agradeciendo su ofrecimiento.

—Helen, no sé exactamente por qué llevas todo este tiempo así, hace mucho que no hablamos de tus cosas, pero este debe ser un día especial, no se dan muchas oportunidades así. —No sabía si mientras lo decía incluso ella misma intentaba convencerse—. Es posible que yo también haya estado un poco rara... ya sabes, no es que me lleve muy bien con mucha gente de aquí. —Ahora intentaba compararse conmigo, aunque también era cierto que mi madre no era afín a la mayoría de las señoras que conformaban el grupo, aunque las razones eran muy distintas—. Pero en todo caso, tenemos amigos con los que podemos seguro pasar un buen rato, ¿no crees? —ella en su caso se refería a Alice, Christine, Sophie y Angelina. Yo afirmé nuevamente moviendo la cabeza y con una sonrisa en los labios intentando dar tranquilidad a mi madre, ella continuó—. Además, hay un chico muy guapo esperando por ti en la sala. —En ese momento reí con naturalidad y mi madre se quedó tranquila, se retocó el peinado y salió. Yo terminé de arreglarme.

Cuando finalmente irrumpí en la sala, los ojos de Nicolás quisieron salirse de sus órbitas, los tenía totalmente abiertos del asombro, nunca me había visto tan arreglada y no sabía qué decir, se había quedado sin palabras. Estaba acostumbrado a verme con jeans, shorts y ropa bastante informal, y nunca me había visto de gala. Llevaba puesto un vestido muy ajustado de color violeta, *strapless* y largo, con una raja lateral que llegaba a medio muslo, llevaba unos zapatos bastante altos de tacón a juego con el color del vestido, un bolso pequeño de fiesta y el pelo algo recogido a un lado y, además, estaba maquillada para la ocasión. Cuando llegué a la sala, incluso Laura y mi padre se quedaron sorprendidos, mi madre estaba sonriente.

—Bueno, parece que tenemos a las princesas del cuento —exclamó mi madre mientras nos veía a Laura y a mí. Nicolás seguía sin poder pronunciar palabra observándome totalmente fascinado y obnubilado—, dirás algo, ¿no, Nicolás?

—Yo... yo... —Se encontró trabado y sin palabras que aportar, mi padre rio y le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, Nicolás, parece que tienes una ¡gran responsabilidad!, espero que no descuides a mi hija ni un momento, porque te la pueden quitar, ¿eh? —dijo en broma, yo chasqué los dientes en señal de desaprobación, ya estaba bastante ruborizada y el bochorno se incrementaba. Todos rieron y mis padres se pusieron a terminar de recoger las cosas para salir hacia el castillo, yo me acerqué a Laura y a Nicolás que seguían observándome.

—Vale ya, ¿no? —exclamé algo avergonzada por esas miradas.

—¡Por Dios! —exclamó finalmente Laura—. Si parece que nos la han cambiado, ¿no, Nicolás?

—Para nada —dijo finalmente él—, está igual de hermosa que siempre —apuntó después de haber salido de su asombro, pero aún sin poderme quitar los ojos de encima—; lo único es que ahora con ese vestido se... resalta aún más su belleza —dijo algo trabado para terminar su frase y me cogió por la cintura para acercarme a él y darme un beso en la mejilla.

—Vale, vale —expresó Laura, mientras se retiraba—. No quiero ser la plasta que está en medio. —Y caminó hacia la salida, esperando a que mis padres terminaran de coger todo, Nicolás y yo reímos y caminamos también hacia la puerta. Él también estaba como un príncipe, ¡perfecto!, tenía un frac al igual que mi padre y todos los hombres invitados a la gala porque la ceremonia iba a ser por todo lo alto, tenía el pelo por primera vez muy bien colocado, no parecía desorganizado como lo tenía habitualmente, aunque a mí me encantaba, pero era de apreciar que se veía increíblemente apuesto con ese *look*. Sus zapatos eran negros, pero deportivos, eso no había podido cambiarlo, y mi padre le hacía chanza con ese tema; sin embargo, él se regocijaba en decir que desde que los había descubierto su vida había cambiado y que nunca, por ningún motivo, volvería a utilizar otro tipo de zapatos hasta que no saliera algo tan cómodo como ellos. Todos nos reíamos haciendo burla de su argumento, parecía como si hubiese hablado un viejo de cien años, muy experimentado en haber probado todo tipo de calzados.

Finalmente timbraron a la puerta Alice y Charles, junto con Sophie, la hermana pequeña de Laura, con los que mis padres habían quedado para subir juntos; cogimos los abrigos de invierno y los guantes, y nos subimos a los coches. Mis padres se fueron en uno con sus amigos y la pequeña; y Nicolás, Laura y yo nos fuimos en otro, porque la idea era que los mayores se quedaran en la fiesta, y los jóvenes nos fuésemos después de las doce horas, cuando ya hubiésemos pasado al siguiente año, a algún sitio cercano más apto para nuestra edad.

Cuando llegamos al castillo Eltz nos costó un poco aparcar. A pesar de estar todo tan organizado, éramos mil personas moviéndonos de un sitio a otro y, aunque llegamos muy puntuales, sobre las ocho de la noche, ya había mucha gente haciendo lo mismo. El aparcamiento quedaba abajo del castillo y luego teníamos que subir una pendiente a pie hasta la entrada del mismo, eran unos sesenta metros inclinados de cuesta de piedra muy antigua, con un frío agobiante y mucho hielo por todas partes; para todas las mujeres que llevábamos tacones era una faena; muchas se quejaban, pero para nosotras las jóvenes no estaba tan mal, teníamos mucha energía. Mientras subíamos nos fuimos encontrando con varios amigos, mis padres estaban pendientes de que siguiéramos a su lado, por lo menos hasta entrar al castillo; Edmond y Rachael se nos unieron con sus padres y entramos todos juntos. Una vez dentro también nos encontramos con William y su familia a través de los móviles, y cientos de personas más, pero el espacio era tan inmenso que estábamos bastante a gusto y calentitos dentro.

El vestíbulo de acceso era verdaderamente imponente tanto por su magnitud como por su belleza arquitectónica y el gusto con el que había sido decorado. Su estilo entre románico y gótico hacía que por instantes nos perdiéramos en siglos pasados. Tenía una escalera inmensa que subía a

las estancias del castillo y que también se había habilitado porque arriba se encontraban los aseos para el público. En cuanto la vi un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; no era exactamente igual a la de mi sueño de la noche anterior, pero se le parecía mucho. Inmediatamente intenté buscar de forma desesperada la mirada de mi madre, pero ya iba algo más dentro con lo que no puede ubicarla. Nicolás se percató de mi conducta y me miró, me dio un tirón suave con la mano y me acercó a él en señal de complicidad para que me relajara un poco. Respiré hondamente, y así lo hice.

Una vez dentro del recinto, se atravesaba el gran vestíbulo en que dejábamos los abrigo en una especie de consigna habilitada para ello, para posteriormente llegar a unas puertas inmensas de madera labrada, que estaban abiertas de par en par, y que comunicaban con el gran salón del festejo. Allí, al lado de las puertas, estaban de pie los tres socios principales con sus mujeres, que finalmente habían llegado contra todo pronóstico, y daban la bienvenida a todos los empleados que iban llegando. Detrás de ellos se asomaba el gran salón, con una pista de baile enorme, alrededor de la cual se ubicaban todas las mesas redondas para los invitados, y una orquesta con música en directo al fondo. Las mesas eran muy grandes, sentaban a unas diez personas en cada una de ellas, para un total de cien mesas aproximadamente, todas decoradas con un gusto exquisito, mantelería y cubertería fina, copas y vajilla de cristal de Bohemia, con adornos florales y velas en los centros. Las mesas tenían unas tarjetas pequeñas colocadas de forma muy glamurosa sobre cada plato, que ponían el nombre de los invitados, de esta forma habían repartido a todos, agrupándolos muy organizadamente por sedes. Del techo colgaban grandes lámparas antiguas que simulaban cirios encendidos, con tules blancos que acompañaban toda la decoración del espacio. Si nos hubiésemos despertado de un sueño en aquel lugar, pensaríamos que nos habíamos transportado a la época medieval; todo el ambiente era de luces tenues, no había electricidad, con lo cual el efecto de estar siglos atrás era aún mayor.

Habían agrupado a las personas en las mesas, como era de esperar, por países y zonas para que fuesen todos conocidos; así pues, a mis padres los ubicaron con Alice y Charles, Christine y Robert, Angelina y Ricardo y otra pareja que conocíamos de vista, Rocío y Juan, pero con la cual mi madre no tenía mucho trato, el resto del grupo sí los conocían bien. De Leonard y Vicky no había señales. Los tres socios se sentaron en una mesa presidencial con sus familias, excepto los más jóvenes que se colocaron con sus grupos de amigos; así pues, Nicolás quedó en nuestra mesa, con Laura y Sophie, Edmond y Rachael, los tres hermanos de William y el puesto de Vicky, que seguía vacío; respiré cuando pude constatar que no habían sentado en nuestra mesa a Sina o a cualquiera de ese grupo; sin embargo, no podían andar muy lejos porque, aunque no sabía exactamente cómo se había dispuesto todo, había claras dos cosas; a los adultos los habían separado de los jóvenes con gran distancia, de un extremo a otro; y a todos nos habían agrupado por las sedes locales para que fuesen todos conocidos en la misma mesa. Sina no podía estar lejos.

Después de pasados unos minutos, la gente fue abarrotando aquel castillo, el ruido subía decibelios y la música también. Media hora después el lugar estaba al completo, muchas personas caminaban de arriba a abajo por todos lados saludándose, de manera que no podía ver nada con claridad, nuestro grupo se había sentado en la mesa y esperábamos que todo se fuera organizando, porque levantarse de allí era perderse con el revuelo que había. De pronto se escuchó una voz a través de un micrófono que pedía colaboración para iniciar la velada, explicaba que debíamos organizarnos rápidamente porque habría unas palabras de bienvenida por parte de los socios, un cóctel y la comida para posteriormente esperar las doce campanadas que señalaban el fin de año y el comienzo de uno mejor y más productivo para todos. Las personas se fueron sentando en sus

sitios, escuchando lo que acontecía y el ruido fue bajando su intensidad; entonces vi con claridad que Sina y su grupo de amigas, en las que estaban incluidas Vera y Kilian, se encontraban a sólo unos pocos metros de nosotros, separados tan solo por dos mesas más.

Estaban hablando y riendo entre ellas, cuando se percataron de que las miraba, entonces se giraron hacia mí y me saludaron con la mano de una forma muy intimidante. De pronto, sentí como si me atrajeran hacia ellas, fue muy extraño porque sucedió tan rápido que apenas fue perceptible para mí, como si se parara el tiempo y en segundos todo alrededor se nublara... Mi silla, conmigo encima, rodó hasta estar frente a ellas, atravesando cualquier obstáculo que hubiese por la mitad, como si de un espíritu se tratara, porque mi cuerpo aún se mantenía sentado en nuestra mesa; era una pesadilla, pero no sabía cómo salir de ella, busqué la mirada de Nicolás pidiendo ayuda y me percaté que estaba a metros de mí, vi mi cuerpo inmóvil al lado de él y a Rachael, que se había sentado a su otro lado, parecía distraído con ella y no tenía forma de comunicarme con él. Volví la mirada a Sina, que estaba justo cara a cara conmigo, y sus ojos se volvieron rojo intenso, vi como introdujo su mano en mi pecho como simulando arrancar mi corazón, porque todo mi ser era como un espíritu, un fantasma; sólo entonces pude modular palabra para decir: «¿Qué me haces? ¿Qué magia es ésta?». Entonces sentí como me agarraron el brazo y volví en segundos a mi cuerpo.

—¿Helen? —preguntó Rachael afanada—, ¿estás bien? —Había pasado por encima de Nicolás para sacudirme el brazo, en cuanto volví en mí y miré hacia ellos, Nicolás me cogió entre sus brazos porque vio que me desmayaba, me había quedado pálida por completo.

—Parece una lipotimia —exclamó Nicolás angustiado.

—Estoy bien —contesté casi sin aliento, pero recuperando el color—. No ha sido nada, es que hay mucha gente y me acaloré —dije mirándole, él parecía desconcertado.

—Espera, voy a buscar agua. —Y se levantó con cuidado dejándome en manos de Rachael, que se sentó en la silla de Nicolás para sujetarme un poco.

—¿Seguro que estás bien? —comenzaron a preguntar todos. Laura también cambió el puesto con William y se puso a mi lado, mientras esto sucedía, Rachael comentó en tono bajo y sólo para que yo pudiera oír.

—Has dicho algo de magia, ¿a qué te referías?

—Estoy bien, en serio —dije intentando cortar la conversación—, debe ser el bajón que me hizo decir alguna tontería... —Y volví a mirar hacia Sina con algo de recelo; ella reía junto con Kilian y Vera a carcajadas. Rachael se percató de la situación y parecía analizar lo sucedido, aunque yo sabía que ni por asomo daría con lo ocurrido. Laura me cogió la mano y me sobó el pelo.

—Tranquila amiga, ya tienes mejor color —comentó—, con lo guapa que te has puesto hoy.

Nicolás volvió con el agua y se sentó a mi lado, Rachael se levantó para darle su asiento y se excusó para ir al baño; y entonces empezó el discurso de Brent, todo había sucedido tan rápido que nadie se había percatado de lo acontecido, excepto los de nuestra mesa y algunos cuantos más alrededor. Tomé un poco de agua y me sentí mucho mejor, todos escucharon atentamente el discurso, menos Nicolás que se me acercó hasta unir como si fuera una sola silla la suya y la mía, con el fin de abrazarme y recostarme en su pecho. Entonces, casi como un susurro me preguntó: —¿Qué ha pasado, Helen?, veo a Sina muy contenta. —Yo la miraba de reojo.

—Ha vuelto a hacerlo —dije en tono pausado y bajo—. No sé cómo, pero me ha atraído hacia ella y no sé qué me ha hecho...

—¿De qué hablas? —Y giró la cabeza buscando mi cara—. ¡Has estado sentada aquí a mi lado todo el tiempo!

—Ya lo sé... Y nuevamente no sé cómo explicarlo; es como si hubiese atraído mi espíritu. —

Nicolás respiró profundamente e hizo un gesto de preocupación, no sabía si era porque me creía y no sabía qué hacer con Sina o si, por el contrario, ya no sabía qué hacer conmigo. Era difícil de asimilar lo que contaba, porque ni yo misma lo comprendía bien.

En ese instante Alice, la madre de Laura, y Christine, la madre de Rachael y Edmond, se acercaron a nuestra mesa, también venía Rachael con ellas.

—¿Qué tal chicos?, ¿cómo vais? —dijo en tono bajo Alice porque el discurso de Brent seguía y hablaba ahora de los logros de la empresa...

—Bueno, bien... —respondieron todos mirándome. Christine se acercó a mí y se agachó a verme.

—Me ha dicho Rachael que te has puesto algo indispuesta y que has dicho alguna incoherencia... —dijo esta última palabra con algo de recelo—. ¿Estás bien?, ¿necesitas algo?

—No necesita nada vuestro, está todo perfecto —contestó Nicolás de forma muy cortante y seca, mientras las miraba, no sabía por qué había reaccionado así, pero inmediatamente respondí amablemente para apaciguar la respuesta de él.

—Gracias señoras, estoy bien —dije amablemente—, ha sido una tontería... —Alice besaba a Sophie, su hija pequeña, pero nos miraba de reojo, Christine me miraba fijamente.

—Sí —respondió ella ignorando a Nicolás—, hay mucha gente y seguro que el ruido y el barullo en el que estamos te descompensó; pero si necesitas algo avísanos, por favor —dijo sin mirar a Nicolás y con los ojos clavados en mí.

—Así es —respondí nuevamente algo intimidada. Nicolás seguía abrazándome, sin modular ni una palabra más y mirándole también fijamente.

—Bueno... pues nada, me vuelvo a mi sitio, no le diré nada a tu madre, pero si te sientes mal otra vez nos avisas, ¿de acuerdo? —yo afirmé con la cabeza y prosiguió—. Aquí hay mucha gente pendiente de ti... —terminó haciendo énfasis en esta última frase y esta vez mirando a Nicolás. Sus miradas permanecieron fijas, sin embargo, no modularon palabra. Christine se retiró y Rachael se sentó nuevamente al lado de Nicolás, no era el puesto que le correspondía, pero había cambiado el lugar con Vicky, que aún no se había presentado; de esta forma quedaba más cerca de nosotros. Nicolás cambió desde ese instante con ella.

—Deberías sentarte en tu lugar —comentó—. Así quizás sólo te metas en tus asuntos... —mi cara era de asombro, ¿por qué estaba tan grosero con la familia de Edmond?, había algo que no había pillado y Nicolás sí, y aún no podía entenderlo. Ella respondió rápidamente:

—¿Perdona? —dijo en tono desafiante y, aunque yo no entendía nada, en todo caso quería apaciguar los ánimos hasta hablar con Nicolás, así que rápidamente exclamé.

—No pasa nada, ya me siento mucho mejor; y no estamos oyendo el discurso... —Miré a Nicolás, todos nos quedamos en silencio.

Mientras, mi madre sentada al otro lado de la sala no tenía idea de lo sucedido. Brent terminó el discurso, que no fue muy largo, e hizo el brindis, al segundo comenzó la música y empezaron a servir aperitivos en las mesas; Alice y Christine aún no habían vuelto a su sitio y Rocío, junto con su marido Juan, estaban saludando a otros compañeros, de manera que Angelina, aunque era la que menos confianza tenía con mi madre, le pidió que la acompañara al cuarto de baño porque necesitaba que alguien la ayudara con el vestido, no llegaba al broche para quitárselo y poder ir al servicio.

—¡Perdona, Isabella! Pero es que sola no puedo, ¿me puedes echar una mano?... la verdad es que no sé cómo he podido comprar un vestido tan incómodo de usar. —Utilizó un tono muy convincente, aunque algo presuntuoso. A mi madre no le gustaba mucho el temperamento de Angelina, pero no ayudarla era hacerle un despalante muy inoportuno.

—Tranquila —contestó rápidamente—. Vamos y te ayudo. —El atuendo era una especie de pantalón que sólo podía abrirse soltándose desde arriba. Se levantaron y caminaron hacia el vestíbulo, Angelina iba contando dónde lo había adquirido, según ella era una pieza única, rara y muy costosa; atravesaron el *hall* y el monólogo seguía, mi madre se limitaba a mover la cabeza afirmando que escuchaba. Subieron las escaleras lentamente y se adentraron en los pasillos hasta llegar a los servicios, que estaban al final de la segunda planta. Una vez llegaron allí, Angelina siguió comentando.

—Es precioso este lugar, incluso los aseos están decorados de forma mágica —hizo énfasis en esta última palabra—. ¿No lo crees, Isabella? —preguntó Angelina mientras se veía en el espejo.

—Por supuesto, es extraordinario el sitio —dijo mi madre despreocupada mientras la ayudaba a desabrocharse el vestido.

—Y pensar que tiene tantos siglos de historia —prosiguió Angelina, mi madre estaba concentrada en el vestido que no lograba desabrochar.

—Lo siento —refiriéndose al meneo que le daba mientras intentaba desabrocharlo—, está como cogido con algo y no puedo bajarlo —explicaba mi madre.

—Tranquila... si lo que tenemos es tiempo, apenas han brindado y abierto con los aperitivos, no vamos a perdernos nada importante —volvió a comentar Angelina—, pero me mueves tanto que me siento como cuando los criados que me vestían... —dijo riendo.

—¿Criados que te vestían? —preguntó mi madre desconcertada, mirándola de reojo y pensando en la persona prepotente y presuntuosa a la que estaba ayudando—. Tendrías entonces mucho dinero, porque para poder tener criados que os vistiesen... —dijo intentando ser amable, pero con algo de sarcasmo en sus palabras, ya había sacado el lado déspota del que ella intentaba apartarse siempre.

—Bueno —comentó—, eran otras épocas cuando revoloteábamos por estos pasillos —dijo sonriente y suspirando, como si hablara de mucho tiempo atrás—. Para entonces la servidumbre era algo normal en las casas y palacios —mi madre estaba desconcertada con los comentarios que hacía Angelina.

—Parece como si hablaras de siglos atrás —comentó mi madre riendo, Angelina también rio con ella, aunque no de la misma forma—. O sea, que ¿en este castillo ya habías estado?

—Bueno, es uno de los inmuebles de la familia —dijo pausadamente—. Verás, tenemos por todas partes del mundo.

—Vaya... —dijo mi madre asombrada—. Conoces bien a los socios de NessUnion ¿entonces?

—¡Isabella! —dijo sorprendida—. ¡Somos familia!, ¿no te lo habían dicho? —dijo en tono sarcástico. En ese momento se oyó bajar la cisterna del retrete de uno de los cubículos del baño y salió Evelyn, la madre de Sina, que había estado escuchando toda la conversación. Entonces comenzó a hablar:

—Claro que no lo sabe, lo hemos dicho Angelina, ¿no ves su cara de sorpresa? —Rieron juntas mientras miraban fijamente a mi madre—. Hola Isabella... —volvió a comentar Evelyn mirándola de pies a cabeza. A mi madre tampoco le gustaba para nada Evelyn, lo mismo que sucedía conmigo y Sina, lo que pasa es que ellas no habían tenido aún ningún enfrentamiento.

—Pues ciertamente no lo sabía, o sea que estáis unidos como una gran familia, ¿no? —dijo mi madre con cierta desconfianza en sus palabras.

—Así es —comentó Evelyn y continuó muy lentamente—. Y, además, con un motivo muy especial... —dijo esperando que mi madre preguntara la razón, pero como no lo hizo prosiguió algo molesta por su falta de curiosidad— ¿No vas a preguntar cuál, Isabella? —Nuevamente volvió a esperar, pero mi madre no moduló palabra, ni gesto alguno—. Vaya, tendré que soltarlo

así, sin más... —dijo desconcertada—. ¡Qué decepción!, pensé desde luego que lo harías más ameno... —Suspiró—. En fin, el motivo es reunir a toda la familia al completo... la familia de sangre —enfaticó en la última palabra acercándose a ella—. E incluso hasta la servidumbre que trabaja en NessUnion —dijo riendo de forma humillante y despectiva mientras la miraba.

—Me alegra que sea así —dijo mi madre finalmente y, caminando hacia la puerta un poco temblorosa, comentó a Angelina—. Quizás Evelyn tenga mejor mano para ayudarte con el vestido, es que ¡yo nunca he servido a nadie! —exclamó indignada. Pero en cuanto se acercó a la puerta vio que entraba un grupo de mujeres que le impedían el paso y se iban aproximando a ella, eran tres mujeres más.

—¡No lo entiendes, querida Isabella! —exclamó Evelyn sorprendida por la ingenuidad de mi madre—. No me refería a ti con lo de servidumbre... Para eso ya tenemos a nuestros maridos. —Todas rieron—. Contigo me refería a la familia... a la sangre de hermanos —y entonces le preguntó en aquella lengua extraña que mi madre también comprendió—, *¿Sabes que donde estamos pisando ahora mismo es de origen celta?* —Mi madre abrió los ojos como platos y empezó a respirar apresuradamente, su corazón se había acelerado y yo lo pude sentir en el gran salón, aunque no sabía bien qué pasaba—. Claro que con los siglos hemos ido evolucionando... —comentó sarcásticamente—. Y ya no somos tan “bárbaros” —exclamó haciendo unas comillas con sus manos para indicar esta última palabra, y todas volvieron a reír.

—Nos reconoces ¿verdad, Isabella? —exclamó Angelina haciéndose la dolida porque mi madre no modulaba palabra alguna; los ojos de Isabella eran de sorpresa y de incredulidad. Entonces Evelyn y Angelina pronunciaron al tiempo:

«Mostraos a sus ojos y llenadle de pena el corazón, venid como las sombras y marchaos...»7

De pronto se produjo un largo silencio, hasta que una voz irrumpió:

—No es que no nos reconozca —dijo una niña que salió de entre las mujeres que habían entrado de último al baño—. Es que no quiere aceptarlo... —Tenía unos tirabuzones rubios que colgaban de su larga cabellera, y estaba vestida de forma antigua, su piel era blanca como la nieve y daba más un aspecto de espectro que de persona viva. Su voz era como la de un ángel, pero sus ojos delataban que había algo oscuro en ella—. Sabes... Isabella, descendiente de Aod. Te hemos buscado durante largo tiempo... a ti y a tus generaciones pasadas. Afortunadamente te hemos encontrado y se ha ¡vuelto a unir la familia!, que es lo más importante... ¿No lo crees? —Mi madre estaba pasmada, no podía gesticular palabra ya que no salía de su asombro, así que la niña prosiguió—. De todas formas, aparte de tenerte entre nosotros a ti y a tu hija, hay algo muy importante que no tenemos localizado aún... y necesitamos que nos digas donde está, ¿sabes? —Hizo una pausa—. Las escrituras son fundamentales para que volvamos a unirnos, ¿lo entiendes, Isabella? —Mi madre, aunque seguía absorta en sus pensamientos, alcanzó a negar con la cabeza, de manera que la niña prosiguió en un tono menos amigable—. Muy bien, creo... Isabella que llevas un vestido precioso, pero muuuuy largo... —exclamó con una sonrisa en los labios y mi madre volvió sus ojos para mirarse; entonces vio cómo la tela de su vestido se alargaba como el de un traje de novia, de la nada, como si brotara del mismo. Mi madre se sacudió rápidamente el vestido y frotó los ojos, esperando volver a ver su vestido normal, pero no fue así, seguía tan largo que le impedía moverse.

—¡Dios! —exclamó con voz ahogada por fin—. ¿Cómo no lo he visto venir? —La rabia y la impotencia se apoderaba de mi madre.

—Sabes que, al haber tenido una hija, tus poderes... Digamos que se los has donado a ella, ¿cierto? —preguntó la niña sarcásticamente—. Porque eres la descendiente directa de Aod... tan dulce, tan buena... ¡Tan sacrificada! —Todas rieron.

—¡No le vais a hacer daño a Helen!, es más fuerte de lo que pensáis y ya sabe que estáis aquí. Lo vio afortunadamente antes que yo —dijo mi madre en tono reacio y fuerte.

—¿Daño?... para nada, si es que han pasado tantos siglos que no sabéis bien ¡cómo hemos cambiado! —exclamó el espectro de niña—. Sin embargo, para que las cosas vayan bien a partir de ahora, necesitamos que nos devuelvas el manuscrito, porque lo tienes ¿no?... esto es muy importante para que las cosas salgan bien para todos en la familia —dijo en tono amenazante.

—No voy a daros nada —exclamó mi madre en tono tajante.

—Entonces me temo que nos llevas al abismo, Isabella; y te condenas a ti y a tu familia a padecer la peor de las muertes... —La voz de la niña cambió y se hizo fuerte y casi masculina, al igual que su rostro, que se volvía oscuro y sombrío—. ¡Si nos obligas, tendremos que sacarle las entrañas a Helen!... Pero ya contábamos con eso...

Las luces del baño titilaron y quedaron por segundos sumidas en la oscuridad, de pronto, como una fugaz llamarada volvió la claridad. Mi madre quedó cegada por aquel destello unos instantes, y posteriormente pudo apreciar visiblemente todo el espacio, estaba frente al espejo, su reflejo por un instante la asustó, estaba vestida con un traje antiguo, como del siglo xviii, y llevaba un recogido que acompañaba la moda del momento, sus ojos se abrieron como platos, estaba totalmente desconcertada, dio un paso hacia delante para observarse mejor y comprobar que era ella, tocó su rostro y retrocedió desencajada. Cuando se pudo percatar de dónde estaba, entendió que seguía en el baño, pero algo había cambiado, ahora no lo veía tan decorado y luminoso, parecía gris e incluso algo oscuro. Angelina y Evelyn ya no estaban y había tres mujeres que se parecían mucho a las que habían llegado al final para retener su salida del baño, pero estaban algo distintas; con vestidos antiguos también, sentadas en unos sillones que hacían como una salita dentro del servicio, reían a carcajadas mientras contaban algo en aquella lengua extraña que Isabella reconocía a la perfección. Parecía como si hubiese retrocedido en el tiempo y estuviese siglos atrás en el mismo castillo... no entendía lo que pasaba y el miedo la invadió al completo, sobre todo cuando comprendió que lo más seguro era que Angelina y Evelyn habrían ido a por mí. Corrió hacia la puerta y para ello pasó cerca de la salita donde aquellas mujeres reían, la miraron fijamente para continuar riendo a carcajadas. Mi madre llegó a la puerta y salió al pasillo, allí había un gran número de personas entre hombres y mujeres que la observaron al salir, el espacio seguía triste y oscuro, las personas parecían llevar también aquellos vestidos de época, cotilleaban, la miraban y se reían, parecía como si estuviese en una pesadilla. Caminó velozmente por aquel pasillo intentando llegar a las escaleras, y cada vez se le hacía más y más largo, no podía llegar al final, caminaba y caminaba rápidamente y a su paso oía «*¡al parecer si es la descendiente de Aod!*» en aquella lengua extraña. Todo parecía estar entre tinieblas y los rostros de aquellas personas se veían deformados por la maldad que reflejaban sus almas, como si por fin mi madre pudiese verlos con claridad; como si estuviese haciendo una radiografía de todos los allí presentes, de los cuales ninguno mostraba un ápice de bondad. No entendía muy bien si ellos querían que ella los viese así o si su poder interno se había desatado y por fin la venda caía de sus ojos, y los miraba como eran en realidad. Yo podía apreciar su miedo, e incluso sentirme en su piel; sin embargo, no podía ver con detalle lo que sus ojos miraban; de manera que me levanté por fin de la mesa y corrí hacia donde vi, a través de sus ojos, que avanzaba, pero estaba lejos, justo al otro lado de la sala. Flashes rápidos recorrían mi cabeza mientras marchaba, cada tramo de aquel sueño ahora parecía muy real.

Finalmente, mi madre llegó a la escalera y miró hacia abajo, hacía el *hall* de acceso, y pudo apreciar entonces cómo todas las personas allí presentes, sin excepción alguna, la miraron con los rostros sumergidos en la maldad y la crueldad. Comprendió, por fin, que había llegado con sus

propios pies al seno del clan de Kalen, sin haberlo querido y después de que generaciones y generaciones habían luchado por alejarse, ella sin saberlo se había entregado a ellos, arrastrando a su familia consigo. Desesperada, intentó bajar las escaleras, cuando de pronto sintió algo detrás de ella, y giró, era aquel espectro de niña ahora con los rasgos más agresivos, al igual que el resto de gente que la rodeaba. De pronto, el mundo volvió a coger color y todas las personas volvieron a hablar normalmente, sin mirar a mi madre, como centrados en sus cosas, y con la indumentaria de la época actual, fue nuevamente como un flash que atacó por sorpresa a mi madre, aquella niña era la única que volvía a desentonar con el espacio, entonces replicó:

—¡Te dije que tenías el vestido muy largo! Los accidentes ocurren por descuidos como estos. —Isabella se miró a sí misma, hacia abajo, y se percató de que volvía a tener una cola inmensa que no podía controlar y estaba al borde de la escalera. Miró directamente a la niña porque sabía que no saldría de ésta y no quería mostrar miedo ante la muerte.

—¡No podrás con Helen, hija de Kalen! Su destino está escrito en algo más profundo que un papel; aunque hallaras los manuscritos de Prana que nos legó Aod, no te servirían de nada.... Kalen ya no resiste más, está llegando su fin —expresó con una sonrisa dibujada en su rostro.

—Te equivocas, Isabella —dijo finalmente el espectro con el rostro ennegrecido por la vileza y la maldad— ¡Estás viendo a Kalen!, no a su hija. —Y sonriendo de una forma macabra concluyó —: No soy tan frágil como piensas, he buscado otros medios para subsistir. —Y soplando por su boca una ráfaga de viento que parecía más bien un huracán, arrojó a Isabella escaleras abajo.

Mientras caía pudo ver la cara de Alice que se acercaba corriendo a través de los pasillos, sus caras reflejaban pánico y angustia; detrás de ella iba yo que vi cómo mi madre se deslizó hasta abajo dando botes seguidos por todos los peldaños de la misma y sin posibilidad de hacer nada. Cuando finalmente llegó abajo, su cuerpo estaba tan dañado que la posición en la que había quedado era imposible que tuviese un solo hueso en su lugar, detrás de su cabeza había un charco de sangre que denotaba una fractura de cráneo, temblaba, pero mantenía los ojos abiertos e intentaba hablar, yo corrí hasta ella como pude hasta que por fin llegué con los ojos anegados de lágrimas que brotaban y brotaban de forma abundante de mis ojos.

—¡Mamá! —exclamé en un grito ahogado por el dolor y me arrodillé ante ella intentando cogerla, aunque no sabía por dónde tocar sin hacerle más daño.

—¡Apartaos! —gritaba Alice—, ¡dejadla respirar!... y llamad a los servicios de emergencia, ¡por favor! —Detrás de mí llegó Nicolás, que me había seguido en cuanto me vio correr, y entonces se quedó pasmado detrás de mí.

—He... Helen... —exclamó mi madre casi sin aire, temblando la voz y el cuerpo, y empezó a hablar muy bajo, no podía escucharla así que me acerqué hasta llegar casi a tocar su rostro—. No son lo que parecen. —Y miraba a su alrededor con los ojos, sin mover la cabeza—. ¡No te dejes engañar!, ¡no confíes en nadie! Y sal de aquí lo más rápido que puedas. —Y entonces repitió como tres veces más—: ¡no son lo que parecen! —Su voz se ahogaba cada vez más, y sus ojos se iban—. Debí contártelo todo, debí decírtelo... Aunque creo que ya lo sabes...

—No hables mamá —dije ahogada en llanto—, no te esfuerces, ¡te vas a poner bien! —Entonces llegó mi padre que profirió un gemido de dolor y cayó de rodillas frente a nosotros; mi madre lo vio y exclamó de forma entrecortada.

—¡Confía en Helen! —Luego volvió a mirarme, mis ojos no paraban de derramar lágrimas a borbotones, entonces con la última energía que quedaba en su cuerpo y haciendo un gran esfuerzo, mi madre arrancó de su pecho la cadena con la medalla que siempre llevaba encima, la acercó a mi pecho y, empujándola hacia mí, me dijo—: ¡Cógela!... —Y con el último aliento que le quedaba, exclamó con voz entrecortada—: Siempre juntas... Aquí reposa nuestra vida. —

Entonces suspiró y se sumió en un sueño muy profundo.

—¡No! —grité y empecé a llorar desesperadamente comprendiendo que la había perdido—, ¡aléjense de ella! —exclamé mirando a todos los que nos rodeaban con un odio que no podía controlar, Alice se agachó para acariciar a mi madre y de un golpe le quité la mano, mi padre lloraba sobre ella, era al único al que le permití acercarse. Yo me levanté, Nicolás intentó poner su mano en mi hombro en señal de apoyo, pero rápidamente lo aparté de mí. Recordé las palabras de mi madre «no son lo que parecen... No confíes en nadie», y entonces comprendí que tenía razón en todas mis conjeturas; todas las personas allí presentes habían provocado esto. Mi alma se llenó de rabia y noté cómo mi calor corporal subía, mis ojos se inyectaban en sangre y una luz blanca lo envolvía todo, mi padre no se percató porque lloraba como un niño sobre mi madre, pero se creó una aureola alrededor de nosotros; quedamos como dentro de una burbuja que parecía imposible que alguien pudiese atravesar, no sabía lo que hacía, ni cómo lo hacía, de todas formas sabía que de esta forma nos protegíamos, así que no hice nada por cambiarlo. Todos los allí presentes se quedaron anonadados, incluso el mismo Nicolás había quedado por fuera de ella, era como estar dentro de una cápsula y casi no se podía oír nada. Apenas unos gritos al fondo en eco de Nicolás.

—¡Helen! No me hagas esto, ¡déjame entrar!... déjame ayudarte, por favor. —Ni siquiera me giré para verlo, también oía los gritos de Alice, Christine, Sophie, Kendra, Rocío y unas cuantas personas más conocidas pidiendo dejarles entrar. De pronto oímos el ruido de un helicóptero fuera del castillo y a Alice gritando.

—¡Viene a por tu madre!, Helen... tienes que dejarle salir, ¡se la tienen que llevar a un hospital o morirá! —Miré su rostro y Alice pudo leer mi descontrol, así que, mirando a Christine, gritó—: ¡Retroceded!

Con una sola manotada al aire, hice que la burbuja que nos protegía estallara, como una bomba expansiva hacia fuera, las personas que estaban más próximas a nosotros salieron despedidas por los aires, incluso algunos espejos se partieron; la gente que estaba cerca resultó herida, aunque no de gravedad, porque mi idea no era matarlos, sólo apartarlos; ya que entre ellos estaba Nicolás. En ese momento entraron en el vestíbulo los sanitarios que venían del helicóptero con una camilla, estábamos tan apartados de cualquier sitio que era imposible pensar en ambulancia o en algún vehículo terrestre, de manera que un helicóptero fue necesario en ese momento, debido a la gravedad del accidente.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —dijo uno mirando a su alrededor, a los heridos y al destrozo ocasionado en el vestíbulo. Alice, magullada por la onda expansiva se acercó a los sanitarios.

—Todos estamos bien, la persona más afectada está allí delante, ¡por favor, ha caído por las escaleras!, ¡tenéis que llevárosela al hospital más cercano! —Se abrieron rápidamente paso hasta mi madre y la recogieron apartando a mi padre, que seguía sobre ella llorando, yo había calmado mi cuerpo y estaba pasmada al lado como una estatua.

—¿Es usted familiar? —preguntaron a mi padre.

—Soy su esposo —dijo casi sin aliento.

—Pues se viene con nosotros. —Con mucho cuidado y entre cuatro sanitarios levantaron su cuerpo, no sin antes medir sus constantes vitales y entender que aún le quedaba un hilo de vida. Los comentarios entre los sanitarios eran lejanos; los oía distantes, como si se tratara de una película. La entubaron y acomodaron en la camilla, y procedieron a llevarla al helicóptero, entonces me despabilé rápidamente y caminado velozmente con ellos les expliqué.

—¡Yo soy su hija!, y necesito ir con vosotros —exclamé.

—¡Una sola persona, por favor! —dijo el sanitario, mi padre estaba como ido y no podía soltar

la mano de mi madre.

—Él debe ir —dije mirando a mi padre—, pero soy su hija... Por favor —dije llorando. Nicolás se acercó al sanitario con heridas y cortaduras, aunque no muy profundas porque estaba muy cerca de mí cuando ocasioné la onda, y entonces exclamó:

—Es su única hija, por favor... Dejadla ir. —Yo seguía sin mirarlo, tenía tanta ira contra él y contra todos los allí presentes que era incapaz de dirigirme a él. Los sanitarios por fin accedieron mientras caminaban y subimos en el helicóptero mi madre, mi padre y yo. Cerraron las puertas y sólo entonces miré hacia abajo, y miré a Nicolás a los ojos mientras nos alejábamos, el rostro de él era de resignación y dolor, el mío era frío y distante.

Capítulo IX

Incertidumbre y desasosiego

Una vez desapareció el helicóptero, todos entraron al castillo, la mayoría de las personas que estaban dentro de la sala principal no se habían enterado de lo ocurrido debido a la música y al estruendoso sonido que había allí dentro; sólo una pequeña parte de los invitados, los que estaban en el vestíbulo y en los pasillos de la planta superior que llevaba a los baños, se habían percatado de la situación. Cuando Nicolás atravesó el vestíbulo, pudo observar a lo lejos las risas de Sina, su madre Evelyn y algunas personas más conocidas, ellas no se percataron de que él las observaba; las siguió de forma cuidadosa a través de unos pasillos que iban en dirección opuesta a la fiesta.

A mi madre la trasladaron al hospital más cercano, pero bien dotado de la ciudad; allí la intervinieron de emergencia de un traumatismo craneoencefálico y rotura de algunos huesos del cuerpo. La operación duró unas diez horas hasta que finalmente pudo salir; mientras estaban en el quirófano, mi padre se mantuvo callado, absorto, alejado en sus pensamientos, parecía no querer hablar con nadie. Yo al igual que él me mantuve también absorta en los míos, intentando aclarar todo lo sucedido, desde que entramos en aquel lugar todo se había convertido en una pesadilla, tal y como lo había imaginado en mis más oscuros presagios; y encima ahora no contaba con Nicolás. Una gran parte de mí se había quedado vacía y sola, pero me sirvió para atar rápidamente todos los cabos sueltos que pasaban por mi cabeza, sin ningún tipo de influencia.

Pedí una hoja y un lápiz en la recepción para aclarar mis ideas, necesitaba plasmarlas en un papel con el fin de que nada quedara en el olvido. Lo primero que anoté fueron todas las frases que mi madre me dijo antes de cerrar sus ojos; por mi cara asomaron unas lágrimas que sequé rápidamente, y me concentré: «no son lo que parecen», «no te fies de nadie» ... Anoté en la hoja, si todo lo que había investigado antes era cierto y la leyenda era una realidad, eso significaba que todos los allí presentes eran del clan de Kalen, por eso no podía fiarme de nadie. A mi padre le había dicho... «Confía en Helen», también lo anoté, eso demostraba que ella confiaba en mí, quizás ya se había dado cuenta de que yo sabía algo y por eso había estado tan extraña; y mi padre debía confiar en mí porque yo sabía qué hacer. «Debí contártelo antes» ... Volví a anotarlo en el papel, estaba claro que tuvimos ocasión de hacerlo y que ella pensó, al igual que yo, que seguramente era una locura; yo no tuve el valor y la confianza, como lo había hecho siempre, de contarle lo que sabía; y ella, después de tantos siglos, no pensó que había llegado la hora. «Siempre juntas» ... «Aquí reposa nuestra vida» ... Esto no tenía ninguna lógica; eso me lo decía cuando era niña, pero ahora no le encontraba ningún sentido, más que la angustia de saber que se moría y no sabía cómo decirme que me quería. Una fractura de cráneo podía hacer que dijera mil incoherencias, pero todo aquello tenía una lógica para mí.

Posteriormente me hice un esquema de todos los implicados y sus relaciones, los socios de NessUnion y sus familias, los amigos cercanos a mis padres, los conocidos, mis amigos... ¡Y Nicolás! Estaba claro que él debía estar implicado desde el principio y yo no lo había visto, o no había querido verlo; pero ¿qué buscaban?, ¿qué querían?... allí faltaba una pieza que no podía entender. Si la historia era cierta querían matarnos, exterminarnos, de ser así ya estaríamos todos muertos; habían tenido mil formas de hacerlo sin armar tanto revuelo. De manera que resultaba evidente pensar que buscaban algo más... Pero ¿el qué?

En ese instante, salió el doctor de la operación y se dirigió a nosotros.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —exclamó, mi padre y yo nos agarramos de la mano—, ha sufrido un traumatismo craneoencefálico, múltiples roturas de huesos en extremidades y...

—titubeó un poco, pero finalmente dijo—, también tiene afectada la médula espinal.

—Eso exactamente ¿qué significa, doctor?, ¿tiene posibilidades de salir adelante? —preguntó mi padre con la voz entrecortada.

—No lo sabemos con seguridad, los daños son importantes —respiró—. Pero de momento no puedo decir más. —Y cogiendo a mi padre por el brazo en señal de apoyo, comentó—: Tendremos que esperar para saber cómo evoluciona.

—¿Podemos entrar a verla? —pregunté.

—De momento no —dijo el doctor—, necesitamos unas horas más de observación, les aconsejo que se vayan a descansar. No sé de dónde vienen y si tienen algún sitio donde quedarse, pero esto va para largo... —Mi padre negó con la cabeza.

—No voy a moverme de aquí hasta saber cómo evoluciona mi mujer —exclamó con la voz entrecortada—. Si se despierta quiero que me vea, que sepa que estoy a su lado —volvió a comentar casi desmoronándose de dolor.

—Me temo que eso no va a suceder por ahora, señor Wolf —dijo el doctor sereno, pero muy firme.

—Me da igual —exclamó ofuscado—, voy a esperar...

—Como quiera —dijo el médico comprendiendo su dolor—, con permiso —dijo finalmente y se retiró.

Mi padre y yo nos abrazamos y nos volvimos a sentar en el sofá del hospital. Yo me recosté sobre su hombro y no me di cuenta de en qué momento me dormí; estaba tan cansada que, a pesar de la preocupación por la salud de mi madre y de la angustia por todo lo que estaba pasando, pude conciliar el sueño un par de horas, hasta que oí un fuerte ajeteo en los pasillos y la vibración del móvil de mi padre que no paraba de sonar. Estaba totalmente recostada en el sofá, cuando vi a mi padre que se llevaba las manos a la cabeza y caminaba de un lado a otro, los médicos entraban y salían de la unidad de cuidados intensivos.

—¿Qué pasa? —exclamé confundida, mi padre se volvió hacia mí con los ojos completamente hinchados de llorar.

—Tu madre ha entrado en coma... —exclamó y se derrumbó ante mí llorando sin parar, tuve que ser fuerte por él, lo abracé y permanecimos así un buen rato.

Después de unas horas más, los doctores comprendieron que el caso de mi madre se había estancado, no presentaba empeoramiento, pero no hacían nada teniéndola en la UVI; así que finalmente decidieron darle una habitación. Cuando por fin la trasladaron pudimos verla, tenía toda la cabeza rapada envuelta en vendas, al igual que todo su cuerpo. Estaba entubada por la nariz y la boca y tenía un aparato de respiración asistida a su lado. Mi padre se acercó a ella derrumbado por el dolor y la cogió muy suavemente por la mano; yo le acerqué un sillón que estaba en la habitación para el acompañante, que se veía bastante cómodo, para que se sentara junto a ella y ahí se quedó, atado a ella por completo. Entonces me fui al otro lado de la cama, e intentando no tocarla mucho me acerqué y le di un beso en la frente.

—Sé que me puedes oír, aunque los médicos digan lo contrario. —Sequé mis lágrimas y dije en tono más bajo acercándome a su oído—, no te preocupes por nada, voy a protegeros... A ti y a mi padre. Sé quiénes son y voy a averiguar qué es lo que quieren. No volverán a tocarle. —Entonces respirando hondo e intentando no derrumbarme le dije—: Vas a salir de ésta. ¡Te lo prometo!

Me quedé un rato a su lado hasta que me percaté de que estábamos deshechos, sin bañarnos, sin comer. No sabía con exactitud qué hora era, ni en qué día estábamos; parecía como si el tiempo se hubiese detenido. Vi que mi padre no podía con ello, así que asumí que yo debía hacer algo; me acerqué y delicadamente saqué la billetera de su bolsillo, se había quedado profundamente

dormido en el sillón, al lado de mi madre. Salí y pregunté a una enfermera que pasaba la fecha y la hora; amablemente me contestó:

—Es aún primero de enero, y son las nueve de la noche.

—Gracias —comenté agotada, y me indicó dónde podía comprar algo de comida, ya que el restaurante del hospital a esa hora estaba cerrado. También me recordó que debía llevar la tarjeta de la habitación para que me dejaran volver a entrar.

Volví a entrar a la habitación, cogí con cuidado, para no despertar a mi padre, la tarjeta que estaba sobre una mesilla de noche y la chaqueta de Nicolás que me la había dejado muy acertadamente cuando había sucedido la catástrofe, mientras me subía al helicóptero; y me dirigí hacia la salida. Caminé hasta la puerta de urgencias del hospital, salí a la calle y busqué el sitio que me había indicado, compré unos sándwiches para comer, tardé relativamente poco porque aquel lugar no estaba muy lejos, aunque el frío lo hacía más crudo todo.

Capítulo X

Contraposición

Cuando regresé atravesé nuevamente el hospital, ya que las habitaciones estaban al otro lado de la entrada de urgencias; al parecer era el único acceso que dejaban abierto a esas horas, ya que la puerta principal era sólo para citas previas y visitas, y a esas horas ya estaba cerrada. No esperaba encontrar a nadie debido al estricto control de las visitas, pero cuando entré a la habitación me tropecé con unas maletas que había en la entrada. Cuando pude observar bien, me percaté que eran las nuestras.

—¿Y esto? —exclamé confundida mirando a mi padre que seguía al lado de mi madre. Ya estaba tomándose una Coca-Cola con una hamburguesa.

De pronto oí como la cadena del retrete se accionaba, y daba paso al lavamanos.

—¿Quién es, papá? —pregunté rápidamente en tono violento, él intentaba tragar para responderme, pero antes de que lo hiciera salió Nicolás del baño. Mi cara era de rabia y asombro, no entendía cómo osaba venir a nosotros; él permaneció parado en la puerta del aseo mirándome fijamente.

—¿Qué haces aquí! —exclamé histérica, pero en tono bajo. Mi padre extrañado de mi reacción porque no sabía nada de los acontecimientos dijo aún con la comida en la boca.

—Helen... ¿Qué sucede? —dijo contrariado—. Nicolás muy amablemente nos ha traído nuestras cosas hasta aquí. —Yo no le quitaba los ojos de encima y él hacía lo mismo conmigo, pero sin modular una sola palabra, entonces mi padre insistió—. Chicos, no sé cuál es el problema, pero solucionadlo porque no es momento de discutir —dijo mirando a mi madre con la comida atragantada por el dolor. Hubo unos segundos de silencio y entonces por fin se decidió a hablar.

—¿Podemos conversar afuera? —me preguntó—. Te invito a algo. —Yo no tenía ganas de separarme de mi madre y menos para estar con él, mi desconfianza se había vuelto desmedida, pero sabía que no podía hablar de todo ello delante de mi padre, así que accedí a salir sólo al pasillo que quedaba justo fuera de la habitación.

—Lo que tengas que decirme me lo dirás aquí afuera, justo al lado de la puerta porque no pienso moverme —dije en tono duro y distante—, ¿has venido con alguien?

—¿Con alguien? —preguntó confundido.

—¡Sí!... has oído bien —dije sin perder sus ojos de vista—, ¿que si has venido con alguien?

—He... He... venido solo... —exclamó tartamudeando sin entender bien mis palabras.

—Pues bien, salgamos —dije tajantemente.

Abrí la puerta esperando a que él saliera primero, y caminamos hacia el pasillo; mi padre se quedó desconcertado por mi actitud, pero pensó que era un tema nuestro; nada más alejado de la realidad.

—Y bien... ¿A qué has venido?, ¿a regocijarte en su lecho? —dije fríamente— ¿Por qué no me destruyes de paso a mí también?, ¿a qué esperan? —dije de forma desafiante.

—Helen —comenzó pausadamente—. Entiendo que estés confundida, ¡lo estoy yo!... —Y rio tristemente entre dientes—. Y ahora te creo más que nunca; he visto lo que haces y creo que has tenido razón en todas tus conjeturas —exclamó finalmente intentando excusarse—, ¡lamento no haberte escuchado lo suficiente!

—¿Por qué haces esto, Nicolás?, ¿cuál es el fin? —dije finalmente entre dolida e irritada—. ¡Está clarísimo que perteneces al clan de los hijos de Kalen!... ¡no me creas más estúpida! —dije rudamente— Lo que no entiendo... —y entonces me cortó.

—¿Al clan de Kalen?, ¡Por Dios, Helen!... ¿Por qué me dices eso?, ¿no entiendo por qué me acusas?, ¿qué te he hecho para que pienses eso?

—¿Qué me has hecho? —exclamé rápidamente— Dirás ¿qué nos has hecho? —grité con un odio profundo en mi rostro, aunque al mismo tiempo llevaba un dolor incontrolable en mi corazón, porque a pesar de todo le seguía queriendo; e incluso muy en el fondo de mi ser esperaba que, en realidad, de alguna forma, me explicara que no tenía nada que ver con lo sucedido. Nicolás me miraba desconcertado como si no entendiera nada de la situación.

—¿Crees de verdad que he tenido que ver algo en todo esto? —me preguntó confundido.

—Lo creo —respondí firmemente—. Lo que no entiendo —retomé por donde había quedado— es ¿por qué lo haces?, ¿por qué has estado engañándome todo el tiempo?, jugando con mis sentimientos... ¿Te da placer?, ¿quizás morbo?... ¿Por qué no me has matado antes? —dije llena de rabia—. ¿Por qué el clan no ha acabado con nosotros ya? —él bajó su rostro al suelo negando con la cabeza, su mirada era de tristeza e incredulidad.

—No tengo idea de por qué no lo han hecho ya —exclamó mirando al suelo fríamente; mi alma se quedó en vilo cuando por fin le oí reconocer la situación—. No sé por qué no me han matado a mí o a mi familia, no sé por qué conviven con personas normales como nosotros... y ¡no sé lo que pretenden! —dijo descorazonado—. ¡Sólo sé que estoy en medio, Helen! —Y entonces alzó su rostro para mirarme directamente a los ojos—. Puedes creerme o no, y no te voy a juzgar por ello, debes desconfiar en este momento hasta de tu propia sombra; pero te garantizo que no tengo nada que ver con todo esto... ¡ni tampoco mi familia! —dijo finalmente en una mezcla de súplica y dolor—. Puedes alejarme de ti, si es lo que deseas, pero estoy tan confundido como tú. —Su mirada parecía sincera—. He venido porque no pensé que después de todo lo que habíamos vivido no dudarías de mí, pero está claro que no es suficiente... Y no sé cómo demostrártelo.

—Nicolás... —dije tomando aire y en tono irónico— ya has demostrado de qué lado estás —comenté amargamente—. Me venís siguiendo desde mi viaje a Granada, allí les di el golpe de gracia para localizarme... Luego contrataron a mi padre y, desde NessUnion nos han tenido perfectamente controlados; te “contrataron” —dije haciendo énfasis en esta última palabra— para seguir todos mis pasos, estar muy cerca de mí, averiguar todo lo que necesitaban... Comprobar si era la heredera de Aod, por eso tanto interés en mí, en ayudarme a aclarar mi pasado..., pero claro... no podía decirle nada a mi madre —dije con una sonrisa irónica en mi rostro, camuflando el dolor que sentía en mi alma—. Hiciste hasta lo imposible porque ella no se enterará, sabías que si lo hacía ¡desapareceríamos!, y no podían correr ese riesgo... —Hice una pausa y quité las lágrimas que brotaban de mi rostro sin quererlo—. Mi madre detectó algo anómalo ayer; seguramente se dio cuenta de quiénes erais... Lo sentí a través de ella... No contabais con eso, ¿no? —él sólo me miraba con los ojos inexpresivos, mi voz se había aflojado y tenía un nudo en la garganta—. Y entonces decidieron salir de ella... —Nicolás me preguntó:

—¿Sabes entonces que no fue un accidente? —dijo vacilante. Yo seguí mi relato sin querer oír sus palabras.

—Ahora, lo que no entiendo es ¿por qué sigues aquí?, o ¿por qué no han terminado conmigo y con mi padre?... ¿Se supone que vienes a rematarlo ahora? —dije mirándole agotada, sin ganas de luchar— ¿Aquí?, ¿en el hospital? —lo miré fijamente—. Un poco cutre, ¿no? —dije como dándome por vencida y de forma sarcástica. Él con un semblante muy afligido comentó:

—Bien... No voy a poder hacer nada para que me creas que no tengo nada que ver con todo esto, y me vas a apartar de ti —expresó mirándome a los ojos—. Entiendo tu desconfianza, efectivamente he aparecido en tu vida justo cuando la familia de Kalen lo ha hecho, mis padres son socios mayoritarios de una empresa liderada por su familia... Y la gente que te ha hecho daño

son algunos conocidos y muchos amigos míos; puedo entenderlo... Pero como bien dices, si fuese de su clan ¿por qué no te he matado ya? —dijo mirándome—. Hemos estado solos ¡mil veces!; si la historia cuenta que con deshacerse de ti estaría todo resuelto, explícame ¿por qué no lo he hecho?

—¡Dímelo tú!... —dije sin titubear, y nos miramos fijamente.

—Porque NO SOY DE ELLOS —dijo tajantemente, sílaba por sílaba—. ¡Porque probablemente me hayan utilizado como a ti, no sé para qué fines! —Y entonces pareció derrumbarse—. Lamento no haberte creído antes, Helen; pensaba de verdad que estabas atravesando una crisis, que si se lo decíamos a tu madre te internarían en un manicomio... Quería creer que no pasaba nada. —Y entonces hizo una pausa para respirar—. Pero he visto lo que puedes hacer... y eso no es normal —Entonces, mirándome directamente a los ojos me dijo—: Si me vas a apartar de tu vida, tengo que decirte algo muy importante; no me lo has dicho aún, pero te preguntaré por qué sé que lo de tu madre no fue un accidente... —Me quedé mirándolo pasmada con cara de extrañeza porque no sabía con lo que saldría ahora.

—¿Qué vas a contarme ahora, Nicolás? —dije en tono irónico, y entonces él prosiguió, sin atender a mi sarcasmo.

—Anoche, después de la desgracia de tu madre y después de que se fueran en el helicóptero, vi a Sina y a su madre Evelyn reír a carcajadas con un grupo de personas en la fiesta; podría haber sido de cualquier otra cosa, pero me dio mala espina después de todo lo que me habías contado y de lo que había sucedido, así que las seguí sin que me vieran. —Hizo una pausa para tomar algo de aire y prosiguió—. Se adentraron en un ala diferente a la de la fiesta del castillo y, efectivamente después de seguirlas, pude darme cuenta de que habían empezado a hablar en un idioma que no podía distinguir. —Paró el relato algo confuso; yo no sabía muy bien si debía seguir escuchándole o no; podía ser otra trampa, pero debía salir de la duda; así que decidí que escucharía todo y al final me lo pensaría. Entonces prosiguió—. El hecho es que necesitaba saber más, no entendía nada de lo que decían, pero quizás en algún momento harían un gesto o algo que pudiera darme una señal, así que esperé un largo rato detrás de una columna que me ocultaba. Brent llegó para reunirse con ellos y, con unas cuantas personas más, durante unos minutos hablaron normalmente... Entre líneas pude escuchar que decían algo de un manuscrito; de un documento o algo así que necesitaban para que Kalen pudiese completar su ritual. —Suspiró confundido—. Brent propinó un grito cuando Evelyn le dijo que no había conseguido saber dónde lo ocultaba tu madre; luego siguieron hablando en ese idioma extraño, pero al final Sina dijo algo como... «debí ser yo la que la empujara». —Alzó los ojos y me miró directamente a la cara—. Terminó diciendo que ella se encargaría de ti... —Sus ojos se tornaron angustiados—. Y no pude entender nada más... —Entonces agachó la cabeza y se llevó las manos a su cara—. ¡Lo siento, Helen!, creí que lo mejor en ese momento era no hablar con tu madre; pero tienes razón, si lo hubieras hecho habríais desaparecido a tiempo y esto no habría ocurrido... De manera que tengo parte de culpa en todo lo sucedido y lo siento —dijo finalmente con un nudo en la garganta, sus ojos se habían llenado de lágrimas. Yo estaba desconcertada, no sabía qué pensar. Mi madre me había dicho que desconfiara de todos, pero ¿eso incluía a Nicolás?... Él se levantó del sofá donde nos habíamos sentado, limpió las lágrimas de sus ojos y volvió a decir mirándome hacia abajo, ya que yo me había quedado sentada en el sofá—. Sólo quiero que sepas que si me necesitas vendré enseguida; sólo tienes que marcar mi móvil, voy a estar cerca hasta saber que tu madre, tu padre y tú estáis bien y a salvo; me da igual si no quieres confiar en mí... —Hizo una pausa retomando fuerza para hablar—. ¡Y lo siento si no quieres!, pero, aunque no esté a tu lado, no te voy a abandonar... estás metida en una jauría de lobos y yo soy muy responsable de lo que está

pasando... Tanto si quieres como si no, estaré atento a que nadie se os acerque —dijo tajantemente—. A mis padres que querían venir les diré que no es oportuno, que llamen mejor al móvil de Henry.

Yo no pude modular palabra alguna; estaba completamente confundida, la historia que me contaba tenía sentido, pero también podía tener sentido el que me estuviese engañando. No sabía si debía o no confiar en él, lo amaba profundamente, pero necesitaba utilizar ahora mismo la cabeza y la lógica; de manera que decidí esperar. No le dije nada y vi cómo se marchaba.

Me quedé un rato en el sofá analizando lo ocurrido, hasta que caí en la cuenta... «el manuscrito» pensé, «posiblemente por eso aún no estamos muertos» analicé rápidamente. No pudieron sacarle la localización a mi madre, así que vendrán tarde o temprano a por mí. Y entonces se me estremeció todo el cuerpo, entré rápidamente a la habitación, cogí el papel donde estaba guardando todas mis anotaciones, lo había dejado en el cajón de la mesita de noche y allí estaba.

—Papá, ¿esto lo ha visto Nicolás? —señalándole el papel con mis conjeturas.

—No —dijo nuevamente confundido—. Acababa de llegar cuando tú entraste, y vino sólo a dejarnos las maletas con la ropa. Helen, ¿qué es lo que pasa?, ¿por qué esta actitud con Nicolás?... Si has discutido con él por temas... —Y entonces le corté rápidamente.

—¡Papá! —exclamé en tono fuerte para que me dejara hablar—. No he discutido con Nicolás por un tema personal; tiene que ver con lo que le ha pasado a mamá.

—¿De qué hablas? —Se quedó impactado y dudoso.

—Mi madre alguna vez te habló de su pasado... de su familia. —Mi padre frunció el ceño en señal de preocupación, y se sentó al lado de la cama donde estaba mi madre.

—No, pero sé que hay algo gordo que me ha ocultado siempre... incluso antes de casarnos, una vez me dijo que si confiaba en ella —dijo con tristeza—, y que, si alguna vez me decía que teníamos que huir y ocultarnos, lo haríamos —recapacitó—. Mi respuesta fue afirmativa porque sabía que era fundamental para que ella accediera a unirse a mi vida... ¿Qué pasa, Helen? —preguntó preocupado volviendo su rostro hacia mí.

—Papá... ¡no se dio cuenta de que había llegado el momento de huir! —Mi padre puso cara de desconcierto.

—Tiene todo esto algo que ver con la empresa entonces... —expresó confundido, pero al mismo tiempo con rabia. Yo asentí.

—Voy a contarte todo lo que sé porque ya no puedo callar más; quizás volvería a cometer el mismo error que hice con mi madre si no lo hago —suspiré hondamente—, pero te adelanto que no es fácil de asimilar. —Hice una pausa y continué, mi padre me observaba sin perder detalle—. Incluso sé que debo decírtelo porque algo en mi interior ha cambiado; mi madre lo último que dijo fue que confiaras en mí... y necesito que lo hagas, ¿de acuerdo? —Mi padre afirmó con la cabeza, parecía preocupado, entonces le conté todo lo que sabía.

Lo de que en mi interior había cambiado algo desde lo de mi madre era totalmente palpable; mis sentidos por alguna razón se habían agudizado, era como si ella me diera todo lo que tenía en su ser para que yo lo utilizase. Incluso sentía un poder en mi interior que se iba acrecentando; lo que siempre había utilizado de niña, pero que con el tiempo había olvidado, y sólo ahora recuperaba... Los regalos de las fiestas que quería y conseguía, el que la gente me mirara cuando lo requería o me obviara cuando yo lo estimaba necesario, el lograr mis objetivos con sólo desearlo... Empecé a controlarlo todo de forma voluntaria. A mi padre le di varias muestras de mi nueva habilidad con las enfermeras que atendían a mi madre, él se quedó estupefacto.

3 de enero de 2011

—¡Bueno días! —exclamó la jefa de enfermeras que entró a la habitación para controlar a mi madre, aunque ya era casi media mañana.

—Bueno días —respondimos al unísono mi padre y yo, ella entró al baño y yo en voz baja le dije a mi padre.

—Van a decirnos ahora que ya ha pasado lo crítico, que sólo uno de los dos podrá quedarse a dormir con mamá. —Y mirándole comenté—: Pero yo le voy a persuadir sólo con la mirada de que debe dejarlo pasar por hoy... —Mi padre se quedó expectante ante la situación, la enfermera salió del baño.

—Verán —dijo muy amablemente— el doctor pasará guardia en un rato y les comentará más ampliamente el estado de la señora Wolf. —Hizo una pausa y continuó—: Por normativa del hospital sólo puede haber un acompañante —mi padre y yo nos miramos, él parecía sorprendido—. Y hemos hecho la vista gorda estos dos días por la situación en la que vinieron, pero no podemos seguir así...—En ese momento me quedé mirándola fijamente y ella empezó a titubear para finalmente decir—: Así que... así que... vamos a... dejarlos un poco más, pero deberán resolverlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —comenté finalmente y la enfermera salió aturdida de la habitación. Mi padre y yo reímos sin muchas ganas, pero asombrados de la situación—. Verás, he empezado a practicar cuando salgo de aquí con la gente que pasa a mi lado.

—¿Hay algo más que puedas hacer aparte de que las personas cambien de parecer? —Y entonces reflexionó rápidamente y me preguntó—: ¿No lo habrás hecho conmigo? —yo reí ignorando su última pregunta, porque sí lo había utilizado con él, había abierto su mente para que fuese posible que entendiese todo lo que le estaba contando y me creyera, de otra forma hubiese pensado que estaba loca y que seguramente todo lo de mi madre me había traumatizado y me estaba haciendo desvariar... Pero eso se lo contaría después de que saliéramos de todo esto. Así que comenté rápidamente:

—No lo sé, papá... No tengo un manual de instrucciones —comenté saliendo del paso—. Aunque quizás ese manuscrito que buscan me podría dar una pista, ¿de verdad mamá nunca te dijo nada de eso? —mi padre negó con la cabeza, ambos volvimos a respirar resignados. De pronto sonó un mensaje de texto en mi móvil y lo cogí para leerlo, era de Nicolás y decía: «Tengo más información, al parecer quieren ir a tu casa a revolverlo todo, creen que allí encontrarán algo. Una cosa más, van para allá Alice, Christine, Laura y Rachael... No me dan buena espina, voy para allá por si me necesitas». Entonces cerré el móvil y miré a mi padre; él me preguntó:

—¿Era Nicolás? —yo afirmé con la cabeza, entonces prosiguió—. No sé qué pensar, ¿crees que podrías utilizar tu poder con él?

—No estoy segura —comenté—. Lo intenté la última vez que vino, pero no logré mucho; creo que de momento puedo influir en sus decisiones, pero no sé si puedo sacarle la verdad... —En ese momento entró una enfermera a revisar a mi madre y mi padre comentó.

—Pues tienes conejillo de indias para experimentar —dijo fingiendo una sonrisa de saludo hacia la enfermera, yo reí bajito y luego me concentré en que me dijera la verdad a la pregunta que le haría.

—¿Cree que mi madre saldrá de esto?

—No tengo ni idea —dijo rápidamente y continuó—. Pero desde luego, después de todos los años que llevo en este servicio, jamás he visto que un paciente se recupere de un coma de este

tipo... —De pronto mi padre y yo quedamos estupefactos, no era desde luego la pregunta más apropiada, tampoco era la respuesta que quería escuchar, pero desde luego se acercaba a la verdad. La enfermera a los segundos de decir la última palabra reaccionó y se llevó la mano a la boca—. ¡Lo siento! —exclamó confundida—, ¡no he debido decir eso!, sólo el doctor puede decirles algo. —Estaba bastante agobiada por sus palabras, y mi padre y yo afligidos.

—No se preocupe —dije rápidamente—. Sólo ha sido sincera... —Ella salió de la habitación confundida y mi padre y yo nos quedamos mirándonos.

—Bien... —dijo mi padre finalmente—, esperemos que vayas descubriendo más dones, y quién sabe... quizás incluso puedas ayudar de alguna forma a tu madre. —Se acercó a mí y me dio un par de palmaditas en la mano.

Después de unos quince minutos apareció Nicolás en el hospital, tocó la puerta y entró en la habitación.

—Buenos días —exclamó.

—Buenas... —dijo mi padre con cierta desconfianza, Nicolás no prestó atención a mi padre y se acercó a mí.

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó mirándome.

—No es necesario, Nicolás —comenté—. ¡Mi padre está al tanto de todo! —dije con cierta satisfacción en mi rostro. Nicolás se quedó pasmado, estaba claro que no esperaba que fuese a reaccionar de esa forma y que pudiese contárselo a mi padre. De hecho, tampoco entendía muy bien como él podía haber asimilado esa historia, ya que no sabía nada de mis nuevas habilidades, tragó algo de saliva y miró a mi padre.

—¿Al tanto de todo? —dijo finalmente entre líneas.

—¡De todo! —exclamé tajantemente—. ¿Por qué lo preguntas?, ¿te preocupa que no seas el único que puedas aconsejarme? —dije con una sonrisa irónica en el rostro.

—No, Helen... —dijo finalmente muy serio—. Y no me importaría que bajaras la guardia conmigo un poco —dijo mirándome.

—Lo veo difícil, Nicolás —intervino mi padre—, hasta ahora que yo sepa, no has sido una buena compañía... o, por lo menos, no un buen consejero.

—Bien... —exclamó dolido—. Ya no sé cómo disculparme... Cómo pedir perdón por mis malas decisiones, sólo puedo decir en mi defensa que consideré en su momento que era lo mejor. —Hizo una pausa y continuó—. Podéis atacarme todo lo que queráis y sacarme de vuestras vidas por completo, me da igual... De todas formas, como me siento responsable de lo sucedido, le repito lo mismo que le dije a Helen ayer, voy a estar por aquí... Vigilando por si me necesitáis.

Mi padre y yo nos miramos en señal de complicidad, pero Nicolás sin que le afectase continuó:

—Os conseguiré toda la información que me sea posible; quieran o no, estoy infiltrado en la empresa, así que lo que pueda averiguar os los diré. —Y caminando hacia la puerta de salida de la habitación comentó—. Vienen para acá Alice con Laura, y Christine con Rachael; quiero que sepáis que a Rachael la vi hablando con Sina después del accidente de la Sra. Wolf, y no era propiamente una conversación muy pública. Y a Laura, aunque creas que es amiga tuya, está muy apegada a su vez a Rachael... Ahora que veo todo con otros ojos, hay cosas que están pasando muy raras y muy rápidamente. —Hizo una pausa con cara de preocupación y nos miró—. Sólo os digo que ¡desconfiéis de todos! —Mi corazón dio un vuelco porque recordé las últimas palabras de mi madre. Entonces abrió la puerta para salir y dijo finalmente—: Estaré fuera hasta que se vayan...

Mi padre y yo nos miramos rápidamente, el asintió con la cabeza y yo le dije:

—¡Espera Nicolás, te acompaño afuera! —Salimos juntos y nos quedamos en la salita de fuera

de la habitación, entonces aproveché el momento y me centré en él.

—Nicolás... me gustaría preguntarte algo —dije, él me miró ladeando su cabeza esperando mi pregunta, y guiñando sus ojos, parecía como si supiera lo que iba a preguntar, era lo que me pasaba cuando le conocí, esa expresión que me envolvía y me dejaba sin aliento, como si nos conociéramos de toda la vida, e inmediatamente pregunté— ¿Me amas?

—Más que a mi vida —contestó sin pensarlo—. Y ya no sé cómo demostrártelo —dijo afligido—. Siento que me estoy quedando sin aliento, me estás torturando de una forma que creo que no lo merezco... Me he equivocado y lo reconozco, ¡pero esa ha sido mi única culpa!, tomar una mala decisión pensando que hacía lo correcto. —Y entonces suspiró y me preguntó—. ¿Recuerdas esa vez cuando me lo contaste todo en la playa? —yo asentí con la cabeza—. Lo único que pensé en ese momento fue ¡Dios! Estoy enamorado de la tía más loca con la que he podido cruzarme... —Ambos reímos—. En serio... —confesó—, me asustaste ese día y, aunque pensé que tenías un problema de esquizofrenia o algo parecido, sabía que no podía dejarte; y que tampoco permitiría que nos separaran... —Se fue acercando a mí, y yo lo dejé—. ¡Lo siento de verdad! —exclamó casi pegado a mi rostro—. Te necesito, Helen, por favor no me tortures más... Créeme ¡he aprendido la lección! —Y entonces respiré hondamente y unimos nuestras frentes, finalmente nos besamos.

Pasaron unos segundos y oímos que las puertas del ascensor se abrían, entonces salieron las cuatro mujeres; Nicolás se puso delante de mí con espíritu protector. En cuanto nos vieron pusieron cara de pocos amigos y comentaron algo entre ellas, se acercaron y entonces Nicolás exclamó:

—Buenas... ¡Perdonad, pero no podéis pasar a la habitación!

—¿De qué hablas, Nicolás? —preguntó rápidamente Alice indignada, e incluso algo agresiva— Isabella es mi amiga así que tengo todo el derecho de verla.

—Te equivocas, Alice —respondí al segundo—. Mi madre no va a recibir ninguna visita hasta que el médico lo diga, y nosotros, “su familia”, queramos... —Alice me miró con cara de asombro y preocupación, al igual que todas.

—Helen... ¡me parece mentira que digas eso!, sabes que quiero mucho a tu madre y... —e inmediatamente le corté:

—Verás, Alice, voy a ir al grano. En este momento no diferencio amigos de enemigos y, hasta que no lo haga, nadie va a entrar en esta habitación... Lo último que pudo sentir mi madre hacia ti fue ¡traición!... y yo pude apreciarlo también a través de sus ojos. —Alice se conmocionó e inmediatamente Laura se puso delante de su madre.

—Helen... ¿lo dices en serio?, ¿y qué pasa conmigo? —dijo con tristeza en sus ojos—, ¿tampoco sabes si soy amiga tuya?

—Lo siento, Laura —dije tajantemente—. Mi madre ha salido muy mal parada de todo esto, y de momento voy a hacer todo lo que esté en mi mano para protegerla. Te repito que no tengo claro quiénes sois... ninguno de vosotros —inmediatamente saltó Christine, madre de Rachael. —¡Vale! Podríamos entenderlo si éste —refiriéndose a Nicolás— no estuviese aquí... ¿por qué él si puede y nosotros no? —dijo en tono desafiante mirando a Nicolás con cierto recelo.

—No voy a discutir eso ahora —respondí en no muy buen tono—, además, es un tema mío.

—Te equivocas nuevamente, Helen —contestó Christine—. No es sólo tuyo, es un tema de tu madre... y nosotras somos sus... —vaciló— amigas. —Mi desconcierto en esa inseguridad al terminar su frase fue notorio.

—Te repito que eso lo decidiré yo —arremetí al segundo; entonces Rachael intervino inmediatamente.

—¡Helen, estás confundida!... Venimos a ayudarte a ti y a tu madre; y necesitamos el manuscrito... con él quizás ¡tu madre pueda mejorar! —Me dio un vuelco el corazón, y mis ojos se achicaron mirándola directamente.

—Ah... Necesitáis el manuscrito... ¡qué casualidad!, y ¡para ayudar a mi madre!... por supuesto, ¿cómo no?... y eso quién te lo dijo ¿Sina? —Rachael me miró asombrada y desconcertada.

—¿Quién te ha dicho eso?... ¡Éste! —Señalando con el dedo a Nicolás, que le bajó bruscamente la mano, pero sin hacerle daño.

—A mí no me señales —dijo Nicolás de mala gana.

—No lo entiendes —dijo ofuscada Alice—, por favor, Helen, tienes que escucharnos... y ¡debemos ver a tu madre! —La tristeza que reflejaban sus ojos parecía verdadera, pero como mi madre me había dicho, no debía confiar en nadie. Además, estaba claro que ellas estaban al tanto de todo pues entendían perfectamente la situación que acontecía, lo que me demostraba que como poco formaban parte de todo ello.

—¡Ya he oído bastante! ¡No me busquéis, por favor! —dije mirándolas a las cuatro en tono amenazante, ellas se quedaron atónitas, entonces bajé la guardia—. Necesito que os retiréis de aquí... y por favor no volváis, ¡no sois bienvenidas hasta que no aclare todo! —Alice cogió a Laura de la mano que quería acercarse y les dijo a todas.

—No es el momento... Helen tiene razón, vámonos... buscaremos un instante más oportuno para arreglar las cosas. —Y mirándome me dijo—: Quiero que sepas que estamos de tu parte, aunque ahora no puedas comprenderlo... Y no nos dejes explicártelo. —Entonces cogió mi mano y yo se la retiré bruscamente; se apartaron, y cuando pensamos que ya entraban a los ascensores, Christine se volvió y mirándonos fijamente comentó:

—¡No vamos a quitaros los ojos de encima! —dijo de forma amenazante—. Estaremos atentos a cualquier movimiento que deis. —Y entonces se volvió mirando a Nicolás a los ojos, y dijo—: ¡Estaremos vigilantes! —exclamó bruscamente y entonces se fueron.

Cuando por fin vi que no regresaban, me volví hacia Nicolás y le dije:

—Tenemos que hablar... tengo que contarte algo. —Y entonces entramos en la habitación. Mi padre estaba expectante ante la situación, se me quedó mirando esperando que le hiciese alguna señal acerca de la respuesta que me había dado Nicolás; yo sólo asentí con la cabeza y él entendió que todo estaba bien, podíamos volver a confiar en Nicolás. Entonces saqué el papel en el que había estado anotando todas mis conjeturas y se lo enseñé.

—¿Qué significa esto? —preguntó expectante.

—He venido anotando todas las cosas que han ocurrido estos últimos días y sus conexiones... Nombres, familias, datos... Y las últimas palabras de mi madre antes de quedar en coma —exclamé algo cansada—. Estoy intentando relacionar todo, pero me temo que me he quedado estancada —entonces Nicolás preguntó.

—¿Puedo? —intentando saber si le dejaba ver el documento.

—Por supuesto... —Se lo di, y él empezó a leerlo con atención; yo comencé a mover la cabeza en forma circular porque me dolía mucho el cuello, no estábamos durmiendo en las mejores condiciones. En ese momento entró la enfermera, traía la comida del acompañante de mi madre, mis tripas sonaron, así que me paré y dije:

—Papá, come tú tranquilo aquí esta vez, yo voy con Nicolás a comer algo fuera, necesito despejarme un poco. —Nos turnábamos en las comidas para poder despejarnos y, algunas veces, cuando no nos apetecía salir a ninguno de los dos, utilizaba mis poderes de convicción para que nos dieran de comer a los dos.

—Me parece bien —comentó mientras acariciaba el brazo de mi madre, que parecía de las pocas partes del cuerpo que aún le quedaban sanas, y sonrió poco emotivo. Yo me acerqué y le di un beso en la frente; a veces parecía como distraído, se distanciaba mirando a mi madre conmovido por el dolor y el remordimiento, porque en el fondo sabía que habíamos asistido allí sólo por él. Entonces, Nicolás interrumpió mis pensamientos y comentó:

—¿Podemos llevarnos esto? —refiriéndose a mis anotaciones.

—¿Por qué? ¿Has visto algo? —pregunté con cierta inquietud.

—No lo sé... pero se me ocurren por lo pronto varias cosas.

—Ok, tráelo y mientras comemos le damos alguna vuelta —dije interesada en sus reflexiones, y entonces cogimos nuestras cosas. Nicolás entró un segundo al baño y luego salimos.

No fuimos muy lejos del hospital, ya que no me gustaba separarme mucho por si mi padre me necesitaba, cruzamos un par de calles y entramos en un sitio de comida rápida, pedimos unas hamburguesas con patatas y bebidas calientes, pues estaba petrificada por el frío, y nos sentamos. Nicolás no paraba de revisar mis anotaciones.

—¿Ves algo o no? —dije finalmente—. Le das vueltas... y vueltas, ¿qué es lo que no entiendes?, o ¿qué es lo que ves?

—Para empezar, me tienes entre los malos... —Los dos nos echamos a reír sin mucho ánimo.

—Tenía que descartarte... —Y lo miré.

—¿Ya lo has hecho? —me preguntó en tono burlón, yo me quedé mirándole fijamente, y crucé los brazos.

—¿No crees que si no lo hubiera hecho te dejaría leer mis cosas? —Y volvió a decir en tono burlesco.

—¿Quizás me estés tendiendo una trampa? —se dibujó una sonrisa en mi rostro y le contesté:

—Vaya, ¡me has pillado! —dije finalmente riendo, para luego concluir—. Al parecer, ahora eres tú el que duda de mí... —Los dos nos miramos fijamente y reímos como lo hacíamos antes de que pasara todo. Entonces tomó mi cara entre sus manos, me acercó a la suya y me dio un beso profundo y largo, cuando finalmente nos separamos comentó.

—Te he extrañado...

—Y yo a ti —dije con una sonrisa en los labios. Entonces tomando nuevamente los papeles en sus manos comentó:

—¡Hay algo que no entiendo! —exclamó finalmente—. Tu madre dijo «no te fíes de nadie...». Ahora sé por qué me hiciste a un lado —dijo riendo—. ¡Normal! —Luego hizo una pausa y prosiguió en tono más serio—. No son lo que parecen... Imagino que se refiere a que descubrió algo que los delató y por eso la atacaron; pero ¿qué significa exactamente «aquí reposa nuestra vida»? ¿es una especie de acertijo? —dijo confundido.

—No —dije vacilante—, quería decir que me quería, porque me dio su medallón —dije sin darle mucha importancia—. Era lo que hacía cuando era pequeña, y me quería decir que me amaba mucho, uníamos nuestras medallas... Es un gesto de amor.

—¿Te entregó algo? —dijo sorprendido, y entonces rápidamente nos miramos ambos pasmados; puse la mano en mi cuello y procedí rápidamente a quitarme la cadena con las dos medallas, la mía que siempre llevaba puesta y la de mi madre que me la había dado cuando se la arrancó del pecho, y también la había puesto junto a la mía. La retuve en mis manos unos segundos y se las pasé a Nicolás.

—¿Crees que significa algo? —pregunté vacilante.

—Desde luego, Helen, para mí puede no tener el mismo significado que para ti, pero esa no es una forma de decir que te quiere —comentó—. Creo que estaba intentando decirte algo más... —

Entonces se quedó mirando detenidamente las dos medallas que eran exactas, excepto por unas pequeñas pestañas que salían de sus laterales y que parecían encajar una en otra, como una especie de hembra-macho. Entonces sus ojos se abrieron de par en par, se me quedó mirando con firmeza y me preguntó— ¿Sabes lo que es un *camahutus*?

—¿*Camahutus*? —exclamé con la misma pregunta, totalmente extrañada—, no tengo ni idea.

—Bien... —dijo con seguridad—, es una especie de objeto que unido a otro que es su complemento te descodifica o te descifra algo —exclamó observando nuevamente las medallas; entonces volví los ojos a esas reliquias yo también.

—¿Crees que pueda ser un *camahutus*? —pregunté desconcertada y confundida— ¿Cómo sabes tanto de estas cosas? —y Nicolás respondió rápidamente.

—Oye... Me guste o no, he estado viviendo con esta gente durante mucho tiempo; y me he criado prácticamente con su cultura, con sus leyendas y sus términos extraños. —No dejaba de mirar las medallas—. ¿Vas a seguir desconfiando de mí o nos vamos a centrar en esto? —dijo volviendo su mirada hacia mí.

—¡De acuerdo! —dije finalmente dándome por vencida, no podía tener esta lucha constante en mi interior. Además, ya le había puesto a prueba y me había respondido lo que necesitaba oír—. No pretendía dudar de ti otra vez, es sólo que a veces me desconciertas... Pero tienes razón, y lo siento.

—A ver —dijo nuevamente concentrándose en los objetos—. Si estoy en lo correcto, uno debe entrar en otro; pero no puedo hacerlo yo —dijo mirándome—. Debe ser la persona para la que ha sido designado el objeto... quien lo una —y me lo entregó.

—O sea, ¡yo!... ¿correcto? —No dejaba de mirarme, hasta que asintió con la cabeza—. Bien... ¿esto duele o se supone que me pasará o sentiré algo? —ahora Nicolás negaba con la cabeza.

—No lo sé a ciencia cierta, nunca había visto uno. ¡Además, es una leyenda! —dijo confundido.

—¡Ya! —dije exaltada—, estoy aburrida de las “leyendas” —dije utilizando mis dedos para acentuar las comillas en la última palabra—. Que se supone que ¡no existen! —Ambos volvimos a asentir con las cabezas, pero sabíamos que no había otra elección. Entonces cogió mi mano y me dijo con el rostro compungido.

—Estoy aquí, ¿vale?... no lo vas a pasar sola. —Tomé aire, miré alrededor para comprobar que nadie nos miraba e intenté encajar una con otra; de pronto sonó un clic y mi cabeza empezó a dar vueltas, todo se nubló, vi un gran destello que me dejó cegada por unos instantes y, como en un sueño lejano y luminoso, me transporté tiempo atrás.

Ví cómo el medallón pasaba de mano en mano, generación tras generación de forma muy veloz, como si fuese en cámara rápida hasta que llegaba a mí. Entonces todo se ralentizaba y me veía recién nacida; era una escena conmovedora, en la que mi madre con dulzura colocaba en mi cuello una de sus partes, mis ojos de cría parecían mirar el suyo que colgaba de su cuello. Luego volvía a pasar velozmente el tiempo, hasta que se detenía nuevamente, cuando tenía unos seis o siete años, y mi madre me llevaba hasta un baúl que conservábamos en su habitación, era un arcón muy grande y antiguo que lo abría con mucho esfuerzo, levantando la pletina de hierro que colgaba de la tapa. Entonces sacaba vestidos antiguos, algunas joyas y elementos de valor familiar, lo hacía graciosamente hasta que por fin llegaba a un cofre mucho más pequeño... Parecía como una caja de música muy antigua, que cuando se abría sonaba una melodía que recordaba muy familiar; entonces mi madre acercaba a mí la caja y me mostraba su interior... Parecía tener un doble fondo, pero que sólo era posible abrir con alguna especie de llave. Luego agarraba la medalla de su pecho y hacía que pusiese la mía en mi medallón, para finalmente pronunciar las mismas palabras con las que se despidió antes de entrar en coma «Te amo mucho, Helen... Aquí reposa

nuestra vida». De pronto empezaba a retroceder rápidamente y a salir de aquella luz hermosa, para volver a una oscuridad profunda... Entonces desperté.

Habían pasado solo unos segundos para Nicolás, pero yo había sentido que había vivido una eternidad; y cuando por fin pude articular una palabra, dije:

—Ahora comprendo por qué pensé que mi madre con esa frase pretendía decirme que me quería. —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. Cuando era niña, una y mil veces antes de decirme que allí reposaba nuestra vida, me decía que me amaba mucho... —Nicolás se acercó a mi rostro con cuidado para secar mis lágrimas.

—Lo siento, Helen —comentó tristemente—. Pero debemos concentrarnos, ¿viste algo? —preguntó.

—Sí —confirmé moviendo mi cabeza de forma positiva, mis ojos empezaban a brillar porque por primera vez veía alguna luz para salvar a mi madre—. Sé lo que esta llave abre y está en mi casa —Nicolás se echó para atrás reclinándose en la silla descompuesto.

—¡Ni de coña! —dijo estupefacto, era la primera vez que lo oía decir alguna vulgaridad— ¡No vas a ir a allá!, ya te dije que han intentado entrar a buscar el manuscrito.

—Nicolás, es evidente que lo que sea que esta llave abre puede llevarnos al manuscrito —comenté muy segura—. Y allí puede estar la posibilidad de salvar a mi madre.

—¡Me da igual, Helen! —intervino atropellando mis palabras—, es peligroso ahora mismo, ¿no te das cuenta?, ¡no vas! —exclamó en tono brusco y enfadado.

—No te estoy pidiendo permiso, Nicolás —dije finalmente con mucha tranquilidad, sus ojos parecían salirse de sus órbitas, veía que nada de lo que dijese iba a hacerme cambiar de opinión, se veía impotente ante la situación y se estaba ofuscando.

—Está bien —dijo finalmente— voy yo; dime dónde está, busco el objeto y te lo traigo —comentó desesperado. Mis ojos lo vieron con dulzura, porque entendí que se preocupaba por mí hasta tal punto que prefería sacrificarse antes de dejar que me pasara algo.

—No, Nicolás, no voy a dejarte esa carga a ti; además, sé que tengo que hacerlo yo.

—Pero ¿por qué? —dijo exasperado—. Te lo voy a traer... Para mí es muy sencillo, a mí no me vigilan. Buscaré alguna excusa para decir que tengo que volver a casa y, cuando nadie se dé cuenta, entro a la tuya, tomo lo que sea y regreso —comentó intentando convencerme—. ¡Es fácil! —intentó disuadirme en un tono más calmado.

—Y ¿quién dice que no te vigilan a ti también? —pregunté mirándole—, estás aquí ¿no?, ¿has visto las caras de Rachael, Christine y Alice?; claro que saben que me estás ayudando. —Suspiré—. Por favor, Nicolás, no te hagas el valiente, necesito que confíes en mí y me ayudes, pero como yo te diga que hay que hacer las cosas, ¿de acuerdo? —Le miré con dolor porque sabía que sufría por mí y quería aliviarle, pero no podía darle lo que me pedía. Viéndose incapaz de resolverlo solo, exclamó por fin:

—¡Muy bien!, como quieras —expresó de mala gana—. Pero esto lo tiene que saber el Sr. Wolf... Estoy seguro de que no te va a dejar ir —dijo en tono desafiante y con una sonrisa de satisfacción en su rostro, dándome a entender que había ganado; ya que, si no le hacía caso a él, a mi padre sí tendría que rendirle cuentas.

—Nicolás, estás luchando en vano... en serio, déjalo ya —dije en tono conciliador. Él se levantó de la mesa y me cogió por el brazo.

—Anda, que tenemos que volver al hospital —parecía que ahora le corría mucha prisa por hablar con mi padre. Caminé detrás de él intentando avanzar a su paso que era realmente veloz; entramos al hospital y atravesamos rápidamente los pasillos hasta llegar a la habitación, no dijimos palabra ninguna hasta que llegamos, parecía estar furioso conmigo.

Capítulo XI

La decisión

Señor Wolf —exclamó Nicolás en cuanto entramos—, su hija está organizando una ¡verdadera locura!; entiendo que está al tanto de todo porque ella misma se lo ha contado, y sabrá lo peligroso que es que volváis a casa ahora, ¿no? —Mi padre lo miraba desconcertado—. Pues bien, ha decidido volver ya —lo dijo señalándome con las manos, esperando el apoyo por parte de mi padre a una rotunda negativa.

—Lo que Helen decida para mí estará bien —dijo finalmente volviendo la mirada triste hacia mi madre, Nicolás se quedó más que sorprendido y sin entender lo que decía mi padre, de manera que insistió.

—¿Señor Wolf? —preguntó con preocupación—, ¿me está escuchando?, le he dicho que Helen quiere ir a su casa ahora... por si no lo sabe, han intentado entrar en ella —Mi padre no le quitaba la vista de encima a mi madre, así que Nicolás se acercó a él buscando el apoyo que no le estaba dando—. ¿Le ha dicho que mucha gente está intentando hacerle daño? —En vista de que no conseguía ninguna respuesta, preguntó finalmente desesperado—. ¿Estamos todos locos?, ¿me oye alguien en esta familia? —Entonces mi padre se volvió a Nicolás, se levantó y, en un tono bastante triste, exclamó:

—Estamos aquí porque no supe oír a Isabella y a Helen cuando me lo pidieron —dijo con la voz algo tomada—. No voy a volver a cometer el mismo error, sé que mi hija sabe lo que hace; además, las últimas palabras de Isabella fueron que confiara en ella, y así lo voy a hacer. —Entonces volvió a mirar a mi madre, se sentó nuevamente a su lado, cogió su mano y se quedó nuevamente como ido, distante. No sabía si yo había influido en eso o si bien había salido enteramente de él, pero en todo caso tenía su apoyo. Nicolás resignado y moviendo la cabeza de un lado a otro de forma negativa se me quedó mirando, sabía que estaba perdido, pero no podía hacer nada más, así que finalmente dijo: —¡Muy bien! has ganado. —Y mirándome con mal semblante preguntó—. ¿Qué hacemos ahora? —Y cruzó los brazos para escucharme atentamente, yo le sonreí con dulzura porque entendía que me había demostrado lo mucho que me amaba; me acerqué a él, le di un beso corto y le abracé. Él me correspondió.

—No sé qué haría sin ti... —Nicolás tenía un nudo en la garganta, y se le notaba—. ¿Hay algo que pueda hacer para que no vayas? —dijo finalmente dándose casi por vencido, yo negué con la cabeza.

—Pero puedes venir conmigo si quieres.

—Por supuesto que voy a ir contigo —exclamó rápidamente—. ¿Cuál es el plan?

—Por el momento no hay plan —comenté—, sólo tomamos un avión, llegamos a casa y busco la caja. Después ya veremos... —dije sin saber muy bien el resultado final de todo ello.

—¡Perfecto!... Sin un plan en medio de la jauría de lobos —dijo sarcásticamente y entonces recapacitó—. Tendremos que buscar dinero en efectivo, con las tarjetas sabrán por dónde nos estamos moviendo, ¡y seguro que intentarán localizarte!

—No tengo tanto efectivo —dije mirándole confundida porque no había pensado en eso—. Igual tendría que ir a un cajero a ver qué es lo máximo que me da. —Nicolás sonrió por fin bajando la guardia.

—Yo tengo —comentó—. Sólo necesitamos ir a la casa que tenemos aquí en Munstermaifeld; tengo algo guardado allí, mis padres seguro que también tienen algo, si necesitamos más sacamos de las tres tarjetas que llevo encima —yo interrumpí rápidamente.

—Espera, espera... ¿Cómo que tus padres? —dije con desconfianza.

—¡Helen, déjate ayudar por favor!, no sé cómo explicarte que nosotros no tenemos nada que ver con todo esto —dijo suplicante—. Mis padres han quedado en la mitad, como seguramente mucha gente. ¡Te aseguro que no tienen idea de nada!, ¡es mi familia!... Y quieras o no, necesitamos su ayuda. Además, la empresa es la que ha generado todo esto, ¿no? —Me subió el rostro que tenía cabizbajo y pensativo con su mano—. Lo mínimo es que paguen algo —dijo con rabia en su rostro; entonces nos quedamos mirando fijamente y, finalmente, dijo—: Sabes también como yo que necesitamos dinero para movernos... Después de que recojamos la caja no sabemos qué vamos a hacer.

—De acuerdo —dijo finalmente y a regañadientes—. Y ¿cómo les vas a explicar para qué necesitamos el dinero?, ¿les vas a contar todo? —suspiré angustiada.

—No les diré nada de lo que está pasando... Sólo les pediré su ayuda económica porque tenemos que viajar; ellos siempre han confiado en mí —dijo mirándome—, tranquila, no los conoces bien, no habrá problema —finalmente apuntó—. Recoge lo que necesites para viajar. —Yo asentí con la cabeza y cogí una mochila con mis cosas personales, no llevé ropa porque iba a casa y en todo caso podría coger algo más de allí, metí mis papeles, mi billetera, el móvil, un par de cosas más y la cerré. Me acerqué a mi padre que seguía ido en sus pensamientos, le di un beso en la frente y le dije.

—Cuida de mi madre por favor, papá, es muy importante que nadie que no sea personal médico se le acerque... Nadie de la empresa, por muy amigo que sea, puede entrar aquí. —Mirando a Nicolás comenté—: Sólo el señor Ronald y la señora Kendra, ¿de acuerdo? —El se volvió para mirarme con dulzura y afirmó con la cabeza—. Te quiero mucho, papá... Volveré con algo para curar a mi madre, te lo prometo.

—Ve con cuidado, hija —dijo casi sin aliento, su dolor y el remordimiento le pesaba demasiado, y eso se leía claramente en su rostro—. No te puedo perder a ti también.

—No lo harás... —dije pisando sus palabras y abrazándole—. Vendré lo antes que pueda, ¿de acuerdo? —los dos afirmamos con la cabeza, entonces me dirigí a mi madre y dándole un beso en la frente, me acerqué a su oído para decirle:

—No te preocupes mamá, soy muy fuerte, más de lo que imaginas... —Algunas lágrimas cubrieron mis ojos—. Ojalá hubiese confiado en ti antes y te lo hubiera contado todo —dije con dolor y recuperando las fuerzas, finalicé—: Pero ahora voy a arreglar las cosas; y voy a encontrar la forma de salvarte, te lo prometo —Volví a darle un beso—. Te quiero mucho... Voy a recuperar el arcón donde reposan nuestras vidas... —Inmediatamente me dirigí con Nicolás a la salida, mi padre se giró a vernos y Nicolás le dijo:

—No se preocupe, señor Wolf, cuidaré de Helen y se la traeré sana y salva —Mientras decía eso frotaba con su mano mi espalda en señal de protección, ambos, mi padre y Nicolás hicieron un gesto de aceptación con la cabeza y salimos.

Cogimos el coche que tenía aparcado en el hospital y nos fuimos rumbo a la casa que los Golfrid tenían allí; estaba a unos cuarenta y cinco minutos del sanatorio, ubicada en las afueras de la ciudad. El hospital ya quedaba en un extremo de la urbe, con lo que en tan sólo diez minutos nos alejamos del bullicio de la misma y nos adentramos en una carretera amplia en la que a un lado y a otro sólo se veían grandes explanadas de densos y fríos árboles, petrificados como lápidas de un desolador panorama invernal. A unos quince minutos más nos salimos por una carretera más estrecha que subía la pendiente de una montaña; mientras ascendíamos podía observar el despeñadero que pegaba al borde del coche, el vértigo que producía en mi estómago era intenso, sólo se veía mermado cuando aparecían los grandes pinos cubiertos de escarchas blancas que cubrían aquel abismo. En algunos tramos los pinos desaparecían y dejaban ver la altura en la que

nos encontrábamos, y volvía a recuperar esa sensación de vértigo absoluto que incluso me aceleraba el pulso. Nicolás, que normalmente iba a una velocidad pausada, parecía tener mucha prisa, con lo cual tenía pisado el acelerador a tope; cuando se dio cuenta de mi angustia, desaceleró y tomó mi mano.

—Tranquila —dijo con una sonrisa en sus labios y, con aquel irresistible gesto que me daba un vuelco el alma, comentó—, he subido aquí cientos de veces y conozco esta carretera casi con los ojos cerrados... —yo afirmé con la cabeza, pero no dije nada, mi miedo no sólo se debía a la altura, había empezado a generar una especie de instinto de protección que me indicaba que algo no iba bien, pero no sabía muy bien de qué se trataba; entonces Nicolás prosiguió—: Allí se ve la casa... —Y señaló en lo alto de la colina que estábamos subiendo.

Según avanzábamos por las curvas de la carretera, asomaba en su cumbre una hermosa casa moderna acoplada al terreno y al bosque gélido, como una única estructura orgánica que brotaba del propio suelo. Era muy parecida a la famosa Casa Fallingwater de Frank Lloyd Wright⁹, mis ojos no salían de su asombro.

—¿Esa es vuestra casa? —exclamé finalmente.

—Sí —dijo Nicolás.

—¡Vaya por Dios!... Es... Es muy hermosa —dije maravillada y, al mismo tiempo, abrumada; era sorprendente descubrir cada faceta de la familia de Nicolás sin dejar de pensar que era demasiado dinero el que había en juego, los intereses que podían existir y el poder que debía haber detrás de todo aquello. En esos momentos el pánico se apoderaba de mí, pero rápidamente le miraba y su rostro calmaba mi angustia.

—Ya estamos llegando —dijo sonriente, yo respiré profundamente intentando bloquear mi miedo; tenía que confiar en él... no podía cambiar de parecer cada segundo o me volvería loca. Pero justo cuando estábamos entrando por las rejas que abrían el portal del terreno donde estaba la majestuosa casa, en medio de un gran bosque de hielo, pudimos observar que había más coches aparcados justo delante del inmueble, a unos doscientos metros de donde estábamos; eran más coches de la empresa.

Nicolás extremó la precaución, aparcó en los terrenos de la entrada aún lejos de la propia casa y se quedó mirando fijamente hacia la misma, totalmente inexpresivo. Un frío intenso recorrió todo mi cuerpo, Nicolás volvió la mirada hacia mí con los ojos muy abiertos; yo había comprobado que me amaba utilizando mis nuevas armas, pero ¿y si él poseía las mismas armas que yo y me había bloqueado?; no había pensado en eso hasta ese instante en el que vi cómo estaba en sus manos, alejada de la ciudad a muchos kilómetros de distancia, atrapada en una montaña y alejada de cualquier civilización posible. Y mis padres solos a merced de cualquiera que fuese al hospital... Nicolás se dio cuenta rápidamente de mi gesto y me cogió por los brazos.

—¡Eh! —exclamó—, estoy contigo, ¿vale?... ¡no empieces a desconfiar de mí otra vez, te lo suplico!, ¡no ahora! —Me miró con sus enormes ojos firmemente, yo tragué saliva y decidí creerle, no tenía muchas más opciones en ese momento.

—¿Quiénes son Nicolás? —dije refiriéndome a los coches aparcados.

—Allí dentro está la familia de Sina y de Brent... Están todos los socios reunidos —dijo seriamente y prosiguió— No sé qué hacen aquí... —Parecía realmente tan asombrado como yo.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Vamos a entrar por detrás, vamos a coger el dinero que tenemos en la caja fuerte y salimos sin que nos vean —dijo sin quitarle ojo a la entrada de la casa, yo asentí con la cabeza.

Nos bajamos del coche que seguía alejado de la entrada y del resto de vehículos, recorrimos los doscientos metros agachados por entre los árboles y matorrales álgidos que bordeaban la casa,

dando algún que otro resbalón por las capas de hielo que se habían formado por todo el terreno pantanoso y frío; hasta llegar finalmente a la puerta trasera que comunicaba justo con la cocina; un amplio espacio que poseía grandes ventanales que daban hacia la pendiente llena de pinos perennes. La abrimos con mucho cuidado y entramos, nos dirigimos al pasillo que quedaba entre la cocina y la sala, que llevaba hacia las habitaciones en las cuales se encontraba la caja fuerte; a su paso paramos porque oímos la conversación en la que pronunciaban el nombre de mi madre; Nicolás puso su dedo sobre mi boca y exclamó un pequeño susurro, *shhh*, en señal de silencio.

—¡No! —exclamó Kendra—. No creo que sea prudente ir en este momento, Nicolás me ha advertido que no quieren ver a nadie... es importante dejarles llevar esto como ellos decidan; creo que cualquier otra cosa puede esperar —Ronald la apoyó explicando.

—Estoy de acuerdo con mi mujer, creo que no debemos ir hasta que ellos lo decidan...

El pasillo por el que circulábamos, que separaba la cocina de la sala y llevaba a las habitaciones, tenía una especie de calado superior por el que podíamos no solo oír, sino también echar una ojeada; estaba aproximadamente a un metro y medio por encima de nuestras cabezas, pero justo en la otra pared del pasillo, que era muy estrecho, había una especie de mueble repisa pegado a ella, en el cual nos podíamos subir para observar. Nicolás hizo un gesto para hacerlo, trenzó sus dedos como haciendo un escalón y me animó a ascender; una vez me subí en la repisa, él, con mucho cuidado, dio un salto e hizo lo mismo. Nos asomamos con mucha precaución y pudimos observar que se encontraban allí en la sala además de sus padres, Brent, Evelyn y Owen de pie frente a ellos y de espaldas a nosotros. Entonces el señor Ronald prosiguió.

—Además... atamos todos los proyectos antes de salir de vacaciones, no creo que haya nada que no pueda esperar... Brent, este no es el momento oportuno; sinceramente no creo que Henry tenga cabeza para los negocios ahora. —Entonces Evelyn intervino, se adelantó unos pasos hacia el padre de Nicolás y le dijo:

—Está claro que ha sido un infortunio, Ronald, pero los negocios son los negocios y no podemos permitirnos en estos momentos ninguna distracción. No estoy dispuesta a perder dinero —dijo mirándole fijamente. Después caminó hacia Brent, que estaba de espaldas a nosotros, y por tanto pudimos ver perfectamente el rostro de Evelyn cuando se dirigía hacia él, sonreía de forma sarcástica mientras decía—: Además... No podemos perder todo el trabajo que llevamos avanzado, ¿verdad, Brent?

—¿A qué trabajo te refieres, Evelyn?, ¿te estoy diciendo que dejamos los proyectos cerrados antes de irnos! —exclamó el padre de Nicolás.

—Te equivocas, Ronald —contestó rápidamente Owen, para continuar—. Evelyn se refiere a un proyecto que tenemos entre manos muy gordo y del que tú no estás al tanto. —Hizo una pausa, la cara de Ronald y Kendra era de asombro—. Precisamente ahora que estuve en North Top Sail Beach lo estuve hablando con él... Tiene una información muy valiosa y necesitamos localizarle, no te hemos comentado nada porque lo lleva directamente Brent —Entonces un silencio profundo embargó la sala, los padres de Nicolás estaban desconcertados, no parecían saber de lo que hablaban, Evelyn y Owen estaban a la espera de que Brent interviniera y este último se tomó su tiempo; se dirigió al bar donde tenía Ronald los vasos y los licores y se sirvió un whisky Chivas de Blended, catalogado como uno de los licores más caros del mundo; se sentó y todos en la sala se sentaron con él, a excepción de Kendra, que se quedó de pie al lado de la chimenea observando todo; a continuación expuso:

—Bueno. —Suspiró—. Es cierto que ahora mismo debe estar muy indispuesto con todo lo sucedido; de manera que vamos a darle una semanita por lo menos para... —Entonces rápidamente intervino Evelyn.

—¡Pero! —Brent levantó la mano en señal de que acatará su decisión sin rechistar y prosiguió.

—Para que ponga sus ideas en orden y entonces hablaremos con él... —concluyó con un tono bastante oscuro en sus palabras. En ese instante, un frío recorrió mi cuerpo y, sin querer, vacilé mi equilibrio en el mueble; Nicolás alcanzó a cogerme antes de que cayera, no sin producir un pequeño ruido que alertara a los allí presentes. Kendra rápidamente miró hacia donde estábamos y se dirigió hacia la cocina explicando a los allí presentes.

—¡Debe de ser el viento!, voy a mirar si hay alguna ventana abierta en la cocina — Nosotros rápidamente bajamos y sin hacer ruido nos dirigimos velozmente hacia las habitaciones; la madre de Nicolás entró en la cocina, miró hacia el pasillo y siguió caminado justo detrás de nosotros; llegamos a la habitación principal, la de los padres de Nicolás y Kendra apareció por la puerta.

—¿Qué hacéis?, ¿por qué entráis así en casa? —Nicolás le hizo un gesto de que hablara bajo y le explicó:

—Kendra, necesito tu ayuda... Tienes que confiar en mí, ahora mismo no puedo explicarte las razones y llevamos mucha prisa; necesitamos dinero, algo de ropa y mucha discreción... ¡no puedes decirle a nadie que nos has visto! y ¡eso incluye a los que tienes ahora mismo en la sala! —Entonces Kendra interrumpió extrañada.

—¿Qué pasa, Nicolás? ¿Por qué no puedo decirles nada? ¿Qué tienen que ver ellos?

—Ellos y todos, ¡por favor! —Suplicó—. Necesito que nos ayudes... —Entonces Kendra me miró, nunca me había visto con buenos ojos, su mirada para conmigo siempre había sido inquisitiva y desafiante; esta vez era aún más dura, parecía juzgarme de ser la culpable de separarla de su hijo.

—Tiene algo que ver ella —dijo señalándome.

—Kendra... ¡por favor! —comentó Nicolás mirándola amargamente—. Haré lo que sea por Helen y lo sabes... Si quieres ayudarla me estás ayudando a mí, si no, nos estás haciendo a un lado a los dos. —Interrumpí porque no era la primera vez que se enfrentaban por mí y no quería que lo siguieran haciendo; era su madre y le debía respeto, yo no debía interponerme en eso.

—Déjalo Nicolás —dije rápidamente—. Kendra tiene razón, te estoy arrastrando conmigo. —Suspiré—. Quizás lo mejor es que esto lo haga sola.

—¡No! —exclamó en tono fuerte, pero sin subir la voz. De pronto tragó saliva y en tono más suave y suplicante volvió a decir—: Mamá... por favor... —Hizo una pausa, era la primera vez que le oía decir mamá y eso pareció funcionar porque la cara de Kendra se suavizó. Yo por mi parte y, aunque estaba bastante aturdida, no intenté utilizar mis poderes mentales para ablandar la decisión de Kendra y hacerla recapacitar, ya que era un tema en el que no quería influir. De todas formas, en segundos su rostro cambió, no sé si por las últimas palabras de Nicolás o porque sin querer en realidad había intervenido en algo; pero el caso es que comentó con voz más pausada.

—No sé en qué estáis metidos —dijo finalmente algo más pausada—, pero voy a confiar en vosotros; entiendo que debe ser algo muy importante, y ¡espero que no sea nada malo! —Nicolás y yo afirmamos con la cabeza explicando que todo lo que decía era correcto—. Os dejaré dinero, pero por lo menos decidme ¿a dónde vais?, ¡os juro que no diré nada a nadie!... ni siquiera a tu padre si así lo preferís —dijo mirando a Nicolás angustiada—, pero por favor no me dejéis con esta zozobra.

—Necesitamos averiguar algo muy importante de la familia de Helen, pero no puedo decirte nada más... Es tu decisión confiar en nosotros o no, pero desde luego puede afectar a gente de la empresa y a gente amiga; por lo que te pido que no lo comentes con nadie hasta que regresemos —dijo Nicolás muy serio y muy seguro; Kendra suspiró, parecía darse por vencida y entonces preguntó:

—¿Cuánto tiempo necesitáis para resolverlo todo?

—No lo sé... —dijo Nicolás titubeando—, quizás una semana. —Y entonces Kendra exclamó finalmente.

—¡Tenéis una semana exacta!; si para dentro de siete días no habéis vuelto y me habéis dado una buena razón para todo esto, os juro que llamaré a la policía para que os localice —exclamó ansiosa—. No pasaré un minuto más con esta angustia después de ese plazo, porque... sabéis que me vais a mantener en vilo estos días, ¿verdad?

—Lo sé... —dijo Nicolás con pesar— y lo siento de verdad Kendra, pero es fundamental que sea así —reafirmó—. No te haría pasar por esto si no fuese tan importante —Kendra afirmó con la cabeza sin estar muy de acuerdo con todo lo que estaba pasando.

—¿Cuánto necesitáis? —preguntó. Nicolás pareció echar unas cuentas rápidas mientras me miraba.

—Quizás unos veinticinco o treinta mil dólares —dijo finalmente.

—¿Treinta mil dólares en siete días? —preguntó extrañada—. ¿A dónde vais con tanto efectivo?, ¡pero tienes tarjetas!, ¿no? —dijo confundida.

—¡Kendra, me vas a cuestionar ahora por el dinero! —dijo Nicolás desesperado con una sonrisa irónica en su rostro.

—No es el dinero, Nicolás —dijo mirándole—, es que me angustia que sea tanto y en efectivo... —finalmente comentó, como era obvio en una madre normal y desesperada—. No es nada de drogas, ¿verdad?

—¡Por Dios! —exclamó Nicolás—, no es nada de eso... ya te lo he dicho, necesitamos averiguar algo de la familia de Helen. —Suspiró—. ¿Me vas a seguir discutiendo?, no podemos dejar rastro donde vayamos... no puedo utilizar tarjetas, ¿qué más tengo que decirte?, ¿confías o no en mí, mamá?

—Se lo pagaré todo —dije rápidamente finalizando la explicación de Nicolás, ambos me miraron con cara de desconcierto, ya que no era en absoluto el dinero lo que importaba; era la preocupación que sentía Kendra. Finalmente ella suspiró, era señal de que se había dado por vencida por completo, en ese momento se oyó una voz que venía del pasillo.

—¿Kendra? —dijo el señor Gottself, todos quedamos alarmados.

—Voy, Ronald —contestó Kendra con un grito al instante—. Coged lo que necesitéis, ya sabes dónde está, Nicolás. Yo mantendré a la gente en la sala para que podáis volver a salir por donde entrasteis. —En ese instante abrazó a Nicolás con fuerza y salió directa al pasillo, ya que su padre estaba a punto de entrar en la habitación; no sin antes darme a mí un apretón de hombros, que ya era un gesto de amabilidad para conmigo viniendo de Kendra. Entonces salió de la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Ronald—. ¿Qué estabas haciendo? Brent está contando el negocio que hizo con los Kruger... —Poco a poco se fue disipando la conversación, que nos indicaba que se alejaban hacia la sala.

Inmediatamente, Nicolás fue hasta el vestidor de la habitación; una especie de cuarto cerrado más pequeño contiguo a la alcoba principal que hacía de puente entre la misma y el inmenso baño. Entonces abrió la caja fuerte que estaba detrás de un secreter que tenía su madre, al lado de donde colgaba toda la ropa, y sacó el dinero; rápidamente lo metió en un bolso que tenía de cinturón y que estaba también en la misma caja fuerte.

—¡Vaya! —comenté—. Sí que estáis preparados para salir corriendo...

Nicolás me miró con su sonrisa retorcida y siguió hacia su habitación cogiéndome de la mano, allí cogió algo de ropa y la metió en su mochila. Después caminamos con mucho cuidado nuevamente por el pasillo hasta llegar a la cocina, allí volvimos a salir por la puerta trasera y

regresamos por los matorrales, arrastrándonos por el jardín hasta llegar al coche. Nos subimos congelados, aún con vaho saliendo por nuestra boca y nariz, arrancamos con cuidado y nos fuimos.

Capítulo XII

Travesía. Saliendo de Munstermaifeld

Eran ya las seis de la tarde y Nicolás, como siempre previendo todo, llamó desde el coche al aeropuerto donde llegaríamos para solicitar en una agencia de alquiler un vehículo para movernos, ya que con las prisas no había podido coordinar nada mejor.

—Te pedirán la tarjeta de crédito como garantía —comenté—, así pueden localizarnos, ¿no? —De pronto pensé rápidamente y me volví hacia Nicolás—. ¿Y los pasaportes?, igualmente nos encontrarán... —dije con mucha angustia; entonces sacó del maletín que llevaba una tarjeta a nombre de un extraño Lucas Duncan y unos pasaportes; uno de ellos con su foto y con el mismo nombre de la tarjeta, otro con la foto de Kendra y otro nombre—. ¿Y esto? —pregunté desconcertada.

—Verás, hemos estado amenazados unas cuantas veces —comentó—. Cuando se tiene cierto poder y cierta influencia, no vives en paz en un sitio durante mucho tiempo.... Mis padres decidieron sacar esto, por si en algún momento teníamos que utilizarlo. —Suspiró—. O al menos esa es la historia que siempre me han contado. —Mis ojos no parpadeaban del asombro, finalmente dije:

—Y el de Kendra... —Suspiré—. ¿Cómo cambiaremos la foto por la mía? —Nicolás rápidamente contestó.

—Haremos una parada antes donde un buen amigo mío —dijo mirándome con una de sus sonrisas cautivadoras.

—O sea, que dejaremos unos nombres falsos... y una tarjeta falsa —dije lentamente las últimas palabras, porque nunca le había visto hacer nada indebido.

—¡No es falsa! —exclamó rápidamente— y tiene fondos, es sólo el nombre, ¿vale?

—Definitivamente creo que no haces nada incorrecto, hasta incluso haciendo algo “ilegal”. —Los dos reímos juntos; era como un respiro en medio de todo lo que estábamos viviendo y se avecinaba; en todo caso estaba feliz de que Nicolás me acompañara y de que por fin estuviese segura de que no había nada malo en él, ni en su familia.

Lo había deseado con tantas ganas, que quizás eso había hecho que fuese así. Necesitaba creer en él porque le quería, le amaba con todas mis fuerzas y, más allá de estar triste y angustiada con toda la situación, no podía soportar en mi interior que él no fuese de los míos, no estuviese de mi lado, en mi clan. Esa reflexión me llevó a pensar que, quizás, más hijos del clan de Aod, de Allen o incluso de Cedric también estarían esparcidos por el mundo... ¿Dónde estarían?, ¿por qué se habían distanciado?, ¿por qué no sabíamos nada de ellos?, ¿cómo era posible que el clan de Kalen hubiese formado una tribu tan extensa... y los nuestros ni siquiera supiésemos dónde estaban?...

Unos veinte minutos después, llegamos a un edificio en algún lugar de la ciudad que no distinguía, pues no conocía nada. Nicolás se bajó del coche y me pidió que le esperase, me dijo que tardaría poco; y efectivamente unos diez minutos después apareció con el pasaporte que tenía antes de Kendra y mi foto en su lugar. Entonces comentó:

—Lo más difícil de todo es el nombre, debe de estar reflejado dentro de los ordenadores del sistema —dijo suspirando sin querer dar muchas más explicaciones; tampoco yo quería oír las, estaba algo cansada—. ¡La foto es sencilla de cambiar! —dijo finalmente mirándome, yo afirmé con la cabeza como si no necesitará saber más.

Llegamos al aeropuerto cuarenta y cinco minutos después, dejamos el coche en el parking y fuimos a comprar los pasajes rumbo a casa; pasaron unas tres horas hasta que logramos embarcar.

El avión salía sobre las once de la noche, luego nos esperaban otras trece horas de vuelo al aeropuerto más cercano, en el que tendríamos que realizar un transbordo a la ciudad de Charlotte,¹⁰ que suponía unas cuatro o cinco horas más entre esperas; para posteriormente embarcar en otro vuelo a Jacksonville, que, a pesar de estar a una hora de casa, presumía aproximadamente otras tres horas más entre conexiones de vuelos. En horario europeo era como llegar a las ocho de la noche; pero con la diferencia horaria terminaríamos llegando hacia el mediodía... ¡Todo un día entero de viaje!

Estuvimos esas horas antes de subir al avión divagando de muchos temas relacionados con todo lo que estábamos viviendo, intentando atar cabos sueltos. Cuando por fin subimos, caímos rendidos, necesitábamos descansar, llevábamos un día tan ajetreado que no nos habíamos dado cuenta de que ni siquiera habíamos cenado. Íbamos a estar casi un día entero viajando y sin dormir, llegaríamos a coger varios aviones y una vez aterrizáramos, aún nos esperaba una media hora en coche del aeropuerto de Jacksonville hasta North Top Sail Beach; para finalmente entrar casi a hurtadillas en casa, coger lo que necesitábamos y volvernos antes de que Kendra avisara a la policía. A todo esto, tendríamos que sumarle el día de vuelo que perdíamos para el regreso; era toda una carrera contra reloj y sabíamos que debíamos descansar, así que dormimos el tiempo que nos fue posible.

4 de enero

Llevábamos aproximadamente siete horas de vuelo, es decir eran casi las seis de la mañana, hora europea, cuando empezaron a encender las luces del avión para dar algo de desayuno. Entonces me desperecé entreabriendo los ojos y pude observar una pequeña tarta con una velita encima, y a Nicolás con una de sus hermosas sonrisas de oreja a oreja; con todo el revuelo no me había dado cuenta de que era mi cumpleaños.

—¡Feliz día, brujita! —dijo efusivamente y me dio un beso en la frente. Yo torcí la boca en un gesto de desacuerdo con el tema de llamarme brujita, pero, como siempre, no hizo ni caso y comenzó muy bajito a entonar la canción de cumpleaños. Reí por su desafinación e inmediatamente algo avergonzada, pues no quería que nadie se enterase de que cumplía, le hice callar propinándole un beso fugaz, pero apasionado directamente en los labios. Cuando por fin me alejé, comentó—: Es porque canto mal —dijo mirándome con cierto sarcasmo—, porque te da vergüenza o porque te ha salido del alma ese deseo apasionado...

—¡¿Una combinación de las tres cosas?!— expresé entre pregunta y afirmación, con cara de excusarme. Nicolás rio y volvió a besarme esta vez de forma más prolongada.

Al final todo el viaje fue estupendo sólo por el hecho de estar cerca de Nicolás, pero abrumador porque nos sorprendió una ventisca de nieve cuando llegamos y no pudimos tomar el siguiente avión a Charlotte. Nos tocó esperar hasta que los aeropuertos pudiesen volver a abrir sus pistas, lo que nos retrasó unas nueve horas más; eso nos hizo llegar a Jacksonville sobre las diez de la noche, habiendo perdido medio día más con el que no contábamos, e impidiendo que pudiésemos acceder a la casa a plena luz del día, cuando aún hubiese algo de movimiento de gente por aquel condado.

Capítulo XIII

Travesía. Hasta North Top Sail Beach

22:30 horas del día 4 de enero

Bajamos del avión y fuimos directamente a la agencia de alquiler de coches, nos facilitaron las llaves, lo buscamos en la zona de aparcamiento y arrancamos rumbo a North Top Sail Beach. Yo volví a caer rendida una vez nos subimos a él mientras viajábamos por la carretera que bordeaba el mar, Nicolás de vez en cuando tocaba mi rostro con sus manos en señal de afecto y cariño, yo respondía a sus caricias y me acercaba a él. Todo el viaje había sido muy pesado y estábamos reventados; llegamos a eso de las once de la noche a casa y Nicolás aparcó justo en la acera de enfrente y me despertó con suavidad.

—¿Helen? —dijo en tono suave, casi como un susurro para no levantarme sobresaltada, y repitió—, ¿Helen?... ya hemos llegado... —Me levanté casi de forma inmediata.

—Bien —contesté medio dormida, intentando despejarme—. ¿Y ahora qué?, ¿entramos por la puerta sin más? —Nicolás miró fuera del coche esperando por si algo o alguien aparecía.

—Parece como si no hubiese nadie... —comentó desconcertado.

—¿Crees que dejaron a alguien pendiente por si regresábamos? —pregunté mirándole.

—No estoy seguro —dijo confundido—. Sé que han venido a tu casa porque oí cuando lo comentaban, pero no sé si encontraron algo o si están esperando a que lo hagamos nosotros. —Suspiró—. Después de todo lo sucedido no me fio de nada.

—Pero, Nicolás, es media noche, no veo ningún coche por aquí cerca—comenté—, y no creo que esperen en la calle a que alguien aparezca con este frío, ¿no?

—En la calle... en la casa...—Miró nuevamente por la ventana del coche agachando la cabeza para ver mi casa; a mí me entró un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Crees que hayan dejado a alguien dentro?

—A alguien o a algo peor... —pronunció finalmente.

—¿A qué te refieres con algo peor? —pregunté entre atemorizada y perpleja.

—Son una secta de brujos muy antigua, Helen; tú no conoces ni la mitad de las historias que a mí me han contado... Si es todo cierto, hay cosas que son bastante espeluznantes —dijo preocupado. Como no teníamos más opciones y debíamos entrar, dije en tono sarcástico intentando eliminar la tensión que habíamos generado.

—¡Vale, pues yo también vengo de esa misma “secta de brujos”! —dije en tono de chanza—. Sólo que más guapos y más listos... Así que pueden temblar también ellos, ¿no? —Nicolás se me quedó mirando, no daba crédito a mis palabras, algo impertinentes en ese instante.

—Helen, esto no es un juego, he oído todas sus historias que hasta hace muy poco eran leyendas, pero ¡que sí son verdad! —Entonces paró en seco cuando vio mi rostro de angustia y no continuó con el tono que estaba utilizando; se dio cuenta de que empeoraba las cosas y de que, posiblemente, lo había hecho sólo con el ánimo de darnos algo de valor. Finalmente moviendo la cabeza concluyó—: Tu poder ni siquiera lo controlas, ¿no estás entrenada como ellos! —volvió a decir preocupado y mirando hacia la ventana.

—De todas formas, no podemos pasar aquí toda la noche, Nicolás —dije centrándome y dejando a un lado el humor, porque veía que no surtía el efecto esperado—. Hemos venido a esto ¿no?, así que tenemos que entrar —exclamé con firmeza, aunque algo asustada mirando hacia la

casa—. Además, sabes que no podemos perder ni medio minuto más de tiempo; no sabemos cuánto puede aguantar mi madre, no podemos esperar a que ellos se den cuenta de que estamos aquí... Y debemos llegar antes de que tu madre hable. —Entonces suspiré y, llenándome de valor, le dije—: ¡Voy a entrar! —Nicolás me miró también decidido.

—Ok, necesito que me des solo un minuto —Nicolás seguía sin dejar de mirar por la ventanilla hacia mi casa.

—¿Para qué? —pregunté confundida.

—Me has dicho que lo que tenemos que coger está en... —Vaciló mirando a través del cristal del coche—. ¿Qué habitación?

—En la de mi madre —dije azorada —, es un baúl... —Hizo un gesto con la mano como indicando que no necesitaba más explicaciones.

—¿Puedes esperar un minuto dentro del coche? —dijo mirándome firmemente.

—Si no me dices por qué... —comenté esperando una respuesta para saber si debía obedecerle.

—¿No confías en mí?

—¡Por supuesto que confío en ti! —exclamé con ansiedad—. Es sólo que quiero saber qué es lo que vas a... —Entonces bajó del coche sin más explicaciones y se dirigió a su casa muy rápidamente, yo me quedé dentro como me había pedido, bastante exasperada—. ¡Un minuto! —dije bajando la ventanilla para que me oyera; tardó exactamente eso, un minuto, tal y como había dicho; cuando regresó, trajo consigo una linterna y un bate de béisbol, se acercó al coche y me abrió la puerta.

—Vale, ahora puedes bajar... —dijo, yo cogí mi mochila y le pasé la suya, pero acto seguido comentó:

—Deja las mochilas dentro, no tardaremos... Pásame solo el maletín-cinturón que tiene los papeles y el dinero dentro.

—La mía no, voy a meter aquí dentro lo que venimos a buscar. —Entonces me quedé mirándole de arriba abajo, con su bate y linterna, y sonreí tímidamente—. ¿Vamos a darle a lo que encontremos dentro de casa con un bate de béisbol?

—No vamos a entrar sin algo de protección y de luz... —dijo seriamente, así que yo intenté no reírme.

—Si es un brujo, creo que va a servir poco, ¿no?

Nicolás respondió en un tono algo más brusco debido al miedo que había empezado a sentir y a la adrenalina que empezaba a generar.

—He dicho que no entraremos sin protección, de algo puede servirnos... —Afirmé con la cabeza y no hice ningún comentario más, me estaba ayudando y debía por lo menos dejarle llevar lo que él considerase oportuno.

Caminamos hacia la casa comprobando que alrededor no hubiese nadie, cruzamos la calle, entramos al portal que estaba abierto y llegamos a la puerta; abrí con las llaves haciendo el menor ruido posible y entramos. Estaba todo oscuro, así que Nicolás encendió la linterna para saber por dónde íbamos. Yo no paraba de tiritar, no sabía si era por el frío o la ansiedad.

—¿Ves todo igual que como lo dejasteis? —dijo en tono muy bajo, casi como un susurro, y apuntando con la linterna por toda la sala; yo afirmé con la cabeza porque no veía nada inusual, parecía estar todo en su sitio.

—¿De verdad no podemos encender la luz? —dije mirándole, el negó con la cabeza sin dejar de mirar a su alrededor. Entonces insistí—: Nicolás, ¿quizás te confundiste y oíste otra cosa?... No veo nada que no esté en su lugar.

Nicolás no hizo caso de mi comentario, como si supiese que, aunque estuviese todo colocado perfectamente, podían haber estado allí; entonces hizo un ademán señalando hacia las escaleras y caminamos hacia ellas. Subimos con sumo cuidado y llegamos al *hall* de las habitaciones, mientras nos dirigimos hacia la de mis padres, sentí una especie de escalofrío y, por alguna razón, a pesar de ver todo colocado en su sitio, sentí en ese momento que efectivamente habían estado buscando algo, era como ver a través de otros ojos que me detallaban cosas que humanamente no habría podido observar.

—Creo que sí que han estado aquí —dije en tono bajo y algo confuso, Nicolás me miró.

—¿Hay algo que no esté en su sitio? —preguntó.

—No —exclamé alterada, pero conservando el tono bajo—, pero hay algo que no está bien y no sé lo que es... Es como si estuviese viendo con otros ojos... no sé cómo explicarlo —Y entonces un temblor conmocionó mi cuerpo. Nicolás lo advirtió y dijo:

—Avancemos rápidamente, Helen.

Y apresuramos el paso hasta llegar a la habitación de mis padres. Llegamos al baúl y yo me arrodillé frente a él, lo abrí con cuidado mientras Nicolás vigilaba parado a mi lado; lo miré y procedí a sacar todo lo que había dentro de él, vestidos, joyas, atrezo... hasta llegar a la caja pequeña. Aún no la había cogido, cuando Nicolás se asomó para mirarla y entonces comentó: —Es muy pequeña para contener un manuscrito, ¿no? —comentó extrañado.

—Ya, pero es lo que buscamos... No sé qué contiene, pero es lo que mi madre guardaba fervientemente y a lo que se refería con el *camahutus* —Entonces lo cogí entre mis manos y, de pronto, un ruido ensordecedor llegó a nuestros oídos; fue como un aullido entre feroz y convaleciente de alguna especie de animal, que sonó justo debajo de nosotros, en la parte inferior de la casa. A Nicolás se le cayó la linterna del sobresalto y, cuando tocó el suelo, el haz de luz se dirigió hacia la puerta, entonces pudimos ver una especie de sombra que se arrastraba serpenteante por el pasillo y se acercaba a nosotros velozmente; rápidamente Nicolás me levantó del suelo de un tirón en el brazo y soltó el bate que tenía entre las manos, sabía que con ese tipo de espectros ese elemento iba a ser poco útil. Entonces me preguntó:

—¿Lo tienes? —Afirmé con la cabeza confundida porque ese grito ensordecedor me había trastornado los sentidos y entonces me arrastró con él hacia la ventana.

—¡Salta! —dijo.

—¡Estás loco! —exclamé—. ¡Estamos como a cinco metros de altura! —Mis ojos expresaban confusión, aunque aquel ruido que se acercaba era tremendamente abrumador.

—Confías en mí, ¿no?... ¡Créeme, es peor lo que viene hacia acá! —Entonces, mirándome a los ojos y cogiéndome de la mano, dijo—: Saltamos juntos a la de tres... ¡uno, dos y tres! —Mientras saltamos por el balcón, un frío recorrió mi espalda, era como si una garra me hubiese intentado agarrar por detrás impidiéndome saltar, pero no lo hubiese conseguido. Cuando tocamos suelo, pude comprobar que el impacto no había sido tan brusco como me lo esperaba, porque parecía estar sobre algo blando...

—¿Un colchón inflable? —dije confundida entre pregunta y exclamación.

—¿Qué creías que hice en ese minuto?, ¿sólo buscar un bate y una linterna? —Hizo una mueca en su rostro. Estaba claro, seguramente había pensado que no podríamos volver a salir por donde habíamos entrado una vez lo hubiésemos hallado y, previsiblemente, había colocado este colchón para amortiguar la caída por el balcón.

—¿Cómo lo sabías? —dije confundida, el ruido de aquella bestia se oía cada vez más lejano.

—No lo sabía... —comentó—, pero sé de orcos¹¹ o troles¹² con los que habría funcionado el bate, o quizás Golems¹³, mantícoras¹⁴ o licántropos¹⁵... Estos son más sofisticados, ¡te falta

mucho por aprender! —dijo mientras nos sacudíamos—. ¡Aunque creo que esto era un *Afang*!16

—¿*Afang*?

—Sí, es una especie de espectro que se mueve como un reptil, pero es hábil como un felino... Su función es la de proteger a alguien o a algo; y en caso de intento de robo, debe capturar y encerrar; mientras estás en su poder el sufrimiento es ilimitado. Está claro que le encomendaron proteger el *camahutus*, aunque no supiesen dónde estaba; y cuando lo has tocado, ha desencadenado su orden, digamos que lo has activado.

—¿Y qué hacemos aquí parados?

—Ese bicho tiene una ventaja para nosotros —dijo mirándome—: No puede salir de donde se le ha confinado su objetivo; en este caso la casa; o sea que ¡no puede llegar hasta aquí! —dijo con su risa retorcida.

—¿Y ese ruido que cada vez se oye más lejano?

—Tienes razón... —Le cambió el rostro—. Eso alerta a quien esté fuera de que hemos entrado... y hemos salido, ¡así que nos vamos ya! —Caminé hacia él y noté un fuerte ardor en la espalda, pero sabía que no debíamos parar, así que no dije nada y nos dirigimos hacia el coche rápidamente.

Estábamos a punto de llegar a la acera y cruzar la calle cuando empezó a agitarse un viento muy fuerte, de pronto unas sombras aparecieron entre el firmamento oscuro y comenzaron a agitar el coche; los cristales se partieron, las ruedas se pincharon y la carrocería se abolló, parecía como si lo estuviesen reventando con pedruscos; nosotros caímos al suelo del impacto con el que lo destrozaron. Era tal la velocidad con la que ocurría todo que no tuvimos tiempo de reaccionar, nos quedamos petrificados en el suelo viendo cómo esas sombras destruían el vehículo en el que podíamos huir. Unos segundos después todo paró, el coche quedó inservible y, ante nuestras miradas estupefactas, las sombras que ahora estaban delante del coche parecían tomar forma y se acercaban.

—¿No corréis? —Se escuchó una voz desde aquellas sombras poco nítidas; parecía el tono de Sina algo más grave, pero no identificaba bien sus rostros. Siguieron acercándose mientras se oían risas espantosas, como las de los cuentos de brujas más espeluznantes que hubiese alguna vez imaginado. Mi corazón se agitaba, mientras intentábamos separarnos del suelo.

—Nos vais a tener que dar eso que habéis encontrado... —dijo otra voz a nuestras espaldas que no pude reconocer; entonces nos dimos cuenta de que estábamos rodeados. Mi cuerpo, como en otras ocasiones había hecho, empezó a reaccionar ante la amenaza; pude notar como el calor que subía desde mis pies se apoderaba de todo mi cuerpo y trepaba por mi garanta seca, hasta llegar a mi rostro; me dejaba sin aliento hasta que se concentraba en mis ojos que ardían como fuego. Cuando nos incorporamos, mi mirada no debió ser muy agradable.

—¡Vaya! —exclamó la voz de atrás sorprendida—. No lo había visto con mis propios ojos... —Era una voz masculina, grave y aguda a la vez, entonces rio—. Es increíble que lo hayas desarrollado sola, sin ninguna instrucción... Kalen estará complacida cuando te tenga... Y veo que Nicolás te acompaña... —Entonces alargó su mano como para tocarnos; en ese instante proferí un chillido agudo que salió de dentro de mí y volvió a aparecer como una especie de burbuja o globo protector entre ellos y nosotros, como el que había surgido cuando sucedió lo de mi madre. Las sombras eran en total unas ocho; todas ellas retrocedieron, menos la que había llegado por detrás, que incluso volvió a decir mientras tocaba aquella aura sin poder acceder a nosotros—: ¡Increíble!

Entonces, sin el control de mis actos, hice que estallara aquella burbuja dando paso a una onda explosiva que arrasó con todo lo que estaba cerca, incluso árboles y objetos; algunas ventanas

cercanas de nuestras casas y casas vecinas estallaron, parecía que la onda había sido mucho mayor que la anterior, como si estuviese cogiendo fuerza. Nicolás, que estaba junto a mí, tomó mi mano en cuanto reaccionó y tiró de ella para correr cuesta abajo aprovechando el caos ocasionado.

—¿Hacia dónde vamos? —exclamé agitada mientras corríamos.

—¡A tierra santa!, allí no pueden entrar... ¡Vamos a la iglesia que está aquí abajo!

—¿De qué hablas?, yo voy a la iglesia los domingos, mi madre también, siempre hemos podido entrar... ¡Se supone que somos brujas también!

—¡No me contradigas y corre, luego te explico!

Seguimos corriendo sin parar, las sombras empezaron a seguirnos, parecían espectros de la noche que se difuminaban y no dejaban ver al completo su aspecto; sin embargo, ahora con la claridad que las farolas de la calle aportaban, se podía apreciar algunos detalles más en ellos; parecían volar sobre alguna especie de palos o escobas, sus caras, aunque muy difuminadas, mostraban un aspecto horrendo, oscuro y maligno; gritaban injurias y reían a carcajadas, como en las historias y cuentos de brujos más aterradores que habrían podido contarnos en nuestra infancia. Cruzamos cuesta abajo por las calles estrechas, entre las casas que llevaban hacia el pueblo, ya que justo al final de la última hilera de ellas se encontraba la capilla, las sombras parecían volar sobre nosotros; mientras huíamos pude reflexionar y pensar que seguramente todos esos relatos descritos en los libros provenían de alguna experiencia similar a la que estábamos viviendo, en la que algún mortal habría sufrido en sus carnes y seguramente se había inspirado para escribirla o contarla.

Hubo un momento, justo antes de llegar a la ermita, que una de las sombras se aproximó tanto que pude apreciar su rostro, era Vera, una de las amigas de Sina, sólo que más apagada, oscura y sombría.

—Da igual que corras... —decía—. Vamos a pillarte tarde o temprano. ¡Dame eso! —exclamó en un último intento de desarmarnos y pude sentir cómo tiraba de mi mochila; yo ofuscada, casi galopando al lado de Nicolás, sólo pensaba en llegar y cruzar la reja que estaba a unos escasos metros de nosotros. Unos segundos después la atravesamos y las sombras quedaron atrás; efectivamente, como decía Nicolás, no podían salvar ni siquiera las rejas que llevaban al atrio de la iglesia; respirando agitadamente nos quedamos plantados en el portal y, antes de entrar dentro del templo, Nicolás, apartado del decoro que siempre le caracterizaba, hizo un gesto vulgar con las manos indicándoles que se fastidiaran; ambos reímos casi de la misma angustia. Acto seguido, las sombras se plantaron justo al lado de las rejas sin poder acceder a ellas, indicado que allí nos esperarían. Nosotros nos dimos la vuelta y nos acercamos al acceso principal para mirar por dónde podíamos entrar y, para nuestro asombro, la puerta estaba abierta, así que sin dudar lo cruzamos. Una vez en el interior de la iglesia, comenté:

—No entiendo nada... ¿Por qué ellos no pueden entrar y yo sí?

—Es muy sencillo, Helen —comentó rápidamente, aún agitado por aquel duro recorrido que habíamos realizado—. Porque ellos entregaron sus almas a la avaricia, al odio y al mal cuando decidieron unirse a Kalen. Han matado para vivir largos años, siglos... Sus almas están —dijo respirando y en tono pausado y triste— condenadas... —Eran hasta hace muy poco sus amigos, los consideraba su familia; era evidente que estuviese afectado, me acerqué a él en señal de apoyo. Entonces prosiguió—: En realidad eran conjeturas... yo no estaba muy seguro de que funcionara, he atado cabos porque lo cierto es que jamás he visto a ninguno de ellos acercarse a la iglesia... digamos que he tenido tiempo para reflexionar acerca de todo lo que hacen.

—Entonces, después de todo lo que estamos viviendo... incluso me había planteado la

existencia de Dios —dije abochornada.

—De eso no dudes —dijo Nicolás de inmediato—; existe y está muy atento a cada uno de nuestros actos.

—Por eso estamos nosotros dentro —dije pausadamente.

—Exacto, aunque tú seas una bruja, no significa que seas maligna o perversa, eso sólo depende de ti...

—Una especie de brujas malas y brujas buenas, ¿no? —Nicolás afirmó con la cabeza y yo sonreí tímidamente buscando su aceptación.

—Ahora saben que estás conmigo —dije con un tono de pesadumbre en mi voz.

—Siempre lo han sabido, Helen —dijo mirándome—. No sé si pensaban utilizarme; en todo caso, me da igual —replicó.

—Irán a por tu familia, igual que han ido a por la mía —Nicolás afirmó con la cabeza y respiró profundo hasta que finalmente dijo:

—Tenemos la caja ¿verdad? —Yo afirmé con la cabeza y la saqué de la mochila—. Eso nos dará la ventaja que necesitamos...En ese instante se oyó un estruendoso ruido por la sacristía y volví a guardarla rápidamente, parecía como si se hubiese caído algo, entonces salió el párroco que se había tropezado y estaba asustado.

—¿Quién es? ¿Quién ha entrado a la casa de Dios a estas horas? —dijo acercándose con algo de temor en su voz hasta que pudo vernos con claridad; llevaba una especie de cirio en la mano—. ¿Nicolás?, ¿Helen?... ¿Qué hacéis aquí tan tarde?, además —preguntó confundido—, ¿cómo habéis entrado?

—La... —titubeé—, la puerta estaba abierta, padre —dije confundida.

—¿Abierta?, no me lo puedo creer, juraría que la había cerrado antes —exclamó perplejo y, atando cabos rápidamente, continuó—. Y ¿qué estáis haciendo a hurtadillas?, no es hora de andar por las calles, no os estaréis fugando, ¿verdad? —manifestó con los ojos abiertos, no nos dejaba responder a ninguna de sus preguntas ya que formulaba otra al instante—. Que sepáis que no voy a ser partidario de ninguna locura que os estéis imaginando —dijo finalmente acercándose para cerrar el tranquillo de la puerta. Luego nos dio la espalda y caminó hacia la sacristía, nosotros nos quedamos parados perplejos por la idea alocada que le había pasado al padre Tulio por la cabeza de fugarnos, entonces él se giró para observarnos y decirnos—: ¡Vamos! ¡Seguidme!... no pretenderéis que nos quedemos aquí parados toda la noche, ¿no?

Nicolás y yo negamos con la cabeza y, atendiendo a su reclamo, le seguimos, no sin antes preguntar:

—¿Padre Tulio! —Mientras me acercaba a él—. La sacristía también es un lugar sagrado, ¿verdad?

—Pero qué tonterías dices, Helen —Y rio con la sonrisa de bonachón que le caracterizaba—. ¡Por supuesto que cada espacio de este recinto es sagrado!... y la sacristía ¡con mayor razón! —Y balbuceando siguió hacia dentro de la iglesia, Nicolás y yo le seguimos.

Finalmente llegamos a la sacristía. Nunca había entrado allí. Quedaba justo detrás del altar y era una especie de salita donde el padre se cambiaba antes de celebrar la eucaristía; tenía un amplio sofá muy cómodo, una mesilla con dos sillas a manera de sala de estar, una pequeña cocinita en un rincón de la misma y una pequeña puerta que la comunicaba con la casa parroquial donde vivía el sacerdote, compuesta de una sola habitación y un aseo.

—Sentaos, chicos —dijo el padre señalando el sofá, nosotros le hicimos caso sin rechistar, estábamos dispuestos a oír cualquier sermón con tal de que nos dejara pasar la noche allí; él se sentó en una de las sillas—. Supongo que habéis venido los dos a estas horas por aquí porque

tenéis algún problema, ¿correcto?

—Sí, padre Tulio, pero no es lo que está pensando, verá, nosotros... —Y entonces me interrumpió. —¡No importa, Helen!, no hace falta que me digáis nada, sobre todo si vais a mentir. —Entonces me quedé callada porque, aunque no era lo que él pensaba, sí que era cierto que no le iba a contar la verdad. El padre Tulio se nos quedó observando y, como vio que no insistimos, pensó que había comprobado su hipótesis de fuga, así que prosiguió—. Veréis, chicos... Yo también he sido joven, aunque sea difícil de creer. —Rio entre dientes—. Lo cierto es que quizás hice en su momento más locuras que ninguno de vosotros; pero es importante que sepáis que cada cosa que decidáis tiene sus consecuencias y sois vosotros los que lidiaréis con ellas... —Se nos quedó mirando y prosiguió—. Sois muy jóvenes, tenéis toda la vida por delante y las cosas hay que hacerlas bien; vuestros padres han luchado mucho por daros un futuro... y eso deberíais valorarlo. —Tomó algo de aire y se me quedó mirando, yo estaba empezando a caer agotada y el padre no estaba dispuesto a que perdiéramos su atención—. ¡Helen!, tu madre te quiere mucho y se desvive por ti, ha estado muy preocupada con tu actitud estos últimos meses... Incluso me ha venido a visitar con más frecuencia de lo habitual, antes de viajar me pidió que me acercara a ti —Mi corazón dio un vuelco e inmediatamente le pregunté:

—¿Y le dijo algo concreto, padre?

—¿A qué te refieres, hija?

—No lo sé... Le contó algo poco ordinario, quizás. —Volvió a cortarme, no era un hombre de mucha paciencia.

—No sé muy bien a qué te refieres, pero lo cierto es que ayer sí estuvo algo más rara y habló más bien poco...

—¿Ayer? —dije casi sin aliento, tanto mis ojos como los de Nicolás se querían salir de sus órbitas—. ¡Eso es imposible padre! —dije angustiada.

—¿Cómo que imposible? Sigues diciendo tonterías, vino a la iglesia para comentarme que sabía precisamente que acudirías a mí y me pidió el favor de aconsejarlos, de ayudarlos, no sé exactamente en qué líos estaréis metidos... O si va en serio lo de fugarse; pero estáis perturbando a tu madre, Helen. —Mi cara no salía del asombro; finalmente, oyéndole hablar, algunas lágrimas asomaron por mi rostro de dolor y desconcierto.

—¿Dijo algo más concreto, padre? —preguntó Nicolás tan atónito como yo, ya que yo había perdido el habla.

—Mirad, chicos. —Volvió a resoplar—. Supongo que acabáis de llegar de viaje, ella se veía muy cansada, fue sólo un segundo porque me dijo que estaba de paso, al parecer llevaba algo de prisa... ¡Pero creo que sabía perfectamente lo que tramabais! —exclamó en tono sentencioso apuntándonos con el dedo—. Y, como os he dicho... que acudiríais a mí; de manera que sólo por ella, voy a ofrecerles cobijo esta noche, ¿de acuerdo? —Ambos afirmamos con la cabeza—. Porque ella me lo pidió así, me dijo que para que ganaseis tiempo y reflexionarais... —Mirando a Nicolás comentó—: Confía en vosotros... sabe que haréis lo correcto. —Por mis ojos seguían brotando lágrimas sin parar, el padre Tulio bajó la guardia al verme llorar y comentó en un tono más suave—: Mañana, en cuanto salga el sol, voy a llevaros a vuestras casas y vamos a sentar nos para hablar con ellos. —Se nos quedó mirando fijamente, entonces se levantó de la silla y, dando paseos para un lado y para otro, empezó a hablarnos de la vida, de lo corta y fugaz que era, de los padres, de lo importante de hacer las cosas bien y de lo indispensable que era Dios en nuestras almas. Mientras nos hablaba, iba cogiendo algunas mantas y almohadas que tenía guardadas en un armario, hasta que finalmente dijo—: No recibo muchas visitas, pero tengo algo siempre bajo la manga por si algún peregrino aparece necesitando alojamiento para pasar la noche... el sofá no es

muy cómodo, pero no tengo otra cosa que ofreceros. —Se nos quedó mirando de nuevo—. Voy a confiar en vosotros porque sé que sois unos chicos listos; además, Isabella tiene una fe inmensa en ambos, sabe que haréis lo correcto, así que tenéis también mi voto de confianza... —Acercándose me dijo—: Sobre todo tú, Helen. —Y me dio una pequeña palmadita en el hombro, luego se alejó hacia la puertecita que comunicaba con su estancia y concluyó—: Si queréis alguna cosa más, me llamáis; dejaré de todas formas la puerta abierta. —La atravesó y se perdió por el pasillo, en ese instante me giré hacia Nicolás y, con los ojos aún llenos de lágrimas, le pregunté:

—¿Por qué?, ¿por qué se le presentó al padre Tulio y no a mí?, sabe que la estoy necesitando, ¡ahora más que nunca! —dije con algo de reproche en mi tono y la voz desgarrada.

—Quizás porque no puede... —dijo Nicolás.

—No lo entiendo —me apresuré a contestar. —¿Y por qué no a tu padre también entonces? —me preguntó observándome, para finalmente concluir—: Verás... Creo que no puede hacerlo; imagino que, aunque sea en alma, no podrá acercarse a las personas que estamos siendo vigiladas, ¿no te das cuenta?, ha sido justo al padre Tulio, ella le ha tenido siempre mucha confianza, sabía que no era de ellos y sabía que no estaría vigilado... Y por alguna razón que ahora no podemos comprender, sabía que vendríamos aquí... ¡sí que nos ha ayudado! Quizás sólo quiere decirnos que vamos por buen camino... —Yo afirmé con la cabeza porque tenía sentido lo que decía y necesitaba creerlo, así que no hice ninguna observación que pudiese romper esa conjetura. Nicolás, a pesar de haber expresado su hipótesis, parecía igual o más confundido que incluso yo, y su rostro lo reflejaba.

Respiré profundamente y entonces sentí un latigazo en la espalda, el mismo que había sentido cuando nos arrojamos por la ventana de la habitación de mi madre y que, con todo lo sucedido, no había tenido tiempo de examinar; mi cara de dolor extrañó a Nicolás.

—¿Qué pasa? —preguntó rápidamente.

—No lo sé, cuando saltamos por la ventana sentí un ardor que recorrió mi espalda y, con todo lo sucedido, no he podido mirar de qué se trata. —Puse mi mano en la espalda intentando verme, pero era imposible.

—¡Espera! —exclamó Nicolás—, déjame ver qué es. —Subiendo con mucho cuidado la blusa por detrás, pudo observar tres heridas ensangrentadas, como si hubiesen sido producidas por fuertes latigazos—. ¡Ostras! te alcanzó a tocar el Afang...

—¿El bicho ese raro que estaba en casa? —dije intentando mirarme.

—Seguramente intentó quitarte la caja y, antes de que pudieras atravesar la ventana, te rozó con sus garras.

—¿Tenía garras? —pregunté con cara de sorpresa y malestar al mismo tiempo.

—Y dientes... Créeme que no debe ser nada agradable toparse con un espectro de esos, ¡deja de moverte! —insistió—, estoy intentando ver cómo de profunda es la herida —dijo contemplando mi espalda.

—¡Ay! —Proferí un gemido ahogado para no despertar al padre Tulio, que ya había empezado a roncar como un ogro, cuando sentí los dedos de Nicolás en la espalda—. ¡Ten cuidado! Me arde mucho.

—Vale, tengo que limpiarte, Helen, no podemos dejar esa herida así —dijo mientras miraba mi espalda.

—¿Está muy mal? —pregunté ya que no podía verlo con mis ojos.

—No, pero puede empeorar, en sus garras llevan algo de veneno que puede ocasionarte infección en la herida.

—Y ¿cómo la camisa no está rasgada?

—¿Son espectros!, ¿de verdad es que no sabes nada de nada? —Se giró para mirarme y entendió que era una total ignorante de estos temas—. Van directamente a donde hacen daño y se saltan todo lo demás, no hace falta desnudarte para violarte o abrirte para sacar tu corazón o desvestirte para azotarte... —En ese instante vino un flash a mi cabeza.

—¿Has dicho abrir para sacar el corazón? —dije en tono pausado y bajo, Nicolás volvió a mirarme esperando a que le contara qué pasaba por mi mente—. Creo que Sina intentó sacarme el mío...

—¿Cómo? —preguntó alarmado—. ¿Cuándo? —siguió interrogándome atormentado y desencajado.

—El día de la fiesta, cuando estábamos sentados en la mesa —le dije pausadamente—, ella me atrajo el alma, o algo parecido, y pude sentir cómo introdujo su mano en mi pecho. —Hice una pausa—. Me dejó sin aire... —Nicolás me veía con ojos que querían salir de sus órbitas—. Pero luché internamente y pude soltarme de ella, aunque quedé sin fuerzas.

—Fue cuando te dio aquel mareo, ¿no? —afirmé con la cabeza—. ¿Cómo no me di cuenta de todo en ese instante? —se recriminó—. Eso significa que eres más fuerte de lo que piensas, Helen, Sina no pudo matarte en ese instante... —Y se quedó ido, con el rostro totalmente descompuesto; pude leer en su mente el dolor y la angustia que le producía el saber que estuvieron a punto de matarme y él no se había percatado.

—¡Eh! —exclamé—, que sigo aquí... ¡Aún no han podido conmigo! —le aseguré en tono sarcástico—, así que no te mortifiques por lo que pudo ser y no fue. —Le miré con dulzura—. Además, tienes que curarme la espalda porque está empezando a quemarme del ardor... y esto sí es ahora...

—Vale —dijo recuperando el aliento—, pero esto te va a doler y no puedes gritar, o despertaremos al padre. Con risa irónica comenté:

—Creo que ni, aunque montáramos aquí una fiesta por todo lo alto se despertaría... —Reí bajito, Nicolás seguía mortificado y no hizo ningún gesto, seguía como ido.

Se levantó y cogió un plato hondo que había de adorno en la mesa, se dirigió a la pila de agua y lo lavó; luego echó agua dentro de él, cogió papel de cocina que había en la mesa para secarse y se sentó a mi lado.

—Bien, vas a tener que quitarte la blusa —dijo algo avergonzado, yo reí porque sabía que él era bastante tímido para hacerlo, aunque fuese sólo por curarme, y me respetaba más que incluso lo que yo hubiese querido. Así que procedí a quitarme la parte de arriba con mucho cuidado, porque ahora que había pasado todo y estaba mi piel en frío, había empezado a dolerme de verdad. Me atasqué cuando pasó por la cabeza porque me dolía demasiado y las manos no me ayudaban mucho; así que Nicolás se apresuró a echarme una mano, aunque pude sentir su incomodidad cuando finalmente me pudo quitar la blusa.

—No pasa nada... ¡Estás curándome! —dije tomando su mano.

—Ya... Pero estamos en la sacristía de una iglesia, con el cura durmiendo al lado y, francamente, no puedo dejar de pensar en otras cosas viéndote así —Yo reí bajito.

—Eres increíble, Nicolás, ¿de verdad perteneces a este siglo?, a veces pareces como un viejo metido en el cuerpo de un joven —dije en tono de chanza; Nicolás inmediatamente se puso de pie para alejarse de mí y su rostro se descompuso nuevamente—. ¡Eh! Ha sido una broma, ¿vale? —dije tomando su mano atrayéndolo hacia mí, desconcertada por su actitud—. ¿Qué te pasa Nicolás?

—Helen, sabes que te amo... me mortifica que no haya estado atento a todo, no sé cómo no vi venir todo esto —se lamentó—. Y ahora estás herida... y estamos en esta situación —comentó

cada vez más ofuscado—. ¡Le prometí a tu padre que te cuidaría! Y encima sé lo que estás pensando... — Hizo una pausa—. Y te respeto por encima de cualquier cosa, quiero estar contigo... No me malinterpretes, pero quiero hacerlo bien, necesito hacerlo bien... ¿de acuerdo?

—Y yo no te estoy pidiendo otra cosa, Nicolás, nadie podía haberse imaginado que ocurriría todo esto, ¿vale?... y, además, me parece bien lo que decidas en todos los aspectos —comenté suspirando, aunque en el fondo me hubiese gustado que su reacción hubiese sido más desenfadada. De todas formas, era cierto que las condiciones no eran las más oportunas.

Se sentó nuevamente a mi lado y con mucho cuidado desabrochó mi sujetador, yo me aseguré la parte de adelante para no incomodarle más. Él cogió el plato con agua, mojó el papel y empezó a pasarlo por las llagas; el ardor que producía era insoportable, pero me llené de valor y, mordiendo la almohada que nos había dado el padre, aguanté como pude. Las lágrimas caían por mi rostro sin quererlo y Nicolás se angustiaba cada vez que tenía que pasarme el agua como si sintiera en sus carnes el dolor que me estaba produciendo, como si estuviese soportando parte de mi calvario.

—Lo siento —decía a cada segundo—, preferiría ser yo el que estuviese así... Lo siento, brujita. —En medio del dolor que sentía, en algún momento pude decirle:

—Lo estás haciendo adrede —gemí—. Como vuelva a oírte decir brujita, ¡los latigazos te los voy a dar yo a ti!, ¡te lo juro! — En ese instante pude oír una pequeña risita por su parte, lo que pudo tranquilizarme porque sabía que, en medio de dolor, aún teníamos algo de humor los dos, de manera que no podíamos estar tan mal...

Cuando terminó de curarme, volvió a cerrarme el sujetador y me ayudó a ponerme nuevamente la blusa con mucho cuidado; mientras se escurría por mi torso, pude sentir su corazón agitado por el deseo al igual que el mío, él también pareció darse cuenta de la circunstancia incómoda en la que habíamos entrado y rápidamente habló, dando un giro a la situación.

—Necesitamos saber qué hay dentro de la caja ahora, mañana nos dejará poco tiempo el padre Tulio.

—Lo sé —afirmé.

—Tendremos que salir antes de que se levante.

—No te preocupes por eso ahora —respondí, sabía que podía influir en él si me lo proponía; y no había hecho nada antes porque no había sido necesario, ya que nos había dado cobijo por sus propios medios. Además, quería que estuviera en sus cabales y sin ningún tipo de coacción o interferencia que le embotara los sentidos para que me contara todo lo que sabía; y así lo había hecho. Entonces cogí mi mochila y la abrí, saqué la cajita y nos quedamos observándola.

—No parece nada especial —comentó Nicolás.

—Pero lo es, puedo sentirlo... Tiene la clave de lo que necesitamos —dije totalmente convencida.

—¿Tiene magia?, porque el pergamino que buscamos debería ser bastante más grande que esa caja —detalló Nicolás.

—Creo que no, pero tendremos que comprobarlo abriéndola.

Inmediatamente cogí el collar que llevaba en el cuello y me lo quité, saqué el colgante que ahora era uno solo entrelazado y que formaba la llave, lo introduje en la cerradura de la caja que acoplaba perfectamente; di medio giro y la caja se abrió. Una música muy bajita, pero melodiosa, empezó a sonar, me recordaba la canción de cuna que mi madre entonaba para dormirme cuando era una niña en las noches y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Está aquí dentro —aseguré y, levantando una pequeña tela de terciopelo rojo que cubría el fondo, encontré un pequeño papel que decía:

Señor Golfrid
1130 Connecticut Avenue Northwest, Washington D.C., DC
040119945810

—¿Qué es esto? —preguntó Nicolás confundido y, resoplando de cansancio exclamé.

—Está claro que no hay magia aquí, esto parece una dirección y el Señor Golfrid sabrá dónde está el manuscrito, o nos dirá algo —expliqué—, el número largo no sé a qué corresponde, no me suena de nada. —Ambos nos quedamos mirando, estábamos totalmente abatidos porque pensábamos que ya lo teníamos y no era así. Entonces Nicolás se echó hacia atrás con la mano en la cabeza indicando agotamiento y desconcierto.

—Esto va a ser más largo de lo que esperábamos —dijo algo intranquilo.

—Y tenemos sólo una semana —concluí.

—¡Una semana no, Helen! —Se me quedó mirando, parecía bastante irritado; en los siguientes segundos no pude entender su reacción, parecía como si estuviese rabioso conmigo, hasta que finalmente comentó—: Ya hemos gastado dos días, nos quedan cinco antes de que todo el mundo se entere de lo que estamos haciendo. —Hizo una pausa—. Entonces, mi madre ¡lo soltará todo!

Entendía ahora que su fastidio y preocupación era debido a la promesa que le había hecho a su madre, él mismo nos había puesto la soga al cuello con el tiempo que se nos echaba encima. — Pues tendremos que resolverlo antes —dije mirándolo firmemente, el afirmó con la cabeza con gesto de preocupación—. Tranquilo... —dije bajando la guardia porque comprendí que se sentía responsable y muy presionado—. Ya verás cómo salimos de todo esto rápidamente. —Cogí su mano—. Mañana cogeremos un avión a Washington —Entonces bostecé porque estaba agotada.

—Sí —contestó haciéndose a la idea de que aún no teníamos nada—, afortunadamente no dejé el cinturón con el dinero en el coche y aún tenemos efectivo para movernos... —Mirándome comentó—: Tendremos que tomar prestado el coche del padre Tulio y partir a Jacksonville, allí seguro que habrá alguna conexión a Washington...

—De acuerdo —dije volviendo a bostezar.

—Mañana nos levantaremos antes de que el padre lo haga, ahora tenemos que descansar — Entonces, como a una niña pequeña, me recostó en el sofá y me tapó de pies a cuello con la manta, se quedó a mi lado y comenzó a sobarme el pelo, una sonrisa asomó por su rostro.

—Eres perfecta —exclamó. Yo también le sonreí.

—No... tú eres perfecto, yo soy una “brujita” —dije irónicamente—, que no sabe usar sus poderes, ni siquiera para defenderse y cuidar de sus...

—Shhhh —susurró y dejó un dedo sobre mi boca en señal de silencio—, te amo.

—Y yo a ti —le dije mirándole acostada sobre el sofá—, ¿por qué no te echas aquí a mi lado?

—Porque me voy a la silla —dijo tajantemente.

—Ahí no dormirás bien.

—Aquí dormiré peor —aseguró rápidamente.

—Vaya... No sabía que fuese tan mala compañía... —Hizo una mueca en su rostro que sabía que me dejaba desalmada.

—Sabes que es justo por todo lo contrario... y ya he visto bastante por hoy; no estoy en condiciones de pasar la noche tan pegado a ti...—¿Estás seguro?, aquí te puedo mantener calentito. —En su rostro asomó una sonrisa tímida que hacía que mi corazón se acelerara.

—Venga, ¡duerme ya! —Se acercó para darme un beso de buenas noches, pero aproveché el instante para desfogarme en un beso profundo y largo, no quise separarme de él. Cuando parecía

haber terminado, cogí su cabeza entre mis manos y lo atraje fuertemente hacia mí, deseándolo fervientemente con toda mi alma y mi cuerpo, era como un imán cada vez más fuerte para mí, no sabía cómo parar y tampoco quería hacerlo; de hecho, podía sentir que su respuesta era idéntica a la mía, ya no sabía si era yo o era mi fuerza interior la que le deseaba; no sabía si estaba utilizando mi don para influir en él porque mi cabeza daba tumbos y no respondía ante nada...

Mis deseos se habían hecho más fuertes hacia él después de haber pasado el infierno de la separación y de descubrir los poderes que tenía; no sabía qué relación tenía, pero era una realidad y podía sentir como a él le pasaba lo mismo. Terminó metido entre las sábanas y en segundos quedamos entrelazados en besos apasionados, intentando deshacernos de la ropa, hasta que sin querer tocó mi espalda y un gemido de dolor nos separó en seco.

—¡Lo siento! —exclamó Nicolás.

—No importa... —dije rápidamente intentando volver a donde habíamos quedado, pero Nicolás pareció despertar del trance.

—¡No, Helen!... no está bien, no podemos seguir... ¡no así! —Se puso de pie de un salto, mi rostro era de culpabilidad, no sabía si eran mis poderes los que nos habían llevado hasta esa situación y me sentía responsable e incómoda al mismo tiempo; porque, aunque sabía que me amaba, ya que lo hacía antes de que yo hubiese conocido y utilizado mi don, no podía dejar de sentirme culpable y rechazada; él lo notó en mi mirada. Entonces se arrodilló ante mí, que seguía tumbada en el sofá confusa, cogió mis manos y las apretó fuerte contra su pecho, entonces dijo—: Te amo y te deseo más que a nada ni a nadie en esta vida... y lo sabes, creo que cuando empiece no voy a parar y ambos sabemos que no debemos, no así... ¡no ahora!, te prometo que cuando todo esto acabe... —Entonces me miró y se quedó callado con el rostro muy serio; metió una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una cajita que contenía en su interior un medallón de oro resplandeciente como el sol y, por la cara interior del mismo, un grabado con la fecha en la que nos habíamos visto por primera vez. Se acercó con cuidado y me la colocó en la gargantilla en la que llevaba también el *camahutus*; yo me quedé totalmente sorprendida—. ¿No dices nada? —preguntó mirándome esperando que le perdonara.

—¿Has inscrito la fecha en la que nos conocimos en el medallón? —Y me quedé mirándole.

—Con la hora exacta —comentó—, ese día cambió mi vida... —Solté una pequeña risita nerviosa.

—Nos conocimos en la noche, cuando llegué a casa... —girando la medalla, dije—: Y aquí pone unas horas antes...—No es cierto —dijo con una sonrisa retorcida en sus labios—, la primera vez que te vi, acababas de bajar del coche de mis padres en la plaza, tú te quedaste mirándome fijamente y luego viniste a por mí... —dijo con ojos pícaros—; en ese momento eran las seis y veinticinco de la tarde...

—¿Cómo has podido ocultarme que lo sabías? —pregunté abochornada, le di un empujoncito con la pierna en su pecho, ya que seguía arrodillado frente a mí...

—El suelo está duro... ¿sabes? —Rio irónicamente con el fin de que respondiera cuanto antes—. ¿Me vas a perdonar? —Le abracé fuertemente y luego le di un beso en el rostro, entonces Nicolás se levantó, volvió a taparme de los pies hasta el cuello, devolviéndome el beso en la frente y me pidió—: Llévalo siempre contigo, igual que el *camahutus*, nos mantendrá unidos hasta el final...

Caminó hacia la silla que estaba justo al lado mío, donde se quedó traspuesto en pocos minutos.

Capítulo XIV

Travesía. De camino a Washington

7 de enero

A la mañana siguiente desperté cuando sentí el olor a café recién hecho, me levanté de golpe y pude observar a Nicolás y al padre conversando.

—¡Vaya!... por fin se ha levantado la dormilona —dijo el padre con buen humor—. Nicolás se levantó conmigo y me ha insistido en que te dejara descansar un poco más, pero ya va siendo hora... porque son las siete y media y tengo que celebrar la misa de ocho, así que estamos justitos para que pueda acompañarlos a vuestras casas —Nicolás, que estaba detrás de él, se quedó mirándome con los ojos abiertos, indicando que estábamos perdidos, el padre caminó hacia el otro extremo de la habitación buscando su sotana. Entonces me concentré y me quedé mirándole fijamente, me levanté del sofá, me dirigí hacia Nicolás y comencé a hablar bajito para que sólo pudiese oírme él; el padre que estaba al otro extremo de la habitación comenzó a decir frase por frase lo que yo le decía a Nicolás en voz baja—. Aunque pensándolo bien, voy mal de tiempo... Casi mejor me esperáis a que celebre la misa de ocho y luego vamos a hablar con vuestros padres —Y entonces, algo confundido, volvió a decir—: Incluso os voy a pedir el favor de que cojáis mi coche. —Nos dio las llaves que tenía en su bolsillo—. Y vayáis a hacerme una vueltecita que necesito, luego os veo aquí... —Como un ente, se puso la sotana e hizo un gesto con la mano en señal de que nos fuésemos. Nicolás estaba pasmado observando cómo el padre repetía todo lo que salía por mi boca, entonces le di un empujoncito para que reaccionara y rápidamente cogimos todas nuestras pertenencias; yo metí en mi mochila algunas cosas que había dejado esparcidas sobre la mesa, las cajitas, tanto de la pulsera que me había dado Nicolás como la caja de música donde habíamos encontrado la dirección, y mi billetera con los papeles, la nota con los datos de Señor Golfrid me la metí en el bolsillo del jean. Nicolás seguía totalmente desorientado, entendía que le estaba manipulando, pero no sabía cómo lo hacía; cogió el cinturón con los papeles y el dinero y, en cuanto salimos de la sacristía, comentó:

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó confundido y con un tono que sonó más a reproche—. ¿Desde cuándo haces eso?

—Algunos trucos debajo de la manga —expliqué riendo mientras atravesábamos la iglesia velozmente antes de que el padre Tulio despertara del trance.

—¡Eso me lo tienes que explicar mejor! —De pronto nos dimos cuenta de que estábamos a punto de cruzar el portón hacia el atrio de la iglesia, por donde habíamos entrado la noche anterior y frenamos en seco, justo delante; ya era de madrugada y a esa hora seguro que había gente en la calle circulando por allí, además, estábamos muy próximos a la entrada del pueblo; sin embargo, aún teníamos grabada en nuestra mente las imágenes de los espectros esperándonos la noche anterior afuera.

Nicolás y yo nos miramos, nos armamos de valor y la abrimos; la luz tenue del amanecer nos dejó ver con claridad algunos coches, que pasaban sin mayor interés que el de un día normal de trabajo, y de un par de personas que deambulaban por la zona: el Sr. Saúl, jardinero de la urbanización que nos saludó amablemente, y la señora de Balar, vicepresidenta de la junta directiva del colegio, que pasó justo por enfrente de la reja y ni se percató de que estábamos dentro. Volvimos a echar un vistazo alrededor barriando toda la zona y no vimos nada, ni a nadie que estuviese esperándonos o que nos diese mala espina; sin embargo, no podíamos fiarnos, así que caminamos rápidamente hacia el *jeep* destartado del padre Tulio que estaba aparcado al

lado del atrio de la iglesia, en una especie de porche contiguo, nos subimos y arrancamos el motor. Nicolás frenó justo a la salida, se bajó, abrió las rejas inspeccionando nuevamente la zona y volvió a subir al coche; en cuanto se montó, nos pusimos los cinturones y pisó el acelerador a tope, salimos disparados en dirección a la autopista. Iba agarrada a todo lo que podía porque era un descapotable bastante entrado en años y, aparte de sonar como una matraca, llevaba los amortiguadores totalmente gastados, de manera que con cada brinco parecía que saldríamos disparados del coche. Pasados unos cuantos minutos parecía que habíamos huido de todo aquello y, justo cuando nos adentramos en la carretera de doble sentido que nos sacaba a la autopista que daba al mar, pudimos observar cómo el cielo comenzó a ensombrecerse; acto seguido, una nube negra, grande y extensa se posó sobre nosotros y nos arrojó en segundos una lluvia brutal y salvaje; el día se convirtió en noche y el coche empezó a patinar.

—¡Sujétate bien! —gritó Nicolás intentando controlar el vehículo. Mi pulso temblaba, pero estaba totalmente aferrada a la parte delantera con una mano y a la silla con la otra. Estábamos empapados e intentábamos quitar el agua que caía por nuestras caras como cascada sin éxito porque era como si nos tiraran baldes enteros de agua; Nicolás tenía una mano en el volante y la otra la turnaba entre los cambios y su rostro para poder divisar la carretera.

De pronto, unas voces empezaron a tronar como rayos desde el cielo y exclamaban en aquella lengua extraña: «*Danos lo que es nuestro*». Al instante, sentimos como si algo cayera en la parte trasera del *jeep*; me quité el cinturón para poder darme la vuelta y luchar con lo que fuese que estuviese detrás; Nicolás gritó:

—¡Ni se te ocurra luchar!, dale lo que quiere... ¡dale la caja! —Cuando volví mis ojos hacia allí, no pude dar crédito a lo que veía; la señora de Balar había sacado sus garras y era una criatura entre humana y demonio, abominable de aspecto, con ojos muy parecidos a los de un reptil y una boca amplia en la que no se veía un diente menos afilado que otro, sus garras eran más largas que las de un felino y su cuerpo parecía aún más encorvado de lo que un cuerpo humano podía lograr; me arrancó de cuajo la mochila que llevaba colgada del pecho y desplegó unas alas gigantes y negras que intimidaban bastante, para suspenderse nuevamente por el cielo y perderse entre la tempestad; me pilló todo tan de sorpresa que no pude reaccionar, sólo pude ver cómo se alejaba y se llevaba con ella la espesura del cielo. De pronto, todo volvió a la normalidad, el cielo volvió a aclararse y, en un salto, nos incorporamos a la autopista por la que circulaban más coches. Volví nuevamente a sentarme en mi asiento totalmente descompuesta, me coloqué el cinturón y no pronuncié palabra, ambos íbamos empapados.

—¿Qué ha pasado?, ¿qué ha sido eso? —preguntó Nicolás aun intentando controlar el volante en medio de la angustia.

—Creo que era la señora de Balar —vacilé al decirlo porque no daba aún crédito a lo visto.

—¡O sea, que la dejaron vigilando y nos vio cuando salíamos!... ¡Increíble!, no parecía uno de ellos.

—Es que no sé lo que era Nicolás; en realidad no creo que fuese uno de ellos... tenía un aspecto diferente —Le describí lo que había visto.

—Los *fomoré*¹⁷ —dijo finalmente.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—¡Los *fomoré*! —repitió—. Son un grupo de engendros que están al servicio del clan de Kalen, no son brujos, son más bien monstruos o demonios —Entonces suspiró—. Y si se ha llevado lo que le han encargado, no volverá... Al menos, no por ahora.

—Ok, eso estaría bastante bien —dije con alivio—, porque no sé cómo luchar contra esa cosa... Intenté volver a crear el aura protectora y ¡no funcionó!

—¡Menos mal!, porque creo que nos hubiese matado a todos... —Ambos nos miramos perplejos y finalmente dije:

—El medallón lo tengo puesto junto con el camahutus. —Nicolás me miró esperando a que dijera algo más importante—. Y el papel guardado en mi billetera, en mi bolsillo. —Suspiré y proseguí—. Me duelen ambas cajitas porque eran un recuerdo, pero creo que lo único que tiene valor en todo caso son mis interiores Calvin Klein. —Ambos nos miramos y comenzamos a reír a carcajadas, no estoy segura si de la angustia que habíamos pasado o de la sensación de saber que se habían equivocado; entonces seguimos rumbo a Jacksonville.

En el trayecto, Nicolás me hizo saber que no volverían a atacarnos hasta que se diesen cuenta de que no tenían lo que buscaban, eso nos daría como mucho un par de horas de ventaja, así que no podíamos despistarnos mucho más; después de unos minutos de reflexión, no pudo evitar preguntarme qué había pasado con el padre Tulio, así que le conté lo que podía hacer e inmediatamente comentó:

—Y ¿cómo es posible que no me dijeras nada de esto antes?

—¿No hemos tenido mucho... tiempo? —dije entre afirmación y pregunta, algo avergonzada porque sabía por dónde iba encaminada la conversación, y se estaría preguntando si lo había hecho con él también.

—No cuele —contestó rápidamente mirándome de reojo—. Eso no es excusa... Llevamos viajando más de dos días y no nos hemos separado, ¿no has podido contármelo en todo este tiempo?

—¡Vale!, estaba buscando el momento apropiado —dije intentando disculparme.

—¡Ja! —exclamó—. ¿Y cuál se supone que sería ese momento apropiado? —preguntó sarcásticamente—. ¿Cuándo pudieras doblegarme a mí también? —Entonces pregunté confusa.

—¿Realmente te molesta que no te lo haya dicho antes o te molesta lo que puedo hacer? —Le miré desconcertada, el dudó un poco.

—La verdad es que no nos ha venido mal con el padre Tulio... ¡Pero sí! —exclamó furioso—, me molesta que no me lo hayas dicho antes y también me molesta lo que haces... Eso se llama coacción y supongo que no me lo has dicho hasta ahora porque ya lo has utilizado conmigo. —Me quedé con la boca abierta en señal de protesta por darlo por hecho sin preguntar, pero decir que no sería seguir mintiendo y no quería hacerlo más, así que opté por quedarme callada—. ¡Joder! —dijo al darse cuenta de que no decía palabra, no solía utilizar palabrotas, de manera que realmente estaba enojado—. ¿Y bien? —preguntó incluso utilizando los ojos; estaba desesperado por una respuesta.

—Sólo lo hice por voluntad propia cuando estábamos en el hospital para asegurarme de que no eras uno de ellos... —dije rápidamente cruzando los brazos en señal de defensa, aunque algo abochornada mirando hacia otro lado. Entonces dijo atónito:

—¡No recuerdo nada!

—Es porque embota los sentidos —repliqué avergonzada—. Sólo te pregunté si de verdad me amabas...

Me encogí de hombros, Nicolás afirmó con la cabeza como intentando analizar mi respuesta y finalmente dijo:

—Voy a disculparte porque entiendo que estabas confundida y necesitabas una certeza... —Yo tragué en seco y sentí un alivio profundo cuando pasaron unos minutos y no preguntó nada más; pero al rato volvió a hablar—:

¿Por qué has dicho por voluntad propia? —Entonces enrojecí, había dado en el clavo sin esperarlo y no sabía cómo salir de ello, no quería seguir mintiendo, necesitaba decirle la verdad

incluso para compartir mi preocupación y calmar mi culpabilidad, pero me sentía muy avergonzada.

—Verás... —empecé algo aturdida porque no sabía cómo se lo tomaría él—. Creo que no puedo controlar mis poderes, y menos cuando estoy muy cerca de ti; mis sentimientos también me embotan y me confunden...

—No entiendo... —dijo confundido.

—¿Recuerdas ayer cuando nos besamos intensamente? —Él afirmó haciendo un gesto con la cabeza—. En realidad, ¿recuerdas cómo llegaste a meterte en el sofá conmigo hasta casi desnudarnos? —Él esperó un poco antes de responder.

Parecía estar reflexionando y finalmente dijo convencido.

—Sé que quería hacerlo y me da igual el cómo lo hice... ¡Te amo!

—No estoy segura de eso, Nicolás —dije con un tono de tristeza en mi voz—. Te amo y te deseo tanto que, quizás, sin quererlo, te esté presionando para hacerlo y tú no... —me interrumpió rápidamente.

—¡Eh, eh, eh! calma... —comentó tomando mi mano y apretándomela, la otra la dejó en el volante—. No corras tanto... Entiendo que estés confundida y esto sea todo nuevo para ti... puedes coaccionar a una persona durante algún tiempo, pero no puedes hacerlo indefinidamente; no sin un hechizo y tú no tienes ni idea de cómo hacerlo, ¿vale? —Respiró hondo porque entendía mi angustia—. ¿Sientes que me coaccionas ahora? —No entendía su pregunta, pero rápidamente negué con la cabeza—. Pues en este instante siento unas ganas inmensas de besarte y de hacerte mía —dijo con una sonrisa en su rostro—, ¿es suficiente para que entiendas que no es culpa tuya que esté babeando por ti? —Entonces también una tímida sonrisa asomó por mi rostro y un peso se me quitó de encima; me acerqué a él, apoyé mi cabeza en su hombro y ambos nos quedamos a gusto. El resto del viaje fuimos en silencio.

Llegamos media hora después a Jacksonville por la autovía diecisiete y aparcamos el coche, nos bajamos y fuimos directos a averiguar próximos vuelos a Washington, el más cercano salía en veinticinco minutos y hacía escala en Charlotte, luego sería una hora y cuarto de vuelo a Washington; había la posibilidad de uno directo, pero salía casi cuatro horas después y, entre que tardaba más y no queríamos quedarnos en un solo sitio mucho tiempo, decidimos coger el que hacía escala; ya que, entre otras cosas, era previsible para todo el que nos buscara, como el padre Tulio o el clan de Kalen, saber que habíamos ido a Jacksonville, que era la ciudad más grande próxima a nuestro pueblo. Finalmente compramos los billetes con escala y buscamos rápidamente un servicio especial de vehículos para que devolvieran el coche de inmediato al padre Tulio; con el coche, el conductor entregaría una carta al párroco explicándole, grosso modo, nuestra urgencia, dándole las gracias por su hospitalidad y comentándole que Isabella, mi madre, estaba al tanto de todo lo que estábamos haciendo y estaba de acuerdo con nosotros... Y que, en definitiva, no se preocupara por nada. Era lo mínimo que podíamos hacer por él después de haber recibido su amparo la noche anterior.

El viaje se hizo esta vez bastante corto, la escala prácticamente ni la noté, ya que, en cuanto cogí el avión, un sopor me invadió y pude dormir plácidamente todo el viaje; no sabía si era producto del cansancio de los días agitados que llevábamos o si el haberle contado definitivamente todo a Nicolás había dejado que mi alma pudiese descansar en paz; el hecho es que, cuando me levanté, estaba como nueva y en Washington. En cuanto nos bajamos del avión alquilamos un coche, era ya casi medio día y estábamos por fin algo más relajados porque, a pesar de que el tiempo empezaba a echársenos encima, no sentíamos, por lo menos, la presión de la persecución, ya que con la maniobra que habíamos realizado volvíamos a despistar a todos,

quizás incluso algunos días. Nicolás me convenció de ir a comprar algo de ropa, ya que habíamos perdido las mochilas por el camino, y de alquilar una habitación en algún hotel para bañarnos y comer algo antes de presentarnos ante el Sr. Golfrid. Nos fuimos a una de las calles más emblemáticas y comerciales del centro de Washington, hicimos las compras oportunas, comimos algo rápido y nos alojamos en The Hay-Adams, un hotel de lujo en pleno centro de la ciudad, ubicado cerca de Lafayette Park, White House y Ford's Theater.

En cuanto llegamos a la estancia, dejamos las bolsas de la compra en el sofá de la sala y nos echamos en la amplia cama *California size*, mucho más grande que la *king size*, que se ubicaba en el centro de la habitación; era tan espaciosa que, aunque estábamos bastante desparramados, no coincidieron nuestros cuerpos en ningún momento; ambos nos quedamos unos segundos absortos en nuestros pensamientos, Nicolás mirando hacia el techo totalmente distraído y yo intentando congelar el tiempo porque por fin me sentía tranquila y relajada. No quise ni mirar a Nicolás con el fin de que no se sintiese intimidado o que incluso llegara a pensar que intentaba penetrar en su mente nuevamente; pero de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, Nicolás pegó un brinco y se puso sobre mí; me quedé sin aliento porque normalmente era yo quien le incitaba, entonces cogió mis manos y las llevo por encima de mi cabeza con suavidad, pero con firmeza; me miró fijamente, se aproximó con una sed insaciable de deseo y comenzó a acariciarme de forma apasionada; parecía como si hubiese retenido durante mucho tiempo sus instintos carnales y ahora los hubiese desatado por completo, estaba tan descontrolado que incluso pude sentir cómo empezó a quemar de pasión por fuera y por dentro, mi cuerpo también empezó a emitir un calor incontrolado.

Yo le amaba con locura y quería entregarme a él, pero había sido tan claro en su decisión de mantenernos firmes hasta el final, que me confundía su actitud; así que empecé a pensar que posiblemente, sin quererlo, estaba controlándolo en mi afán de pertenecerle por completo. El calor que comenzamos a irradiar, que no era para nada humano, me terminó de corroborar que algo estaba haciendo sin darme cuenta y, además, estaba perdiendo los estribos muy rápidamente; de manera que, en cuanto comenzó a bajar por mi cuello y llegó hasta mi pecho, le cogí la cabeza entre mis manos y lo miré directamente a los ojos para saber si de verdad era lo que quería o se estaba subyugando por mí; parecía totalmente desesperado y perdido, pero siguió bajando por mi cuerpo hasta llegar al cierre de mis vaqueros, yo no conseguía pararle, entonces, justo cuando abrió la cremallera y pudo observar sobre mi vientre una señal que tenía desde niña, paró en seco... y pude ver con claridad por fin cómo sus ojos estaban empañados en lágrimas.

—¿Nicolás? —pregunté con asombro—. ¿Qué sucede? —Él se quedó sin aliento y se echó hacia atrás.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando la señal en mi vientre. Era una especie de espiral que terminaba alargándose como un 6, de color rojo oscuro.

—Es un lunar de sangre... —aclaré desconcertada, esperando que me explicara lo que sucedía y sin entender nada de lo que pasaba.

—Lo... ¡Lo siento! —exclamó entrecortado y se paró rápidamente dirigiéndose hacia el baño, yo me fui detrás de él.

—Nicolás... por favor —le supliqué, porque nunca le había visto así—, dime qué sucede... —Entonces se paró frente a la puerta del baño y se dio media vuelta para mirarme.

—¿Te he obligado sin querer? —pregunté sin aliento—. ¿Lo has hecho porque te sientes mal por lo que hablamos? —Él seguía mirándome sin decir palabra alguna—. Por favor, Nicolás... Te lo suplico, dime algo —dije muy angustiada y con un nudo en la garganta; él finalmente contestó:

—Eres la persona más buena que jamás he conocido y no sé cómo afrontar esto que siento... nada de lo que hago es responsabilidad o culpa tuya, es todo mérito mío y espero que puedas

perdonarme —diciendo esto entró al baño y se encerró, abrió la ducha y yo me quedé plantada en la puerta, sin realmente entender lo que había sucedido.

Volví a la cama y me eché nuevamente reflexionando acerca de lo acontecido, la única conjetura que pude sacar es que me deseaba tanto como yo a él y que, en un momento de locura y de debilidad, se había dejado llevar por la pasión y el desenfreno, y me había arrastrado con él, aunque muy pronto había recuperado la cordura y había vuelto a poner orden en sus principios. En cuanto oí cerrar la ducha, me senté en la cama esperando a que saliera, necesitaba oír alguna razón de todo lo ocurrido de su propia boca. A los pocos segundos abrió la puerta y apareció con una toalla envuelta de cintura para abajo, dejando al descubierto todo su torso, mis palpitations se hicieron más fuertes; entonces se acercó a mí y me dio un beso en la frente algo más frío y distante de lo que esperaba, y exclamó con ánimo:

—¡Venga, que tenemos trabajo! —dijo como si no hubiese pasado nada—, tenemos que ir a 1130 Connecticut Avenue Northwest a ver al señor Golfrid. —Caminó hacia donde teníamos las bolsas con la ropa nueva que habíamos comprado, me quedé mirándole porque no entendía sus reacciones, entonces exclamé algo indignada:

—Nicolás... ¡no puedes actuar como si no hubiese pasado nada! —Se me quedó mirando sin articular palabra alguna, esperando a que yo me desahogara ahora, entendía que era mi turno y quería una explicación—. No termino de entender si lo que sucedió es culpa mía y no quieres decírmelo para que no me sienta mal... O si en realidad tú quieres estar conmigo, pero hay algo que te lo impide... —Le miré esperando su respuesta; él dijo rápidamente y sin escatimar en explicaciones.

—Lo segundo —Me quedé mirando fijamente, yo esperaba una ampliación de la explicación y, como no la dio, insistí.

—¿Y? —Helen, ¡ha sido un error y lo siento!, no le des más vueltas... Te lo he dicho mil veces, te amo y te deseo; pero quiero hacer las cosas bien, ¿de acuerdo? —Suspiró y finalmente explicó —: Ha sido un momento de debilidad..., además, justo ahora no debemos relajarnos, tenemos que seguir adelante, se lo debemos a mucha gente... en especial a tu madre. —Y me miró, él sabía que había dado en el clavo mencionándola, eso me recordaría que teníamos que movernos rápidamente. Cogí la bolsa con las cosas que había comprado, no dije palabra alguna y me metí en el baño, aunque no de muy buena gana.

En cuanto salí del baño pude observar que estaba sola en la habitación, me invadió un miedo profundo porque lo normal era que nos avisáramos de lo que hacíamos dadas las circunstancias.

— ¿Nicolás? —pregunté sin obtener respuesta; recorrí toda la habitación, salí a la salita que tenía la suite donde estaba el sofá con las bolsas de la compra e incluso abrí la ventana que daba hacia la terracita exterior. Entonces, comprobando que no estaba, terminé de vestirme rápidamente y, cuando me disponía a salir para buscarle, vi cómo intentaban abrir la puerta sin éxito; me paralicé, el corazón parecía salirse de mi pecho de la angustia, busqué rápidamente algo con lo que defenderme y en segundos volvieron a intentarlo, esta vez con acierto. Cuando por fin se abrió la puerta y pude comprobar que era Nicolás, confluyeron en mí simultáneamente sentimientos de alegría, rabia y desconcierto; así que corrí a abrazarle y al mismo tiempo a reprocharle.

—¡Eres un cretino! —dije de forma aturdida mientras golpeaba su pecho con mi puño. Nicolás puso cara de asombro.

—Vaya, cómo estamos... ¿Qué he hecho ahora?

—Cómo se te ocurre irte sin decirme nada, ¡estaba angustiada!, no sabía si nos habían encontrado, si te habían llevado, ¿estabas intentando abrir la puerta ahora? —pregunté confundida.

—Sí... y no me abría la tarjeta; Helen, te he dicho que hemos ganado unos días de ventaja, no

saben dónde estamos... relájate un poco —dijo amablemente cogiendo mi cara entre sus manos, yo respiré profundamente y pregunté.

—¿Dónde estabas?

—¿Buscando un plano de la ciudad?! —comentó entre pregunta y afirmación haciéndose el gracioso. Volví a coger aire profundamente aliviada, entonces abrió el mapa sobre la mesa de la sala y se sentó a observarlo haciendo comentarios de dónde estábamos y dónde estaba la calle 1130 Connecticut Avenue Northwest—. Ok —dijo al final—, coge todo y vámonos, volveremos más tarde a descansar.

—Esperemos que sea rápido y podamos tomar el vuelo a Munstermaifeld mañana —respondí y rápidamente cogimos lo que necesitábamos y fuimos en la búsqueda del señor Golfrid.

Salimos de la habitación, nos subimos a los ascensores y nos dirigimos a la calle sin hacer ningún comentario más; pillamos un taxi en cuanto cruzamos la puerta del hotel que nos acercó a la dirección y, cuando llegamos al sitio exacto, miré con asombro.

—¿HSBC Bank?... ¿la dirección es un banco? —pregunté confusa.

—Sí, señorita —comentó el taxista, mirando por el retrovisor del coche y extendiendo la mano para que le pagáramos. Nicolás también estaba desconcertado, esperábamos una casa, un edificio o alguna residencia donde pudiésemos preguntar por el señor Golfrid; ahora en un banco como el HSBC, ¿quién le conocería?... Parecía que la cosa volvía a complicarse. Nicolás pagó, nos bajamos del vehículo y nos quedamos en la acera de enfrente admirando el impresionante y majestuoso edificio que se alzaba ante nuestros ojos; era de un estilo contemporáneo muy parecido a las obras arquitectónicas de Jean Nouvel y nada similar a lo que hasta el momento habíamos visto.

—¿Y ahora qué? —pregunté desorientada.

—No lo sé —respondió Nicolás mirando aquel magnífico inmueble—. ¡Supongo que alguien conocerá al señor Golfrid! —continuó dándome la mano para cruzar la calle y entrar en el banco—. ¡Un banco! —Rio Nicolás—. De lo más convencional... nada de magia... —Le miré sin entender lo que decía—. ¡Es el lugar más seguro para guardar algo tan importante! —aclaró brindándome una sonrisa encantadora en su rostro.

Capítulo XV

El banco

Para acceder al banco tuvimos que pasar unos controles parecidos a los de los aeropuertos, con arcos de seguridad tipo escáneres corporales y máquinas detectoras de metales; posteriormente, unos guardias armados nos dejaron entrar, no sin antes pedirnos la identificación oportuna que Nicolás se apresuró a entregar; sacaron un par de copias y nos la devolvieron. No era un banco normal, parecía la sede principal donde tenían las oficinas centrales y posiblemente las arcas más importantes; Nicolás les había dejado los pasaportes falsos que llevaba, lo que me puso un poco nerviosa; pero finamente entramos en aquel grandioso y sublime vestíbulo con una especie de ojo de luz gigantesco en la parte superior que indicaba el poderío y la grandeza de aquel lugar. Seguimos caminado hacia el interior, donde encontramos un puesto de información que se asemejaba más a la recepción de un hotel que a la de un banco, al fondo se podían observar varios puestos de trabajo personalizados para la atención del usuario; una señorita muy atractiva de pie en el mostrador nos esperaba con una amplia sonrisa, tendría no más de unos veinticinco años, alta y esbelta, de pelo rubio largo y ojos color miel.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —nos dijo mirándonos en tono muy amablemente.

—Buscamos al señor Golfrid —respondió Nicolás muy seguro.

—¿Tienen cita con él? —preguntó nuevamente, ambos nos quedamos sorprendidos porque no pensamos que fuese tan sencillo localizarle; entonces nos miramos y finalmente yo enfaticé.

—No, pero es importante que hablemos con él —La expresión de la recepcionista cambió inmediatamente y se volvió algo más dura, e incluso algo sarcástica.

—Veréis... el Señor Golfrid es una persona bastante ocupada, si no tenéis una cita con él, me temo que no podrá atenderles— dijo con una amplia sonrisa irónica.

—Estoy convencida de que, si le dice que estamos aquí, él nos atenderá —insistí—, es ¡importante!

—Si realmente es tan importante y creéis que puede atenderos sin cita, supongo que le conocéis, ¿correcto? —dijo de forma despreocupada.

—¡No! —dije algo alterada—, no le conocemos, pero como ya le he dicho, estoy segura de que nos atenderá en cuanto sepa a qué hemos venido —La chica rio entre dientes.

—Escuchad, chicos... No quiero ser descortés, pero hay más gente detrás de ustedes. —Ya había dos personas esperando—. Todos los días vienen personas intentando hablar con el señor Golfrid sin cita previa, no sé cuál es vuestro caso, pero tengo que pedirlos que volváis cuando pidáis una cita con él.

—¡No tenemos tiempo de pedir una cita! —dije desesperadamente. Ella se quedó observándonos detenidamente debido a mi insistencia y finalmente dijo reflexionando.

—Esperad un minuto. —Entonces miró al jefe de seguridad que ya se acercaba detrás de nosotros; éste le pasó un papel con la copia de nuestros documentos, ella vio nuestras identificaciones y entonces nos volvió a repetir—: Me temo que no puedo hacer nada más... —Y señalando al jefe de seguridad dijo—: El señor los acompañará hasta la puerta... —Acto seguido, se volvió hacia el mostrador para atender a los siguientes.

De pronto, vi un chispazo de luz en los ojos de Nicolás indicándome que utilizara mis dones e inmediatamente procedí a ello; la chica, que se disponía a atender al siguiente cliente, volvió en segundos hacia nosotros y comentó:

—Tiene que comentarme algo más, señorita Duncan —pidió mencionando pausadamente el nombre de la fotocopia del documento de identidad que le habíamos dejado y que aún conservaba

en la mano—. ¿Me ha parecido que intentaba decirme algo? —Quedé totalmente turbada porque no sólo no respondía a mi voluntad, sino que, por el contrario, parecía comprender lo que yo intentaba hacer y me forzaba a decirle mi nombre real y lo que buscaba, sus ojos se clavaron en mí como agujas en mi piel.

—Yo... —dije confundida—, me temo que hemos cometido un error. —Nicolás me miró escéptico, no sabía muy bien qué me ocurría, entonces comencé a hablar sin pensar—. El documento que tiene no es correcto y mi nombre no es ese... Soy Helen, Helen Wolf, y necesito ver al señor Golfrid para que me diga qué relación tiene con mi madre, Isabella Wolf, y que me explique a qué corresponde un número que me dejó... —Rápidamente me interrumpió Nicolás desconcertado.

—¡Helen! —Me sacudió un poco, yo estaba trastornada—. ¿Qué?, ¿Qué haces? —Y mirando a la señorita del mostrador le preguntó—: ¿Qué intenta hacerle? —Inmediatamente la señorita del mostrador detuvo el interrogatorio y se presentó.

—Lo lamento —dijo—, soy Eve Golfrid. —Estiró la mano para presentarse, Nicolás y yo se la dimos con algo de recelo—. Los llevaré ante mi tío, el señor Eduard Golfrid; perdonad, pero no os he sabido reconocer al instante... y tenía que estar segura —se disculpó—. Lo siento, por favor, seguidme. —Salió del mostrador dejando a cargo a otra persona para la atención de la gente que entraba.

Nos hizo seguirla atravesando un gran espacio abierto por donde aparecían, a un lado y a otro, puestos personalizados que utilizaba el banco para atender al público, divididos por biombos de más o menos metro y medio de altura, con el fin de dar algo de intimidad al personal, pero que, al no ser despachos cerrados, dejaban gran amplitud al ambiente general. Una vez dejamos esa zona atrás, entramos en otro vestíbulo que llevaba a unos ascensores, parecía una parte del banco algo más privada, sin embargo, cada espacio estaba lleno de luz y transparencia. Esperamos sin articular palabra, pero observándonos de pies a cabeza, no entendía muy bien todo lo que había pasado, aunque empezaba a atar cabos... Ella tenía el mismo don que yo, de manera que debía de ser una bruja; lo que no tenía claro era de qué lado estaba. Podíamos salir huyendo, pero el caso es que habíamos llegado hasta allí por la dirección que mi madre nos había dejado, de manera que tendríamos que seguir adelante.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, subimos en él; Eve sacó una tarjeta que colgaba de su pecho por una cadena, la acercó a uno de los mandos de control del ascensor, que produjo un chillido electrónico, y cerró sus puertas. Nicolás iba pegado a mí en afán protector y sin perder de vista a Eve, que tampoco le quitaba ojo de encima; en cuanto volvieron a abrirse las puertas del ascensor, esta vez en la vigésimo séptima planta, salimos a un *hall* muy grande, allí sólo nos cruzamos con tres personas que nos sonrieron cordialmente y se fueron a sus puestos de trabajo.

Caminamos por un pasillo largo y extenso que nos llevó hasta un extremo del edificio y, con la misma tarjeta que colgaba de su cuello, abrió dos grandes puertas que daban hacia un despacho muy amplio y confortable; una gran cristalera recorría toda la oficina y, justo en la esquina, una puerta corredera transparente conducía hacia una terraza inmensa; un lujo en pleno corazón de Washington. Al igual que todo el edificio del banco, esta sala, que parecía la principal, era muy contemporánea, de gusto exquisito y minimalista, muy diferente a lo que hasta ahora habíamos visto.

—Os pido el favor de que esperéis aquí hasta que avise al señor Eduard Golfrid, él vendrá en un momento —Tanto Nicolás como yo afirmamos con un gesto y, en cuanto salió por la puerta, Nicolás preguntó:

—¿Estás loca?, ¿qué es lo que ha pasado? —Me miró de forma desconcertada.

—No lo sé muy bien, Nicolás —le contesté atolondradamente—. Creo que también son como yo.

—¿De qué hablas?, ¿brujos?

—Sí, verás... —hablé aún aturdida—. Cuando intenté persuadirla, ella se dio cuenta de lo que hacía y en vez de detenerme, lo volvió hacia mí —dije apabullada—. Me hizo contarle lo que sabía... Si tú no hubieses intervenido, ¡se lo habría soltado todo!

—¡Se lo has contado todo! —dijo enfadado.

—Nicolás, no ha sido a propósito. —Le miré buscando algún respaldo—. Tiene una gran capacidad de coacción, es más, aún no sé muy bien lo que ha pasado, ni lo que está pasando... quizás nos esté manipulando y por eso hemos subido con ella —comenté alterada.

—Pase lo que pase intenta controlarte y no sueltes más de lo que nos interesa, Helen —dijo Nicolás mirándome—. Tú puedes hacerlo, eres la descendiente directa de Aod, de Eillen... y no sabemos quiénes son ellos, quizás pertenezcan al clan de Kalen, son muchos y están repartidos por todo el mundo —siguió hablando preocupado—, ¡no los conozco a todos!

—¡No sabemos eso, Nicolás! —dije confusa—. Y si no es así... y si son... — entonces rápidamente me cortó.

—¡Quizás eso es lo que quieren que creamos!; Helen, ¡no bajemos la guardia!, podemos estar en la misma boca del lobo —concluyó alterado; en ese instante se abrieron las puertas y entró un señor mayor en una silla de ruedas, venía acompañado de Eve y dos personas más; una mujer también de avanzada edad, que iba a su lado, y un chico de unos veinte años que le ayudaba con el desplazamiento de la silla. Nicolás y yo intentamos guardar la compostura y ocultar nuestra desconfianza.

—¡Bienvenida a tu casa, Helen! —exclamó el señor postrado en la silla de ruedas con una sonrisa en su rostro, parecía bastante emocionado; tenía el aspecto de un hombre cansado, pero afable—. Soy Eduard Golfrid —se presentó estirando la mano para intentar coger la mía, yo me acerqué para dársela, entonces la apretó y se quedó sujetándomela durante más tiempo de lo normal; era evidente mi incomodidad ante la situación, pero él prosiguió sin dar importancia—. Ésta es mi mujer, Johana Golfrid —dijo cogiendo por el brazo con la otra mano que le quedaba libre a la señora que estaba a su lado, ella nos regaló una sonrisa cariñosa—. Ésta es Eve, mi sobrina... ya la habéis conocido —expuso señalándola y ella hizo un gesto de cortesía con la cabeza—, y finalmente, éste es mi nieto Peter —Este último nos miró con cara de pocos amigos a ambos, a Nicolás y a mí, sin embargo, estiró el brazo para darnos la mano; yo aproveché para soltar el brazo que me tenía prisionero el señor Golfrid, se la di al igual que Nicolás y retrocedí para hacerme a su lado.

Peter era un joven de unos veinte años, muy guapo, de ojos castaños y pestañas muy largas, el pelo cobrizo con visos claros que le daban un aspecto algo mayor al de su edad real. El señor Golfrid hizo una pausa mirando a Nicolás, esperando que se presentara e inmediatamente comenté:

—Señor Golfrid...—Él me interrumpió.

—Eduard para ti, querida —comentó.

—Señor Eduard —repetí un poco forzada—, él es... —Inmediatamente me frenó Nicolás.

—Lucas... —dijo presentándose—, Lucas Duncan. —Yo le seguí la corriente porque rápidamente entendí que era importante hacerlo; entonces el señor Golfrid prosiguió.

—Un placer —dijo mirándole—. Cualquier persona que merezca la confianza de Helen es persona grata en mi casa... —Hizo una pausa y continuó—. No hago entrar a toda la familia al completo porque entiendo que sería demasiado de inicio, pero quiero que sepáis que estáis como

en vuestra casa —dijo mirándonos, y entonces se acercó nuevamente a mí—. Estás con tu familia, Helen... —Y con gran ímpetu dijo—: ¡Somos los descendientes de Aod!, del clan de Allen, con nosotros estás protegida; porque supongo que si has llegado hasta aquí es porque habéis acudido al último recurso que pensasteis que os quedaba... al *camahutus*, y ha fallado la tercera célula de nuestra estructura. —Mi rostro mostraba cada vez más incredulidad, no sabía si reír o llorar—. ¡En realidad estábamos muy preocupados por ti! —Exclamó con tono de alivio en su voz; yo no sabía si todo era realidad o un sueño, si verdaderamente iba a tener la ayuda que necesitaba o si, por el contrario, estaba cayendo en una trampa de la que ya no saldría.

—No entiendo nada —dije finalmente desconcertada—, ¿por qué aparecéis ahora?, ¿por qué no he sabido nada de vosotros en todo este tiempo?... Y ¿qué significa eso de que ha fallado la tercera célula?... ¡No he conocido a nadie más de vuestra supuesta estructura! —reproché, porque si era cierto lo que decían, habrían dejado que todo avanzara demasiado, al punto de casi perder a mi madre.

—Verás, Helen, el tema es más complejo de lo que parece... sé que, en principio, no tiene mucho sentido, pero todo tiene una explicación y te la daremos a su debido tiempo. —Suspiró y prosiguió—. Como te decía antes, sabemos que si estás aquí es porque algo ha fallado... —Y con tristeza en su voz, mirando a su familia enfatizó—: Hemos perdido el contacto con la célula más próxima a vosotros hace tan solo unos días; confiábamos en que aparecieras en algún momento... Ahora podemos tranquilizarnos todos porque has llegado a casa. —Y en tono más complaciente insistió—: Debéis estar cansados, quizás lo mejor dadas las circunstancias sería desplazarnos hasta nuestro piso, allí estaríais más cómodos y con todo el clan a vuestra disposición. —Un frío invadió mi cuerpo; por un lado, no tenía tiempo que perder y por otro, no quería desplazarme a más sitios, no confiaba en ellos, de manera que contesté bruscamente.

—¡No tenemos tiempo!, no lo ha entendido bien, señor Golfrid, mi madre está hospitalizada, ¡tengo que volver para ayudarla antes de que sea demasiado tarde!, y tenemos pisándonos los talones al clan de Kalen. —Todos se quedaron callados observándome, se miraron entre ellos y finalmente dijo el señor Golfrid: —Sabemos poco de lo de tu madre, Helen, verás... —Suspiró—. Esperábamos que confiaras en nosotros y te relajaras para que descansaras, porque debéis llevar un trote agotador —dijo mirando a Nicolás para incorporarlo en su apreciación—, pero vemos que eso va a ser difícil, y lo entendemos. —Hizo una pausa y prosiguió—. Tenemos que hablar de muchas cosas y esto puede ser muy largo... Necesito que me des algo de tiempo.

—¿Tiempo?! —exclamé con cierto disgusto—. Señor Golfrid —dije firmemente—, mi familia está expuesta continuamente al asedio del clan, sólo necesito de usted que me diga a qué corresponde la numeración que mi madre me dejó escrita en este papel. —Saqué la nota con la dirección, el nombre del señor Golfrid y el número 040119945810—. Porque supongo que esto nos llevará al manuscrito que estamos buscando.

—El manuscrito... —dijo en tono sereno y pausado para sí mismo, aunque todos pudimos oírlo—. Y los últimos tiempos se acercan... —auguró cogiendo la mano de su mujer—. ¿Qué le ha pasado exactamente a Isabella? —preguntó en tono triste.

—Ha caído de una altura bastante considerable y está en coma en un hospital... —No quise dar muchos detalles—. En Alemania.

—¿Cómo es posible que la célula de los vigías no haya detenido esto antes! —murmuró para sí mismo el señor Golfrid algo descompuesto, pero inmediatamente rectificó—. Supongo que son los designios de Prana...

—¿La célula de los vigías?, ¿designios de Prana? —pregunté desconcertada. Nicolás estaba a mi lado observando y oyendo todo sin decir palabra, su rostro se mostraba incómodo, pero atento

a todo lo que ocurría y, de vez en cuando, cruzábamos miradas.

—Helen —dijo finalmente el señor Golfrid—. Voy a tener que resumirte esto muy rápido, quería hacerlo con algo más de tiempo, pero veo que no me das muchas opciones... —Nos indicó que nos sentáramos en la gran mesa de la sala y todos accedimos, cogió algo de aire y prosiguió—. Verás, entiendo que conoces la historia porque hablas con propiedad del clan de Kalen, no sé muy bien cómo te has enterado... Supongo que tu madre te la narraría desde niña como un cuento para que te fueses familiarizando con la historia... —habló muy seguro y yo no le rebatí, sólo miré a Nicolás y supe que no debía apuntar nada más; entonces continuó—. No sé qué versión tienes en tu cabeza, pero puedo suponer que sólo conoces el inicio, pero no el final —Me miró esperando a que comentara algo al respecto, así que finalmente dije:

—Conozco la leyenda que habla de la lucha de poder entre los hijos y como finalmente Allen y Eileen desaparecieron para salvar sus vidas. —Y resumí a grandes rasgos lo que Nicolás me había narrado sin comentar que lo sabía por él; dejando que pensarán que era mi madre, como había deducido el señor Golfrid, ya que en la encrucijada en la que nos encontrábamos, si sabían quién era en realidad Nicolás, le cuestionarían y sería muy difícil que entendieran que estaba de mi parte después de haber convivido con ellos. Si en realidad eran del clan de Aod, le juzgarían... Y si nos estaban engañando y eran del clan de Kalen, pensarían que era un traidor; así que definitivamente decidí omitir esa parte. Cuando finalmente acabé, el señor Golfrid afirmó con la cabeza y prosiguió.

—Efectivamente, ésa es la historia y te aclaro que ¡no es una leyenda! —exclamó—. Pero te falta saber lo que vino después de la huida, como me temía... —Nicolás y yo nos dispusimos a escuchar atentamente; pero todos se miraron y volvieron los ojos a Nicolás, entonces comenté.

—Es de plena confianza y lo sabe todo... Me ha ayudado todo este tiempo, lo que tengáis que decirme lo puede oír él también —finalicé en tono bastante tosco y firme.

—Está bien... —comentó el señor Golfrid, y reanudó la conversación:

» *Durante siglos sufrimos las persecuciones del clan de Kalen por toda Europa, nuestros antecesores marcharon errantes de un sitio a otro intentando mantener a salvo a la primogénita; pero cada vez se hacía más complicado, porque ellos se multiplicaban con mucha rapidez... No sólo contaban con los seres que engendraban, sino que cada vez eran más los inmortales alimentados por las almas de los esclavos que absorbían; nosotros en cambio sólo contábamos con los hijos que iban aumentando de generación en generación y a los que íbamos inculcando nuestras costumbres y creencias.*

» *En la Edad Media fuimos prácticamente aniquilados, ya que dieron con muchos de nosotros... —Suspiró—. Verás, llevamos en nuestra sangre la bondad y el sentimiento de ayuda al prójimo, teníamos conocimientos en hierbas medicinales y temas que, en su momento, fueron tachados de herejía y brujería, de manera que muchos de nosotros fueron condenados a muertes espeluznantes, detrás de cada uno de estos asesinatos había alguien del clan de Kalen. — Nicolás y yo nos mirábamos de vez en cuando—. También es cierto que durante ese tiempo cayeron algunos de ellos que practicaron el ocultismo y fueron descubiertos; sin embargo, fueron muchos menos que nosotros... además, ellos estaban respaldados y cuidados. Durante esa época no todo fue negativo; también contamos con la suerte de dar con el paradero del clan de Cedric que había huido de las garras de Kalen, unimos nuestras fuerzas y salimos adelante, sólo unos pocos —dijo con tristeza—, pero los suficientes para seguir protegiendo a tus antepasados. Aun menguados, tanto los hijos de Allen como los de Cedric, decidimos llamarnos el clan de Aod, simbolizando que pertenecíamos al bando contrario al de las intenciones de Kalen, y permanecimos ocultos durante algún tiempo. Hacia el siglo xv, con el descubrimiento*

de América, fuimos de los pioneros en las embarcaciones rumbo al Nuevo Mundo, fundamos varias de las ciudades y nos asentamos en territorios más apartados, el mundo ya no era tan pequeño como para que nos encontraran —explicó con una sonrisa en los labios—. Y así nos hemos mantenido durante todo este tiempo.

» Actualmente nos hemos dividido porque manteniéndonos juntos somos un blanco más fácil de localizar; el mundo ha ido cambiando, se ha ido globalizando y eso vuelve a dejarnos vulnerables ante los que nos persiguen. —Entonces comentó con algo de sarcasmo—: ¡Encuentras a uno y has dado con todos!, de manera que hemos hecho una especie de subgrupos o células y estamos esparcidos por todo el mundo; sólo establecemos comunicación cuando es prioritario, de hecho, no sabemos de algunos desde hace décadas, pero se activan en cuanto se los necesita. Aunque somos muchas células, estamos diferenciados en tres grupos, el primero está compuesto por unas siete células a las que denominamos los Vigías de la Familia, han estado siempre cerca de vosotros, aunque no lo hayas notado, ¡esa ha sido la intención!, que nadie, ni siquiera vosotros, supieseis de ellos, excepto tu madre. —Mi cara fue de sorpresa, pero no dije nada esperando a que terminara—. La primera célula estaba cerca de vosotros cuando vivisteis en Florida, la segunda célula lleva infiltrada dentro del grupo de Kalen unas cuantas décadas siguiendo sus pasos de cerca; la tercera ha estado protegiéndoos de primera mano dentro de la empresa NessUnion. —Mi cara expresó asombro y desconcierto—. Hace algunos días perdimos el contacto con todos —dijo tristemente.

—No tenía idea de ello —respondí confundida, intentando analizar la situación—. ¿Mi madre lo sabía? —pregunté desconcertada—. No pensé que... — Entonces rápidamente me interrumpió el Sr. Golfrid para continuar.

—Es normal, así queríamos que fuese... —dijo mirándome—. A vosotras, las descendientes directas, las dejamos solas, creímos que sería la forma más fácil de protegerlas. —Suspiró—. En todo caso, siempre hemos estado a vuestro lado, de generación en generación, y sólo cuando es el momento oportuno, se le ha revelado a la descendiente directa, nunca a su pareja, marido o esposo. —Hizo una pausa para tomar algo de aire y prosiguió—. «¡Siempre la primogénita ha caminado sola por su propia seguridad!» —citó con algo de tristeza en sus palabras. Yo seguía confundida y retomó la historia.

—El resto de las células del grupo de los vigías están repartidos por el mundo, esperando a ser activados. El segundo grupo se compone sólo de tres células, mi familia y dos familias más, somos los Protectores del Manuscrito; nosotros tenemos sólo una parte... —Hizo una pausa y me miró—. Una parte muy importante de la cual hablaremos en un rato, porque creemos que es justo la que Kalen está buscando desesperadamente y necesita a toda costa ahora. Las otras partes, cada familia las tiene acorazadas. —Volvió a tomar algo de aire para continuar, parecía cansado de hablar, se notaba el gran esfuerzo que hacía, ya que se veía muy enfermo—. El tercer grupo es el más numeroso, son casi una treintena de familias que están esparcidas al igual que todos por todo el planeta y llevan sin estar activos siglos; los llamamos Los Guerreros y son nuestra última esperanza en caso de que fallemos los dos primeros grupos en nuestra totalidad, o en caso de extrema urgencia y por decisión de todo el concejo.

Mi cara demostraba cada vez más escepticismo.

—¿El concejo? —pregunté confundida.

—El concejo lo formamos tres cabezas de cada grupo, es decir, nueve personas que nos reunimos de generación en generación para saber quiénes seguimos activos y dónde estamos, porque como comprenderás, después de tantos siglos de historia, hay muchos que por voluntad propia han decidido desertar y llevar una vida ordinaria. —Todo parecía una historia tan

compleja que no daba crédito a lo que escuchaba.

—¡Esto es una locura! —dije finalmente poniéndome en pie y caminando hacia el gran ventanal—. Si es todo cierto, ¿no entiendo por qué he tenido que estar al margen de todo esto cuando soy la primera implicada!... Y después de ¡tanta supuesta seguridad! —exclamé indignada—, ¿cómo es posible que mi madre se encuentre en el estado en el que está! —El señor Golfrid agachó la cabeza porque sentía que había fallado, entonces Peter se levantó y dijo:

—Estás siendo muy dura con mi abuelo y no tienes idea por lo que hemos pasado —dijo severamente.

—¿Y tú sí sabes por lo que hemos pasado nosotros? —le contesté mirándole.

—Hemos estado vigilándoos ¡toda la vida!, claro que sabemos por lo que habéis pasado. —Y corté de forma brusca.

—¡No tenéis ni puñetera idea! —afirmé con rabia y la voz rota por las ganas de llorar—. Me da igual lo que estéis pensando, necesito saber si el manuscrito puede salvar a mi madre —dije mirándolos a todos.

—¡Tu madre está a salvo! —dijo finalmente Peter—. Sophie y Agustín están con ellos, protegiéndolos. —La familia se le quedó mirando y entonces exclamó—: ¡Joder! Ya no podemos ocultarnos más... —aseguró mirándolos a todos—. Si es verdad que estamos al final de los tiempos, creo que no nos beneficia en nada que no sepamos ¡ni siquiera quiénes somos y con quiénes contamos! Pudo ser beneficioso en algún momento, pero ahora creo que no lo es. —Y continuó mirándome—. Creo que Helen tiene razón, hemos perdido el contacto con la tercera célula, no sabemos si están muertos, si han sido apresados.

—¿Sophie y Agustín? —pregunté desconcertada—. ¿Son del clan de Aod? Y ¿quién más? —Omitieron mi pregunta y se miraron entre ellos, hasta que finalmente Eve dijo:

—Peter... precisamente el que sólo sepamos lo justo ¡es lo que nos mantiene vivos! —dijo mirándole inquisitivamente—. Si la tercera célula supiese más de nosotros y los tuviesen apresados, no estaríamos tan tranquilos... Sabríamos que tarde o temprano vendrían a por nosotros porque los torturarían hasta que confesarán...

—Eve, ¡la ignorancia y el desconocimiento no va a hacer que no nos encuentren!... ¡No seas tan ilusa! —le rebatió finalmente—. Sólo los retrasará, ¿no te das cuenta de que estamos al final de los tiempos?

—¿Por qué insistís en decir que estamos al final? —pregunté abrumada, pero siguieron ignorándome, parecía que una brecha de opiniones se había abierto entre ellos. De pronto, todos empezaron a discutir y a intervenir, menos Nicolás y yo, que permanecíamos callados y atentos a todo lo que pasaba; hasta que el Sr. Golfrid puso fin.

—¡Por favor! —exclamó con un grito ahogado que nos dejó a todos callados y, en un tono más tranquilo, explicó—: Es posible que nuestras decisiones hayan sido acertadas durante siglos para mantenernos a salvo; pero es cierto que el panorama ahora ha cambiado en poco tiempo y necesitamos nuevas estrategias; sin embargo, no podemos decidirlo solos, necesitamos acudir al consejo para resolverlo entre todos. —Entonces intervine rápidamente.

—Yo he estado sola todo este tiempo y he tomado mis propias decisiones, ¡no voy a esperar a que nadie las tomé por mí ahora! —dije con firmeza.

—¡Tu madre quería que vinieras a mí no sólo por el manuscrito, Helen!, ¿no lo ves?... Tendría que habértelo contado todo ella misma cuando cumplieras los dieciocho, como se ha hecho en todas las generaciones, pero no ha contado con el tiempo suficiente... —dijo mientras me miraba duramente y agregó—: Y contestando a tus preguntas: ¡Sí!, Sophie y Agustín pertenecen a la primera célula, la que os acompañó en Florida, y ahora están cuidando de tu madre y,

efectivamente, con el conjuro apropiado las escrituras pueden salvarla. —Suspiré de alivio y me quité un peso de encima, mi rostro lo demostró y entonces el señor Golfrid continuó algo más tranquilo—. Alice, Charles, Robert, Christine, Laura, Rachael... —Se escucharon algunos murmullos entre sus familiares, pero rápidamente se callaron en cuanto el Sr. Golfrid se giró bruscamente para mirarlos—. Pertenecen a la tercera célula y han desaparecido. —Pensé rápidamente en Laura y mi corazón dio un vuelco; era mi mejor amiga y no sabía si le habían hecho daño..., me había estado protegiendo sin saberlo todo el tiempo y yo había sido muy dura con ella al final. El señor Golfrid continuó—. Respecto a tu última pregunta, llevamos siglos escondiéndonos, Helen, y jamás han descubierto a la primogénita hasta ahora... Es fundamental que sepas que cuentan las escrituras que *«En los últimos tiempos, la hija de Eileen, descendiente directa de Aod, reclamaría lo que le había sido arrebatado y, en ese momento, se alzaría una nueva raza, fruto de la unión de los hijos de Prana...»*. Esa parte es muy confusa incluso para nosotros; sin embargo, es evidente que Kalen siempre ha temido ese día y ha buscado desesperadamente a la primogénita para acabar con ella.

—Sigo sin entender cosas... —proclamé confusa—. Si sabían que parte de NessUnion eran del clan de Kalen, ¿por qué no hemos vuelto a huir?, ¿por qué han esperado a que todo esto pase? Peter rápidamente respondió:

—Los signos que demuestran que estamos al final de los tiempos son varios —Hizo una pausa—. Quizás el más visible es la señal en tu cuerpo... —dijo mirando hacia mi vientre, yo me sentí asediada e incluso agredida—. Es distinta a la de las demás hijas de Aod —Entonces exclamó como quien leía un libro—: *«Hasta que la sangre bañe con su manto el signo de la estirpe pura...»*, esa parte tu madre NO la sabía... —Mirando a su abuelo dijo no muy convencido—: Quizás ella no habría aprobado esto..., ¡pero debemos dejar que las escrituras se cumplan! —Volvió a comentar de forma sarcástica.

—¡No entiendo nada! —dije ofuscada y tocando la señal que tenía en mi vientre.

—La de tu madre no era rojo sangre, ¿no? —preguntó Peter—. Ni la de tus antepasadas. —Yo los miré cada vez más confundida.

—No tienes que entenderlo todo en un día, Helen... —comentó el señor Golfrid pausadamente mirando de mala manera a Peter—. Por eso he insistido en que confiaras en nosotros y esperaras un poco más... —Suspiró—. Esto es muy difícil de asimilar en tan corto tiempo.

Indignada volví a hablar.

—Sigo sin entender más cosas —expresé intranquila—. Por un lado, quiere eliminarme para que no se cumpla la profecía y, por otro lado, quiere también el manuscrito... ¿para obtener algún tipo de poder? —Peter, a punto casi de estallar, comentó intentando explicarme lo que se avecinaba.

—Quiere el manuscrito, y te quiere a ti ¡juntos! —dijo levantándose de la silla y caminando hacia mí, hasta invadir mi espacio vital, quedando muy cerca de mi rostro; Nicolás se puso en guardia, pero Peter prosiguió ignorándole—, porque Kalen te necesita para hacer una especie de conjuro con la parte del manuscrito que nosotros tenemos, que podría llegar a darle el poder de Prana... —Respirando sobre mi rostro exclamó—: ¡Necesita tu pureza!... y se nota que eres virgen sólo con verte. —Entonces estiró el brazo intentando acariciar mi rostro y Nicolás, que ya se había puesto a la defensiva, dio un salto vertiginoso y, apartándonos, cogió a Peter por el cuello de la camisa alzándole. Los dos eran prácticamente igual de fornidos y de la misma talla y estatura, de manera que quedaron en fuerzas muy a la par.

—¡No te atrevas a ponerle un solo dedo encima! —exclamó Nicolás irritado. Peter se retiró hacia atrás y le preguntó achicando sus ojos intentando penetrar en su mente— ¿Y tú eres

exactamente su...? Inmediatamente reaccioné cuando sentí que le atacaba y me puse frente a él para interferir en su cometido de doblegar su mente para sacarle información, porque sabía que si descubrían quién era, no dudarían en alejarlo de mí, encerrarlo o quizás algo peor. Entendía que, precisamente, ese aislamiento y falta de comunicación producido entre las células del clan de Aod me confería la ventaja de que no supieran de dónde venía Nicolás, y nos daría tiempo para analizar lo que debíamos hacer.

—Veréis —dije mirándolos a todos—. Lucas (refiriéndome a Nicolás) me ha protegido todo este tiempo, sin él no hubiese podido llegar hasta aquí, me hubiese perdido... ¡De manera que os pido el favor de que le respetéis!

—¿Cómo no hemos sabido nada de ti antes, “Lucas Duncan”? —preguntó Peter haciendo énfasis en su nombre falso—. Ninguno de los vigías nos habló de tu existencia... ¿De quién eres hijo?

—¿Seguís cuestionándome? —pregunté irritada y a la defensiva por la misma angustia que sentía de que le descubrieran.

—A ti no —contestó Peter rápidamente—, a él.

Y lo miró desafiante; Nicolás tampoco le quitaba ojo de encima, la ira parecía brotar de su piel.

—¡Es lo mismo! —respondí rápidamente—. Si dudas de él, dudas de mí —Le miré firmemente; entonces me volví hacia todos en vista de que Peter no daba su brazo a torcer—. ¿Vais a seguir cuestionándonos? —Inmediatamente el señor Golfrid tocó a Peter por la espalda indicándole que lo dejara; todos negaron con la cabeza respondiendo a mi pregunta, menos Peter que bajó la mirada, pero no contestó a mi petición, entonces aproveché para continuar—. Agradezco todas las aclaraciones que me habéis dado, vuestra hospitalidad y ayuda; pero si de verdad queréis colaborar tenemos bastante prisa. —Respiré hondamente e intenté ser lo más cordial posible—. Me da igual que mi madre esté protegida en este momento, quiero volver y sacarla del estado en el que se encuentra; hemos descansado lo suficiente y sólo necesitamos respuestas, no que nos formulen preguntas... —Miré directamente a Peter—. De manera que, si podéis indicarme lo que os he preguntado acerca del número en cuestión, estaríamos muy agradecidos y con eso sería suficiente. —El señor Golfrid hizo un gesto con su rostro indicando que se daba por vencido y se volvió hacia mí.

—Veo que tienes el ímpetu de Eileen, lo llevas en la sangre y eso es bueno, Helen, pero no estás sola —respondió a mis palabras—. Debes entender que no puedes enfrentarte a ellos sin más. Veo que has sido autodidacta y has podido desarrollar varios dones sin ningún tipo de inconveniente; sin embargo, no estás preparada aún... —aseguró moviendo la cabeza—. Eve ha podido penetrar tu mente sin mayor esfuerzo. —Me quedé callada durante unos segundos porque sabía que algo de razón tenía, sin embargo, no podía perder más tiempo y tampoco confiaba plenamente en ellos, entonces volví a decir.

—Necesito saber si ese número me llevará a la parte del manuscrito que vosotros tenéis —dije mirando fijamente al señor Golfrid, él se llevó la mano a la cabeza de forma pensativa, suspiró y finalmente dijo:

—Sí, es la combinación de una caja fuerte que tenemos en el banco, la más secreta y de difícil acceso que hemos podido fabricar. Te llevaré ante ella con la condición de que me prometas que dejarás que te ayudemos; no puedo dejarte marchar con el manuscrito... —dijo tristemente—. ¡Ambas cosas de un solo golpe! —comentó—, estaría entonces sirviéndoselos en bandeja de plata al clan de Kalen; ¡si te vas con él, estaremos todos perdidos! —exclamó mirándome—. No sé si entiendes la magnitud de esto, pero estás poniendo en juego a toda la humanidad, siglos de esfuerzo para ocultarles y perdiendo todo por lo que hemos luchado hasta ahora... Como

comprenderás, no puedo dejarte partir sin más y, por el bien de todos, espero que lo comprendas. —Su mirada era triste, pero firme. Comprendí que no me darían muchas opciones, así que finalmente dije:

—Lo entiendo —comenté pausadamente— y creo que algo de ayuda no nos vendría mal. —Nicolás me miró algo desconcertado, pero no dijo nada, confiaba en que algo estaba tramando—. Pero necesito ver ese manuscrito ahora con mis propios ojos, llevemos tras él una larga temporada y no quiero aplazarlo más. —El señor Golfrid afirmó en señal de acuerdo y entonces me preguntó.

—¿Traes el *camahutus* contigo? —yo afirmé con la cabeza y puse la mano en mi pecho sujetando la cadena que llevaba puesta; él miro a Eve y le comentó.

—Que preparen todo... ¡Vamos a bajar a la cámara!

—Pero... —reprochó Eve y al instante le cortó el Sr. Golfrid.

—¡Pero nada! —exclamó; entonces ella salió de la sala y nos dejó con Peter y el señor y la señora Golfrid, luego prosiguió—. Peter llama por favor a la familia y explícales lo que está sucediendo, no creo que Helen quiera esperar mucho más, de manera que mañana saldremos rumbo a Alemania. Diles que nos vemos en un rato en el piso. —Peter salió sin rechistar y Golfrid tomó la mano de su mujer y la apretó contra la suya; ella parecía bastante conmocionada, pidió que le trajeran un vaso de agua para beber y, cuando finalmente salió de la habitación, el Señor Golfrid confesó: Veréis, Johana es mi mujer... mortal, una persona maravillosa con una fortaleza increíble. —Entonces tomó algo de aire, porque parecía ahogarse de pena—. Sin embargo, esto va a ser muy duro para ella porque nunca pensamos que llegaría este momento, por lo menos, no que afectaría a nuestra generación. —Suspiró—. Han pasado tantos siglos esperando este día, que era demasiada casualidad que nos tocara justo a nosotros... —Y entonces repitió con algo de tristeza en su voz—: Justo a nosotros que ya hemos perdido a nuestro único hijo, el padre de Peter, en un accidente de coche hace unos cuantos años... Ahora nos tocará dejarle ir con vosotros y creo que no soportaría el volver a perder la única esperanza que le queda.

Nos quedamos callados porque no sabíamos exactamente qué decir; para nosotros en realidad era poco relevante, porque no estábamos seguros de que todo se hiciese como él estaba pensando; pero de todas formas debíamos seguirle la idea hasta el final, porque aún no teníamos nada. Así que finalmente comenté:

—Señor Golfrid, no tiene por qué ser así... Peter no necesita venir con nosotros —comenté.

—¡Tonterías! —contestó secando sus ojos humedecidos—. Peter ha sido creado para este fin, tiene agallas suficientes para enfrentarse a eso y más... Además, el destino lo ha querido así, aún no lo comprendes, Helen, pero lo tendrás que asumir en breve —Tomó algo de aire para sus pulmones—. No podemos cambiar lo que ha sido designado; lo que no quiere decir que no sea igual de duro para todos, en especial para ella... —Y entonces apuntó tristemente—: Sólo les pido algo de tiempo para que podamos despedirnos... —Nicolás y yo no entendimos bien sus palabras y nos miramos, pero al igual que antes, decidimos pasar de ello porque nuestra decisión una vezuviésemos el manuscrito podía ser otra y no íbamos a discutirla ahora.

A los pocos segundos entró su mujer con el vaso de agua y el Sr. Golfrid bebió unos cuantos sorbos. Era notorio que sólo lo había hecho para tener el tiempo de comentar con nosotros ese tema concreto. Enseguida volvieron a entrar Eve y Peter.

—Ya está todo dispuesto —comentó Eve—. Cuando queráis bajamos a la cámara. —Peter también se apresuró a decir:

—He llamado a toda la familia y esta noche irán a casa para decidir lo que haremos con lo que nos cuenta Helen. —Y volvió la mirada hacia mí con un gesto que me desconcertó, era arrogante,

pero al mismo tiempo seductor y desafiante; pude sentir en mi espalda la mirada fría y punzante de Nicolás hacia Peter que denotaba ira y recelo.

—Muy bien —dijo finalmente el Sr. Golfrid—, que así sea.

Y levantándonos todos de las sillas, caminamos hacia la puerta por donde habíamos entrado al despacho; salimos hacia el pasillo y cogimos el ascensor los cinco, la señora Golfrid se quedó buscando su bolso en esa planta, Eve marcó el cero indicando que bajábamos al *hall* principal, por donde habíamos accedido; una vez llegamos al vestíbulo que ya nos era conocido, cogimos hacia una puerta lateral por la que no habíamos pasado antes; la atravesamos una vez Eve volvió a pasar la tarjeta electrónica que colgaba de su cuello y llegamos a un pasillo no muy amplio, pero sí muy luminoso, que nos condujo directamente a otra puerta mucho más sofisticada. Ésta sólo se abrió cuando Peter se puso delante de ella, muy cerca de un sensor que estaba a la altura de su cara y un lector reconoció su ojo derecho; a partir de allí todo fue bastante confuso y difícil de ubicar. Una vez atravesamos la puerta, subimos a una especie de metro subterráneo que nos condujo a otra dependencia que no supimos localizar, ya que no sabíamos muy bien cuánto habíamos recorrido; el trayecto había sido aproximadamente de tres minutos a una velocidad que desconocíamos, posiblemente a unos ciento cincuenta kilómetros por hora. Cuando finalmente paró y abrió sus puertas, accedimos a un vestíbulo que llevaba a otro ascensor; este llegó a bajar diez pisos hacia el fondo de la tierra, entonces salimos de él y caminamos un largo pasillo con puertas con diferentes numeraciones; finalmente, en la puerta número cincuenta y ocho paramos, entonces el señor Golfrid me dijo que anotara mi fecha de nacimiento sobre un aparato electrónico que se ubicaba al lado de la misma, empezando por el día, el mes y finalmente el año. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que 04011994, que era mi fecha de nacimiento, era la clave para acceder, el número siguiente 58 era la puerta y el 10 era la planta donde nos encontrábamos; no terminaba de dar crédito a todo lo que estaba viviendo. Marqué sin pensar directamente el número y entonces un fuerte ruido se produjo, como si la cámara hubiese estado sellada durante largo tiempo y finalmente abriera sus puertas; y así fue.

Una vez se abrió por completo, pudimos acceder a un gran espacio que contenía una mesa con una urna central de cristal; dentro de ella se hallaba el manuscrito, mi corazón se aceleró en cuanto lo vi y me acerqué rápidamente a él, Nicolás vino detrás de mí y me agarró fuerte la mano en señal de apoyo, estábamos emocionados de haber localizado una parte por fin; una parte que podía ayudar a mi madre. Sólo sentir el libro cerca me transmitió un poder casi incontrolable en el que podía sentir la fuerza de todo lo que me rodeaba; de pronto el señor Golfrid interrumpió mi idilio y volvió a decir:

—Si tienes el *camahutus* contigo tienes la llave, sólo tienes que tocar la urna... —Suspiró—. La magia al último minuto... Así ha sido más fácil mantenerlo oculto al clan de Kalen —apuntó.

Y con sólo apoyarme en la urna, ésta resplandeció y desapareció, por fin pude tocar con mis propias manos las páginas del manuscrito y pude sentir cómo el poder invadía mi cuerpo y mi mente. Después de unos segundos de contemplación, lo leí rápidamente por encima y pude observar que hablaba de hechizos, sortilegios y conjuros.

—Enróllalo bien —exclamó el señor Golfrid.

Y siguiendo sus instrucciones lo envolví como un pergamino antiguo. Entonces una especie de tubo de cristal muy resistente más parecido a un diamante que a un vidrio apareció de la nada para recubrirlo como protector, al mismo tiempo que reducía su tamaño hasta convertirlo en un pequeño tubito del ancho y alto de una pastilla.

—¡Es increíble! —exclamé.

—Puedes guardarlo en el *camahutus* —comentó el señor Golfrid. Y así lo hice mientras lo

apretaba contra mi pecho.

Salimos hacia la puerta, volvimos a recorrer todo el camino de retorno con la sensación de estar más cerca de terminar toda aquella pesadilla, subimos nuevamente a la planta cero y, en el trayecto, el Sr. Golfrid nos comunicó que en pocos minutos un coche nos recogería para llevarnos hasta su piso en la ciudad, allí estaríamos más seguros y planearíamos todo. Nos dejaron en el *hall* de entrada unos minutos a Nicolás y a mí solos, mientras todos ellos cogían lo necesario para salir enseguida; obviamente a uno y a otro lado de las salidas dos guardias bien fornidos se localizaban.

—¡Helen, es el momento de salir rápidamente de aquí! —exclamó Nicolás mientras miraba de reojo a todas las personas que circulaban por el edificio y a los guardias en el acceso.

—¿Aún crees que no están de nuestro lado? —pregunté en tono bajo—. ¡Nicolás, eso no tiene sentido!, ¡ellos nos han dado el manuscrito! —exclamé.

—No sabemos nada de ellos, Helen —dijo Nicolás angustiado—, he estado intentando atar cabos... Y hay cosas que no coinciden —dijo entre murmullos.

—¿Y qué han ganado contándonos todo esto?... Todo lo que han dicho tiene lógica.

—¡Precisamente, Helen! ¿Qué han ganado?... —Me miró mientras me cogía por los hombros intentando abrirme los ojos—. ¡Se han ganado tu confianza!, ¿no lo ves?... Oye, yo he estado infiltrado dentro de esta gente y los conozco bastante bien, sé de lo que son capaces —y añadió desesperadamente—. Has dudado de mí todo el tiempo y ¿te fías a la primera de ellos? —protestó con tristeza y reproche en su rostro—. Dame tiempo y te explicaré lo que pienso, pero salgamos de aquí por favor... —me suplicó—, si me equivoco volveremos.

Me quedé unos segundos pensativa y finalmente dije:

—De acuerdo. —Y mientras avanzábamos hacia la salida, el guardia de seguridad se puso delante de la puerta y nos miró, entonces sentimos una voz a nuestra espalda.

—¿Ibais a algún lado, chicos? —preguntó Peter.

—¿Estamos prisioneros? —respondí.

—No es la palabra que yo utilizaría —dijo Peter mirándome con dulzura.

—Sí, claro —contestó Nicolás—, la estáis protegiendo, ¿no? —En ese instante se acercó Eve también y, haciendo caso omiso de la situación, comentó:

—Mi tío está en el parking esperándonos, por favor, acompañadme. —Entonces ella caminó delante, Nicolás y yo en medio, y Peter se fue detrás de nosotros. Nicolás me abrazó con doble intención; la primera que Peter se diera cuenta por fin de que no sólo era mi protector, sino también mi pareja; la segunda comentarme al oído.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó mientras me besaba en la oreja.

—Lo he intentado, pero estoy bloqueada... —dije también en tono bajo—, no sé por qué no funciona... —exclamé confundida—. No sé si ellos están haciendo algo o si soy yo... lo cierto es que no me siento amenazada y, quizás, por eso no me sale...

—¡Joder, Helen!, no puedo entender cómo no ves la amenaza —exclamó irascible, entonces llegamos al ascensor, la puerta se abrió y entramos los cuatro en él.

Eve marcó y bajamos muy rápidamente, salimos al parking y nos subimos al Porsche Cayenne Turbo que nos esperaba en frente del ascensor. Peter nos abrió la puerta trasera y entramos Nicolás y yo, no sin que antes ambos intercambiaran un par de miradas pendencieras. El señor Golfrid estaba sentado en el puesto del copiloto y, en cuanto nos cerró la puerta, Peter se subió para conducir. Al segundo, aparecieron dos vehículos iguales que nos escoltaron hasta la residencia de los Golfrid, un piso en una de las zonas más exclusivas de Washington. En uno de los coches iba Eve y en el otro la señora Johana con una serie de sujetos que tenían toda la pinta

de guardaespaldas.

Capítulo XVI

La casa de los Golfrid

El recorrido duró unos quince minutos aproximadamente, de manera que fue todo muy rápido; en cuanto llegamos, entramos en una especie de urbanización rodeada de árboles y pinos que aislaban el edificio del bullicio de la ciudad, parecía incluso como si no estuviese dentro de ella, era como una especie de oasis dentro de la gran urbe. En cuanto atravesamos la primera barrera, pudimos comprobar que la seguridad era muy controlada, por lo menos pasamos dos inspecciones más antes de llegar a la entrada del portal del inmueble. Una vez llegamos, nos bajamos en la entrada principal y el coche lo fue a aparcar uno de los hombres que habían venido en los otros dos de guardaespaldas. Así pues, entramos al edificio todos juntos, era de siete plantas, la última era la del señor Eduard Golfrid; el resto de los pisos pertenecían a miembros del clan, hermanos, sobrinos, tíos, etc. Eran dos pisos por planta excepto el séptimo, que era el más grande de todos, como era de esperarse, y ocupaba toda la planta al completo; sumaba casi quinientos metros cuadrados de área útil, más terrazas que daban al verde que los rodeaba. El ascensor se abrió en la planta cero y Peter utilizó una especie de llave que activó el aparato y nos llevó directamente a la séptima planta; cuando abrió sus puertas pudimos observar que ya estábamos dentro del piso, ya que nos dejó en el *hall* de acceso.

—Bienvenidos a nuestro hogar —exclamó el señor Golfrid haciendo un gesto con las manos, indicándonos que podíamos movernos por donde quisiéramos en aquel inmenso piso—. Eve les enseñará sus habitaciones; pero antes quería comentar un tema contigo, Helen —me dijo sujetando mi mano—, si no les importa... —agregó mirándolos a todos—. Eve puede ir trasladando al señor Lucas a su dormitorio mientras yo voy hablando contigo —finalizó volviéndose nuevamente hacia mí; e inmediatamente Nicolás se puso a mi lado y colocando sus manos en mis hombros exclamó.

—Lo lamento, Sr. Golfrid, pero lo que tenga que decirle a Helen he de oírlo yo también —dijo en tono muy frío.

—¿Helen? —preguntó el Sr. Golfrid mirándome con algo de extrañeza en su rostro, e incluso con algo de enfado, y esperando una respuesta por mi parte.

—Así es, señor Golfrid —dije finalmente algo contrariada por la situación, pero firme en mi respuesta. Él se me quedó observando y terminó aceptando.

—Muy bien, como queráis... Me seguís al estudio, por favor —pidió un poco a disgusto mientras giraba su silla de ruedas—. ¡Tú también, Peter! —Le miró.

Los cuatro atravesamos una amplia sala moderna decorada en tonos blancos y ocres que daban un aspecto muy acogedor. Fue una visión muy fugaz, porque rápidamente nos adentramos en un pasillo que nos condujo directamente a otro espacio muy diáfano y amplio, con una especie de sala compuesta por una mesita baja, dos sofás y una butaca, enfrentadas a una chimenea de mármol que combinaba lo moderno y lo clásico en perfecta armonía. En el fondo se podía apreciar un escritorio de nogal muy contemporáneo, con un sillón bastante grande y cómodo en la parte de atrás, y dos sillas también muy confortables delante de él; detrás de todo, una estantería llena de libros y adornos que daban a conocer la exquisitez y el buen gusto con el que estaban concebidos todos los detalles de aquel piso. Frente a la chimenea había una pared que tenía colgadas dos escobas cruzadas que se veían bastante antiguas, pero lujosas, con un mango de oro y, en su extremo, hebras que parecían de algún tipo animal; a uno y otro lado de aquella pared, unas ventanas muy amplias dejaban entrever la puesta de sol. Entonces pregunté asombrada:

—¿Son escobas?, ¿sirven para volar? —Recordando a los espectros que nos habían perseguido días antes.

—En realidad la palabra técnica es *Carpodiptera Ameliae*¹⁸—corrigió el señor Golfrid—. Proviene de un árbol que produce una flor muy especial... —Suspiró—. Pero luego habrá tiempo para hablar de ello... —dijo nervioso—. ¡Bien! —exclamó quedándose en la salita al lado de la chimenea—, lo que tengo que decir no es nada fácil para mí; más cuando al parecer, por lo que hemos notado, vuestra relación va más allá de la amistad, pero esto está por encima de cualquiera de nuestros intereses y deseos, incluso por encima de los tuyos, Helen —explicó muy seriamente y con algo de pesadumbre en su rostro mientras me miraba. Todos nos quedamos observándole a la espera de que continuara; él hizo un gesto para que nos sentáramos en el sofá, y así lo hicimos Peter y yo, Nicolás se quedó de pie detrás de mí, a unos cuantos pasos—. Veréis... ¿Recordáis cuando os comentamos —dijo mirando a Peter, incluyéndolo en la conversación y, posteriormente, mirándome a mí— que una nueva raza, fruto de la unión de los hijos de Prana, podrían acabar con la hegemonía del clan de Kalen? —Yo afirmé con la cabeza, Nicolás no hizo gesto alguno, y continuó—. Pues bien, creemos que hay una solución que mataría dos pájaros de un solo tiro. —Nicolás, que se había quedado quieto y estaba un poco retirado detrás de mí, se puso inmediatamente a mi lado mirándolos con cara de pocos amigos.

—No entiendo nada, ¿a qué os referís? —dije confusa.

—Verás —continuó, haciendo caso omiso a la reacción de Nicolás—. No sé si sabes que los hijos de Prana no pueden estar juntos, no como pareja; porque fueron concebidos para unirse con los mortales, para poder conocer y valorar la profundidad del amor humano...

Afirmé con la cabeza, pues conocía ese dato de la historia.

—Nosotros a cambio, les aportaríamos nuestra sabiduría y nuestros dones. —Suspiró—. Ya sabes cómo terminó la historia, para Kalen y parte de su descendencia al final pesó más la avaricia y el poder. —Volví a asentir con la cabeza—. El tema es que, a pesar de intentar mezclarnos con los humanos, muchos de nosotros nos hemos enamorado de nuestra propia raza; es el caso de Sophie y Agustín, a quienes tú conoces, y no por eso necesariamente han sido malas personas. —Mis ojos mostraron asombro—. Solo que la unión entre ellos no ha podido dar fruto alguno... Ése es, de alguna manera, nuestro castigo. —Hizo una pausa, suspiró y continuó—. Hay mucha gente de nuestra especie por la tierra repartida que, con los siglos, se ha distanciado y hoy en día no saben de dónde vienen en realidad, se han conocido por casualidad con otros de nuestra especie y jamás podrán concebir hijos... y ni siquiera lo saben... —dijo con tristeza en su rostro, yo no salía de mi asombro, sin embargo, Nicolás no hacía ningún gesto, parecía saberlo—. Incluso desconocen que son especiales y tienen ciertos dones... Y habilidades...

—No lo sabía —dije finalmente, también con pesadumbre en mi voz.

—Así es, pero creemos que hay una excepción —dijo mirándome, Nicolás comenzó a incomodarse bastante, pero siguió sin pronunciar palabra—. El tema es que pensamos que la unión de la elegida, de ti, Helen, con uno de su propia especie, con un hijo de Prana, sí que traería una nueva raza... —y repitió al unísono conmigo—: «Una nueva raza, fruto de la unión de los hijos de Prana». —Y entonces el señor Golfrid continuó solo—. La que acabaría con Kalen y su descendencia, y a su vez...—entonces Nicolás interrumpió rápidamente:

—¡Creo que ya hemos oído suficiente! —dijo indignado mirando al señor Golfrid y extrañado conmigo de que me hubiese sumado a su argumento. Yo no salía de mi asombro, estaba confusa y no sabía exactamente qué decir o hacer.

—Por eso no queremos que Lucas estuviese en esta conversación (refiriéndose a Nicolás), sabíamos que le afectaría... —dijo mirándome—. Pero esto va más allá de lo que ambos deseáis. —En ese instante nos miró a ambos—. ¡Necesitamos que te unas a uno de los nuestros!, es por el bien de todos —dijo finalmente el señor Golfrid algo aturdido; yo me quedé perpleja cuando lo

comprendí.

Entonces Nicolás con una sonrisa sarcástica comentó:

—¡Sí, claro!, y ahora nos diréis que este payaso es el indicado para Helen — exclamó alterado señalando a Peter.

—¡No soy ningún payaso, idiota! —exclamó Peter poniéndose en pie y avanzando hacia Nicolás, pero el señor Golfrid le detuvo con la mano; Nicolás ya se había colocado en posición desafiante.

—¡Sí, Lucas! —volvió a exclamar el señor Golfrid pausadamente mirando a Nicolás—. Peter es el indicado, es uno de los hombres más fuertes de nuestra raza, su linaje se remonta directamente a Allen y sus dones son excepcionales... Creemos que es el mejor —dijo mirándome.

—¡Ja! —exclamó Nicolás con desagrado e incredulidad—. Esto es increíble... no pienso oír más sandeces, ¡nos vamos de aquí, Helen! —dijo cogiéndome por el brazo y alzándome del sofá. Yo le seguí sin saber muy bien lo que hacía.

—¡Helen! —exclamó el señor Golfrid, interrumpiéndonos el avance, junto con Peter—. Tu madre te envió a nosotros con un propósito y no era sólo localizar el manuscrito... —Él sabía que, con mencionar a mi madre en todo esto, haría que la balanza fuera a su favor—. Debes confiar en nosotros, es importante que entiendas... —Nicolás volvió a impedir que completara la frase.

—¡Nos dais paso, por favor! —dijo de forma brusca, seguía sujetándome por el brazo arrastrándome con él, no se había dado cuenta de que yo seguía confundida, mi cabeza daba vueltas, estaba entre el amor de Nicolás, lo que mi madre había dispuesto y la coherencia en todo lo que decía el señor Golfrid; y no sabía qué pensar o hacer... Sólo sentía que me llevaban para un sitio y para otro, como una marioneta.

—No vas a pasar... —dijo desafiante Peter impidiéndonoslo.

—Te la quieres quedar, te gusta, ¿no? —dijo con una risa sarcástica en el rostro Nicolás.

—Ella me pertenece desde mucho antes de que tú la conocieras... De hecho, mucho antes de tu existencia... —comentó Peter.

—¡Qué sabes tú de mi existencia! —sentenció Nicolás.

—¡Basta ya! —exclamé finalmente con un grito desesperado porque sentía que todos me estaban utilizando—, ¡estáis hablando de mí y estoy aquí!, por si no lo habéis notado... —dije mirándolos a todos.

—Helen... —dijo finalmente el señor Golfrid en tono pausado—. Siento la presión, pero como lo dijiste al principio, no tenemos mucho tiempo... no podemos dejarte ir con el manuscrito y en este estado. —Entonces, casi en tono de súplica y muy avergonzado comentó—: Sé que parece una locura lo que tengo que pedirte, pero Peter debe hacerte suya si quieres ir al campo de lucha mañana... de lo contrario, tendrás que quedarte con nosotros, no podemos arriesgarnos a perderlo todo. —Nicolás totalmente desencajado y muy disgustado levantó la voz.

—¡No se atrevan a tocarla! —exclamó mientras se interponía entre ellos y yo, con las manos extendidas, creando una separación. Y mirando a Peter dijo—: ¡Tú no le vas a tocar un solo pelo! —Entonces me obligó a retroceder nuevamente, impidiendo que alguno de ellos se me acercara y se volvió hacia mí, yo seguía confundida y ahora además alterada.

—¿Es lo que quieres, Helen? —dijo con la voz entrecortada mirándome y, en tono bajo, intentando que nadie más oyera, me comentó—: Tengo que decirte algo ahora a solas... ¡Es muy importante!, ¡te lo suplico! —Me miró con ojos tristes y desesperados.

—¡No sé ni lo que quiero! —dije finalmente descompuesta; mirando a Peter y al Señor Golfrid

comenté—: ¿Cómo es posible esto?, ¿se supone que ahora tengo que entregarme a un hombre que apenas conozco por el bien de todos!... ¡de la humanidad! —dije disgustada.

—¡No tienes que hacerlo! —exclamó Nicolás con rabia.

—Lo siento, Helen, no te hemos dado tiempo —comentó Peter—, sé que no lo hemos hecho muy bien.

—¡De pena! —contesté rebotada, y entonces Peter continuó:

—Pero no tenemos otra opción en este momento —concluyó; hasta que el señor Golfrid hizo un gesto de inconformidad y comentó—:

A no ser que esperes un poco... Y dejes que otros se encarguen ahora. —Suspiró—. Nosotros te protegeríamos...

—¿Lo estáis haciendo para retenerme? —les pregunté desconcertada.

—No, Helen, ¿es la realidad a la que te enfrentas! —afirmó afligido el señor Golfrid.

—Estáis coaccionando a una menor de edad —exclamó rápidamente Nicolás—, Helen aún no ha cumplido los dieciocho... Eso te lleva a la cárcel en este país —dijo finalmente, pero yo interrumpí rápidamente cuando vi que no nos dejarían más opciones... Había empezado a comprenderlo todo.

—¡Lucas, basta ya! (refiriéndome a Nicolás), no es una cuestión de leyes o justicia... —Él me miró abrumado y yo me volví hacia Peter y el señor Golfrid—. Necesito hablar a solas con él... será solo un minuto, luego podéis llevarme a donde queráis —Nicolás me miró incrédulo; ellos afirmaron con la cabeza y salieron.

Una vez nos quedamos solos en aquel despacho, Nicolás se fue directamente a mí y tomó mi cabeza entre sus manos.

—No es cierto, ¿no?, lo has hecho para que se fueran... —Me miró fijamente y, viendo que no decía nada, volvió a preguntar—. ¿Te están manipulando? —preguntó confundido, intentando observar algo en mí que delatara una afirmación a su pregunta, pero no logró ver nada raro.

—No —dije secamente.

—Entonces, ¿lo estás diciendo en serio?, ¿te unirías a él porque el señor Golfrid te lo ha pedido?

—No, Nicolás, porque mi madre me ha guiado hasta ellos.

Entonces, rápidamente Nicolás se puso las manos en la cabeza y dijo:

—¡Ok!, no me dejas otra alternativa... —expresó mirándome desesperadamente—. ¡No te he contado todo lo que sé! —exclamó mirándome con angustia en sus ojos.

—¿De qué hablas? —pregunté desconcertada.

—De algo que hasta ahora no he querido decirte porque no necesitaba alterarte más; no quería que te preocuparas, pero con lo que está pasando, estoy cada vez más convencido de qué es lo que quieren —dijo mirándome directamente a los ojos, parecía mortificado y desesperado.

—¡Suéltalo de una vez! —exclamé confusa y furiosa al mismo tiempo—, estoy muy harta de que todo el mundo me oculté cosas... ¡pensé que ya nos lo habíamos contado todo, Nicolás! —dije indignada.

—Ya te lo dije —refutó—, no quería atormentarte más y tampoco lo vi necesario, hasta ahora... —Mis ojos estaban fijos en él, necesitaba con desesperación que me contara de una vez todo lo que sabía; y él seguía mirando de reojo hacia la puerta angustiado, pensando que en cualquier momento entrarían y no le daría tiempo a explicarlo todo.

—¿Voy a tener que emplear mi poder contigo para sacarte todos los secretos que sabes de una vez? —pregunté con ira porque no esperaba que a estas alturas aún me ocultara algo.

—No hace falta —dijo con tristeza, y comenzó a contarme en tono bajo por si las paredes

tenían oídos—, el manuscrito es sólo una parte del gran libro.

—¡Eso ya lo sé! —interrumpí bruscamente, él objetó:

—Ya sé que lo sabes... Te lo conté yo cuando te narré la leyenda, pero faltaba un trozo de la historia y ellos tampoco te lo han contado... —Hizo una pausa y tragó saliva—. ¡Salta a la vista el por qué! —y, acercándose más, me dijo—: La cuestión es que ellos no saben que yo los conozco bien... —Mis ojos estaban abiertos como platos y mis oídos atentos en señal de interés—. El hecho es que Kalen espera poder reunir la parte del manuscrito que tú tienes ahora en tu poder para poder conjurar un hechizo que le daría todo el poder Prana a ella... Esa parte que te han contado es cierta... —dijo cabizbajo y mirándome con angustia finalizó—. Para poder conseguirlo, no sólo necesita esa parte del manuscrito, necesita acabar con quien ahora mismo tiene ese derecho por descendencia directa. —Y me miró.

—Connigo —dije—, eso también ya lo sé, ¿cuál es la novedad, Nicolás?

—No puede hacerlo de cualquier forma... ¡esa es la novedad!, aquí está la parte que desconoces... Necesita recrear una especie de ritual, o algo parecido, en el que lo más puro de tu ser te sea arrebatado —Mis ojos estaban como platos, pero no entendía bien lo que decía.

—¿A qué te refieres con lo más puro de mi ser?

—A un primogénito; el que va a dar paso a la nueva raza... ¡sacaré de tu vientre al último descendiente puro!, ¿no lo ves?... es el sacrificio más grande y casto que podría hacerse —Al instante mi corazón dio un vuelco, me quedé helada; pero al segundo, reaccioné.

—Y... ¿Crees que los Golfrid quieren llevarme ante Kalen, esperando un hijo en mi vientre para ello? —pregunté confusa—. ¿Y por qué mi madre nos llevaría hasta ellos entonces?, ¡No tiene sentido lo que dices, Nicolás!... —exclamé.

—Sí que lo tiene —dijo—. Piénsalo... hemos pasado por alto algo...

—¿El qué? —pregunté aturdida.

—Hemos pensado siempre que esa nota la dejó tu madre... —Estaba atenta a su conjetura—. ¿Y si no fuese así?... —Quedó la pregunta suspendida en el aire unos segundos, entonces Nicolás remató—: Sabemos que el clan de Kalen siempre ha estado un paso por delante de nosotros... ¿No lo ves aún, Helen? —Suspiró desesperado porque no veía que entrara en razón—. A ver... ¡Piensa! —dijo exasperado—. Si es cierto que estaban infiltrados, ¿cómo no se dieron cuenta de que los habían encontrado?, ¿por qué no los obligaron a huir como siempre?

—El señor Golfrid ha dicho que era el destino... —dije aturdida.

—Una excusa fácil ¿no?... —comentó mirándome, entonces prosiguió—. Nos llevaron a la fiesta donde atacaron a tu madre y no supimos ver lo que harían... Llegaron al hospital intentando presionarte y buscando el manuscrito, ¿no se suponía que lo tenían ellos?

—Eso es cierto... —dije entrecortada, analizando la situación—. Pero también han dicho que no tienen mucha comunicación entre las células... —Nicolás interrumpió mi respuesta porque veía que ya no estaba convencida de lo que decía.

—Esa es una respuesta muy cómoda también, ¿no lo crees? Sé que tienes unas ganas inmensas de encontrar a tu familia —dijo con ojos de tristeza—, de sentirte protegida... —Me abrazó—. ¡Pero ellos no son lo que parecen!... ¡Helen, reacciona por favor! —suplicó—. Estuvieron en tu casa antes de que llegáramos nosotros... —Mi corazón empezó a galopar a pasos agigantados—. Es posible que hubiesen accedido al libro en ese momento y hubiesen tramado un plan para que, por nuestros propios pies, llegásemos hasta Kalen, tal y como te necesitan... Con un hijo en tu vientre; por eso nos dejaron este nombre y dirección.

—Y ¿cómo abrieron el *camahutus*? —pregunté temerosa—. Sólo yo tenía la llave.

—Sé que te dije que nadie podía abrirla, a no ser que fuese la persona para la cual fue

conjurada y con la herramienta oportuna..., pero, Helen, estamos hablando de brujos que tienen cientos, incluso algunos miles de años... Son ligas mayores... ¡Abrir un *camahutus* con algún hechizo debe ser un juego de niños para ellos! —Caí postrada en la silla.

—Creer entonces que sea toda una farsa... que nos han traído hasta aquí para darnos el manuscrito y que confiemos en ellos, y llevarnos ante la presencia de Kalen para realizar el ritual, con mi vientre engendrando un niño —Me quedé mirándole con una opresión fuerte en el pecho y con la palabra cortada; él afirmó con la cabeza.

—Esperarán a que estés avanzada en la gestación y te llevarán ante Kalen... —dijo tristemente—. ¡Lamento no haberlo visto antes... otra vez! —dijo con los ojos humedecidos; entonces rápidamente finalizó—. Tenemos poco tiempo, Helen... ya vienen a por nosotros... —Oímos pasos.

—¡Vale! —exclamé rápidamente—. Y ahora ¿cómo salimos de aquí?

En cuanto exclamé esa afirmación las puertas se abrieron y Peter apareció.

—¡Vaya!, sí que nos has sabido engañar, “Nicolás” ... —dijo achicando los ojos—. Eres bastante hábil con las palabras y sabes más de lo que dices, ¿no? Era evidente que habían estado escuchando todo, hasta que oyeron mi cambio de actitud. El señor Golfrid venía detrás de Peter y, con él, Eve y tres hombres más bastante fornidos—. Vas a tener que venir con nosotros, Nicolás— exclamó Peter con una sonrisa irónica en la boca.

—No lo toquéis —ordené acelerada, porque ya no confiaba en ellos después de las conjeturas de Nicolás, que se oían bastante certeras—. ¿Habéis oído todo lo que hablábamos? —pregunté recelosa.

—¡Ha sido necesario, Helen! —exclamó en Sr. Golfrid, que se asomaba a espaldas de Peter—, es por tu seguridad y la de todos, ven por favor, acércate a nosotros y deja que Peter y los chicos se encarguen de Nicolás.

Comprendí entonces que eran fieras al acecho y, tal y como había dicho Nicolás, siempre estaban un paso por delante de nosotros... Habían logrado casi llevarme a su bando para doblegarme, pero afortunadamente Nicolás me había abierto los ojos, siempre estaba allí para ello, ya no volvería a desconfiar nunca más de él. Por primera vez me sentí amenazada por ellos.

—No os acerquéis a nosotros —les dije con fiereza.

—Te está manipulando, Helen —dijo Golfrid—, ¡no le dejes!

—¡Los que me estáis manipulando sois vosotros! —dije exasperada—, y os repito que no os acerquéis.

En segundos, Peter intentó avanzar hacia nosotros y entonces apareció mi capa protectora, mi aura impenetrable que cada vez se volvía más sólida, empecé a oír a lo lejos voces, ya que, además de una estructura inaccesible físicamente, se volvía también un aislamiento acústico. Podía escuchar voces lejanas—. ¡Helen, por favor, déjanos explicarte todo!, abre la esfera protectora... Déjanos entrar... ¡no lo hagas! —Mientras tanto Eve inició su propia batalla concentrada, intentando penetrar en mi mente como lo había hecho al inicio, pero ahora lo notaba y, aunque era mucho más fuerte de lo que había sido antes, yo podía soportar la presión. De pronto, empecé a darme cuenta de que se sumaban las fuerzas, Peter se había unido a Eve y el señor Golfrid también, e iniciaban un hueco en mi protección, así que exclamé:

—¡Nicolás! No voy a aguantar durante mucho tiempo más la presión.

—Helen, tienes parte del manuscrito en tu colgante —dijo mirándome—, cuando tienes parte de él, es como si ¡lo vieras al completo!... Concéntrate y busca dentro de él, a través de tu mente, el conjuro para volar... ¡puedes hacerlo!, para eso eres la elegida; yo intentaré coger la *Carpodiptera* que está en la pared... y con el conjuro apropiado saldremos rápidamente de aquí

—Nicolás, que se encontraba dentro del globo de protección conmigo, continuó hablando—. ¡Sólo extiende el aura de protección lo necesario para coger la *Carpodíptera* y busca dentro del manuscrito! —exclamó nuevamente, casi gritando porque un sonido atroz había empezado a zumbear en nuestros oídos, parecía como una taladradora intentando penetrar el aura; yo me concentré intentando divisar el conjuro para volar, sin dejar de lado la protección y abrazando mi colgante con la mano. De pronto, pude visualizarlo y, en segundos, Nicolás se hizo con la *Carpodíptera*; antes de que pudiese asimilarlo todo, Nicolás y yo ya estábamos elevados del suelo, montados en ella.

—¡No lo hagas, Helen! —exclamó el señor Golfrid—. ¡Asegura las ventanas! —gritó con angustia, dirigiéndose a los suyos para que utilizaran todo su poder en crear una especie de cárcel; pero esas fueron las últimas palabras que le oí mencionar, en seguida pude sentir cómo una fuerte corriente nos arrojó hacia la ventana que atravesamos destrozándola, pero sin hacernos el menor de los rasguños.

De pronto, nos encontramos cruzando fugazmente el campo de pinos que bordeaba el edificio, para salir de forma brusca a la autopista, rumbo al aeropuerto de Washington. Éramos como espectros, muy parecidos a los que nos habían seguido el día que habíamos encontrado el *camahutus*, pero con algo más de luz y blancura. Sabíamos que venían siguiéndonos, podíamos sentir su presencia cerca, así que Nicolás me pidió nuevamente que me concentrara y buscara un conjuro para la invisibilidad y la rapidez. Nuevamente cogí el *camahutus* en mis manos, intentando buscar dentro de las páginas, hasta que finalmente localicé el hechizo.

—¡Lo tengo! —grité porque el sonido vertiginoso del aire era ensordecedor—. ¡Pero son muchas cosas al tiempo!... No sé si podré hacerlo —dije muy angustiada.

—¡Claro que puedes, Helen!, estás demostrando que estás preparada para esto y mucho más... —concluyó Nicolás.

Entonces cogí fuerzas de donde ya no tenía y me concentré nuevamente cerrando los ojos. Entendí que con sólo repetir el conjuro de la invisibilidad y desearlo, era posible que mi cuerpo quedara intangible y etéreo, pero no sabía cuál podría ser el resultado final... qué pasaría con Nicolás; así que comenté:

—¡Está bien!, creo que puedo invocarlo... Es sólo que el conjuro habla de una persona —dije mortificada—. Yo puedo volverme invisible, pero ¿qué pasará contigo?

Sin pensarlo, Nicolás expuso de inmediato:

—¡Baja y déjame en cualquier sitio!... ¡Te prometo que te buscaré!

—¡Ni hablar! —negué de forma tajante, intentando volverme hacia él para mirarle a los ojos, ya que estaba furiosa sólo por insinuarlo—. Además, en el conjuro hace mención a un tema de distancia... —dije ladeando la cabeza intentando comprenderlo—. Creo que todo lo que toque en un radio de dos brazas, ¡que no sé qué es!, desaparecerá conmigo.

Entonces Nicolás rio y abrazándome en señal de júbilo, gritó:

—¡Tres metros y medio!

—¿Qué? —pregunté confundida.

—¡Dos brazas equivalen a 3,3436 metros... o sea, unos tres metros y medio! —dijo sonriendo—. ¡No te preocupes, el conjuro también funcionará conmigo! ¡Estoy pegado a ti! —dijo besándome el cuello.

—Nunca he podido entender cómo sabes tanto... —comenté devolviéndole la sonrisa, ya que la tranquilidad había vuelto a mi ser, e inmediatamente realicé el conjuro, haciéndonos desaparecer entre el firmamento.

A los pocos minutos, pudimos sentir que ya no nos seguían, habíamos conseguido despistarlos

con el conjuro; entonces se oyó una voz, ya que no éramos visibles a los ojos del hombre:

—Hacia el aeropuerto —exclamó Nicolás.

—¿No podemos volar hasta Alemania? —pregunté inocentemente, y Nicolás soltó una risotada desenfadada.

—Eres una bruja muy buena, pero atravesar el Atlántico no creo que sea buena idea... Te cansarás, como en cualquier ejercicio que realices, como mucho en media hora estarías agotada y el mar no es un buen sitio para descansar... —comentó.

—De acuerdo —dije finalmente, porque efectivamente empezaba a notar cansancio después de la adrenalina que habíamos liberado.

Llegamos finalmente al aeropuerto unos minutos después, buscamos un sitio tranquilo donde no hubiese gente para aterrizar y pudimos comprobar cómo los tres metros y medio de invisibilidad se cumplían a la perfección, ya que, en cuanto pisamos el suelo, un boquete de tierra justo debajo de nuestros pies desapareció ante nuestros ojos... Podía verse perfectamente una brecha de tierra abierta de aproximadamente un metro y medio hacia abajo... ¡era realmente impresionante!... Parecíamos flotar por encima de ella cuando, en realidad, estábamos pisando el suelo. Dejamos a un lado el *carpodíptero*, realicé el contra conjuro para hacernos visibles y, sin que nadie se percatara de cómo habíamos llegado, accedimos al recinto. Una vez dentro, Nicolás comentó:

—Ahora tenemos que buscar unos baños para transformarnos, en poco tiempo tendremos a los Golfrid aquí.

—¿Crees que vendrán hasta aquí?, los hemos perdido volando.

—Ya, pero saben que necesitamos ir a Alemania con el manuscrito y no hay otra forma de hacerlo.

—Bien, y cuando llegemos ¿qué?, mi madre está en sus manos.

—Ya pensaremos en algo, de momento concentrémonos en llegar hasta allí —Afirmé con la cabeza—. Busca el conjuro de la transformación y dime qué necesitamos, mientras vamos avanzando para localizar un aseo. —Yo me concentré cogiendo el medallón y Nicolás me llevó del brazo guiándome mientras caminábamos.

—¡Lo tengo! —dije finalmente—. Necesitamos algo personal del sujeto en el que nos vamos a convertir y algo nuestro. —Y mirándole comenté—: Parece todo muy sencillo... —Nicolás dibujó una sonrisa en su rostro.

—¡Bien!, estás hecha toda una experta... ¡Vamos allá! —Nos acercamos a una señora de unos cincuenta y tantos años, bastante obesa, que justamente se le había caído el bolso al suelo con sus cosas personales. Nos agachamos para ayudarla a recogerlo todo y, aprovechando la situación, Nicolás cogió un labial que había rodado por debajo de una silla y se lo metió en el bolsillo. Terminamos de asistirle, nos dio las gracias y seguimos caminando—. ¡Ya tenemos el tuyo! —comentó Nicolás.

—¿Has cogido algo de la señora? —pregunté asombrada, no veía a Nicolás capaz de robar algo, además, tampoco quería convertirme en una señora de tan avanzada edad.

—¡No podemos perder mucho más tiempo, Helen, estarán aquí en breve!

—¡Pero es una señora muy mayor! —le reproché.

—¡Mejor!, así les despistaremos más... ¿Qué querías?, ¿una modelo? —Entonces vimos cómo una mujer peinaba a una niña de unos siete años que gritaba cada vez que le pasaba el peine; tenía el pelo largo y bastante rebelde, así que pudimos observar cómo algunas hebras de su pelo caían en el suelo.

—¡A no!, ni pensarlo —protestó Nicolás viendo la situación—, ¿un crío?, y encima ¿niña?

—Has dicho que el tiempo apremia... ¿no? —dije con una risita burlona. Así que a

regañadientes nos acercamos al sitio, yo simulé que se me caía la billetera y me agaché aprovechando para recoger algún mechón de cabello.

Una vez tuvimos todo lo que necesitábamos, nos dirigimos a los aseos más próximos y entramos directamente en el cuarto de minusválidos, que estaba al lado de los baños de hombres y mujeres, y que era el único sitio privado al que podíamos acceder los dos juntos, intentando que nadie lo notara. Una vez entramos, nos encerramos con llave.

—Ok —dijo Nicolás tomando el pintalabios—, yo seré la señora mayor.

—¿Por qué? —exclamé en tono de queja, ya que había vuelto a cambiar los planes.

—Porque está visto que aplico mejor la lógica que tú —aseguró con una risita en el rostro; yo me quedé boquiabierta, pero callada porque sabía que tenía razón.

—Y entonces, ¿yo seré la niña gritona? —A Nicolás se le dibujó una sonrisa más amplia, devolviéndome el gesto que le había hecho uno segundos antes.

—¡Venga! —dijo Nicolás—, empieza con el conjuro.

Cogiendo el pintalabios y varios pelos de la cabeza de Nicolás, que le arranqué con mala leche, pronuncié las palabras que podía divisar en mi cabeza a través del medallón: «Que el ser que habita este cuerpo (cogí el mechón de pelo) transforme su esencia (entonces lo uní con el pintalabios de la señora, no sin antes abrirlo para que hiciese contacto directo) en un ente nuevo»; cuando me volví hacia él, era la señora que acabábamos de dejar atrás; aún se sobaba la cabeza por los cabellos que le había extraído. Yo me quedé estupefacta, era increíble que pudiese hacer todo eso en tan sólo unos segundos.

—¡Está bien!, ¡qué mala perdedora eres! —exclamó Nicolás con la voz del cuerpo que ahora habitaba, yo solté una risita nerviosa, era muy raro ver a Nicolás así; y entonces continuó—, ahora intenta cambiarme el color del pelo y la ropa, eso se supone que es muy sencillo... es un puro efecto óptico y sólo tienes que concentrarte, es por si nos cruzamos con la señora, que haya algo diferente. Busqué rápidamente en el manuscrito y lo hallé, con mis manos froté su pelo y toqué su ropa, hasta que cambió de aspecto.

—¡Vaya! —exclamé finalmente—, ¡qué pasada!, no pensé que fuese tan fácil todo esto...

—La necesidad te ha hecho localizar todo muy rápidamente, de todas formas, eres especial... —dijo mirándome con una sonrisa y cogiendo mi nuca para acercar mi rostro al suyo.

—¡No creas que voy a besarte con ese aspecto! —Una risotada salió de su garganta, estaba claro que lo había hecho adrede. De pronto, oímos cómo tocaban la puerta fuertemente y se oía detrás de ella.

—¡Le he dicho que vi entrar a una parejita!, a saber, qué están haciendo dentro... ¡ya no hay respeto! —exclamó furiosa la voz de una mujer.

—Por favor, abrid la puerta —dijo a continuación una voz masculina. Nos dimos cuenta entonces de que alguien había notado nuestra entrada en el baño de minusválidos y se había quejado; así que procedimos rápidamente a mi cambio, también arranqué un pelo de mi cabeza e hice el mismo procedimiento, luego cambié el color de mi pelo y el vestido.

—¡Por favor, abrid la puerta o voy a tener que forzarla! —exclamó la voz masculina. Entonces salimos de allí.

—¡Por Dios! —exclamó Nicolás con la voz femenina que correspondía a quien representaba—. Ya sé que es para minusválidos, pero venía con la niña desesperada por hacer pis y soy una señora mayor... —remató—, ¡es increíble la falta de tolerancia de la gente! —La señora que nos había denunciado se quedó boquiabierta y el señor, que era un guardia de seguridad que la acompañaba, le comentó: —Señora, póngase gafas la próxima vez... —Entonces nos dirigimos riéndonos discretamente hacia el mostrador para sacar los billetes a Alemania.

Eran aproximadamente las ocho de la noche cuando nos acercamos a la fila del mostrador de la aerolínea para comprar los billetes, había delante unas ocho personas y, de pronto, vimos a lo lejos a Peter junto a dos hombres más que se movían por los pasillos observando a todo el mundo; estaban acercándose. Inmediatamente Nicolás se salió de la fila y comentó:

—Tenemos que comprar unas maletas, aunque vayan sin nada. Es importante que nos vean con equipaje, estarán buscando a dos personas y observarán cada detalle; sería muy raro que no lleváramos algún bulto. —Le di la mano como una niña a su abuela y nos acercamos a una tienda; Nicolás rápidamente la compró, le quitó la etiqueta y yo busqué un conjuro con el fin de hacerla ver más desgastada por el uso; cuando por fin lo visualicé, me acerqué a los zapatos viejos de un señor y los toqué, no me quedó difícil hacerlo con mi nueva y joven apariencia; entonces procedí a tocar la maleta nueva y a conjurar el hechizo: «Convierte en viejo lo que es nuevo y desgasta a los ojos con nuevo concepto»; entonces ésta cambió, e incluso se volvió más pesada, parecía llevar algo dentro. El señor al que le había tocado los zapatos le hizo gracia, entendía que era la chiquillada de una niña traviesa.

—No toques los zapatos que luego te llevarás las manos a la boca —comentó amablemente el señor. Entonces Nicolás le agradeció el gesto y me regañó como lo haría una abuela a su nieta; sólo que, cuando se agachó para hacerlo, comentó:

—Ahora visualiza un conjuro para cambiar los pasaportes, ¡ya lo debes tener fácil!, y mira también un conjuro para hacernos hablar perfectamente el alemán, como nativos... —Empezaba a sentirme algo extraña, incluso estuve tentada a no hacerle caso, pero rápidamente reflexioné y comenté:

—¡Me estás haciendo un máster intensivo! —Ambos reímos de forma moderada y, sin hacer ningún tipo de comentario más, me concentré y así lo hice, volvimos a caminar hacia el mostrador. Justo cuando nos paramos a hacer la fila, apareció Peter observando todo el panorama; yo estaba muy nerviosa, pero Nicolás parecía tranquilo, entonces a Peter le sonó el móvil, lo cogió y comenzó a hablar.

—¿Eve?, ¿los has encontrado? — hizo una pausa escuchando lo que le respondía—¡Joder!, ¡no sé cómo los hemos perdido!, pero deben estar por aquí... ¡seguro!, necesitan llegar a Alemania lo antes posible y no hay otro medio más rápido —comentó disgustado—. ¡Seguid buscando y coged pasajes, volamos también nosotros! —Y entonces colgó, hizo un barrido con la mirada y se volvió hacia los dos hombres que le acompañaban—. Voy a coger pasaje, me quedo haciendo la fila, hagan otro barrido por el resto de las aerolíneas que viajen a Alemania y cojan pasajes en cada una de ellas; si es necesario más gente llamad a Eduard. —Ambos hombres siguieron por el pasillo caminando velozmente sin dejar de mirar a todos lados, Peter volvió a coger el teléfono y marcó. En ese instante Nicolás me miró y comentó, intentando mantener una conversación casual conmigo.

—No insistas, cielo, no te voy a comprar más piruletas, te va a doler la tripa, anda siéntate y espérame allí —dijo mientras me señalaba una silla cercana. Inmediatamente supe que quería decirme algo, pero debía hacerlo de forma que no fuese sospechosa así que respondí:

—No, abuela —negué enfadada—, quiero la piruleta ahora —dije con cierto reclamo, entonces Nicolás aprovechó para acercarse a mí como si me estuviese regañando sin que quisiese que la gente oyera y comentó:

—Quítate, sin que te vea Peter, el *camahutus*. —Abriendo los ojos comentó—: ¡te estoy viendo la cadena!... y guárdala en el bolsillo, que no se vea, pero cerca de ti —Y, dándome un beso en la frente, finalizó en tono más alto para que oyeran—. ¡Y siéntate donde pueda verte!, que si no me pones de los nervios...

Yo obedecí y me desplacé por detrás de Peter, que ni se percató de la situación, rápidamente me quité el collar con el colgante y lo guardé en el bolsillo, luego me senté en las sillas que estaban más cercanas y donde mi supuesta abuela podía verme, me quedé jugando como una niña pequeña; los veía, pero no podía oírlos; interpreté muy fácilmente mi papel en su totalidad, porque incluso pude sentir unas ganas inmensas de jugar. Mientras tanto, Peter seguía insistiendo en la llamada telefónica, hasta que finalmente le contestaron al otro lado, estaba tranquila porque sabía que Nicolás podía oírle, yo de vez en cuando veía sus gestos, pero seguía jugando.

—Nada Eduard, desplaza a toda la gente que tengas, esto está siendo caótico, hay mucha gente en el aeropuerto, pero no los vemos. —Hizo una pausa escuchando y volvió a decir—. No... No lo creo... Acaba de adquirir el medallón, es imposible que lo sepa manejar, pero de todas formas estaré atento. —Volví a hacer una pausa—. Lo de volar no lo tengo muy claro, no estoy muy seguro de que haya sido ella... —Ante este último comentario, Nicolás se puso algo incómodo, pude notarlo, aunque no pude oír lo que decía; finalmente hizo una pausa y comentó—: De acuerdo, iremos todos a Alemania. —Y colgó.

A los pocos segundos a Nicolás le tocó el turno. Le vi hablar con la azafata del mostrador y posteriormente dirigirse al mostrador de al lado para que le atendiese otra persona; no oía nada y no sabía bien lo que estaba pasando, sin embargo, de vez en cuando, Nicolás se volvía hacia mí y me miraba con ternura y complicidad, dándome a entender que todo iba bien y que no me moviera de allí. Incluso Peter, que estaba tras él, le adelantó y compró los pasajes a la primera azafata que nos había atendido y, justo cuando se disponía a marchar, vio cómo a Nicolás, en el cuerpo de aquella señora tan mayor, le resultaba muy difícil subir la maleta a la cinta; se acercó para ayudarla y éste le agradeció el favor con total cordialidad, compró los billetes y se desplazó hacia mí; Peter tomó otro rumbo. Cuando por fin Nicolás llegó hasta donde me encontraba sentada, tomó mi mano y caminamos juntos hacia el acceso de vigilancia que daba paso a las salas de donde salían los viajeros. ¡La representación había sido perfecta!, no nos encontrarían...

—¡No me puedo creer que lo hayamos hecho tan bien!, y eso de que te ayudara con la maleta... ¿ha sido adrede?... ¡Te has desquitado haciendo que él mismo te la suba!, ¿no?

—Pues no ha sido intencionado... —comentó—. Hay algo que no te he dicho. —Y me miró.

—Para variar —refunfuñé—, ¡suéltalo!

—No has leído bien la letra pequeña del conjuro de la transformación, ¿verdad?

—De qué hablas... —dije extrañada—. ¿Qué letra pequeña?

—Adquirimos cuando cambiamos todas las características del sujeto al que remplazamos, sus fortalezas, debilidades, miedos, fuerza física... ¡todo!... y ésta es una señora muy mayor. —Me quedé impresionada.

—O sea, que no lo has hecho intencionalmente... La verdad, no tenías tanta fuerza —Nicolás afirmó con la cabeza—, y mis ganas de jugar tampoco ha sido casualidad — el negó con la cabeza, confirmando mi conjetura—, ¡qué fuerte es esto! —dije sonriendo infantilmente.

—No lo has entendido bien, Helen... —dijo preocupado, yo me volví para mirarle—. Hay algo peor aún...

—¿Peor? —pregunté extrañada—, si está siendo muy divertido.

—¡Helen! —exclamó—. Intenta concentrarte en quienes somos, ¿vale?; cuanto más pase el tiempo más nos acostumbraremos a estos cuerpos e iremos perdiendo la capacidad de ser quienes somos, incluso si llegaran a pasar algunos pocos días, nos volveríamos como ellos y podríamos perder nuestras identidades para siempre. —Me quedé sorprendida, sin articular palabra—. Cuanto más joven es el cuerpo, el proceso es más rápido, para ti quizás sean menos días.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Un par... —dijo mirándome.

—¡Nicolás, este viaje es muy largo! —dije entonces con algo de angustia, entendiendo fugazmente el problema.

—¡Sí!, por eso necesito que, cuando entremos al avión, te concentres y hagas que la gente tenga borrosa nuestra llegada; cuando el avión arranque, nos transformaremos nuevamente y no podrán acordarse de que éramos distintos, por lo menos la azafata y quienes nos rodeen.

—Y qué pasa con Peter, ¿viene en este avión!

—No —dijo mirándome fijamente—. Hemos cogido otro rumbo.

—¿De qué hablas? —pregunté desconcertada.

—Vamos a Madrid, España. Allí cogeremos otro avión a Alemania...

—¡No podemos perder tanto tiempo, Nicolás! —comenté disgustada—. Además, tenía que ser justo ¡Madrid!

—¡Helen! —dijo mirándome—. Tenía a Peter justo pisándome los talones, literalmente; no podíamos coger el vuelo a Alemania porque no podríamos transformarnos y, quizás, cuando llegásemos ya no sabríamos ni quiénes éramos, ¿vale? —Yo me quedé mirándole porque parecía algo descontrolado, con los nervios a flor de piel. Entonces prosiguió—: Cogí el único vuelo que vi que podía sernos útil, porque esta aerolínea viaja allí y luego podríamos hacer la conexión a Alemania, ¿de acuerdo? —alzó la voz muy angustiado—. Además, para finalizar la súper señora que escogimos tiene un miedo jodido a volar, habla fatal y me está ¡cagando literalmente del susto! Cuando por fin se desahogó comenté:

—Bien... —exclamé en tono suave—, pero la señora la escogiste tú, no yo... ¡Y, además, ahora sí quiero una piruleta! —Nicolás suspiró hondamente.

—Creo que esto va a ser más complicado de lo que parece... —Señaló las puertas de inmigración y accedimos a los controles de pasajeros que nos llevaban a las salas.

Esperamos una media hora sentados hasta que confirmaron que el vuelo, se retrasaba una hora más. Nos miramos porque sentíamos que íbamos perdiendo nuestras identidades, pero respiramos profundamente, asentimos con la cabeza y seguimos rápidamente con nuestras cosas; Nicolás leyendo una revista y yo jugando con otra niña con la que había entablado cierta amistad. De vez en cuando, Nicolás alzaba la mirada para buscarme y hacía un barrido general para verificar que realmente hubiesen perdido nuestra pista.

A la hora nos llamaron para embarcar, pasamos el primer control y, cuando estábamos a punto de llegar a la puerta del avión, Nicolás se volvió a mí, se agachó y comentó en susurros:

—Recuerda, tienes que volver borrosa nuestra entrada para todos los que nos rodean, en especial para los azafatos. —La niña que había creado avanzaba con mucha rapidez dentro de mí y sentía que no podía controlar todo lo que hacía, decía o sentía, así que contesté sin pensar.

—Pero me está dando sueño —Me rasqué los ojos. Nicolás, en el cuerpo de la señora, se agachó, me alzó en sus brazos y me puso muy cerca de su rostro; aprovechando, como quien le dice a un niño mimos al oído, y me preguntó con sutileza y cariño.

—¡Helen! ¿Recuerdas quiénes somos? —En un segundo y mirando con profundidad sus ojos recuperé la cordura y afirmé con la cabeza—. ¿Dónde tienes el *camahutus*? —Busqué en mi bolsillo, lo cogí entre las manos sin importarme que nadie lo viese, ya que no sentía miedo alguno, era una niña; entonces Nicolás envolvió su mano junto a la mía y entramos casi invisibles a los ojos de todos, nos sentamos y, en cuanto lo hicimos, yo volví a mí estado infantil... Empezaba a perder la cabeza, pero no era consciente de ello; de alguna forma tampoco había activado mi sentido de alerta, porque estaba con Nicolás y sabía que él no dejaría que me perdiese.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunté sintiéndome muy cansada y bostezando. Nicolás se

volvió hacia mí, mirándome con ojos de tristeza comentó:

—Falta mucho, Helen, pero no te preocupes. —Se me quedó mirando fijamente y me preguntó —: ¿Me dejas el medallón que tienes y te lo guardo no lo vayas a perder? —Inmediatamente se lo entregué, ya que aún lo tenía en la mano, lo solté tan rápido que él me miró con extrañeza, entonces lo apretó fuerte, cerró los ojos concentrándose y cambió su aspecto... Volvía a ser Nicolás... y nadie en el avión pareció apreciarlo. Entonces cogió los pasaportes y también operó el cambio sin mucho esfuerzo; yo había empezado a dormir sin percatarme de lo que hacía, cuando sentí que volvió a llamarme.

—¿Helen!?! —sonó entre pregunta y afirmación; yo le miré y le sonreí—. ¿Me reconoces? —Me quedé mirándole; me adentré nuevamente en la profundidad de sus ojos, sabía que le quería, pero no estaba claro de qué modo, sabía que le conocía y tenía confianza plena en él, pero no sabía de dónde, así que no pude responderle. Entonces Nicolás me abrazó, me dio un beso en la frente con cierta tristeza en su rostro y comentó—: Quizás sea mejor así dadas las circunstancias... —Hizo una pausa, yo no entendía lo que decía porque tenía sueño y estaba cansada, mi mente infantil había hecho que me perdiera conjeturas claves y no me cuestionara en ese momento cómo había cambiado él solo su aspecto; entonces prosiguió—. De esta forma creo que será mucho mejor para todos... en especial para los dos... —Inmediatamente se colgó el medallón, puso una almohada en mi cabeza, ladeándome para dejarme más cómoda y me tapó con la manta—. Dulces sueños, brujita... —dijo al final con una sonrisa fingida en el rostro por la pena que empezaba a embargar su alma. Yo volví a sonreírle casi dormida y caí rápidamente en un plácido sueño; él se recostó a mi lado para mirar mi rostro y, de nuevo, dándome un beso en la frente comentó muy bajito—: Te amo...

Entonces el avión cerró sus puertas y despegó.

8 de enero

El trayecto prácticamente ni lo sentí; cuando desperté, a mis ojos de niña, un señor me tenía alzada en brazos, esta vez no le reconocí, pero me sentía tranquila y confiada con él, así que volví a dejar mi cabeza posar sobre su hombro mientras avanzaba por unos pasillos. De pronto, llegamos a una fila que nos llevó finalmente a unos cubículos, era Inmigración.

—¿El señor Nicolás Gotthelf? —preguntó el guardia de seguridad en la entrada de Inmigración viendo a Nicolás y al documento que le proporcionaba. Él afirmó—. Y la niña que trae en brazos es... —Helen Gotthelf, mi hermana, mis padres nos esperan fuera. El guardia, mirando ambos documentos comentó:

—¡Bienvenidos! —Y nos los devolvió.

III PARTE
EL VEREDICTO

Capítulo XVII

La verdad

06:00 horas

Nicolás avanzó por los corredores del aeropuerto y, sin recoger ninguna maleta, salió directamente por la puerta que da hacia los pasillos exteriores, en dirección a la calle con una niña en brazos, yo.

En cuanto salió, cuatro hombres bastante fornidos y con pinta de guardaespaldas se acercaron y le acompañaron en su trayecto hacia la puerta de salida; Nicolás no se inmutó, incluso parecía esperarlo. Un quinto sujeto, algo más delgado, todo de negro y con pinta más desenfadada se le acercó.

—¿Y bien?, ¿cómo ha ido todo? —preguntó enérgicamente entusiasmado.

—¿No lo ves?! —exclamó Nicolás mientras avanzaba, no de muy buen humor—. Ya puedes decirle a Kendra que hemos llegado —dijo muy seriamente.

—¿La niña es...?! —cuestionó entre pregunta y afirmación.

—Sí, es Helen. —Suspiró—. Cambio de planes... —aclaró—. Pero ha salido mejor de lo que esperaba, de esta forma la salida se ha complicado menos —El joven de negro llamado Damián afirmó con la cabeza. Entonces le hizo un gesto a uno de los guardaespaldas para que me cogiera y le quitara ese peso a Nicolás de encima, en ambos sentidos, físico y sentimental. Cuando vi que se iba a efectuar el cambio, me agarré como una garrapata a la camisa de Nicolás y me acurruqué en su regazo como una niña pequeña muy asustada, sin entender bien lo que pasaba—. Tranquila... Nadie te va a hacer daño —dijo Nicolás mientras me besaba la frente—. Dejadla... que la llevo yo... —comentó; entonces Damián le miró con la cara perpleja.

—¿Qué pasa, Nicolás?, ¿te has ablandado con la chica? —dijo en son de burla; de pronto, Nicolás paró en seco, se giró para mirarle con cara de pocos amigos y finalmente dijo:

—¡Aún estamos dentro del aeropuerto y ella no sabe ni quién es! —exclamó en tono fuerte—. ¿Quieres un berrinche aquí? —Todos se quedaron callados y se miraron entre ellos, al segundo volvieron a tomar el rumbo hacia el parking del aeropuerto. Mientras caminaban Nicolás preguntó —: ¿Qué ha pasado con la célula que hallaron infiltrada?

—Algunos han sido eliminados, otros encerrados... —dijo tajantemente Damián—. ¡Decisión de Kendra!... Ha dicho que algunos aún podrían ser útiles. —Entonces miró hacia el techo y pavoneándose comentó—: ¡Yo me los hubiera cargado a todos! —Nicolás parecía haberse transformado, era frío y distante, no pareció afectarle el hecho de que estuviesen hablando del destino que habían corrido sus supuestos amigos—. Hay tres mujeres a las que están interrogando... Creo que se llaman Alice, Christine y Laura... Se les ha separado, a ver si pueden sacarles más información. —Yo estaba ida, absorta y no reconocía nombres, ni caras—. Sobre todo, no sabemos cuánto se les llegó a transmitir al resto del clan.

—Eso lo sé yo —comentó Nicolás—, y no es preocupante... ¿Habéis avisado que la siguiente célula viajaba a Alemania?

—Sí, en cuanto nos lo confirmaste por el móvil, ya hicimos todos los trámites oportunos.

—De acuerdo —dijo finalmente Nicolás mientras llegaban a las máquinas para pagar el parking. Entonces me pasaron una bebida y Nicolás ordenó—. Venga, Helen, toma un poco, debes hidratarte. —Sin decir palabra, le hice caso y, acto seguido, preguntó en lengua extraña:

—*En unas cuatro horas estaremos en Granada, ¿no?*

—*Eso es... unas cuatro horas y llegaremos al castillo* —comentó Damián.

Cogimos el coche e hicimos un trayecto que recuerdo, entre sueños, muy largo, volví a quedarme profundamente dormida y no desperté hasta unas horas después.

11:00 horas

Me levanté sobre una inmensa cama antigua, llena de tules y sábanas de seda; lo hice de forma inmediata y veloz, despertándome tan abruptamente que, incluso cuando me incorporé medio cuerpo, mi cabeza dio vueltas sin parar y el dolor en la sien se manifestó. Estaba totalmente indispuesta y confusa, parecía como si hubiese vivido una larga pesadilla de la que no había podido despertar hasta ahora, recordaba fugazmente el rostro de Nicolás y de muchas personas, intentaba hacer conexiones de lo sucedido y de cómo había llegado hasta allí, pero cada vez mi aturdimiento era mayor. Lo último que recordaba con claridad era haber realizado el conjuro para ser una niña, después de ello todo había sido muy confuso.

Entonces me incorporé rápidamente y me acerqué a un espejo que tenía en frente de la cama, era inmenso y ocupaba casi toda la pared de arriba hasta abajo. La habitación era muy amplia y luminosa, tenía una especie de salita al lado de la cama, una librería y un aparador antiguo para guardar la ropa; toda la habitación era de piedra vista, muy antigua y extraordinariamente restaurada. En cuanto me puse en pie y, aunque estaba a una distancia bastante lejana, pude comprobar a través del espejo que era yo, Helen Wolf, había recuperado mi aspecto físico y mi sensatez; sin embargo, las últimas escenas de mi vida estaban muy confusas en mi mente. De pronto, vinieron a mí varias imágenes fugaces que me hicieron estremecer; rápidamente me llevé la mano al cuello y pude confirmar que no tenía el medallón como me temía, intenté concentrarme para buscar algún hechizo y todo estaba vacío, no podía visualizar nada. Me dirigí rápidamente a la puerta, intentando salir de la habitación para saber dónde estaba y cómo había llegado allí y, en cuanto la abrí, un grito ahogado invadió mi garganta; me quedé inmóvil mirando a la persona que tenía frente a mí, el sobresalto fue más por verla, ya que no esperaba que nadie estuviese tan cerca de la puerta, parada como una estatua perenne, esperando a que saliera, con una bandeja y un vaso de algún líquido en la mano. Kendra se quedó mirándome de forma escrupulosa, parecía realmente como si hubiese estado aguardando a que abriese la puerta, fija e inerte; entonces, sin articular palabra, se abrió pasó y entró obligándome a retroceder, se dirigió hacia el gran ventanal y se paró frente a él dándome la espalda, yo la seguí con sigilo, entonces comenzó a hablar:

—He estado esperando este momento largo tiempo... —dijo tranquilamente; yo no entendía lo que sucedía, ella dando medio giro para mirarme a los ojos continuó—. Lo mejor es que te tomes este té que te he preparado para que te encuentres un poco más relajada... —Entonces me lo ofreció, pero yo negué con la cabeza ya que no tenía muchas ganas de probar nada más—. No es cuestión de que te apetezca o no —dijo duramente—. Es importante que te lo bebas, Helen, te ayudará a descansar... Además, lo necesitas después de la transformación que has sufrido, es una especie de antídoto. Entendí que debía hacerlo, así que sin decir ni una palabra me acerqué, lo cogí de la bandeja y me lo tomé; cuando por fin lo devolví vacío a sus manos, Kendra prosiguió.

—Aún no entiendes nada, ¿verdad, Helen? —preguntó con cierto sarcasmo, yo sólo moví la cabeza indicando que no sabía qué debía entender—. Bien... Porque he querido ser la primera en hablar contigo para ver tu expresión cuando por fin lo entiendas todo... —dijo mirándome fijamente, esta vez de forma repulsiva y detestable, yo sentí una especie de escalofrío en todo el cuerpo—. Verás, antes de nada, quiero advertirte que esta habitación está protegida con una magia especial que no permite que puedas realizar algún conjuro, hechizo o cualquier cosa que intentes hacer. Como verás, todo está abierto —dijo señalando la puerta y la ventana—. Sin embargo, no

puedes salir, no puedes atravesar estas paredes. Te lo digo para que no intentes agotar fuerzas porque sería infructuoso... —Entonces rápidamente desperté del letargo en el que me encontraba, porque el tono que utilizaba a pesar de ser tranquilo y en cierta medida apacible, era también bastante amenazante y odioso.

—¿Que pretende decirme, señora Gotthelf, que estoy protegida? —pregunté perturbada.

—Protegida no sería la palabra, querida... —dijo entre risas—. Yo más bien diría prisionera, he dicho que no puedes salir, no que no podemos entrar... —comentó finalmente muy seria. Yo estaba totalmente contrariada y no salía de mi asombro, entonces continuó—: ¡Por mí estarías en las mismísimas mazmorras de este viejo castillo! —dijo esta vez de forma grosera—. ¡Ya he tenido que aguantar bastante! —exclamó desagradablemente.

—Eso no tiene sentido... —dije con un nudo en la garganta, intentando evadir lo que venía a continuación, porque siempre lo había sabido—. ¿Dónde está Nicolás?, quiero hablar con él. —¿Aun después de entregarte quieres verle? —preguntó desconcertada. Entonces tragué saliva, no quería que continuara.

—¡Basta ya! —exclamé sin fuerzas—. Quiero verle, necesito preguntarle... —dije casi entre sollozos, cuando Kendra intervino.

—Pero, Helen, cualquier cosa que necesites, sabes que puedo decírtela yo... —Y continuó irónicamente—. Pruébalo... pregunta. —Entonces una lucha interior empezó a embargarme, por un lado, pensaba que siempre lo había sabido, Nicolás era parte de ellos; pero, por otro lado, me había demostrado mil veces que me quería y que no tenía nada que ver con el clan de Kalen. Una de dos, o me había engañado o le habían estado utilizando hasta tal punto que ni siquiera sabía que sus padres estaban implicados en todo ello. Decidí apoyarme en mi segunda teoría, no tenía sentido que él no estuviese allí para decírmelo a la cara, además, recordé cuando, estando en el hospital y bajo mi poder, se lo pregunté; así que rápidamente declaré:

—¡Nicolás me ama y usted no va a hacer que dude de él! —Ella rio efusivamente y yo volví a decir—: Se lo pregunté bajo un hechizo y me lo dijo claramente —comenté alterada y recuperando algo de aliento, ya que no soportaba su sarcasmo.

—¡Nicolás ha amado mil veces, querida... y mil veces ha odiado! —dijo mirándome con extrañeza—. De verdad ha hecho un gran trabajo esta vez, ¿piensas en serio que está enamorado de ti? —Y continuó moviendo la cabeza—. ¡Es un gran brujo!, acaso crees que enviaríamos a cualquiera... Enviamos ¡al mejor!, a mi hijo —dijo con recelo—. Es capaz de evadir un hechizo tan infantil como ese y cosas mucho más grandes. —Mi cabeza daba vueltas, por un lado, había empezado a sentirme mareada, sin fuerzas, no sabía si era exactamente por el brebaje que me había dado o por todo lo que estaba oyendo; intentaba analizar rápidamente todo lo que habíamos vivido, tenía que haber algo que me hiciera pensar que lo que decía no era cierto. Kendra ahora parecía desesperada por soltarlo todo y, como no recibió una respuesta de mi parte, continuó preguntando—: ¿Y entonces porque estás aquí prisionera?

—¡No lo sé! —dije sollozando—. Algo debió salir mal, ¡y a saber dónde lo tenéis! —exclamé alterada, entonces chasquéo con la boca.

—Eres más ingenua de lo que pensaba... Soy su madre, Helen, crees que él puede ser “bueno” —dijo haciendo énfasis en esa última palabra y acercándose a mí—. ¡Mírame! —exclamó mientras sus ojos se tornaban negros por completo y demostraban la maldad de su alma, un escalofrío invadió todo mi cuerpo, su rostro parecía haber cambiado y por fin daba a conocer su verdadera cara. Finalmente, cuando me tuvo muy cerca, pude reconocer en ella los rasgos de la anciana con la que me topé en Granada aquella noche tormentosa, en la que por primera vez sentí miedo y dolor. Noté en mi ser el mismo estremecimiento fugaz que sentí la primera vez que la vi el

día que llegó al pueblo en el coche y pasó a mi lado, las mismas miradas de recelo que había lanzado sobre mí todo este tiempo y que no había percibido antes con tanta claridad... Todas esas imágenes volvieron a acudir a mi cabeza de forma muy rápida y estremecedora.

—¡Es imposible! —volví a decir, retrocediendo con angustia en mis palabras y con un dolor que atravesaba mi corazón y mi alma—. Usted es... —dije casi sin aliento.

—Así mismo quería verte, Helen —dijo disfrutando de mi tormento; pero nuevamente volví a negármelo todo, había cosas que no encajaban y había jurado no volver a desconfiar de él. Tampoco tenía más posibilidades, de manera que me agarré a un clavo ardiendo e insistí agotando mis últimas cartas.

—¡Ustedes no pueden entrar a la iglesia! Y Nicolás entró conmigo —dije casi gritando entre llanto y confusión.

—¡Ja! —rio entre dientes—. Dios siempre espera que las ovejas perdidas del rebaño enderecen su camino... —dijo con cierta mordacidad—. ¡Claro que podemos entrar a la iglesia!, otra cosa es que hayamos querido hacerlo o no... Había un plan trazado querida... —Entonces habló reflexionando—. Lo que no podemos hacer es comulgar... Hasta que no estemos verdaderamente arrepentidos de nuestros actos... —dijo con cierto sarcasmo—. Pero eso no te lo contó Nicolás... ¿a qué no?, ¿le viste hacerlo? —preguntó sabiendo perfectamente la respuesta, yo me quedé fría, pero seguí insistiendo.

—Y ¿cuándo fuimos a vuestra casa a buscar dinero? —Kendra me interrumpió.

—¡Todo fue un montaje, querida!, estábamos esperándoos... Ya Nicolás nos había avisado... —Yo seguí insistiendo con escepticismo.

—Me ha acompañado todo este tiempo... ha estado a mi lado, para lo bueno y lo malo, para ayudarme...

—A investigar tu vida —me cortó—. Efectivamente, su primera misión fue meterse en tu vida hasta el punto de que le necesitaras, de que confiaras plenamente en él. —Hizo una pausa—. Después debía asegurarse de que fueses la elegida, ¡por supuesto, debía acompañarte a todo!

—¡Me ayudó a desarrollar todos mis poderes! —dije casi sin aliento, intentando sacar de mi cabeza todas las armas que aún mantenían mi frágil fe en él.

—¿Y de verdad crees que lo hiciste tú? —dijo con burla e ironía—. ¡Se necesitan años de experiencia y entrenamiento!, qué insensata y tonta eres... ¿No te diste cuenta ni por un momento que él era el que lo hacía?... Cuando volasteis a través del cielo saliendo velozmente de la casa de los Golfrid, cuando cambiasteis vuestros cuerpos en el aeropuerto para que no os encontraran, incluso cuando él volvió a recuperar su aspecto... ¿No lo recuerdas? —Entonces dijo calmadamente y pronunciando cada una de las sílabas— ¡Ya no lo “ayudaste”! —comentó señalando con sus manos las comillas en el aire. Mis ojos se cerraron porque el dolor hacía que mi garganta ardiera y mi pecho se quemara de dolor, entonces pregunté:

—¿Y para qué todo esto?, ¿por qué hacer todo un espectáculo? ¿Por qué sencillamente no fueron a por mí y ya está? —Finalmente tirando por los suelos toda mi confianza en Nicolás—. ¿Sólo para verme sufrir? —Era como si justo fuese la pregunta que esperaba oír; entonces Kendra exclamó llena de ira, en aquella lengua extraña:

—*Para verte deshecha, para verte padecer, para quitarte las ganas de vivir, para sentirte engañada, ultrajada, despojada de todo lo que amas... ¡Sí!, para eso y para muchas cosas más que el puro placer de verte sufrir* —Entonces respiró y continuó algo más calmada—. *Verás, necesitábamos que nos dieras el manuscrito, no sabíamos dónde lo tenías guardado...*

—Pero... ¿vosotros lo cambiasteis? —dije confusa y entre lágrimas.

—¡Pero si estás hecha un lío! —exclamó alegremente—. ¿Aún no te has dado cuenta de quiénes

están de tu parte y quiénes no? —Rio experimentando una dulce sensación que podía leerse con claridad en su rostro—. ¡Te has creído todo lo que te ha contado Nicolás!... y ya no sabes ni quién eres... esto es ¡mejor de lo que esperaba! —confesó—, quizás debería dejarte un rato para que meditaras todo muy bien, porque así es imposible que me sigas —dijo caminando hacia la puerta, como si todo se tratara de un juego; yo sentía que no tenía fuerzas para seguir, pero debía llegar hasta el final, quizás ya no tendría más posibilidades de saberlo todo.

—El señor Golfrid dijo la verdad, ¿no? —dije con tristeza.

—Vaya... parece que vas aclarando las ideas... —comentó volviéndose.

—Pero ellos nos atacaron... —rebatí desconsolada.

—Te equivocas... ¡atacaron a Nicolás y tú le defendiste!

—Querían que el hijo que engendrara... Kalen me lo arrancara del vientre...

—Reconozco que Nicolás miente muy bien —dijo entre risas—. Y es bastante impredecible, me alegra haberle escogido a él para este trabajo. —Mi corazón se rompía en mil pedazos—. Sabe darle una vuelta a todo en momentos críticos... Verás, si lees bien el manuscrito dice textualmente que la pureza será arrancada de tu vientre... No se refería a ningún hijo, querida; sino muy al contrario... *A tu virginidad*... que entiendo aún la conservas gracias a nuestro querido Nicolás —dijo finalmente con una sonrisa en los labios—. ¡Mató dos pájaros de un tiro!, haber dejado en tu vientre un hijo de otro descendiente de Prana hubiese sido nefasto para nosotros. —Su cara era de satisfacción—. Piensa un poquito en tus últimos minutos en brazos de Nicolás... Eso te aclarará las ideas...

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté desconsolada.

—No tienes ni idea de cómo he esperado a que me hicieras esa pregunta. —Se detuvo frente a mí y, mirándome directamente a los ojos, dijo—:

Mi padre fue Enid, hijo predilecto de Kalen, y no lo digo en sentido figurado... Verás, muchos dicen llamarse hijos de Enid, pero NO son hijos directos... Son en realidad descendientes... Nietos, bisnietos, que con el tiempo han ido proliferando. Yo soy una verdadera hija directa —exclamó con orgullo—, no la única, pero sí la predilecta y, por tanto, la favorita de Kalen también. Mi padre fue enviado a acabar con tu familia, los buscó hasta los rincones más ocultos de toda la geografía, hasta que al final los localizó aquí, en Granada.

—Espera... ¿Estamos en Granada? —pregunté desconcertada.

—El desvío del avión no fue en vano... Si es que aún te queda alguna duda —Mis ojos miraron hacia el suelo buscando consuelo, ella me levantó el mentón para que la mirara, asegurándose de que oía todo lo que tenía que decirme; entonces prosiguió—: Y cuando por fin los encontró, a punto de acabar con tu linaje, tu querida madre Eileen le quitó la vida, con sus propias manos.

—Mi madre se llama Isabella.

—Sí... Por supuesto... Descendiente directa de Eileen, hijas únicas de generación en generación, con... —comentó irónica y amargamente—. Se supone que la “exclusividad” de la ¡grandeza de Prana! —exclamó abriendo sus ojos y manos—. Pues ese privilegio ¡se acabó! Para ti... ¡Querida!... Ahora nos toca reinar a nosotros. No sólo quiero vengar a mi padre y verte sufrir todo lo que yo padecí cuando me lo arrebataron, ahora ¡quiero recuperar lo que debió ser mío! Por derecho propio. —Suspiró exhausta; con desprecio concluyó—. ¡Estoy harta de tus preguntas tontas, así que voy a decírtelo de una vez! —Cogió aire hondamente y, con veneno en sus labios, dijo—: ¡Nicolás es mío!... ¡Mi hijo!, al igual que Evelyn y, por tanto, Sina, Vera, Kilian y muchos más... que han ido proliferando también con el tiempo. Pero Nicolás es especial... Es mi predilecto, hijo de mi hermosa Eugene, ¡fallecida a manos de tu clan también! —comentó con un sinsabor—. ¿Cómo crees que Nicolás sabía tanto del clan de Kalen, sin estar en él? —preguntó

histérica, como si ya no soportara más mis conjeturas—. Ha estado conmigo toda una eternidad, ha luchado a mi lado contra los tuyos, ha odiado, matado y descuartizado a tu familia y a todos los que se han interpuesto en nuestro camino... Sin embargo... —dijo con cierta satisfacción—, tiene una belleza indescriptible... —expresó como quien habla de su compañero sentimental y no de su hijo—. Su rostro es bello como el de un ángel y eso le permite camuflar toda la maldad que lleva consigo... dentro... —comentó ensimismada, como si le amara, parecía casi como si sintiera pasión carnal por él; mis ojos se abrían como platos. De pronto, paró en seco su monólogo y mirando fijamente dijo—: Brent vendrá en breve y, con él, Kalen, entonces por fin llegaremos al final de todo esto.

—Mis padres... —dije casi sin fuerzas; era obvio que el brebaje que había tomado contenía algo y ya casi no podía sostenerme en pie.

—¡Perdona! —dijo en tono de burla—. Con todo lo que ha pasado, se me ha olvidado ¡lo mejor!; tu madre falleció hace dos días... sería justo cuando regresabais... —Mis ojos estallaron en lágrimas y mi cuerpo cayó al suelo cuando mis piernas vencieron; mi espíritu se desgarró, lo cierto es que ya no la sentía—. Y tu padre no pudo con la culpa... —dijo fingiendo tristeza—. Imagina... pensar que su amada esposa murió porque él no le hizo caso en su decisión... y encima, ¡enterarse de que su hija había muerto a manos de Kalen!

—No he muerto... —dije con rabia, pero sin aliento, en el suelo—, aún no...

—Tranquila, no pude darles la muerte que yo quería a tus padres; pero contigo me desquitaré al completo. Vólcara en ti toda la rabia y la ira que llevo siglos acumulada, no te puedo asegurar lo lenta y dolorosa que será, pero pedirás a gritos que termine... como lo haremos con toda la descendencia de Aod... —Mis ojos se cerraron de dolor, cansancio y deseos de que todo acabara. Finalmente, saliendo declaró—: Ya no te queda familia, amigos, amor... Piensa que lo mejor que te puede pasar, querida Helen, es morir, incluso después de todo, te voy a hacer un favor...

Y la puerta se cerró.

Capítulo XVIII

La reflexión

Nicolás estaba de pie afuera esperando a que saliera Kendra, había llegado poco después de que ella entrara a la habitación y se había quedado escuchando toda la conversación. A su lado también se encontraban dos guardianes altos y robustos custodiando la puerta, que permanecían inertes a cada lado de la misma; en cuanto la vio salir, se quedó mirándola fijamente con ojos inexpresivos, pero enrojecidos e incluso algo húmedos; Kendra, algo desconcertada por su presencia y por su semblante, se le acercó.

—¡Nicolás!, no esperaba que vinieras por aquí... —dijo algo intranquila.

—¿Por qué has tenido que soltarle todo eso?, ¿no te basta con entregarla mañana a Kalen?, ya tendrá que sufrir bastante, ¿no crees?

—¡No era suficiente! —dijo apresurada y con brusquedad—. Tenía que ver su cara cuando lo supiese todo —Siguió algo más pausada—. Nicolás... Me has visto sufrir, sabes que he vivido atormentada con lo que le hicieron a mi padre y sobre todo ¡a mi hija!, ¡a tu madre Eugene! —profirió expresando en su rostro tristeza, aunque Nicolás tenía sus reservas de que ese fuese realmente su sentimiento—. Me he quitado un peso de encima... —Reflexionando comentó—: Además... no te entiendo, ¿te ha vuelto débil estar cerca de ellos tanto tiempo!... —Suspirando hondamente dijo—: Vamos a tener que hacer algo al respecto... —Ambas miradas se quedaron fijas y clavadas una en la otra y, después de un corto silencio, Kendra continuó persuadiéndole—. Sabes, creo que te he descuidado un largo periodo y ya es hora de volver a nuestra vida normal. Ronald es cada vez más un estrobo y estoy cansada de tener que llevar esta figura de mujer madura... —Acercándose, le comentó en tono bajo para que los guardias que custodiaban la puerta no pudieran oír—: Esta noche voy a absorber su alma y voy a recuperar mi juventud, ¡ven a mi habitación a media noche! —flirteó mientras enredaba sus dedos en el cabello de Nicolás—. Seré buena contigo... En ese instante oyeron cómo se acercaban por el pasillo unas voces, eran Sina y Vera

—¿Qué hacéis en este ala del castillo? —preguntó Kendra disgustada.

—Venimos a ver a la prisionera —exclamó Sina en tono burlón.

Nicolás, con rabia en su rostro, gritó:

—¡Pues ya os podéis ir largando por donde habéis entrado! —Kendra puso su brazo en el pecho de Nicolás, intentando calmarlo, ya que se apresuraba hacia Sina, y comentó en tono de reproche hacia ella:

—¡Definitivamente tu madre no ha tenido éxito contigo!

Sina, con la mirada desafiante hacia Kendra por lo que había comentado, dijo:

—¿Tú sí puedes verla y el resto no? Mi madre es tan hija de Enid ¡como tú!

—¡Insolente!, tu madre es hija mía... ¡y me debéis respeto! —dijo pisando casi las últimas palabras de Sina.

—¿Y ahora volverás a realizar incesto y a quedarte con Nicolás también? El sonido estruendoso de la bofetada que dio Kendra a Sina fue tan desorbitada que todos en la sala, incluyendo los dos guardias que estaban escudando la puerta, quedaron atónitos. La fuerza había sido tan brutal que Sina se había estampado contra la pared contraria y se había quedado tendida en el suelo jadeando de dolor. Nicolás rápidamente se acercó a socorrerla, la violencia había sido desmesurada; Vera salió corriendo por el pasillo por donde habían entrado y Kendra ordenó, con el semblante frío, a uno de los guardias: —¡Sacadla y llevadla con su madre! Doblad la vigilancia, en esta ala del castillo sólo podremos entrar los que tenemos nuestros aposentos aquí

—Mirándolos insistió—: ¿Queda claro? —Ambos guardias afirmaron rápidamente con la cabeza, uno se quedó plantado en el portal y el otro se llevó a Sina en brazos. Entonces Nicolás se incorporó del suelo y se quedó mirando a Kendra con cara de pocos amigos—. ¡Basta ya, Nicolás!, es una niña consentida y estoy harta de que te persiga como una estúpida adolescente, ya tiene bastantes años encima para que lleve esa clase de vida.

Nicolás la interrumpió para preguntar fríamente.

—¿Tengo aposento en esta ala?

—¿Pero qué clase de pregunta es esa?, por supuesto que tienes aposento aquí... —dijo mirándole extrañada—. Esta es la habitación más retirada —comentó señalando donde se encontraba Helen—. La hemos dejado para la descendiente de Aod por petición exclusiva de Kalen —añadió amargamente y, tomando aire para tranquilizarse, continuó—. La anterior es nuestra habitación —dijo tomándole la mano, avanzando por el pasillo para mostrársela—. Por eso no te han dado ninguna aún... Dame un par de horas esta noche, ven hacia las doce cuando haya acabado con Ronald... Ya lo tenía todo pensado —dijo con una sonrisa en su rostro, Nicolás seguía inexpresivo, así que ella acarició su rostro con la mano.

—¿Y ésta? —preguntó Nicolás señalando la habitación más grande y que se encontraba justo frente a la de ellos—. ¿Será para Kalen...?

—Kalen y Brent, por supuesto... —dijo pausadamente—, que estarán con nosotros mañana antes de que amanezca. —Entonces dio media vuelta para volver a quedar frente a él y continuó algo más emocionada—. Verás... Lo tengo todo preparado; llevo tanto tiempo esperando este momento que lo he organizado minuciosamente, para que todo salga ¡a la perfección! —Haciendo una pausa corta continuó—. Hoy terminarán de llegar todos los invitados, todas las familias del clan, evidentemente las más importantes... El castillo estará al completo, habrá más de ochocientas personas y mañana, en cuanto amanezca, recibiremos con varios actos protocolarios a Kalen y a Brent. —Nicolás escuchaba atentamente sin decir palabra—. Dentro de los actos tenemos programados torneos... ¡todo a la vieja usanza!, con reos y nuestros mejores guerreros y bestias —comentó excitada, hasta que Nicolás interrumpió en ese momento.

—¡Espera, espera!, ¿has dicho reos? —preguntó confundido.

—¡No te lo he dicho aún! —indicó nerviosa, pero alegre—. Vienen de camino, llegarán hoy por la tarde los traidores y rebeldes que tenemos prisionero y, por supuesto, los espías del clan de Aod que tenemos en Alemania, los dejaremos en las mazmorras hasta la apertura de los juegos.

—¿Te refieres a los Golfrid? ¿Los localizaron en el aeropuerto?

—A los Golfrid, a los Bernard, a los Stuart...

—¿Traen a Laura? —preguntó inexpresivo, como tenía acostumbrado a Kendra. Su verdadera cara, la que me había ocultado, era esa... Una persona fría, distante y calculadora. Kendra estaba habituada a ello, pero para mí hubiese sido una faceta de Nicolás muy distinta a la que le conocía, pero no estaba allí para verlo. Entonces Kendra se apresuró a contestar.

—A Laura, Alice, Christine, Rachael, Robert, Edmond... —Tomó aire—. En fin, todos resultaron espías del clan de Aod —aseveró desencajada e incluso algo disgustada—. Lo cierto es que no puedo entender cómo burlaron nuestras fuerzas de seguridad... Menos mal que nos diste la voz de alerta en el hospital, creo que no lo hubiésemos detectado sin tu ayuda. —Cogió entre sus manos los hombros de Nicolás en señal de gratitud; él afirmó con la cabeza, pero siguió inmóvil y flemático. Ella continuó—. Bueno, el hecho es que tenemos preparada toda una bienvenida para Kalen, posteriormente descansaremos, porque la noche quedará reservada para el gran acto de clausura, ¡por fin Kalen se hará con el poder de Prana!, y a nosotros nos darán el puesto que nos corresponde —auguró mirándole con orgullo y satisfacción—. Por eso te quiero a

mi lado, y Ronald ya no es necesario... Tendremos la vida que siempre hemos soñado —dijo acariciándole el rostro, Nicolás afirmó con la cabeza.

—Una cosa más... —añadió Nicolás fríamente mirando a Kendra—. ¿Han muerto los padres de Helen?

—No, pero están vigilados —remató sin dar mayor importancia—. No son un peligro ahora... —Tomó aire y prosiguió—. Sólo quería ver el rostro de la primogénita cuando lo supiera. —Con algo de acritud en sus palabras, recalcó—: ¡La odio por todo lo que representa!, quiero que sufra hasta el final... —Miró a Nicolás con determinación, él volvió a afirmar con la cabeza.

—Voy a dar una vuelta por las tierras.

—Les diré que te ensillen a Sangre negra —finalizó Kendra mientras veía cómo se alejaba por los pasillos. Nicolás contestó en tono más alto ya que se había alejado, mientras veía como venía a paso galopante por el pasillo Evelyn furiosa.

—¡Ya lo hago yo!, creo que tienes una cuestión que resolver ahora... —Y se alejó. Entonces apareció detrás de Kendra la sombra de Damián, que preguntó:

—¿Quieres que le siga?

—No hace falta, está un poco confundido, pero se le pasará... ¡Es Nicolás! —dijo con una sonrisa en el rostro—. Esta noche me encargaré de que vuelva a ser enteramente mío... Siempre es igual... —indicó pausadamente, entonces Damián afirmó con la cabeza—. Eso sí, necesito que vigiles este ala del pasillo, quédate muy cerca de la habitación de Helen, necesito saber quién entra y sale de aquí...

Evelyn llegó en ese instante con el rostro indignado; Kendra se la quedó mirando fijamente con expresión desafiante y Evelyn se agachó en señal de sumisión y le besó la mano

— Hablemos... —comentó mientras se alejaban por el pasillo.

15:00 horas

Nicolás cabalga velozmente por tierras fértiles, pero escabrosas, llena de pinos perennes que forman parte del paisaje invernal que asola Granada en esa época del año. Parece estar en una competición debido a la celeridad que lleva, cuando en realidad lo hace por tratar de huir de todo aquello que le está destrozando el alma que aún le queda. Se detiene por fin en una pendiente alta, desde donde puede divisar a la perfección el inmenso bosque frío en el que se encuentra incrustado el antiguo edificio, que en realidad no era un castillo, sino un antiguo convento del siglo xv restaurado con gran acierto en medio de tierras extensas; sus jardines y fuentes evocaban un misticismo casi mágico donde lo árabe y lo cristiano confluían en paz y armonía, contrarrestando con todo lo que sucedía en su interior y la gente que lo habitaba. En segundos, Nicolás alcanzó a pensar que quizás necesitaban espacios así para poder liberar sus culpas, ya que las cargas que llevaban encima eran muy pesadas.

Mientras deliberaba entre la bondad y la maldad, alcanzó a divisar un tráiler muy grande que se acercaba por la carretera y que podía verse desde el pico donde se encontraba, ya que estaba a una altura considerable. Incluso, podía apreciar cómo se extendía hacia abajo la hermosa ciudad de Granada, con sus casas blancas y callejuelas estrechas.

En cuanto el tráiler entró en el gran complejo del palacio, cerrado para todo el público y reservado en su totalidad para el clan de Kalen, aparcó y bajaron de él una especie de carretillas antiguas de madera, a las que acoplaron unos caballos para que tiraran de ellas. Rápidamente, alcanzó a divisar que las carretillas eran en realidad calabozos que llevaban en su interior a personas, su rostro se desencajó cuando entendió que se trataban de los reos y que parte del

espectáculo comenzaba exhibiéndolos como tales a todos los que ya habían llegado a alojarse en el palacio, que ya eran más de la mitad. Eran unas cuatro carretillas en las que seguramente estarían todos sus amigos y la familia de Helen. Bajó velozmente y, en cuanto llegó al convento donde se alojaban, pudo apreciar que efectivamente se trataba de ellos, les habían dado la vuelta por el patio como lo hacían a la vieja usanza para exhibirlos, y les habían dado a los críos y chicos más jóvenes tomates para que los tiraran a manera de desprecio, el rostro de Nicolás denotaba tristeza; sin embargo, en cuanto se encontró rodeado de su gente, volvió a retomar esa actitud distante y fría, pero sobre todo inexpresiva, con la que parecía camuflar los verdaderos sentimientos que estaban aflorando en su ser. En cuanto se acercó, todos en las carretillas pudieron observarle porque se distinguía de entre los allí presentes debido a que iba a caballo; todas las miradas se centraron en él. Peter en cuanto le vio se inclinó hacia delante, agarrando los barrotes con una mirada llena de odio y violencia, y exclamó:

—¡Tú! —Sus ojos parecían llamas de fuego, aunque no podían utilizar sus poderes porque las cárceles de madera en las que se encontraban tenían un conjuro que los aislaba del exterior y no les permitía utilizarlos. Incluso la propia estructura de la carretilla les atacaba si intentaban hacerlo, de manera que, en cuanto Peter tocó los barrotes y sus ojos ardieron, fue lanzado con una fuerza brutal por el propio carro hacia el interior, ocasionándole una fractura en el brazo bastante dolorosa. Con todo y la agonía que podía leerse en su rostro, volvió a levantarse para gritarle—. ¡¿Cómo has podido hacerle esto a Helen?!... ¡Te salvó la vida!... Hijo de p... —Inmediatamente una mano tocó el hombro de Peter intentando calmarle, era Edmond, que se quedó mirando fijamente a Nicolás, más con un rostro que denotaba pesadumbre y no resentimiento; había sido su amigo. Nicolás se mantuvo indiferente ante el ataque.

Los habían separado, dos de las carretillas las habían metido hasta las mazmorras y las otras dos aún las tenían en el patio dando un rodeo. En un carro iban hombres y en otro, mujeres; en la carretilla de Edmond se encontraba Peter, dos de sus hombres y dos o tres hombres más que no lograba distinguir, al parecer eran traidores del clan de Kalen. Y en la otra carretilla estaban Laura, Alice, Christine, Rachael y Eve; entonces una voz temblorosa y casi llorosa pudo apreciarse.

—¿Nicolás? —preguntó confundida levantándose del suelo de la carretilla y cogiendo los barrotes de la misma con cierto dolor—. ¿Eres tú? —Nicolás se volvió para mirarla. Era Laura, estaba llena de moratones y golpes que revelaban la brutalidad con la que había sido tratada—. ¿Por qué nos has hecho esto? —dijo mirándole con desconsuelo—. Yo siempre confié en ti... pensé que harías lo correcto... Ví como la amabas... —Entonces tosió un poco y prosiguió—. ¿Dónde has dejado a Helen?, por favor... Sávala... —dijo finalmente llorando. El corazón de Nicolás dio un vuelco, entendió por primera vez la conexión tan profunda que había entre ellos y el amor tan insondable que sentían hacia la primogénita, todas lo miraron con ojos suplicantes; sin embargo, notó también cómo se clavaron en él todas las miradas de los allí presentes, de manera que con la sangre muy fría se acercó con el caballo hasta la celda donde estaba Laura y, propinando una fuerte patada a los barrotes donde estaba apoyada, hizo que cayera nuevamente sentada; todos los allí presentes rieron a carcajadas.

Nicolás aprovechó para retirarse rumbo a las caballerizas y a los reos les dieron una vuelta más mientras aprovechaban para arrojarles cosas y les vociferaban ofensas... injurias.

22:00 horas

Se oyó un fuerte golpe a la entrada de las mazmorras, las personas encarceladas se levantaron

para ver lo que sucedía, pero no divisaron nada, de pronto, de entre la oscuridad apareció Nicolás con las llaves en la mano, que corrió rápidamente hacia las celdas y comenzó a abrirlas una a una.

—¡Salid! —exclamó de forma brusca—. ¡Venga, que no tenemos mucho tiempo!

Todos se quedaron desconcertados, pero se levantaron y salieron rápidamente, entre los primeros se encontraban Laura, Edmond, Alice, Charles, Robert, Christine, Sophie y Rachael; Edmond le dio un abrazo en cuanto le tuvo cerca y comentó:

—Estabas tardando ya, ¿eh? —lo regañó aliviado, en el fondo Edmond sabía que Nicolás se había enamorado totalmente de Helen y que, además, sentía aprecio por ellos. Ambos rieron entre dientes mostrando complicidad.

También había unas cinco personas entre las que estaban Leonard, Vicky y tres más que no eran del clan de Aod, que incluso habían pertenecido al de Kalen, pero que por circunstancias diversas habían renunciado a llevar esa vida y, por tanto, habían sido juzgados y condenados. Todos dieron las gracias mostrando gratitud hacia Nicolás.

—Sabía qué harías lo correcto —comentó Alice, mientras Charles cogía en brazos a Sophie y le daba una palmadita en el hombro a Nicolás. Christine le miró con cierto recelo, aún no parecía convencida, pero Robert y Rachael le dieron las gracias, esta última también apuntó.

—Vaya, Nicolás... al final sí que serás el caballero que todos esperábamos... —dijo con una sonrisa corta, pero amigable. De pronto se escuchó un zumbido entre los muros de la cárcel, todos se pusieron en alerta y entonces una voz casi de ultratumba, que se encontraba sumergida en la oscuridad de la celda afloró para preguntar:

—¿Nicolás? —Poco a poco se fue aproximando.

—¡Venga! —exclamó Nicolás afanado pensando que aún quedaba alguien más dentro— ¡por favor, salid rápidamente! —gritó nuevamente a la voz que se le acercaba. Cuando por fin vio su rostro, lo encontró verdaderamente cercano, incluso familiar, pero no era capaz de reconocerlo; era un hombre muy mayor, quizás noventa y tantos años, que casi no podía moverse.

—Sabía que vendrías algún día aquí... —Nicolás lo miró desconcertado porque, a pesar de sentirle cercano, no le reconocía—. ¡Soy Tristán, tu tío, hermano de tu madre Eugene! —aclaró algo tembloroso. Todos se quedaron inmóviles mirando al personaje que se acercaba.

—¿De qué habla? Yo no he tenido nunca a nadie más que a Kendra —señaló confundido.

—Te equivocas —interrumpió rápidamente—. Y lo sabes, lo que pasa es que no lo recuerdas... Han pasado muchos siglos... —dijo entre pausas intentando tomar algo de aire—. Verás, ni tú ni yo tenemos ahora tiempo, de manera que escucha unos segundos atentamente algo que tengo que decirte. —Suspiró—. He esperado este día largo tiempo para abrirte los ojos, porque así está escrito... —Y ya muy cerca, casi pegado su rostro, dijo—: Fui encarcelado hace tres siglos aquí, cuando Kendra condenó a muerte a tu madre por decidir vivir una vida distinta a la que le habían designado.

—Mi madre no... —dijo Nicolás, pero inmediatamente fue interrumpido por Tristán.

—¡Por favor, Nicolás!, no me cuestiones ahora y déjame terminar, luego podrás creer lo que quieras... —Volvió a tomar aire, parecía como si le costara hablar y respirar—. Tu madre Eugene se enamoró de un mortal y de esa relación naciste tú; cuando Kendra decidió que era el momento de que absorbiera su alma, ella se negó y Kendra los eliminó a los dos, quedándose contigo. Eugene me había encomendado protegerte si algo iba mal; yo no fui más que un estorbo para mi madre Kendra —dijo con tristeza—, porque siempre fui débil... Un enamorado de la raza humana... en cambio, para tu madre fui como un verdadero hermano pequeño al que amaba y quería con toda su alma... —dijo con nostalgia—. Era una mujer muy buena... de la estirpe de Prana, incluso más de Aod que de Kalen. —Recuperó el aliento y prosiguió—. El caso es que

cuando los mató, yo intenté llevarte conmigo, pero ella fue más astuta, se apoderó de ti y a mí me condenó a morir aquí en las mazmorras... —dijo mirando hacia el suelo con pesadumbre, para después mirarle directamente a los ojos—. Pero yo realicé un conjuro antes de acceder a ellas, decidí dar mi eternidad y mi alma a cambio de poder vivir lo suficiente para poder contártelo, sabía que algún día vendrías hasta aquí y podría decírtelo... ¿estás destinado a grandes cosas, Nicolás!, no puedes desperdiciar tu vida al lado de Kendra y de Kalen... —Respiró—. ¡Tu madre un día me lo reveló!... me contó que engendrarias una nueva generación... una nueva raza... La que por fin daría la paz que se necesitaba en este mundo... No puedes negarte a ello —le dijo cogiéndole por los hombros. Entonces se retiró hacia la parte trasera de la cárcel y Nicolás le siguió.

—¡No!, por favor... —dijo Nicolás contrariado y con un nudo en la garganta, pues todo aquello se le hacía familiar y sabía que le decía la verdad—. Acompañenos... podrá contármelo todo con más tiempo...

—No puedo, Nicolás —dijo finalmente—. No puedo salir de estos muros, ese fue mi castigo... Y mi salvación... Estoy condenado a estas paredes; pero no te preocupes por mí, ya he aprendido a vivir así...

De pronto pareció que se infiltraba entre las piedras y se desvanecía como el polvo. Nicolás se quedó frío, esperando, entonces se volvió hacia los demás.

—¿Alguien le había visto antes? —Todos negaron con la cabeza. De pronto se oyó la voz de Charles.

—¡Déjalo, chaval!, es un ánima... Tiene demasiados años para ser una criatura viva sin haber necesitado absorber algún alma; pero tampoco pertenece al mundo de los muertos —Nicolás hizo un gesto de dolor, no quería entender la situación.

—¡Has dicho que tenemos poco tiempo! —exclamó Christine, pero Nicolás pareció no escuchar y rebuscó nuevamente por la celda, pero no encontró nada.

—¡Por favor!... —suplicó Robert; al minuto Nicolás recapacitó entendiendo que si demoraban más les atraparían, así que apoyándose en el muro donde se había desvanecido su tío dijo en tono bajo y sólo para sí mismo—. Volveré a por ti y buscaré la forma de sacarte de aquí para que descanses en paz... Y salió bruscamente de la celda para dirigirse a la siguiente, abrió la puerta y sacó a la familia Golfrid. En cuanto Peter se vio liberado, cogió a Nicolás por el cuello contra la pared, arrojando bruscamente su cabeza contra la piedra.

—¿Qué haces? —preguntó aterrada Laura—. ¡Déjale! Ha venido a salvarnos poniendo en riesgo su vida.

—¡Eso no lo sabemos! —dijo mirando a Laura y posteriormente clavando los ojos en Nicolás, al que aún sujetaba contra la pared. Entonces preguntó—: ¿Por qué nos sacas?, ¿nos esperan fuera para acribillarnos?, ¿a qué juegas? —Cuatro hombres, también de la familia de los Golfrid, escudaban a Peter, impidiendo que Laura, Edmond o cualquiera de la célula dos pudiese ayudarlo; Eve se mantuvo al margen. Entonces Nicolás rio entre dientes.

—¡Eres más estúpido de lo que parece! —exclamó escupiendo algo de sangre por la boca debido al golpetazo que le había propinado. Entonces, con sólo medio mover los brazos, Nicolás elevó por los aires los cuerpos de los cuatro hombres y el de Peter sin mayor esfuerzo y, limpiándose la sangre, comentó—: Estas instalaciones en su totalidad tienen un conjuro especial en el que sólo los de clan de Kalen podemos ejercer nuestros poderes, cualquier otra persona que entre en el recinto permanecerá expuesta a nuestras fuerzas, incluidas las que han sido expulsadas del seno de la familia... En resumen, ¡aquí no tenéis ningún tipo de poder! —Todos le miraron y él volvió sus ojos a la célula dos—. Os guiaré hasta la salida más cercana del claustro, en cuanto

lleguéis allí, deberéis atravesar sin ser vistos todos los terrenos del palacio, justo cuando saltéis el muro que bordea el complejo, recuperaréis vuestros poderes porque ya estaréis fuera del mismo, el conjuro llega hasta allí. Si os pillan dentro, estaréis perdidos... —explicó duramente, entonces bajó las manos y los cuerpos que estaban suspendidos casi dos metros de alto fueron arrojados al suelo; cuando Nicolás pasó al lado de Peter, preguntó sarcásticamente—. ¿Te dolió? Peter le miró con cara de pocos amigos, pero supo que poco podría hacer ya que tenía todas las de perder. Inmediatamente se pusieron en marcha y salieron con mucho sigilo entre los pasillos de las mazmorras, por encima de los guardias que había abatido Nicolás unos segundos antes. Al minuto, llegaron a unos pasadizos subterráneos por los que no solía haber más que ratas, cucarachas y agua estancada; entonces Nicolás comentó:

—Por aquí atravesaremos todo el claustro por debajo, seguramente al final habrá algún guardia de seguridad, de manera que no hagáis ningún ruido. —Avanzaron casi dos kilómetros por túneles hasta que vieron, por fin, algún reflejo de luz y comprendieron que habían llegado a la salida. Nicolás adelantó a todos, dejándolos atrás y, en cuanto llegó al final, se oyó un golpe seco; había derribado al guardia y hacía señas para que avanzaran rápidamente; en cuanto llegaron a la salida concretó—: ¡Bien!, a partir de aquí vais solos. —Todos afirmaron con la cabeza—. Ya no podré ayudaros más, caminad todo recto hasta el final, tendréis que ingeniáros las para que los vigías no os divisen... debéis ir por el bosque, ellos vuelan a más altura, así no seréis vistos; luego tendréis que subir el muro como lo haría cualquier mortal.

Interrumpió Alice para preguntar:

—¿Y Helen?, no nos iremos sin ella —exclamó, todos se quedaron mirando a Nicolás esperando respuesta.

—A eso voy —recalcó mirándolos a todos—. ¡A recuperarla!, en cuanto atraveséis los muros podéis ir o esperarnos, me da igual, pero salid al otro lado o no tendréis ninguna posibilidad. Hay varias torres que vigilan la muralla, si vais recto os encontraréis con la torre dorada, la más oriental y la más baja, la reconoceréis en cuanto la veáis... Ese será nuestro punto de encuentro para los que esperéis. Estad muy atentos, ya que hay vigías y espectros por todas partes custodiando la fortaleza; ellos no se esperan que nadie salga... tenéis eso a vuestro favor. —Les entregó una especie de objetos pequeños, como unos diez—. ¡Utilizadlos bien!, si se los tiráis justo al cuerpo o antes de que os ataquen, los paralizarán y contaréis con unos cinco minutos hasta que vuelvan a reaccionar... Intentad que no os vean, por lo menos hasta que estéis a cinco minutos de pasar la muralla... —Todos afirmaron, él, finalmente arrepentido y con signos de tristeza en su rostro, dijo—: Siento haberos metido en esto... Voy a deshacer este lío. —Todas las caras reflejaron una sonrisa de gratitud, excepto los del clan de los Golfrid, que seguían mirándole con recelo.

—Tráela con nosotros —dijo finalmente Alice tomando la mano de Nicolás. Al segundo él volvió a entrar por las cañerías y el resto salió con mucha discreción.

Capítulo XIX

La rendición

22:50 horas

Nicolás atravesó los pasillos del claustro y caminó hacia la habitación de Helen, justo cuando estaba cerca del aposento de Kendra, tropezó con su padraastro, Ronald.

—¿Qué pasa, Nicolás?, no te había visto aún... —dijo mientras le daba un fuerte abrazo, Nicolás se quedó sin palabras ya que conocía su destino—. ¡Qué has hecho un buen trabajo! Me han comentado todos... —agregó emocionado—. Tu madre me espera, quiere contármelo todo de primera mano —compartió dándole un pequeño codazo en el brazo en señal de complicidad.

—¡Ya! —afirmó Nicolás—. Sí, eso parece... —repitió mirándole. Un sentimiento de dolor se apoderó de su ser; aunque Ronald no era en realidad su padre, incluso era mucho más joven que él, le había cogido cariño, ya que llevaban algunos años juntos y le daba mucha pena lo que estaba a punto de pasarle. En segundos y sin pensar, aun a riesgo de poner su plan en peligro le advirtió—. Quizás lo mejor, Ronald, sería que esta noche te fueses por ahí con... En ese instante Kendra abrió la puerta.

—¿Con...? —dijo mirando a Nicolás con cierta cautela, él no dijo más; entonces ella se volvió a Ronald y pasando sus manos por los hombros le dijo—. Vaya, por fin llegas... —Una sonrisa discreta apareció en su rostro—. Entra, que te pondré al corriente de todo... —Lo llevó hacia dentro de la habitación, en cuanto lo condujo hacia el interior, se volvió hacia Nicolás para cuestionarle—. ¿Te da pena Ronald?, ¿sigues blando?... —Él negó con la cabeza, pues sabía que ponía en riesgo la vida de Helen, entonces Kendra continuó—. Dame unos cuarenta y cinco minutos y entonces ven.

Nicolás quería salvar a Ronald, no era una mala persona, sólo que estaba en malas compañías como lo había estado él largo tiempo; sin embargo, sabía que, si le salvaba, no tendría el tiempo para sacar a Helen de aquel lugar y, si tenía que escoger, estaba claro por quién se decidiría. Ronald era un sacrificio necesario ya que le daría el tiempo suficiente para llevar a Helen a un sitio seguro, de manera que lo miró a lo lejos con tristeza, y Kendra cerró la puerta.

Inmediatamente siguió hasta la alcoba de Helen, pasó por delante de los guardias, los cuales lo vieron sin decir palabra porque era uno de los pocos que podía acceder, entró y cerró la puerta. Se acercó hasta la cama donde dormía como una deidad inerte...

«[...] Lo bueno y lo hermoso se confunden. Y también lo malo. También lo malo se confunde con lo bueno, cuando lo malo se cuenta en tono deliberadamente inocente y hermoso [...].» 19

23:00 Horas

—¡Helen, nos vamos! —Pude oír la voz de Nicolás entre sueños—. ¡Te saco de aquí!, siento haber llegado tan lejos... —Sentí como arrojó sobre mi boca algún tipo de líquido que me hizo tragar; después noté sus labios sobre mi frente. No podía moverme con determinación, ni decir o articular claramente palabra alguna, pero tenía unas ganas inmensas de hacerlo, de reprocharle, de cuestionarle, pero no salía nada coherente de mi garganta.

—¿Por qué? —Fue lo único capaz que pude articular con cierta claridad y entre balbuceos.

—Luego te lo explicaré todo —comentó—, pero no tenemos ahora mucho tiempo, necesito sacarte de aquí. —Puso sus manos por debajo de mi cuerpo para intentar levantarme y llevarme en brazos como a un bebé, tenía ciertos recuerdos recientes de verme alzada por él, sólo que esta vez

yo era algo más grande. En cuanto sentí que me elevó, pude comprobar que empezaba a notarme un poco mejor y que incluso recuperaba algo de mi ser, entonces comencé a decir frases más largas.

—«Jamás he visto un día tan hermoso y cruel...».²⁰ —Suspiré—. Ya no tengo ganas de luchar...

—¡No se te ocurra decir eso! —pidió con rapidez intentando sentarme en la cama—. Oye, sé que no merezco que me creas absolutamente nada, pero no voy a dejar de decirte esto... —Tocando mi cabellera con suavidad exclamó—: Helen, te amo y hasta ahora no me he dado cuenta... Mis sentimientos han cambiado desde que te conocí y no quiero seguir llevando esta vida. No te merezco y tampoco te pido que estés a mi lado, pero desde luego voy a sacarte de aquí, me da igual si luego te vas con Peter o con cualquier otro... —Mi cabeza daba vueltas, pero podía entender todo lo que me decía y él lo sabía.

—¿Por qué?, ¿por qué me atormentas? —volví a decir desconsolada.

—¡No quiero atormentarte!... Dame tiempo para explicártelo en cuanto te saque de aquí... —suplicó—. Pero ahora debemos actuar rápido.

—Y si no quiero... —dije cansada—. Estoy agotada de huir... Tú me has traicionado... No tengo nada por lo que...

—¡Helen, por favor! —me interrumpió con un grito ahogado—. No me hagas esto ahora... Además, ¡tu madre te necesita! —Nicolás sabía que mencionar a mi madre me haría reaccionar.

—¿Mi madre? —Me despabilé algo más—. ¡Está muerta! —le reproché—, qué más quieres de mí... —expresé entre lágrimas.

—¡No es cierto! —dijo rápidamente—. Es lo que te ha hecho creer Kendra para que desfallezcas, para que te consumas en dolor... pero tus padres, ambos están vivos y ¡esperando a que regreses y los ayudes! También tus amigos te esperan... Necesito que te dejes ayudar, ¡por favor! —suplicó una vez más lleno de angustia—. Te voy a sacar de aquí tanto si quieres como si no... —Lo miré con cierto recelo, ya no sabía que creer, pero no tenía nada que perder, así que volví a sus brazos—. ¡Hazte la dormida mientras salimos! —advirtió mientras se acercaba a la puerta.

—Hay un conjuro que no me deja pasar las puertas de esta habitación —le indiqué antes de llegar a la salida.

—Lo sé —dijo Nicolás—, y ya me he encargado de deshacerlo. De todas formas, dentro de los muros de este complejo hay otro hechizo en el que sólo los de la casa de Kalen podemos utilizar nuestros poderes... Eso quiere decir que sigues estando indefensa. —Me miró con dulzura—. Así que no puedes hacer nada hasta que te saque de aquí, ese no he podido eliminarlo... Pero no te preocupes, todo irá bien. —Abrió la gran puerta conmigo en brazos, yo me hice la desfallecida.

Los guardias inmediatamente se giraron hacia Nicolás con los ojos como platos en cuanto nos vieron salir.

—¡Señor! —dijo uno de ellos—, no puede sacar al reo de su cuarto, es orden directa de la señora Kendra.

—La señora Kendra me ha dado orden de bajarla para que la arreglen para los juegos del amanecer.

El otro guardia dijo rápidamente:

—Pero ella no saldrá hasta el ritual... y eso es al final de la velada, en la noche.

—Pero ¿qué os creéis? —preguntó muy disgustado—, ¿qué podemos ir contando a todos lo que vamos a hacer? —inquirió mirándolos—. Esto sólo lo sabemos unos pocos y queremos que siga así, para que no quede expuesto donde está el reo todo el tiempo... —Los miró fijamente—.

¡Nadie debe saber que Helen no está en la habitación!, excepto Kendra, Brent, Bricio o yo... y por supuesto Kalen... —Nicolás sabía que ninguno de ellos había llegado aún, sólo Kendra, y ella estaría ocupada por lo menos unos cuarenta minutos, el suficiente para sacarlos de allí, luego él se quedaría por lo menos una hora más con Kendra y así podrían huir. Ambos guardias se miraron dudando—. ¡Venga!... Si queréis entrar a la habitación de Kendra y preguntárselo... Aunque en este momento está absorbiendo el alma de un mortal y no sé si le hará gracia que le interrumpáis y me cuestionéis... Pero ¡aquí os espero! —soltó de mala forma. Entonces uno de ellos comentó:

—No, señor, si usted lo dice, así lo haremos. —Y se incorporaron nuevamente a sus puestos, fijos en la puerta. Rápidamente Nicolás salió por el pasillo en dirección a las escaleras, en cuanto llegó a ellas empezó a subirlas hasta la azotea. Una vez se perdieron por el pasillo, Damián apareció con dos hombres fuertes que salieron de la parte más oscura del ala, parecían haber estado escuchando todo, pasaron por delante de los guardias, los miraron en señal de complicidad y siguieron sigilosamente los pasos de Nicolás.

En cuanto Nicolás subió a la azotea conmigo en brazos, se acercó a uno de los *carpodípteros* que estaban apoyados en línea sobre la pared, parecían como coches aparcados, ya que ese era su medio de transporte más rápido y eficiente. Justo cuando estábamos a punto de coger uno de ellos, sentimos la voz de Damián a nuestra espalda.

—¿Vas a alguna parte con Helen, Nicolás? —Él se quedó de una pieza, frío y sin saber que decir; yo aún débil me quedé mirándole aterrada, nos habían atrapado. Entonces Nicolás reaccionó rápidamente y comentó:

—Necesito llevarla a que la arreglen —explicó algo aturdido, mientras giraba hacia ellos para ver cuántos eran, y prosiguió—. Kendra ha dado orden de... Al momento Damián le cortó:

—¡Kendra no ha dado ninguna orden!, Nicolás —dijo de forma desafiante; en segundos, sus miradas se quedaron fijas, como cuando en tiempo lejanos los hombres se batían en duelo esperando a ver cuál era el más rápido; sin embargo, Nicolás tenía la desventaja de llevarme en brazos y de ser uno contra tres. Podía sentirse la tensión, habíamos quedado sumergidos en un campo de batalla, justo cuando pensábamos que lo habíamos logrado.

Nicolás se había empezado a alterar y su respiración era agitada porque sabía que estaba solo contra tres y yo no podría utilizar mis poderes allí.

En cuestión de segundos, entre ambos se sintió una gran energía que parecía provenir de sus ojos; estaban solos los dos combatiendo, hombre contra hombre. Rápidamente, Nicolás doblegó la voluntad de Damián e hizo que se arrodillase en el suelo y, aprovechando el segundo de *impasse* cogió el *carpodíptero* apoyado en la pared para desplazarlos antes de que reaccionaran; Damián profirió un grito a los otros dos que seguían como pasmados esperando instrucciones.

—¡Cogedlos! —bramó frustradamente. Habíamos empezado a elevarnos cuando sentimos un latigazo que nos arrojó al suelo.

Los tres hombres estaban con sus brazos alzados y sus ojos encendidos en llamas, presionando a Nicolás con todas sus fuerzas. Pude ver cómo una vez nos desplomamos en la superficie, el *carpodíptero* cayó a mi lado y a Nicolás lo volvieron a elevar entre los tres; parecía como si lo estuviesen ahorcando, lo tenían levantado a unos dos metros del suelo de la azotea, con los brazos elevados como un crucifijo para que no pudiese utilizarlos y con el cuello como si tuviese una cuerda que le ahogaba. Viendo el sufrimiento de Nicolás reaccioné y, con la poca fuerza que me quedaba, subí uno de mis brazos, porque con el otro intentaba apoyarme para quedarme sentada ya que estaba muy débil. Rápidamente, invoqué uno de los conjuros que recordaba del *camahutus* que había llevado en mi cuello colgado algún tiempo; sentía tanta impotencia y rabia, que empleé todas mis fuerzas en los tres hombres cerrando vigorosamente mis ojos; de pronto, oí un golpetazo

fuerte contra el suelo, era la caída de Nicolás. Todo fue muy rápido y confuso, en ese instante vi cómo él a duras penas intentaba volver a ponerse en pie y, fue entonces, cuando comprendí que, si Nicolás no estaba haciendo nada, era mi poder el que había reducido a los tres. Miré de prisa hacia Damián y sus dos compañeros, vi con sorpresa cómo, con sólo mi mano y sin mucha fuerza empleada, los tenía metidos en una especie de burbuja que los hacía flotar por el aire, también a unos dos metros de altura, y no les permitía utilizar sus poderes. Cada vez que intentaban algo, les rebotaba a ellos directamente, haciéndoles daño.

En cuanto Nicolás se percató de la situación se quedó perplejo y comentó:

—¡Imposible! —Me miró—. Aquí no puedes utilizar tus poderes... ¡Kendra hizo un conjuro! — Soy la elegida, ¿recuerdas? —contesté con una sonrisa en el rostro algo fingida por el cansancio y también por las pocas ganas que tenía de hacerle alguna gracia a Nicolás. Sin embargo, él, viendo cómo intentaban salir sin éxito, rio con una fuerte carcajada algo reprimida por el dolor que sentía debido a la caída—. ¡Oye, no aguantaré más! —protesté llegando al límite de mis fuerzas; rápidamente Nicolás se incorporó y me dijo:

—Se te dan bien las burbujas... —Y volvió a reír—. Al contar tres los sueltas... ¡Uno, dos y tres! —Ellos parecían estar tan aislados que no oían ni veían nada. En cuanto los solté, Nicolás, con un movimiento brusco con las manos, los arrojó hacia el suelo propinándoles un golpetazo violento; uno de ellos quedó desmayado al instante, a Damián y al otro chico que se revolcaban de dolor en el suelo, Nicolás se les acercó y doblando sus manos comenzó a ahorcarles; rápidamente yo me incorporé y me acerqué tocando su brazo.

—¡Nicolás, no lo hagas!... No necesitas matar —dije mirándole a los ojos—. Tú —vacilé—, se supone que ya no eres como ellos... —Reaccionó cuando me miró y, moviendo ágilmente la mano, hizo que se desmayaran, entonces explicó:

—Esto los mantendrá dormidos un par de horas por lo menos. —Aprovechando el segundo que teníamos le dije:

—¿Y el *camahutus*?... ¡No puedo irme sin él!, ¡no terminé de leerlo todo!, el hechizo para salvar a mi madre es muy complicado y lo necesito... —Mirándole fijamente, recalqué de forma brusca:

— No voy a irme sin él.

—Escucha, Helen —dijo cogiéndome por los hombros; yo intenté sacudirme de sus brazos algo molesta y él lo notó, pero prosiguió—. Ya lo imaginaba y tengo un plan ¿de acuerdo?, no vamos a irnos sin el *camahutus*, pero tú estás débil y necesitas reponerte, aquí no puedes ayudarme, sólo estorbarías, y yo no podría hacer lo que tengo que hacer tranquilo, sabiendo que pueden utilizarte en cualquier momento para coaccionarme, ¿vale? —dijo mirándome.

—Pero... —objeté angustiada porque necesitaba recuperar el medallón.

—¡Pero nada! —expuso duramente—. ¡Necesito ponerte a salvo!, y luego lo recuperaré. Sin saber muy bien lo que intentaba hacer o cuál era el plan que tenía trazado, decidí volver a confiar en él, aunque fuese sólo mientras me sentía a salvo; estaba aún muy débil como para discutir y era evidente que no teníamos tiempo, ni otra opción.

—¡Esto no significa nada! —repliqué mientras Nicolás se hacía con el *carpodíptero*—. No creas que confío en ti... —Él asintió tristemente con la cabeza—. Sólo que, dentro de mis posibilidades actuales, ahora mismo no tengo otra elección. —Quise dejarlo claro; él no dijo nada más.

Nos subimos rápidamente en el *carpodíptero* y volamos entre los pinos del frondoso bosque por lo bajo, para que no pudiésemos ser observados por los vigías que volaban a gran altura, hasta que llegamos justo al límite de la muralla, donde pudimos divisar a los demás. Al vigía de la

torre lo tenían apresado, amordazado e inmovilizado con magia, fuera de la muralla. Nicolás me bajó con cuidado y me entregó a mis amigos... A mi familia.

—¡Gracias, Nicolás! —dijo Alice abrazándole espontáneamente, para luego dirigirse a mí y hacer lo mismo, era, junto con Laura, la persona más buena que jamás había conocido; todos los demás se abalanzaron también sobre mí para estrecharme, estaban eufóricos. Laura me abrazó tan fuerte que casi me dejó sin aire, Edmond también me dio un puñetazo suave en el hombro en señal de afecto y la mano a Nicolás, todos fueron rodeándome excepto la familia de Peter. Yo estaba feliz de verlos a todos bien. Al final Peter, que estaba aún reacio y mirando a Nicolás con cierto recelo, se acercó a él y comentó:

—Gracias por traerla a salvo y con nosotros. —Y le dio la mano. Nicolás se la ofreció también y ambos la estrecharon—. Entiendo que has hecho un sacrificio importante, debes quererla mucho... —Se miraron fijamente, Nicolás afirmó con la cabeza—. Y entiendo que ahora estamos en igualdad de condiciones; también eres hijo de Prana. —Aunque añadió con sarcasmo—: Sólo que del bando de los malos... —Entonces, acercándose a él para que nadie más pudiese oír, le recalcó—: Quiero que sepas que voy a luchar por ella. Nicolás mostró una sonrisa retorcida por su rostro en señal de aprobación, ya que sentía que era una pela justa, y contestó:

—No tienes ninguna posibilidad... —Ambos rieron con cierta suspicacia; en ese momento Nicolás aclaró para todos—: Voy a darles algo más de tiempo o no podrán huir. —Me miró—. Además, necesito recuperar algo...

Mi corazón se aceleró y mi mente profirió un NO inmediato y rotundo; pero estaba tan dolida por su traición que sentía que no podía perdonarle, de manera que no dije nada *ipso facto*, aunque mis ojos delataban angustia. A los pocos segundos comenté pausadamente:

—No creo que debas volver allí, ya estamos todos fuera. Nicolás se acercó a mí:

—Helen, necesito ir a por el *camahutus*.

—¡Da igual! —manifesté disgustada viendo que su decisión parecía muy segura—. Ya vendremos a por él cuando estemos más preparados —seguí insistiendo con un nudo en la garganta—. Sé que he sido yo la que te he dicho que no me iría sin él y quiero pensar que en realidad lo haces porque pretendes ayudarme a salvar a mis padres, pero no a costa de tu vida... ¡Eso no lo dejaré en mi conciencia!, además, tenemos más medios; ya los estudiaremos —repliqué intentando parecer que era sólo por un tema de remordimiento y no de afecto o amor.

—Helen —dijo mirándome con tristeza en sus ojos—, no es sólo el *camahutus*, necesito mantener a Kendra distraída mientras salís de aquí o ¡no podréis hacerlo y lo sabéis!

—Eso lo veremos —dije con rabia. Nicolás, con la sonrisa que le caracterizaba, intentado protegerme, contestó:

—No tienes ni idea de la fuerza que tiene, no podemos enfrentarnos a ella... no ahora...

—¡Y por eso tú te vas a sacrificar! —exclamé con rabia y dolor—. ¡No me malinterpretes!, esto no tiene que ver con ningún sentimiento de cariño o simpatía... Lo nuestro se acabó cuando me entregaste... —dije dolida, Peter esbozó inmediatamente una sonrisa en su rostro—. ¡Pero te repito que no quedará en mi conciencia tu muerte! —Estaba enardecida.

—No voy a morir, he dicho que sólo voy a darles tiempo, luego os alcanzaré.

—Sabes también como yo que eso no puedes asegurarlo, ¿qué pasará cuando se levanten los tres que abatimos antes de irnos?

—Los haré dormir más tiempo... pasaré por allí antes —vaciló, como si no se hubiese acordado de ellos hasta ahora.

—¡No tienes nada planeado! —exclamé furiosa con él—. Vas improvisando y corres mucho riesgo, ¡también nos lo harás correr a nosotros!... Creo que ya has ayudado bastante —finalicé de

forma sarcástica, parecía que cada segundo que pasaba al lado de los míos comenzaba a sentirme más fuerte, más segura.

Él respiró hondamente bajando el rostro y, finalmente, mirando a todos los presentes dijo:

—¿Alguien puede ayudarme a convencerla?... ¡No tenemos mucho tiempo! — Entonces empezaron todos a balbucear sin decir nada claro, hasta que Peter intervino:

—Helen, Nicolás nos está dando una oportunidad de salir y, si es cierto que Kendra tiene tanto poder, ¡no podemos arriesgarnos!, recuerda que no sólo se trata de ti o de nosotros. En el fondo a Peter le venía muy bien deshacerse de Nicolás y tenía la oportunidad perfecta para hacerlo.

Llena de sentimientos encontrados, ya que por un lado todos se volvían contra mí y apoyaban a Nicolás, e intentado retenerlo con nosotros a través de cualquier medio que no fuese el amor que sentía por él, ya que sabía que posiblemente no podría salir vivo si regresaba; y sumado a la rabia que sentía por todo lo que me había hecho, expuse ante todos:

—¿Y si vuelve y le pillan?, ¡he dicho que no quedará en mi conciencia!; además, no lo hago sólo por él... —Me costó decir esa última frase y fue evidente—. ¡No me fío de Nicolás! — aclaré mirando a Peter a los ojos—. ¿Qué garantías tenemos de que no es una nueva jugarreta? — propuse llena de rabia.

—¿Qué va a decir? —Peter movió la cabeza de lado a lado desconcertado—. ¿Que nos ayudó a salir? Y... ¿Para qué iba a hacer todo esto?

—¿Sabes en todo lo que ha mentido? —Giré mi cabeza observando el rostro de Nicolás en afán de reproche—. ¿Qué viene ahora?, ¿una cacería?, ¿se supone que tenemos que huir?, ¿correr? — Nicolás parecía compungido por mis palabras y yo sólo quería hacerle daño. Entonces Peter dijo:

—Si tienes indicios de que esto es así, no saldrá de aquí... ¡Ahora mismo nos lo cargamos! — explicó mirando a Nicolás con irritación—. Pero sinceramente creo que no tiene sentido lo que dices, Helen.

—Haced conmigo lo que queráis después de que estéis verdaderamente a salvo... ¡Aún no lo estáis! —puntualizó Nicolás con la voz entrecortada por la rudeza de mis palabras. Todos me observaron porque era evidente que ahora estaba despertando de mi letargo y quería hacerle sufrir. Alice, divisando el panorama, razonó:

—Veo el corazón de Nicolás... Y creo que dice la verdad, Helen. Además ¡no vamos a matarle!, nosotros no estamos en este mundo para quitar vidas.

—¡Claro que no! —contesté mirando a Nicolás llena de odio—. No quitamos vidas... ¡Es una tontería lo que ha dicho Peter!, pero no estés segura de conocer el corazón de Nicolás, Alice — dije con sarcasmo, él no podía levantar la cabeza para mirarme a los ojos—. De todas formas, y aunque dijese la verdad, tampoco podemos dejarlo ir, sería como enviarlo al patíbulo, así también lo estamos matando.

Eve interrumpió:

—¡Estamos aquí por él, Helen! —Christine le apoyó, pero todos los demás se quedaron callados—. Aquí no hay cargo de conciencia...

—Es cierto —dijo Nicolás—. Y se los debo... No les estoy haciendo ningún favor —aclaró por fin levantando el rostro; yo estaba con la boca abierta, no podía creer lo que oía.

—¿Y se supone que nosotros somos los buenos?, ¡vaya sentido de la justicia y de la verdad! — les reproché a todos los allí presentes.

—¡Helen, por favor! —pidió Nicolás desesperado—, no podemos seguir discutiendo, ¡estamos perdiendo un tiempo valioso, necesito que me ayudes!, ¡no puedo hacerlo contigo dentro de las instalaciones! ¿No lo ves? —Suspiró—. Ahí sí que me pones en riesgo porque no tendré la cabeza despejada, ¡vas a hacer que nos maten a todos!... Te prometo que os alcanzaré luego y podréis

hacer conmigo lo que consideréis oportuno. —Fue tan directa su respuesta que me dejó plantada y sin palabras; en el fondo sabía que tenía razón, pero no quería aceptarlo, no quería dejarle. Aunque mis palabras se aferraban a la idea de nunca perdonarle, mi corazón le pertenecía, pero no quería que él lo supiese, tendría que pensarlo todo detenidamente y no me daban el tiempo suficiente. Entonces, cuando vio que no decía nada más, ordenó rápidamente—: ¡Seguidme!

Todos empezaron a caminar detrás de él hacia un bosque que tenía al fondo una especie de casa retirada, yo me adelanté como pude para ponerme a su lado. Sabía que no podría detenerle, pero tenía que explicarle algunas cosas; así que finalmente le expuse:

—Si vas a hacer esto necesito que regreses porque aún no te he dicho todo lo que tengo por dentro... —Nicolás sólo me miró de reojo con expresión complacida, pero no dijo nada—. ¡Y no te atrevas a poner esa cara porque la conozco bien, y para nada es lo que estás pensando! —Sabiendo que la decisión no tenía vuelta atrás, necesitaba darle un motivo para su regreso, así que finalicé—: ¡Necesito sí o sí el *camahutus* y pronto, así que no te demores! —El permaneció serio y sólo agitó su cabeza en señal de aprobación a mis palabras.

En cuanto llegamos, abrió una gran puerta, era como un porche alejado en el que sólo había coches y *carpodípteros* de todas las especies. Todos y cada uno de los medios de transporte eran de lujo, no se sabía cuál era mejor que otro, había todo tipo de vehículos: Ferrari, Lamborghini, Jaguar, dos Mercedes, un GLK 4x4 y otro SLK, BMW, Maserati, Aston Martin, dos Roll Royce, uno de colección antigua y otro Ghost, Porsche Cayenne, Lexus, Audi Q5, contamos al menos unos veinte coches aparcados, Edmond brincó de la emoción en cuanto los vio.

—¡Pero tío, qué pasada! —dijo efusivamente corriendo hacia ellos. Peter con mirada hostil se fue hacia los *carpodípteros* y Nicolás le siguió, para exclamar:

—¡Nada de *carpodípteros*!, iréis en coches.

—¿A qué te refieres? —preguntó Peter rápidamente en tono de burla—. El medio más rápido es el *carpodíptero*, a partir de aquí podemos emplear nuestros poderes.

Entonces Nicolás dijo:

—En cuanto se den cuenta de que no estáis van a ir a por vosotros y aun con vuestros poderes no iréis muy lejos... ¿A cuánto crees que puedes ir volando? —preguntó e inmediatamente se contestó a sí mismo—. ¿A unos ciento cuarenta kilómetros por hora como mucho?, ¿no?

—Suficiente con eso —contraatacó Peter.

—No —dijo Nicolás—. Si pasáis desapercibidos y os mezcláis entre la gente no os localizaran, tú lo sabes bien... —dijo mirando a Peter.

—¿Hablas de transformarnos y salir en coches?

—Lo más lejos que podáis —concluyó Nicolás.

—¿Estás loco?, si nos vamos ahora en los *carpodípteros*, estaremos lejos en poco tiempo... —Entonces Nicolás los miró a todos y exclamó:

—¡Escuchadme bien!, éste es el gran día para Kendra... El día que ha estado esperando desde hace siglos, no puede ni imaginarse que algo salga mal, pero confía plenamente en mí y soy su único cabo suelto... —dijo agachando la cabeza, cogiendo algo de aliento para proseguir—. En el instante en el que se dé cuenta de que algo ha salido mal, no dudará en recurrir a las fuerzas más oscuras que conoce; incluso al propio poder de Kalen, al que puede acceder en caso extremo... y éste lo sería, porque tendría en su poder las únicas dos cosas que necesita para acabar con vosotros y tener el poder absoluto... al *camahutus* con el manuscrito y a Helen —dijo mirándome con tristeza—. Si esto llegara a suceder, todo el sur de España, por no decir más territorio porque aún no sé exactamente hasta dónde llega ese poder, quedaría bajo el influjo de Kalen a través de Kendra, y seguramente el hechizo se extendería extramuros, y ninguno podría utilizar su fuerza. —

Se volvió nuevamente hacia Peter—. Así que más os vale que os llevéis medios ordinarios para moveros y camuflaros entre la gente... —Suspiró—. Será la única oportunidad que tendréis para escapar.

—¡Es ridículo! —exclamó Peter—. Nadie puede tener tanto poder...

La mano de Alice tocó el hombro de Peter y corroboró:

—Si utiliza a Kalen, sí que lo tendrá... Así localizaron a muchos de los nuestros durante largos siglos, la opción que dice Nicolás es la acertada, tendremos que mezclarnos.

—¡Bien! —dijo Edmond algo amedrentado—. Yo me pido el Ferrari que corre más.

—No te emociones tanto —aclaró Nicolás—. Tendréis que dejarlos en cuanto consigáis otro coche cercano, éstos los conocen... Son de la familia.

—¡Venga ya! —profirió Edmond con agonía.

—¡Vale ya, Edmond! —exclamó Laura con rabia—. Mira donde estamos y ubícate de una vez, que esto no es un paseo. —Edmond afirmó con la cabeza, sin dejar de mirar los coches emocionado, Laura hizo un gesto de negativa moviendo la cabeza en señal de derrota, definitivamente era imposible entrar con él en razón cuando se trataba de motores. Todos se quedaron mirando a Nicolás y finalmente Rachael, que había permanecido todo el tiempo callada, preguntó:

—Y ¿cuál es el plan? —Nicolás contestó:

—Dividíos en grupos, os diría que no más de dos, y cada grupo escoged un coche, avanzad todo lo que podáis fuera de la ciudad en rumbos distintos, así será más difícil localizaros. En cuanto encontréis gente, realizad la transformación, es de los pocos hechizos que no se puede anular a no ser que directamente realices el anti conjuro con la persona afectada delante... ya sabéis las normas, que no sean niños, perderían rápidamente la identidad —dijo mirándome algo avergonzado, yo moví la cabeza en son de reproche—. Luego cambiad de coche y no paréis hasta coger un avión y salid lo más lejos posible; definid un lugar donde encontraros varios días después, pero no me lo digáis.

—Esa parte ya la tenía clara —exclamó Peter con una sonrisa en su rostro; yo los miré con rabia a ambos.

—Por si te cogen, ¿no? —me indigné con Nicolás. Ya eran evidentes mis intenciones, pero no decía nada claro; y él no intercambié palabra conmigo. Entonces acercándose a Peter le dijo en tono bajo:

—¡Protégela, por favor! —suplicó y, casi en susurros que no alcancé a oír a Nicolás, agregó—: He contactado con el señor Golfrid, os esperan en el kilómetro cincuenta y cuatro de la carretera a Madrid, entre todos podréis con ella si no llevo. —Peter le volvió a dar la mano en señal de despedida; ambos sabían que, por mucho que intentara ocultar mis sentimientos, podrían jugarme una mala pasada si a Nicolás le pasaba algo, ya que era evidente, aunque pretendiera demostrar lo contrario, que aún le quería.

—No te preocupes por eso —dijo firmemente—, la sacaré de aquí. —Ambos afirmaron en señal de acuerdo, yo oí el último comentario de Peter; así que acercándome a ellos comenté:

—No habléis por mí —dije mirándolos a ambos de forma categórica—. ¡Yo sola puedo defenderme bastante bien! Y lo sabéis...—exclamé mirando a Nicolás; entonces él terminó la frase intentando darme algo a lo que aferrarme para no volver al duelo de palabras que habíamos iniciado nuevamente.

—Vais a esperarme fuera de Granada, en una gasolinera que queda en la carretera que va hacia Madrid. —Se acercó a mí y yo no me aparté porque sabía que se estaba despidiendo, de manera que le dejé estrecharme contra él hasta el punto de pegar su rostro contra el mío. Luché contra mi

orgullo y mi rabia y le permití ese último deseo. Él entendió que estaba siendo permisiva—. Recuerda... ¡Necesito la cabeza despejada para que todo salga bien!, y en eso sólo tú puedes ayudarme... No te estoy pidiendo que me dejes, te pido que me esperes allí ¿de acuerdo?, será media hora de camino, de hecho, yo llegaré casi al poco tiempo de vosotros, porque iré más rápido en el *carpodíptero* y te llevaré el *camahutus*... Ella puede anular vuestros poderes, pero no los míos porque dejaría desarmados a los suyos también; ¡los míos van en el paquete de los hijos de Kalen!... —dijo con algo de sarcasmo en sus palabras—. Volaré hasta ti, ¿vale? —No sabía qué decir, mi garganta parecía arder de dolor y tenía unas ganas inmensas de llorar, pero no podía doblegarme; además, todos me observaban esperando mi respuesta, sabía que todos dependían de mí, si oponía resistencia seguramente pondría la vida de todos en riesgo. Entonces se despidió de forma escueta, con pesadumbre en el rostro, porque en el fondo ni él mismo estaba seguro de lograrlo si Kendra invocaba el poder de Kalen—. ¡Adiós! —Y me abrazó un largo tiempo. Nicolás sabía que nadie estaría a salvo, incluso sabía perfectamente que su poder le podía ser arrebatado sin afectar al resto del clan de Kalen, pero no se atrevió a contarle y se lo trago para sí mismo; sabía que de eso dependería mi decisión.

Yo por mi parte, aún con un sufrimiento profundo y sabiendo que posiblemente no volvería a verle, no pude corresponderle con tanto afecto. Mi confianza la había destruido y recomponer las piezas sería muy difícil, de manera que en cuanto pude me separé de forma muy seca y me acerqué a Peter, que no se esperaba para nada ese comportamiento, y a Laura, mi amiga incondicional. Entonces, me abracé a ella derrochando todo el deseo que sentía hacia él de envolverle y no dejarle ir, y no fui capaz de decirle nada más. Él me miró con tristeza y Peter me abrazó por detrás; en ese momento Nicolás cogió el *carpodíptero* y salió volando hacia el claustro; mi alma se quebrantó.

—¡Bien! —exclamó Peter—. Aquí nos separamos, cada uno regresará a sus bases y volveremos a acordar un encuentro urgente en una semana a través de los medios ordinarios que tenemos; no lo haremos ahora por si alguno de nosotros cae nuevamente preso. —Hizo una pequeña pausa para tomar algo de aire, todos afirmaron y Peter continuó—. Yo me encargaré de Helen, vosotros debéis ocuparos de vuestras familias. —ordenó mirando a todos los padres allí presentes—. Además, soy el mejor preparado, y tú, Eve, te irás junto con Josué y Philip —refiriéndose a sus dos hombres.

—¡No! —se opuso rápidamente Eve—, prefiero seguiros y escoltaros —declaró tajantemente mostrando preocupación, entonces Peter se la quedó mirando y finalmente dijo:

—Está bien, nos seguirás en otro coche... escoltándonos. ¡Josué y Philip!, vosotros os transformaréis en Helen y en mí y cogeréis por otra carretera, de esta forma intentaremos despistarlos. —Y concluyó mirando a todos los demás—: El resto agrupaos como queráis y coged diferentes coches.

Todos volvieron a afirmar con la cabeza e inmediatamente los dos hombres se acercaron para realizar las transformaciones, sólo ellos, nosotros no. En cuanto estuvimos listos empezaron a subir a los vehículos, no sin antes despedirse de mí; sobre todo Laura, que me dio un fuerte abrazo seguido de Alice, Rachael y Christine. Vicky, que había estado todo el tiempo algo rezagada por el sentimiento de culpabilidad que le embargaba, también se acercó a mí y la abracé fuertemente, entonces ella sonrió.

Finalmente, Peter me llevó con él hacia el Porsche Cayenne que era el más apropiado para el entorno, ya que al ser un 4x4 podía moverse con gran facilidad por la carretera sin asfalto por la que debíamos salir. Entonces dijo a Eve:

—Coge el Mercedes GLK, también es un 4x4, así podrás seguirnos. —Y, refiriéndose a

Edmond, comentó en tono bajo, sólo para que yo lo oyera.

—¡Pobre idiota, va y se coge el Ferrari! —exclamó en son de burla. Yo sólo lo miré porque no entendía a lo que se refería—. ¡Es un coche muy bajo! —indicó, como si debiera saberlo—, en esta carretera de polvo y gravilla no va a poder coger velocidad, ¿para qué quiere un coche tan rápido si no puede correr aquí! —Y movió la cabeza indicando una negativa—. Se le va a volver papilla... —terminó entre risas, ya no pensando en Edmond, sino en que era el coche de Nicolás el que destruiría. Estaba tan embotada y angustiada por lo que le sucedería a Nicolás, que no tenía ganas de hablar, así que me quedé de copiloto, apoyada en la ventana mirando cómo nos alejábamos de aquel sitio, con una gran opresión en el pecho.

24:00 horas

Nicolás entró al claustro volando por la azotea, dejó el *carpodíptero* y se dirigió hacia los tres hombres aún yacentes en el suelo; los arrastró hasta una esquina algo más oculta y los dejó allí, no sin antes utilizar un hechizo más poderoso que les hiciese dormir unas cuantas horas más. Bajó por las escaleras de caracol que llegaban al ala donde se encontraba Kendra y entró al vestíbulo. En cuanto pasó por el pasillo, fue reconocido por los dos guardias que custodiaban la habitación de Helen y que esperaban alguna respuesta por parte de Damián, ambos se quedaron asombrados al verle regresar sin indicios de nadie más, e hicieron algunos comentarios en voz muy baja; sin embargo, en cuanto Nicolás los miró volvieron a permanecer callados. Afuera del ala y justo comunicando con el resto de los espacios del claustro, Nicolás pudo observar que se encontraban otros dos guardias más pedidos por Kendra para el refuerzo de esa parte del edificio, debido al incidente que habían tenido con Sina. Eso podía complicarle las cosas a la hora de tener que salir rápidamente, así que hizo un barrido más del lugar para intentar prever todos los flancos y, finalmente, se dirigió a los aposentos de Kendra. En cuanto llegó a su puerta, tocó y entró.

—Muy puntual —se escuchó desde la cama una voz muy sensual, con una figura que permanecía oculta entre sombras.

Nicolás cerró la puerta. Los guardias, que quedaron fuera impacientes por saber lo ocurrido, empezaron a hacer conjeturas, uno de ellos comentó:

—Esto no me está gustando, la señora Kendra sigue sin saber nada y no ha vuelto con la rea; y el señor Damián tampoco aparece, voy a subir a la azotea —decidió, el otro afirmó con la cabeza, y contestó:

—Yo espero aquí.

Dentro, Nicolás comenzó a mirar a su alrededor y pudo observar a Ronald sentado en una silla al lado de la ventana, pálido como la nieve, inerte, frío y distante. A medida que se acercaba, pudo comprobar cómo su piel se había pegado casi al hueso y cómo los músculos de su cuerpo habían desaparecido, como si le hubiesen succionado desde dentro, como si le hubiesen arrancado la juventud con la vida; daba un aspecto bastante macabro al ambiente. No era la primera vez que veía algo así, de hecho, él también había tenido que hacerlo unas cuantas veces antes para salvar su eternidad; sin embargo, su espíritu había cambiado y ver al hombre que había hecho de padre con él esos últimos años en ese estado le embargó de tristeza. El espectáculo dantesco se zanjó cuando la sinuosa forma de la mujer que estaba en la cama empezó a menearse entre las sábanas; Nicolás miró rápidamente en la dirección del movimiento, y vio de pronto cómo una pierna joven y hermosa salía de entre las telas, poco a poco fue perfilando su contorno a medida que se

acercaba a la luz de la luna, que entraba por la ventana de la habitación. Cuando por fin apreció toda la figura al completo, pudo observar a Kendra bastantes años más joven; tendría alrededor de unos dieciocho años, estaba totalmente rejuvenecida, con un cuerpo escultural, semidesnudo, cubierto tan sólo por un manto casi transparente que dibujaba a la perfección sus formas y dejaba entrever su esbelta y perfecta silueta; su cabellera abundante formaba unas magníficas ondas que se movían al unísono con el viento que soplaba desde la ventana abierta de par en par, dejando entrar el frío y apagando el calor que desprendían sus cuerpos ardientes. Kendra se acercó seductoramente a él:

—He vuelto a ser yo —insinuó pausadamente.

Y mientras se acercaba a Nicolás, éste pudo observar que llevaba el *camahutus* colgado a su cuello, le contestó con cierta reticencia:

—Ya lo veo. —Suspiró—. Sin embargo, prefiero tenerte sin nada que estorbe — dijo mirando el *camahutus*.

—¿Estorbe? —preguntó Kendra con una ceja levantada en señal de asombro—. ¿Acaso te recuerda a ella?, ¿finalmente sientes alguna debilidad por esa chica? — insistió algo incrédula.

—Sólo creo que no está seguro en tu cuello —Hizo una pausa—. Sí me recuerda a ella y me ¡molesta! —finalizó haciendo énfasis en la última palabra. Kendra sonrió y se volvió hacia la mesilla de noche, dejando entrever la parte posterior de su cuerpo cuando volvió a pasar al trasluz de la ventana, ya que la mesilla estaba muy pegada al balcón abierto. Nicolás divisó rápidamente la salida.

—Es el sitio más seguro de toda la tierra —expresó tranquilamente, contradiciendo las palabras de Nicolás—, sin embargo, si te ¡molesta!... —acentuó la última palabra haciendo burla de su comentario—. Creo que puedo olvidarme de él por unas cuantas horas mientras me tomas por completo. —Se lo quitó suavemente de su cuello para dejarlo caer en la mesilla y, volviéndose con un hambre voraz de sexualidad y erotismo hacia Nicolás, lo atrapó entre sus brazos y comenzó a besarlo apasionadamente sin parar; Nicolás de reojo miró el medallón que había dejado al lado de la ventana.

De pronto, la puerta se abrió bruscamente y Damián apareció con la cara descompuesta por la rabia y los golpes recibidos; junto a él los dos hombres que lo habían acompañado hasta la azotea y los dos guardias que custodiaban la puerta de Helen entraron sin reparo. Damián, chorreando sangre por su rostro, profirió un grito desmedido:

—¡Nicolás ha liberado a Helen! ¡Nos ha traicionado!

Rápidamente y sin dar tiempo a ningún tipo de reacción, Nicolás dio un brinco colosal hacia la pared donde se encontraba la mesilla, soltándose violentamente de los brazos de Kendra, agarró a su paso una de las sábanas que revoloteaban en la cama, el *camahutus* y saltó por la ventana, cayendo con brusquedad en el jardín que quedaba en la parte inferior del claustro, no sin antes pronunciar un conjuro que amortiguara algo la caída, cosa que lo ayudó bastante a aminorarla, pero que no fue suficiente para que saliera totalmente ileso. Algo magullado por el golpe, corrió hacia un grupo de hombres y mujeres que estaban compartiendo risas y licor a esas horas en el claustro, abalanzándose sobre uno de ellos se apoderó de su *carpodíptero* y salió disparado por los aires, fuera del recinto. Kendra, que se había quedado totalmente bloqueada por el asombro, salió por fin del letargo en el que se encontraba para proferir un grito de dolor e ira, ya que no podía creer que su hijo predilecto, que llevaba siglos enteros a su lado y le había servido como fiel amante, vástago y mil formas más de hombre de confianza, le había traicionado, a su juicio, por la sucia y despreciable descendiente de Aod. En cuanto se recuperó, y con la cólera más salvaje que alguno de los allí presentes había podido contemplar jamás, vociferó:

—¡Seguidle!, él nos llevará hasta la chica.

El cielo pareció ennegrecer, rayos y centellas deslumbraron a través del firmamento sombrío.

Inmediatamente, todos salieron disparados por la gran ventana en *carpodípteros* para seguir los movimientos de Nicolás, que ya les llevaba algo de ventaja; menos Damián que rápidamente preguntó:

—¿Soltamos a las arpías²¹ o a las mantícoras?

—¡No!... yo misma le cogeré —dijo rechinando sus dientes con una cólera feroz.

Y acto seguido, Kendra comenzó a gritar, en el lenguaje extraño que sólo ellos podían comprender, conjuros poderosos que reclamaban la presencia de Kalen y le pedían concederle, como caso extraordinario, la fuerza necesaria y todo poderosa para acabar con quien se atravesara a su paso.

Muy pronto, Nicolás, con la astucia que le caracterizaba y recordando su última huida exitosa de casa de los Golfrid, se cubrió con la manta y se volvió invisible; de esta forma pudo deshacerse de los que le seguían y adentrarse en la inmensidad del bosque que los rodeaba. Helen podía hacerlo sin necesidad de manto porque era la elegida, pero el resto de los brujos necesitaba algún medio y Nicolás lo sabía bien, por eso cogió la sabana antes de salir.

Habiendo comprobado que los había perdido por completo, cogió rumbo hacia la carretera por la que habían salido Peter y Helen, los alcanzó en muy poco tiempo, iba casi a ciento sesenta kilómetros por hora.

Capítulo XX

Epílogo: El día final

24:15 horas

En cuanto Nicolás nos divisó, se aproximó al coche y, tocándonos fuertemente la ventana, nos indicó que nos hiciésemos a un lado de la carretera; Peter y yo quedamos aturdidos por aquel golpe desproporcionado que había propinado y, en cuanto pudimos, nos salimos de la vía; lo mismo hizo Eve, que venía justo detrás de nosotros.

Una vez nos bajamos del coche, Peter bramó:

—¿Qué haces?, ¿nos has podido matar! —recriminó. Nicolás, sin dar ningún tipo de explicación y dirigiéndose directamente a mí, cogió el *camahutus* y me lo puso en el cuello.

—¿Lo has conseguido? ¡Estás aquí! —dije abrumada por la felicidad de verlo bien y a mi lado. De pronto y sin pensarlo, lo abracé con todas mis fuerzas y me acoplé a él como nunca lo había hecho antes, nos besamos tan intensamente que un aura de luz nos bañó al completo; en ese instante pareció como si estuviésemos solos, como si la vida nos hubiese regalado unos segundos para contemplarnos alejados de todas las miradas inoportunas y comentarios. Entonces él declaró:

—Te amo. —Y con lágrimas en los ojos le respondí:

—No sé aún si puedo perdonarte todo lo que me has hecho; pero no puedo decirte que mi corazón no es tuyo. —Hice una pausa—. Lo he pasado muy mal pensando en que no me había despedido de ti —dije llorando—. No sé cómo terminará esto, así que hasta entonces haremos una tregua... —Estaba desesperada, con una angustia que invadía todo mi ser; desde que le había abandonado tan sólo habían pasado unos veinte minutos, pero habían sido los más largos, atormentados y miserables de mi vida. No había dejado ni un segundo de pensar en lo que había hecho, en que ni siquiera me había despedido, en que lo había abandonado a su suerte y probablemente jamás volvería a verlo. De manera que pudo más mi alma y mi amor que mi sed de venganza o mi odio.

La luz empezó a desaparecer; Peter y Eve, que acababa de bajar del coche, se miraron, sólo habían apreciado el fogonazo de luz, pero no habían podido ver nada de lo que había pasado; era como si hubiésemos estado aislados, para ellos había sido sólo medio segundo, para nosotros varios minutos de gloria. Peter no hizo ningún gesto; sin embargo, no nos quitó el ojo de encima. Entonces separamos nuestros cuerpos e inmediatamente Nicolás nos explicó:

—No tenemos mucho tiempo, nos persiguen...

—¿Qué?, se suponía que nos darías más tiempo... —dijo Peter muy disgustado.

—Cambio de planes —respondió Nicolás sin prestarle mucha atención—. En breve estarán aquí, así que vamos a dividirnos. —Mirándome prosiguió—. Pero antes vamos a obrar los cambios... —Se volvió hacia Eve que se estaba aproximando para saber lo sucedido y, con cuidado, arrancó un pelo de su cabellera, ella dio un pequeño grito cuando Nicolás tiró de él sin advertirle nada—. ¡Lo siento! —le pidió disculpas y se volvió hacia mí—, ¡hazlo! —Y, dejándome el pelo de Eve, entendí que debía transformarme en ella.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Peter, Nicolás se giró para mirarle directamente a los ojos, y éste, *ipso facto* protestó—. ¡Ni en sueños!, ¡no te vas a transformar en mí! —exclamó con rudeza. Eve parecía estar rezando, repetía una sarta de palabras que eran incomprensibles, la angustia se notaba en su rostro ya que estaba desencajada.

—Escúchame bien, Peter —dijo tajantemente Nicolás llamándolo por su nombre—. No

podemos perder ni un segundo, sabes perfectamente que no la dejaré a partir de ahora, si sigo siendo yo nos encontrarán rápidamente al igual que si ella sigue siendo Helen, la única forma de intentar despistarlos es operando este cambio y ahora mismo sólo estáis vosotros... No sabrán cuáles son los verdaderos, es de los pocos hechizos que conozco inquebrantables o de difícil localización, ¡y lo sabes perfectamente! En cuanto paremos en otro sitio volveremos a transformarnos.

—Mis hombres se han transformado en Helen y en mí y se han ido por otra carretera, ¡ya hemos tomado precauciones! —dijo nuevamente Peter de no muy buena gana.

—Sabes perfectamente que no es suficiente... Cuantos más desvíos hagamos más estaremos protegiendo a Helen. Si invoca a Kalen todo sabrá a poco, no podemos escatimar ahora. ¡Por favor, Peter, nos están pisando los talones! —exclamó Nicolás alterándose. Peter a regañadientes tiró de su cabellera y arrancó un mechón que entregó a Nicolás.

—¡Joder... Sabrás todo de mí! —se quejó con disgusto—. Mi vida, mi familia, mis deseos y sentimientos, mis secretos... —dijo mirando a Helen.

—¡Créeme que no tengo ninguna intención de meterme en tu cabeza para averiguarlo!, además, no tenemos tiempo, sólo quiero sacar a Helen de aquí de la forma más segura que tenemos en las condiciones actuales.

—En todo caso, tú deberías ir con Eve y yo con Helen —demandó Peter mirando a Nicolás—. Si por lo que sea pueden ubicarte, darán con ella.

—Darán tanto conmigo como contigo... ahora soy tú —dijo mientras se transformaba—, y no pienso dejarla, no ahora que la he recuperado. —Se miraron unos segundos y Peter entendió que era ya imposible separarnos, no podían perder más tiempo, así que finalmente desistió y preguntó:

—¿Qué hacemos?

Nicolás respondió:

—Vosotros iréis por la carretera A4 hacia Madrid, es la más directa; sigue las reglas y reúnete con los otros, ellos pensarán que sois vosotros; lo lógico sería salir lo más rápido de aquí y con la máxima protección... ¡Al ser tantos tendrán posibilidad de combatir! —Hizo una pausa y prosiguió—. Nosotros tomaremos un desvío, iremos atravesando pueblos hasta Valencia y luego iremos hasta Barcelona, desde allí saldremos en avión. —Suspiró—. Será más largo, pero no esperarán que hagamos eso; así los despistaremos aún más... —Peter afirmó con la cabeza y se dieron la mano fuertemente en señal de alianza, y terminó pidiéndole de forma sincera y preocupada:

—Llévala bien a su casa, con su familia... Os esperamos en Washington, no hagáis paradas. —Nicolás afirmó con la cabeza y se lo aseguró:

—Así lo haré. —Peter y Eve se dirigieron hacia el coche que estaba detrás y, Nicolás y yo, ya transformados nos subimos en el Cayenne.

04:00 horas

Mientras avanzábamos por la carretera entre los pueblos, la noche se hacía eterna, parecía que nunca iba a acabar, que nunca iba a amanecer; lo cierto es que empezaba a ser cada vez más angustiante, atravesábamos un pueblo tras otro, sin parar, sin mirar atrás, sin detenernos para saber si estábamos a salvo, sin discernir si podíamos descansar o los teníamos aún pegados a nuestras espaldas. Encima la carretera no era una autopista, eran vías interregionales que tenían una restricción de velocidad, algunas incluso de un solo carril que se volvían infinitas. Los pueblos que atravesamos eran todos más o menos iguales, pequeños; la carretera normalmente los cruzaba por el medio, por lo que nos obligaba a bajar aún más la velocidad; circulábamos a unos noventa kilómetros por hora y, en cuanto entrábamos en uno de ellos, teníamos que reducir a la

mitad.

Durante el trayecto, Nicolás notó en mí la incomodidad y la angustia y quiso distraerme con diversos comentarios; reía continuamente a costa de los miedos y los puntos débiles que podía detectar de Peter, y los explicaba con gracia intentando obtener alguna sonrisa en mi rostro.

—¡No vas a creer a qué le tiene miedo! —Me miró, yo le devolví una sonrisa algo fingida—. ¡A volar!... pero si vamos en *carpodípteros*... será gili... —Inmediatamente le paré en seco, intentando que recobrar su identidad y no le hiciese eso a Peter, aunque en el fondo también me produjese algo de risa.

—¡Eh!, menos mal que le dijiste que no tendrías tiempo de meterte en su cabeza...

—Ya... —respondió hábilmente—, pero es que llevo unas cuantas horas conduciendo y creo que es la única forma de no dormirme... —dijo justificándose.

—Además, llevas un rato siendo bastante prepotente e ¡insoportable! —anoté algo desconcertada.

—¡Pues es porque soy él!... Eso te dará algún indicio de la persona que realmente es, ¿no? —dijo entre risas.

—¿Ahora le achacará eso a él también?... qué malo eres... —contesté con una sonrisa en el rostro; Nicolás también rio—. Sí... definitivamente no actúas como Nicolás; él en ese sentido es un caballero... no jugaría tan ruin —comenté y finalmente rematé—. Aunque es raro...—¿Qué es raro? —preguntó Nicolás desconcertado.

—A Eve casi no la siento a pesar de estar metida en su cuerpo... Es como si estuviese bloqueada... dormida... es raro... —Nicolás puso cara de sorpresa, pero finalmente reveló:

—Sé por Peter que es muy reservada... Parece tener una mente fuerte, casi impenetrable... Aunque también es nerviosilla... ¡Mira la sarta de rezos que estaba implorando cuando nos despedimos!... Y también Peter piensa que es algo amargada y mal folla... —Se cortó en cuanto se oyó así mismo.

Ambos permanecemos callados unos segundos y finalmente nos carcajamos reconociendo la imprudencia y grosería que procedía de Peter; pero al poco tiempo recuperamos el estado de malestar e incertidumbre que llevábamos todo el trayecto.

Volví a mirar por la ventana y pude apreciar que todos los pueblos no tenían más de unas veinte manzanas, eran de casas bajas con una arquitectura muy peculiar del sur de España; normalmente tenían una iglesia que solía destacar por la altura promedio, ya que alguna torre o espadaña podía alzarse con respecto al resto del panorama rural.

Hubo un momento en el que la carretera se volvió algo más áspera y ruda, incluso alguna zona no estaba asfaltada porque al parecer estaban arreglándola, podía notarse por la cantidad de señales amarillas de aviso de obras; de manera que el coche saltaba a trompicones debido a la velocidad que llevábamos. Nicolás no aminoró en ningún momento la marcha.

—Creo que nos hemos alejado bastante ¿no?, podrías reducir un poco para ¡no ir dando saltos! —dije algo incómoda, Nicolás, algo angustiado, confesó:

—No he querido decirte nada hasta ahora..., pero hace rato que no siento mis poderes, creo que me han conseguido neutralizar de alguna forma. —Me miró con el rostro descompuesto.

—¿Qué significa eso exactamente, Nicolás?... ¿Que no los hemos logrado despistar? —pregunté angustiada.

—No lo sé —dijo rápidamente—. ¿Tú te sientes bien?, quiero decir... ¿Igual?, ¿puedes utilizar alguno de tus poderes como lo hiciste con Damián?

—No lo sé... No me lo planteo nunca, sólo lo hago... y no, no me siento distinta —Nicolás volvió la mirada hacia la carretera sin decir nada más, aunque su rostro denotaba preocupación y

zozobra.

De pronto, empecé a notar que el pueblo que atravesábamos tenía una connotación especial, distinta a los otros que habíamos dejado atrás... Me parecía incluso familiar, como si ya hubiese estado allí, como si lo hubiese vivido antes, pero no recordara con exactitud cómo podía ser posible aquello. En cuanto salimos de él, me volví hacia atrás para contemplarlo y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; como una ráfaga fugaz de luz vi a lo lejos cómo las casitas se hacían aún más pequeñas, sus luces formaban diminutas líneas que podían dibujar a la perfección el pequeño perímetro que forjaba la aldea; una pequeña espadaña con una torre al lado, pertenecientes a la única iglesia que se alzaba, terminó de confirmar mis sospechas; estaba viendo ante mis ojos y de forma real y directa aquel sueño en el que luchábamos por sobrevivir. Rápidamente empecé a atar cabos con la mirada perdida en el retrovisor del coche: el pueblo, la torre, la carretera, la velocidad, la marcha forzada y veloz del coche, el acompañante que no me atrevía a mirar, pero por el que sentía un amor infinito, y su muerte inminente ante aquel choque frontal con algo que aparecía de golpe y nos sacaba de la carretera, para conducirnos a la tragedia. Palidecí en segundos y Nicolás se dio cuenta de ello.

—¿Qué pasa, Helen? —preguntó desconcertado viendo mi actitud.

—Nicolás, esto ya lo he vivido... Lo he soñado y sé el final —admití aturdida y llena de miedo—. ¡Igual que con mi madre!... ¡Mis sueños me han advertido todo el tiempo y no he sabido verlo!

—¿De qué hablas? —preguntó atónito.

—No voy a dejar que pasé —aseguré rápidamente—. ¡No dejaré que suceda!, ¡no esta vez! —dije negando con la cabeza, con un nudo en la garganta producido por el dolor y las ganas de llorar. Entonces un negro infinito, producto del alejamiento del pueblo y la incorporación a la carretera que seguía en obras, se apoderó de nuestro alrededor; sabía que si seguíamos a esa velocidad en algún momento algo impactaría con el coche y nos estrellaríamos. Supe en ese momento que las sombras nos seguían... No las habíamos despistado, miré nuevamente por el retrovisor para asegurarme que estábamos a tiempo y me volví para mirar a Nicolás; entonces dije tajantemente—: ¡Para el coche!

—¿Qué? —preguntó Nicolás desorientado, pero al mismo tiempo reduciendo abruptamente la velocidad.

—¡Qué pares el coche! —grité esta vez tan fuerte que incluso se asustó y frenó en seco, haciéndose a un lado de la carretera. Los ojos de Nicolás parecían salirse de sus órbitas, sabía que me había percatado de algo, pero no entendía nada de lo que sucedía.

—Están detrás de nosotros... —dije finalmente. Nicolás confundido miró hacia atrás velozmente, pero no pudo apreciar nada. Se lo expliqué lo más rápido que pude.

—Van a impactar el coche con algo y nos van a enviar contra un árbol, ¡tú morirás si no paramos esto ya! —Nicolás se me quedó mirando sin articular palabra y con los ojos abiertos como platos—. Lo he soñado antes, es sólo que no lo recordaba con claridad... Ahora lo veo —dije mirándole de forma angustiada.

—¿Qué hacemos? —preguntó de inmediato.

—No seguir las pautas del sueño.

—¿A qué te refieres?

—A que primero tenemos que transformarnos en nosotros. En el sueño yo no era yo misma... por eso no lo entendía cuando despertaba, no sabía cómo podía ser eso posible... Tenemos que volver a nuestras identidades.

—insistí sin demora y ambos nos concentramos; yo me transformé, pero Nicolás no pudo, era evidente que yo conservaba por lo menos algo de mi fuerza, pero a él se lo habían arrebatado

todo.

—Por eso muero..., ¿no?, ¿no puedo defenderme?

Yo cogí su mano y, concentrándome, lo transformé en él. Entonces dije:

—¡No vas a morir! —Rápidamente abrí la puerta del coche y le expliqué—. Lo segundo es bajarnos, estábamos dentro cuando lo que sea colisionó contra el coche... —Nicolás se bajó si decir nada más y se fue hacia mi lado.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a caminar por la carretera?, será peor... ¡Nos arrollará algún coche a los dos! —dijo y pensó rápido—. ¡Espera! Tú tienes poderes... ¡Podemos volar en un *carpodíptero*!, sólo tienes que concentrarte, Helen... eres la elegida —concluyó mirándome.

—No lo sé, Nicolás, fuiste tú el que me llevaste volando al aeropuerto cuando salimos de casa de los Golfrid, y cuando salimos de Granada, yo nunca... —De pronto Nicolás interrumpió: —No fue así... Entonces un ruido ensordecedor golpeó el coche y lo arrojó contra los árboles que flanqueaban la carretera como estaba previsto. En segundos, un manto de sombras negras avanzó sobre nosotros y nos cubrió al completo.

De pronto, una voz se oyó:

—¡Nicolás! ¿Cómo has podido hacerme esto? —Estaba claro que Kendra se encontraba entre ellos. Rápidamente se abrió paso entre la oscuridad de la noche y se apareció ante nosotros; a unos treinta metros, acercándose por la carretera como un espectro... sobrevolando por encima de ella sin *carpodíptero* alguno, como si de un fantasma oscuro y perverso se tratara. Paró a unos quince metros de donde estábamos nosotros, y prosiguió—. Después de tantos siglos juntos... ¡Te mereces la peor de las penas! —exclamó con los ojos enrojecidos como llamas por la rabia. Rauda y en un acto reflejo me coloqué frente a él protegiéndole, Kendra reaccionó con una carcajada fría que rápidamente acalló.

De pronto su expresión cambió al completo, parecía más tosca, más ruda, más violenta; sus facciones se habían vuelto más sombrías y oscuras... Cambió tanto el semblante que parecía casi irreconocible como ser humano, asemejándose más a un demonio sacado de las peores pesadillas. Con una voz casi masculina dijo:

—¡Y tú! —señalándome despectivamente—. ¿Crees que puedes salvarle de una muerte segura?, ¿crees de verdad que con alterar el sueño puedes cambiar los hechos? —Rio tan espeluznantemente que incluso pude apreciar al completo sus dientes que parecían sierras fuertes y afiladas como las de una bestia. Nicolás inmediatamente se acercó a mí y con la voz temblorosa me explicó al oído.

—Ya no es Kendra... Ese es su cuerpo, pero quien lo habita es Kalen. —Entonces, aquel horrible espectro comenzó a acercarse lenta y sigilosamente, mientras movía su cabeza retorciéndola como una serpiente voraz.

—Bueno, Nicolás... Es imprescindible que veas lo que haré con tu amada antes de morir... Sé que será lo que más dolor podría causarte en este momento... —Y, antes de que pudiera decir o hacer algo, Nicolás cayó de rodillas en el suelo cogiéndose la cabeza y produciendo un gemido de angustia y tormento; era como si ella se hubiese introducido en su mente para mostrárselo todo.

—¡No! —grité desesperadamente mirándole, pero en cuestión de segundos, ella dio una manotada al aire con su brazo izquierdo y, aun con la distancia que manteníamos, lo mandó volando por los aires de forma muy elevada y rápida contra el árbol en el que se había estrellado el coche.

El impacto en la cabeza y la espalda lo dejó prácticamente inconsciente y la caída, a unos treinta metros de altura, terminó por destrozarle. Cayó encima del capó del coche y de mi garganta salió un gemido agudo de dolor, corrí desesperadamente hacia él y caí a su lado intentando

reanimarle, envuelta en sangre y llanto; hasta que finalmente me di cuenta de que no respiraba... Mi rostro, envuelto en lágrimas que salían a borbotones sin parar, empezó a experimentar un cambio... Mi cuerpo también empezó a transformarse, sentí una explosión dentro de mí imposible de controlar, ya que el dolor que notaba nunca lo había sentido antes. Incluso cuando mi madre sufrió el ataque fue menos salvaje, porque la esperanza de verla aún viva controló mi fuero interno; pero el saber que Nicolás yacía muerto despertó en mí la parte más oscura y profunda de mi alma.

Me incorporé de un salto y abrí mis manos hacia los lados, mi cuerpo no sólo ardía, brillaba con una luz cegadora y se elevaba a una altura de no menos de tres metros. Kalen, aún dentro del cuerpo de Kendra, exclamó:

—¡Vaya! Si al final va a saber hacer algo...Y acto seguido lancé con mis manos y todo mi cuerpo una fuerte llamarada de luz hacia ella, parecía fuego, como si la envolviera quemándola, aunque en realidad era una especie de fognazo que atravesaba su ser y la iba descomponiendo lentamente. Pude observar cómo luchaba por desprenderse de ella, pero era ya imposible y la consumía lentamente, su rostro en algunas ocasiones volvía a parecerse a Kendra y en otras mostraba el lado más oscuro de Kalen; finalmente dijo aún poseída:

—Podrás acabar con Kendra, con su cuerpo débil y estéril, pero no conmigo... esto es el principio y voy a estar esperándote, hija de Aod... ¡Voy a acabar contigo y con tu estirpe!

En ese momento, el cuerpo empezó a arrojar hacia fuera pequeñas luces que subían hacia el firmamento y se perdían en la noche, como si se tratasen de estrellas fugaces. Mientras se elevaban, pequeñas vocecillas susurraban en el aire frases muy cortas, algunas no se entendían porque se mezclaban unas con otras, pero en espacios reducidos de tiempo, podía escucharse con cierta claridad alguna que otra que decía: «Gracias por liberarme», «Ahora estoy en paz» ... Mientras esto sucedía, el cuerpo fue reduciéndose hasta convertirse en una anciana; pude entender que, mientras acababa con ella, las almas que había devorado salían por fin de su calvario, de su purgatorio, para irse al lugar que les correspondía. Al cabo de unos minutos pude oír sus últimas palabras como Kendra:

—¡Nicolás... mi amor...! —clamó mientras se desvanecía su cuerpo en el aire y, con la misma mano con la que Kalen lo había arrojado por el cielo, levantaba sus dedos intentando llegar a él para acariciarlo; pude entender que lo amaba y que ella jamás le habría hecho daño... Había sido una víctima más de su madre. Cuando paré, ya había acabado con ella y sólo un manto de polvo, restos de su cuerpo, se esparció por los aires. De pronto, una ráfaga fugaz de viento se levantó y el espíritu de Kalen apareció ante mí, etéreo y sin ningún poder, para decirme antes de marcharse.

—Te esperaré ansiosa a que vengas a mí... Porque lo harás... Tengo a tus padres conmigo... — Y se desvaneció.

Rápidamente miré a mi alrededor para protegerme nuevamente de cualquier ataque, y pude observar cómo todos los espectros que se hallaban a mi vera, esperando como goleros mi caída, salieron huyendo por los aires al ver que se habían quedado solos ante mí.

Me quedé unos segundos pasmada, posiblemente porque mi cuerpo no bajaría la guardia hasta que me sintiese totalmente a salvo. Entonces, intentando recuperar mi ser, comencé a bajar lentamente hasta tocar el suelo; me volví hacia Nicolás desesperada y me subí al capó del coche intentando cogerlo en mis brazos, no podía parar de llorar de manera descontrolada, hasta que me aferré a una idea que me llenó de esperanza; el conjuro de sanación y resurrección. Cogí, sentada en el capó del coche, a Nicolás con una mano y con la otra agarré el *camahutus*, comencé a recitar las palabras que podía leer a través del medallón, una y otra vez:

—*Sana a tu siervo, busca en su interior un ápice de aliento y fúndelo con el mío para toda la*

eternidad... Sana a tu siervo, revive su ser, resucita su cuerpo... a tu siervo, revive su ser, resucita su cuerpo... a tu siervo, revive su ser, resucita su cuerpo...

Solté en algún momento la medalla para llevar la mano a mi pecho y luego a la de él; así lo hice repetidas veces... Durante los primeros segundos pensé que era en vano, no veía ninguna reacción; sin embargo, unos segundos después pude sentir cómo volvía a tener algo de pulso, un leve sonido, que parecía salir de sus pulmones y de su corazón, se hizo notorio y se incrementaba según predicaba las palabras y movía mi mano de mi pecho al suyo. De pronto, empezaron a salir las mismas luces que había visto desprender del cuerpo de Kendra, pero esta vez salían de Nicolás... Observé cómo su cuerpo empezaba a envejecer y me asusté porque pensé que, después de devolverle un hilo de vida, empezaba otra vez a quitársela; sin embargo, si paraba cegaría también la eternidad a todas esas almas que salían de su cuerpo y suplicaban descanso. Entonces, con los ojos envueltos en lágrimas, seguí pronunciando el ritual porque sabía que era lo correcto.

Cuando parecía estar a punto de finalizar y el cuerpo de Nicolás estaba tan envejecido que parecía que ya no volvería a la vida, mi cuerpo empezó a desprender una luz especial que empezó a llenar el suyo. Una vez vaciado su espíritu, estaba dándole parte de mi alma para que viviera. No sabía si con lo que hacía yo moriría dándole todo mi ser, pero no me importaba... Para mí era una buena causa, así que seguí haciéndolo cada vez con más ganas y con más valor, seguía tocando mi pecho y luego el suyo, podía observar cada vez que lo hacía cómo su cuerpo empezaba a rejuvenecer. Cuando por fin lo reconocí como el hombre de siempre, supe que debía parar... Además, estaba agotada; fue entonces cuando despertó; incorporándose lentamente y mirándome maravillado comentó agradecido:

—Me has dado parte de tu alma...

—Te hubiera dado mi vida y mi alma entera —susurré. Entonces me abrazó fuertemente y ambos sentimos que la compenetración era completa. Ya no sólo estábamos unidos por el amor que sentíamos el uno por el otro, y por la pasión voraz que siempre nos había caracterizado como hijos de Prana, ahora también nos unía el mismo espíritu; yo había entregado un trozo de mi ser a Nicolás y ese acto nos había convertido en dos personas independientes en formas, pero ligados para siempre en alma.

Cuando por fin pudimos separar nuestros cuerpos, volvió a decir:

—Ahora no podrás utilizar este conjuro con tu madre... No puedes hacerlo dos veces —dijo con tristeza en su rostro.

Yo me limité a mirarle con dulzura y decirle:

—Ya buscaremos otro medio. —Le regalé una sonrisa que salía de lo más profundo de mí—. Estoy apenas instruyéndome en este mundo de la hechicería... Dame un poquito de tiempo, ¡esto está chupado! —exclamé con cierto desparpajo haciendo una broma.

Nicolás volvió a abrazarme y comentó:

—Te llevaré a casa de los Golfrid, allí estarás protegida. —Yo rectifiqué:

—Iremos a casa de los Golfrid, que son ahora nuestra familia... —

concluí de forma firme— y nos prepararemos para recuperar a mis padres lo antes posible.

Ambos nos miramos fijamente y no hubo más que decir, sabíamos lo que debíamos hacer.

1 Macbeth, Acto I, Escena Cuarta.12

2 North Top Sail Beach es un pueblo ubicado en el condado de Onslow, en el estado estadounidense de Carolina del Norte. La localidad, en el año 2000, tenía una población de 843 habitantes en una superficie de 27.4 km² con una densidad poblacional de 50.7 personas por km².

3 Homenaje a las brujas de Macbeth, Acto IV, Escena Primera

4 Münstermaifeld es una ciudad del distrito de Mayen-Colenza en Renania Palatinado, Alemania. Forma parte del verbansgemeinde (municipalidad colectiva) Maifeld. Se ubica en el sudeste de Mayen, a unos pocos kilómetros del río Mosela y del castillo Eltz. Los primeros residentes de la región (a.C.) fueron los celtas.

5 El castillo de Eltz es un castillo medieval ubicado en las colinas sobre el río Mosela entre Coblenza y Tréveris, Alemania. Aún es propiedad de una rama de la misma familia que vivía allí en el siglo xii, hace treinta y tres generaciones.

6 Worms es una ciudad de Alemania, en la región de Renania-Palatinado, a orillas del río Rin, situada en la Región vitivinícola Rheinhessen. Fundada por los celtas, que la llamaron *Borbetomagus*, Worms se disputa con las ciudades de [Trier](#) y [Colonia](#) el título de Ciudad más antigua de Alemania.

7 Homenaje a las brujas de Macbeth, Acto IV, Escena Primera.

8 Camafeo que proviene probablemente del bajo latín “*camahutus*”, y designa un relieve que se obtiene del tallado de una piedra preciosa, generalmente ágata y sus variedades, aprovechando sus colores para realizar delicadas figuras. En cualquier caso, el arte del tallado del camafeo es una forma de escultura empleada desde tiempos remotos para realizar artículos de joyería, objetos piadosos o de superstición. Se conservan incluso piezas grecorromanas y persas... Y es que en la antigüedad los camafeos gozaban de gran aceptación.

9 Casa de la Cascada (en inglés: *Fallingwater*) es una obra del arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright y uno de los hitos principales de la arquitectura del siglo xx. Está situada en Bear Run, Pensilvania (Estados Unidos) y fue terminada en 1939. Frank Lloyd Wright (1867-1959) es considerado por algunos autores como el mejor arquitecto estadounidense, y a su vez, la Casa de la cascada su obra maestra. Llamada «la residencia más famosa que se haya construido», la AIA (*American Institute of Architects*) la ha juzgado como «el mejor trabajo de un arquitecto estadounidense». Diseñada entre 1934-1935 y construida durante 1936-1937 en Pennsylvania, Fallingwater fue la casa de campo para Edgar Kaufmann, su esposa Liliane y su hijo Edgar Jr., dueños de unos grandes almacenes en Pittsburgh. Hoy en día Fallingwater es un monumento nacional en Estados Unidos que funciona como museo y pertenece al *Western Pennsylvania Conservancy*. Fallingwater sigue los principios de “arquitectura orgánica” enfatizados por Wright en su escuela y estudio [Talesin](#).

10 Charlotte es la ciudad más grande de Carolina del Norte cercana a la frontera con Carolina del Sur. Es conocida como un centro financiero, ya que dos de los bancos más grandes de Estados Unidos, Wachovia y Bank of América tienen su sede corporativa en la ciudad.

11 Los orcos, en la literatura fantástica y en los juegos de rol, son criaturas humanoides cuya piel suele tener tonos verdosos. Además, poseen características universales, como que los más pequeños son igual de altos que un humano, pero el doble de anchos y de constitución más fuerte. En su mayoría suelen presentar alguna malformación en el cuerpo y sus ojos poseen un resplandor rojo que brilla en la oscuridad. Poseen una mandíbula inferior prominente, siendo frecuente encontrar individuos de la especie con unos grandes colmillos inferiores visibles muy marcados. Los orcos pronuncian mediante gruñidos, con una voz profunda las pocas palabras burdas que utilizan; y sus conversaciones suelen reducirse a un intercambio de golpes.

12 Un trol (del nórdico troll) es un temible miembro de una mítica raza antropomorfa del folclore escandinavo. Su

papel en los mitos cambia desde gigantes diabólicos —similares a los ogros de los cuentos de hadas ingleses— hasta taimados salvajes más parecidos a hombres que viven bajo tierra en colinas o montículos, inclinados al robo y el rapto de humanos que, en el caso de los infantes, eran sustituidos por niños cambiados. También se les puede llamar «gente de la colina» o «del montículo». En los cuentos de las islas Shetland y Orkney, los troles son llamados trowes

13 Un golem es, en el folclore medieval y la mitología judía, un ser animado fabricado a partir de materia inanimada. En hebreo moderno, la palabra «golem» significa «tonto» o incluso «estúpido». El nombre parece derivar de la palabra *gelem*, que significa «materia en bruto».

14 La mantícora es un ser monstruoso con cuerpo de león, alas de murciélago y cabeza humana. Se trata de una criatura no demasiado inteligente, pero muy fiera y poderosa. Su cabeza es la de un ser humano, con barba y densa cabellera. Las alas son las de un enorme murciélago, y el resto de su cuerpo es el de un león gigante, con cola rematada en púas de hierro. Puede medir unos 5 metros de largo y hasta 3 de alto. Es un ser carnívoro, y tiene preferencia por la carne humana.

15 El hombre lobo, también conocido como licántropo del latín *Lycanthropus*, es una criatura legendaria presente en muchas culturas independientes a lo largo del mundo. Se ha dicho que este es el más universal de todos los mitos (probablemente junto con el del vampiro), y aún hoy, mucha gente cree en la existencia de los hombres lobo o de otras clases de “hombres bestias”.

16 Monstruo acuático y misterioso de la tradición celta, probablemente dragón o serpiente. Quizá un castor gigante. Se lo considera un antecedente del “Monstruo del lago Ness”. Son criaturas solitarias y quizás incomprendidas, se piensa que pueden vivir cientos y cientos de años. 17 Los fomoré o fomorianos o fomoireos, eran en la mitología de Irlanda los dioses de la Muerte, del Mal y de la Noche, aberraciones infernales que tenían diversas formas: algunos con un ojo, un pie y una mano; otros tenían cabezas de animales, generalmente de cabra, aunque otros no.

17 Los fomoré o fomorianos o fomoireos, eran en la mitología de Irlanda los dioses de la Muerte, del Mal y de la Noche, aberraciones infernales que tenían diversas formas: algunos con un ojo, un pie y una mano; otros tenían cabezas de animales, generalmente de cabra, aunque otros no.

18 *Carpodiptera* es un género botánico de plantas con flores con trece especies perteneciente a la familia de las Malvaceae. Es originario de África tropical y del Caribe. Fue descrito por August Heinrich Rudolf Grisebach y publicado en *Plantae Wrightianae 1: 163 - 164*, en el año 1860.

19 Macbeth. Edición y traducción Instituto Shakespeare, bajo la dirección de Manuel Ángel Conejero. Alianza Editorial. Introducción Pág. 14

20 Guiño a Macbeth, I.3.37

21 Una arpía es una mezcla entre mujer y buitre. La parte inferior de su cuerpo y las alas son de buitre, el torso y la cara de mujer, en concreto de una bruja. Su pelo es grueso, duro y enmarañado, como un estropajo, y tiene los dientes podridos. No suelen llevar ropas, y siempre están envueltas en un fétido olor. Son seres tan sucios que infectan a otros seres al atacarlos con sus garras. Su lenguaje se basa en una especie de gritos y cacareos muy desagradables. Son muy vengativas y pueden seguir a un enemigo durante kilómetros.

Nombres

Agustín: Marido de Sophie (2)

Alice de Bernard: Madre de Laura y Sophie, mujer de Charles Bernard.

Allen: Segundo hijo de Aod, hermano de Bricio y Eillen, nieto de Prana.

Angelina: Madre de William y dos niños más pequeños, mujer de Kevin.

Aod: Hija de Prana. Madre de Bricio, Allen y Eillen.

Brent: Tercer hijo de Kalen, hermano de Enid y Cedric, nieto de Prana. Socio y presidente de una de las empresas más importantes del mundo de los últimos años, NessUnion (una de las empresas del grupo).

Bricio: Primer hijo de Aod, hermano de Allen y Eillen, nieto de Prana.

Cedric: Segundo hijo de Kalen, hermano de Enid y Brent, nieto de Prana.

Charles Bernard: Padre de Laura y Sophie, marido de Alice. Uno de los directivos de la empresa NessUnion.

Christine de Stuart: Madre de Rachael y Edmond, mujer de Robert Stuart.

Damián: Descendiente de Kalen.

Edmond: Hijo de Robert y Christine, hermano de Rachel.

Eduard Golfrid: Abuelo de Peter, marido de Johana y tío de Eve.

Eileen: Hija de Aod, hermana de Bricio y Eillen, nieta de Prana. La descendiente directa del poder por ser única nieta (mujer) de Prana, la elegida.

Enid (1): Marido de Prana.

Enid (2): Primer hijo de Kalen, hermano de Cedric y Brent, nieto de Prana.

Eugene: Hija de Kendra, madre verdadera de Nicolás.

Eve: Prima de Peter, sobrina de Johana y Eduard Golfrid.

Evelyn: Madre se Sina, mujer de Owen.

Helen Bach: Tatarabuela de Helen Wolf, abuela de Isabella.

Helen Wolf: Hija de Isabella y Henry Wolf.

Henry Wolf: Padre de Helen, marido de Isabella. Director técnico de la empresa NessUnion.

Isabella de Wolf: Madre de Helen y mujer de Henry Wolf.

Johana: Mujer de Eduard Golfrid, abuela de Peter y tía de Eve.

Josué: De la familia de los Golfrid.

Kalen: Hija de Prana. Madre de Enid, Cedric y Brent.

Kendra de Gotthelf: Madre de Nicolás, mujer de Ronald Gotthelf.

Kevin: Padre adoptivo de William y dos niños pequeños. Marido de Angelina.

Kilian: Amiga de Sina.

Laura: Hija de Alice y Charles Bernard. Hermana de Sophie.

Leonard: Padre de Vicky, Abogado de la empresa NessUnion.

Nicolás Gotthelf o Lucas Duncan: Hijo de Kendra y Ronald.

Owen: Padre adoptivo de Sina, marido de Evelyn. Uno de los tres socios fundadores de NessUnion.

Peter: Nieto de Eduard Golfrid y Johana de Golfrid. Primo de Eve.

Philips: De la familia de los Golfrid.

Prana: Enviada al mundo para salvarlo. Madre de Aod y Kalen, mujer de Enid (1), un mortal.

Rachael: Hija de Christine y Robert Stuart, hermana mayor de Edmond.

Robert Stuart: Padre Edmond y Rachael, marido de Christine. Uno de los directores de Ness Union.

Ronald Gotthelf: Marido de Kendra, padre adoptivo de Nicolás. Uno de los tres socios fundadores de Ness Union.

Sina: Hija de Evelyn y adoptiva de Owen.

Sophie (1): Hija pequeña de Alice y Charles Bernard. Hermana de Laura.

Sophie (2): Mujer de Agustín.

Tulio: (Padre Tulio). Sacerdote, párroco de la iglesia de la urbanización donde los directores y gerentes de la empresa NessUnion viven, en North Top Sail Beach.

Vera: Amiga de Sina.

Vicky: Hija de Leonard.

William: Hijo de Angelina y Kevin, junto con dos hermanos más pequeños.

Índice

PRÓLOGO 4

INTRODUCCIÓN 6

I PARTE — LA INICIACIÓN 12

Capítulo I. Las pesadillas 13

Capítulo II. Fiestas de enero 17

Capítulo III. El hallazgo 27

Capítulo IV. La leyenda 43

Capítulo V. La casta de Kalen 54

Capítulo VI. La investigación 57

Capítulo VII. La comprobación 69

II PARTE — LA REVELACIÓN 85

Capítulo VIII. Acción-Reacción. La gran fiesta 86

Capítulo IX. Incertidumbre y desasosiego 102

Capítulo X. Contraposición 106

Capítulo XI. La decisión 122

Capítulo XII. Travesía. Saliendo de Munstermaifeld 131

Capítulo XI. Travesía. Hasta North Top Sail Beach 134

Capítulo XIV. Travesía. De camino a Washington 151

Capítulo XV. El banco 161

Capítulo XVI. La casa de los Golfrid 179

III PARTE — EL VEREDICTO 197

Capítulo XVII. La verdad 198

Capítulo XVIII. La reflexión 206

Capítulo XIX. La rendición 216

Capítulo XX. Epílogo: El día final 232

OBSERVACIONES. Pie de pagina 243

NOMBRES 246

**Soy el amo de mi destino
y el capitán de mi alma**

Invictus, Nelson Mandela (1918-2013)

En memoria de las víctimas
de la violencia de cualquier
tipo: terrorista, de género,
hambre...

*Entrelíneas Editores es un espacio
de creación donde se da cabida a todos
aquellos autores/as que de algún modo
intentan renovar la literatura en nuestro
país, dándole un soplo de frescura.*

C/ Lima, 42 (posterior)
28945 Fuenlabrada (Madrid)
Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28
entrelíneas@eraseunavez.org
editor@eraseunavez.org
www.eraseunavez.org

Datos autor: Beatriz Eugenia Curi Chércoles
bcurichercoles@gmail.com